

ARTHUR C.
CLARKE

El ojo del tiempo

STEPHEN
BAXTER

«Probablemente, es el mejor libro que Clarke ha publicado
en la última década» —Publishers Weekly

Lectulandia

Hace eones que la Tierra está siendo observada por Los Primeros, unos seres casi tan antiguos como el propio universo. Los Primeros son completamente desconocidos para la humanidad... hasta que entran en acción. En un solo instante, la Tierra se divide en pedazos y se vuelve a unir como un inmenso rompecabezas. Y de pronto, el planeta y todos los seres que viven en él dejan de existir en una única línea temporal. En lugar de eso, el mundo se convierte en un mosaico de eras, desde la prehistoria hasta el año 2037, cada una con sus propios habitantes indígenas.

Stephen Baxter y Arthur C. Clarke son dos de los mejores autores de ciencia ficción actual. Tras el éxito de *Luz de otros días*, vuelven a ofrecernos una obra en colaboración plena de sentido de la maravilla.

Lectulandia

Arthur C. Clarke & Stephen Baxter

El ojo del tiempo

Una odisea en el tiempo 1

ePub r1.0

libra 14.08.13

Título original: *Time's eye*
Arthur C. Clarke & Stephen Baxter, 2004
Traducción: Paula Gamissans Serna

Editor digital: libra
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Este libro, no sigue ni precede a la primera *Odisea*, sino que forma un ángulo recto con ella: no es secuela ni precuela, sino «ortocuela», dado que toma premisas similares en direcciones distintas.

La cita a Rudyard Kipling, «Tronos, ciudades, honores», de *Puck, de la colina de Pook* aparece con permiso de AP Watt Ltd. en nombre de la organización del movimiento protector del patrimonio británico National Trust for Places of Historical Interest or Natural Beauty.

Primera Parte

Discontinuidad

Buscadora

Durante treinta millones de años, el planeta se había ido enfriando y aridociendo hasta que, en el norte, las capas de hielo habían empezado a excavar en los continentes. Las extensiones selváticas que en una ocasión se desarrollaron a través de África, Europa y Asia, y casi en continuidad desde la costa atlántica hasta el lejano oriente, habían ido menguando hasta convertirse en reducidas franjas verdes, las criaturas que habían poblado antaño aquel entorno intemporal se vieron obligadas a adaptarse, o a marcharse. La especie de Buscadora había hecho ambas cosas.

Con su bebé aferrado al pecho, Buscadora esquivaba, encogida entre las sombras, las ramas de los árboles. Sus profundos ojos, bajo unas huesudas y pobladas cejas, escudriñaban el entorno en busca de la claridad. La tierra que se encontraba más allá de la selva era una llanura, empapada de luz y calor. Era un lugar de una simpleza terrible, donde la muerte acechaba a traición en cada rincón. Pero era un lugar de nuevas oportunidades. Algún día, se convertiría en la región fronteriza entre Pakistán y Afganistán, a la que algunos llamarían la Frontera del Noroeste. Entonces, no demasiado lejos del maltrecho linde de la selva, el cuerpo sin vida de un antílope yacía en el suelo. El animal no llevaba mucho tiempo muerto —la sangre espesa todavía rezumaba de sus heridas— pero los leones ya lo habían devorado por dentro, y los otros carroñeros, las hienas y las aves, aún no lo habían descubierto. Buscadora se irguió, estirando sus largas piernas, y echó un vistazo a su alrededor. Buscadora era un simio. Su cuerpo, recubierto en su mayor parte por un vello negro y grueso, medía poco más de un metro de altura. Su piel, sin un ápice de grasa, era flácida. Su rostro se prolongaba hacia delante formando un hocico, y sus extremidades eran reliquias de un arbóreo pasado: tenía largos brazos y piernas cortas. En realidad, se asemejaba mucho a un chimpancé, pero la escisión de su raza de sus parientes de las selvas más frondosas databa ya de unos tres millones de años de antigüedad. Buscadora podía tenerse en pie cómodamente como una auténtica bípeda, sus caderas y su pelvis eran más humanas que las de cualquier otro primate.

La estirpe de Buscadora era básicamente carroñera, aunque no especialmente efectiva. No obstante, gozaba de ventajas que ningún otro animal en el mundo poseía. En lo más profundo de la selva, ningún otro primate habría podido fabricar una herramienta tan compleja como la tosca pero laboriosa hacha que Buscadora sostenía entre sus manos. Y también había algo en sus ojos, una chispa, un brillo superior al de cualquier otro mono.

No había señales de peligro inminente. Buscadora avanzó en dirección a la luz del

sol, con su bebé aferrado al pecho. Uno a uno, con cautela, caminando sobre dos pies o sobre cuatro, el resto de la tropa la seguía.

El bebé lloraba y pellizcaba con fuerza el pelaje de su madre. Los ejemplares de la raza de Buscadora no tenían nombres —su lenguaje era poco más sofisticado que el canto de los pájaros— pero desde que su hijita había nacido, convirtiéndola en madre por segunda vez, había demostrado una colosal fuerza al agarrarse a su madre, y Buscadora pensaba en ella como algo similar a «Aferrada».

Algo abrumada por el peso de su hija, Buscadora fue de las últimas de toda la tropa en llegar al antílope muerto, y los demás simios ya estaban cortando con sus afiladas piedras los cartílagos y la piel que conectaban las extremidades del animal con su cuerpo. Aquella carnicería era una buena forma de obtener rápidamente reservas de carne. Las patas eran fácilmente transportables por la selva, donde los simios podían consumirlas en los momentos de descanso. Buscadora se unió al trabajo con buena voluntad. No obstante, los fuertes rayos de sol resultaban notablemente incómodos. Pasaría otro millón de años antes de que los descendientes remotos de Buscadora, mucho más humanos en cuanto a morfología, pudieran permanecer bajo la luz solar gracias a sus cuerpos, capaces de transpirar y de almacenar humedad en reservas de grasa. Cuerpos como trajes espaciales diseñados para sobrevivir en la sabana.

La progresiva extinción de las selvas mundiales había supuesto una catástrofe para los simios que las habitaron en tiempos. El cenit de la evolución de esa gran familia de animales ya había pasado muchos años atrás. Pero algunos ejemplares se habían adaptado. La especie de Buscadora seguía necesitando las sombras de la selva, y seguía trepando a sus nidos sobre los árboles cada noche, pero durante el día, se aventuraba por el entorno para aprovechar oportunidades como aquella. Era una forma arriesgada de vivir, pero era mejor que morir de hambre. Cuanto más se fragmentaba la selva, más claros se abrían, y más se expandía el hábitat de sus moradores. Y mientras barrenaban entre los dos mundos, los escalpelos ciegos de la evolución y la selección daban forma a aquellos desesperados simios.

En aquel momento, hubo una rápida pero organizada estampida, cuyos pasos precipitados resonaron contra el suelo. Las hienas habían olfateado la sangre del antílope y se acercaban entre una inmensa nube de polvo.

Los primates erguidos solo habían conseguido serrar tres de las patas del antílope. Pero ya no disponían de más tiempo. Apretando a su bebé contra el pecho, Buscadora corrió tras su tropa, en dirección a la fría oscuridad ancestral de la selva.

Aquella noche, mientras Buscadora pernoctaba en su nido formado por ramas dobladas sobre la cima de un árbol, algo la despertó. Aferrada, acurrucada junto a su madre, emitía unos leves ronquidos.

Había algo en el aire, un ligero aroma que penetraba en sus fosas nasales. Olía a cambio.

Buscadora era un animal que dependía completamente del ecosistema en el que habitaba, con lo que era muy sensible a cualquier cambio venidero. Pero en ella había mucho más que un instinto animal: mientras contemplaba las estrellas con sus ojos todavía adaptados a los frondosos espacios selváticos, sintió una curiosidad aún por definir.

Si hubiera necesitado un nombre, sin duda habría sido «Buscadora».

Era aquella chispa de curiosidad, una especie de tenue ancestro del instinto explorador, la que había guiado a su estirpe tan lejos de África. Cuando la Edad de Hielo mordió al mundo, las extensiones selváticas menguaron todavía más, incluso desaparecieron. Para sobrevivir, los simios tenían que huir a través de los peligros de las llanuras en busca de nuevos bosques, de la imaginaria seguridad de un nuevo hogar. Incluso aquellos que sobrevivían rara vez emprendían más de un viaje de aquellas características a lo largo de toda su vida, una odisea solitaria de un kilómetro o poco más. Pero algunos tuvieron suerte y lo lograron. Hasta tuvieron descendencia, y algunos de sus hijos llegaron a su destino.

Con todo aquello, y con el paso de miles de generaciones, los simios forestales salieron progresivamente de África. Llegaron a Asia y cruzaron el estrecho de Gibraltar hasta España. Era un eco avanzado de las migraciones más resueltas del futuro. Pero los simios siempre se dispersaban y dejaban un rastro escaso; ningún paleontólogo humano habría sospechado jamás que llegaron tan lejos, desde África, como al lugar donde se encontraban entonces, en el noroeste de la India, ni que se habían alejado más todavía.

Y en aquel momento, mientras Buscadora contemplaba el cielo, una estrella descendió hasta su campo de visión, lentamente, con suavidad, con la agilidad de un felino. Su luz brillaba lo suficiente como para proyectar una sombra en el suelo. Asombro y terror se mezclaron en su cabeza. Alzó un brazo, pero la estrella se encontraba más allá del alcance de su mano.

A aquellas horas de la noche, la India se encontraba inmersa en la oscuridad de la Tierra. Pero allí donde la luz del sol bañaba la superficie del planeta, había un brillo en colores marrones, azules y verdes, centelleando en parches como puertas minúsculas que se abren. Las mareas de los cambios sutiles lavaban el planeta como preparando un segundo final.

El mundo entero se estremeció y Buscadora abrazó con fuerza a su hija.

Por la mañana, la tropa de simios estaba agitada. El aire era más frío, más punzante, cargado de algo que un ser humano habría definido como eléctrico. La luz era extraña, brillante y pálida. Incluso allí, en lo más profundo de la selva, soplaba una brisa que agitaba las hojas de los árboles. Había algo distinto. Algo había

cambiado y los animales estaban inquietos.

Buscadora avanzó con audacia entre la brisa. Aferrada, parloteando, la siguió a cuatro patas.

Intentaba encontrar el límite de la selva. En una llanura, iluminada por el sol de la mañana, no había objetos agitados por el viento. Buscadora escudriñaba todo lo que veía, con un ápice de perplejidad en lo más profundo de su mente. Su cabeza, adaptada al entorno selvático, no era buena analizando paisajes, pero enseguida le pareció que había algo diferente. Probablemente, antes todo había sido más verde; probablemente, habían crecido árboles en aquellas áridas colinas, y probablemente, el agua había caído tiempo atrás por aquellos yermos barrancos. Pero tampoco podía estar segura. Sus recuerdos, siempre incoherentes, ya se estaban desvaneciendo.

Pero había un objeto en el cielo. No era un pájaro, dado que no se movía ni volaba.

No era una nube, dado que su forma era dura, definida y redonda. Y brillaba. Brillaba casi tanto como el propio sol.

Corriendo, Buscadora se alejó de la oscuridad de la selva en dirección al claro.

Caminó hacia delante, hacia atrás, bajo aquel objeto, inspeccionándolo. Tenía un tamaño similar al de su cabeza y se movía con la luz... o tal vez era la propia luz del sol la que se reflejaba en él, como lo haría en un arroyo de agua clara. No desprendía olor. Era como una pieza de fruta colgada de una rama, aunque sin árbol. Cuatro mil millones de años de adaptación a la gravedad invariable de la Tierra habían inculcado en los simios que no existía nada tan pequeño y pesado que pudiera flotar en el aire sin soporte alguno: aquello era algo nuevo, y, en consecuencia, había que temerlo. Pero no cayó sobre ella ni la atacó de ninguna forma.

Buscadora se puso de puntillas, inspeccionando la esfera. Vio dos ojos que le devolvieron la mirada.

Gruñó y se dejó caer al suelo. Pero la esfera flotante no reaccionó, y cuando volvió a mirarla, lo comprendió. Lo que había visto en ella era su propio reflejo, aunque retorcido y distorsionado; los ojos eran los suyos, iguales que cuando los había observado en otras ocasiones sobre la superficie de aguas tranquilas. De todos los animales de la Tierra, solamente su especie podría reconocerse en un reflejo, porque su especie era la única que tenía un auténtico sentido de su propia existencia. Pero, por un momento, pensó que la esfera flotante también estaba mirándola, como si toda ella fuera un gran ojo.

Intentó tocarla, pero ni siquiera de puntillas, extendiendo sus largos brazos trepadores, logró alcanzarla. Con más tiempo, podría haber ideado la forma de trepar sobre algún objeto para llegar hasta la esfera, como una piedra o un montón de ramas.

Pero Aferrada gritó.

Buscadora salió disparada a cuatro patas, antes incluso de darse cuenta de lo que

estaba haciendo. Cuando vio lo que le ocurría a su hijita, se aterrorizó.

Había dos criaturas sobre Aferrada. Eran parecidas a los simios, pero se sostenían sobre dos pies y su estatura era bastante superior. Tenían el torso de color rojo vivo, como si estuvieran empapadas en sangre, y sus rostros eran llanos y lampiños. Y tenían a Aferrada. Habían dejado caer algo, como unas lianas o hiedras sobre el bebé. Aferrada luchaba, chillaba y mordía, pero las dos criaturas recogieron sin problemas las lianas para atraparla.

Buscadora dio un salto, gritando y enseñando los dientes.

Una de las criaturas de torso rojo la vio. Sus ojos se abrieron por el susto. Llevaba un palo que empezó a agitar en el aire. Un duro y fuerte impacto golpeó la cabeza de Buscadora. Pero ella era lo suficientemente fuerte y rápida como para que su propio impulso provocase un choque contra la criatura, a la que derribó y lanzó al suelo. En su cabeza volaban estrellas y su boca se llenó del sabor de la sangre.

Hacia el este, un manto de oscuridad en forma de nube negra irrumpió en el horizonte. Se oyó el remoto rugido de un trueno y se vio la luz de un relámpago.

Little Bird

En el momento de la Discontinuidad, Bisesa Dutt estaba en el aire.

Desde su posición, en la parte posterior de la cabina del helicóptero, su visibilidad era limitada, lo que no dejaba de resultar irónico, puesto que el objetivo principal de la misión era observar el suelo. Pero a medida que el *Little Bird* se elevaba, y su campo de visión se ampliaba, Bisesa pudo ver las hileras de hangares prefabricados de la base, alineadas a la perfección, con la meticulosidad propia de las mentes militares. Aquella base de Naciones Unidas ya tenía tres décadas de antigüedad, y esas estructuras «temporales» habían adquirido una imponente imponencia poco convincente y los caminos polvorientos que se alejaban en la llanura estaban a rebosar de vehículos y personas.

A medida que el *Bird* iba ascendiendo, la base fue transformándose en un borroso entramado de camuflaje y blanco, perdido en la inmensidad del llano. El terreno era desértico, con alguna salpicadura de gris verdoso allí donde una fila de árboles o de hierbas luchaba por sobrevivir. Pero, más lejos, las montañas se mostraron sobre el horizonte, coronadas de nieve, majestuosas.

El helicóptero dio un bandazo y Bisesa salió despedida hacia un lado. Casey Othic, el piloto principal tiró firmemente de una palanca demandando y el *Little Bird* se niveló de nuevo, tras un leve descenso brusco hacia las rocas que cubrían el suelo. Se volvió y sonrió a Bisesa:

—Lo siento. El parte meteorológico no ha anunciado semejantes ráfagas.

No dan una. ¿Estás bien?

Su voz resonó en los auriculares de Bisesa.

—Me siento como si estuviera en la bandeja trasera de un Corvette.

—No hace falta que grites —repuso el piloto, mostrando una dentadura perfecta con su sonrisa—. Te oigo por la radio. —Dio unos golpeó tos en su casco—. Ra-di-o. ¿Ya las tenéis en el ejército británico?

En el asiento contiguo al de Casey, Abdikadir Omar, el segundo piloto, lanzó una mirada al americano, negando con la cabeza en señal de desaprobación.

El *Little Bird* era un helicóptero de observación. Su diseño procedía de los helicópteros de ataque que volaban desde finales del siglo xx. Aquel año, el 2037, estaba resultando tranquilo y el aparato se dedicaba a tareas más pacíficas: observación, búsqueda y rescate. Su cabina abombada se había expandido para aumentar su capacidad a tres tripulantes, los dos pilotos en la parte delantera y Bisesa embutida en la banqueta posterior.

Casey pilotaba el veterano helicóptero con suma facilidad, a una sola mano. Su rango era el de suboficial jefe, y las Fuerzas Aéreas y Espaciales de Estados Unidos lo habían destinado a aquel destacamento de la ONU. Era un hombre algo achaparrado y bastante musculoso. Llevaba el típico casco azul, pero lo había adornado con una bandera norteamericana no del todo reglamentaria, que ondeaba bajo una simulada brisa. La pantalla constaba de una gruesa visera tintada que cubría la mayor parte de su rostro por encima de la nariz, con lo que Bisesa solo alcanzaba a ver su amplia y protuberante barbilla.

—Me doy cuenta de que estás mirándome, a pesar de esa estúpida visera —dijo Bisesa, con un tono algo lacónico.

Abdikadir, un atractivo pashtún, se volvió hacia ella y le sonrió.

—Si pasas un tiempo con los monos, como Casey, te acostumbras —dijo.

—Soy un perfecto caballero —repuso Casey. Se inclinó para poder leer su identificación—. Bisesa Dutt. ¿Es un nombre pakistaní?

—Hindú.

—Ah, ¿eres de la India? Pero tienes un acento... no sé, ¿australiano?

Bisesa contuvo un suspiro. Los americanos jamás reconocían los acentos regionales.

—Soy de Manchester, Inglaterra. Soy británica, de tercera generación.

—Bienvenida a bordo, Lady Dutt —dijo Casey, hablando como Cary Grant.

—Eres más que previsible —le espetó Abdikadir dándole un golpecito en el brazo—. Vas de un estereotipo a otro. Bisesa, ¿es esta tu primera misión?

—La segunda —respondió ella.

—Yo he volado con este gilipollas un montón de veces, y siempre hace lo mismo, llevemos a quien llevemos detrás. No le hagas ni caso.

—No pasa nada —repuso Bisesa, sosegadamente—. Es que se aburre.

Casey soltó una carcajada:

—La Base Clavius es un poco sosa, sí. Pero deberías sentirte en casa, Lady Dutt, en la Frontera del Noroeste. A ver si encontramos algo que podamos derribar para entretenemos.

—¿Qué podíamos esperar de un triste cristiano?

—¿Qué te pasa a ti, muyahidín narigudo? —rugió Casey.

Abdikadir detectó la expresión de alarma en el rostro de Bisesa y se apresuró en aclarar:

—Ah, no te preocupes. Yo soy muyahidín de verdad, o lo era, y él es cristiano. Pero en realidad, somos la mar de amigos.

De pronto, entraron en una zona de turbulencias. Fue como si el helicóptero hubiera caído varios metros en picado a través de un agujero en el aire. Los pilotos concentraron su atención en los mandos y guardaron silencio.

Del mismo rango que Casey, Abdikadir, ciudadano afgano, era un pashtún, nativo de la zona. Bisesa había tenido pocos días para conocerlo durante el escaso tiempo que pasó en el emplazamiento. Tenía un rostro fuerte y abierto, una gran nariz que podría haberse definido como romana, y una línea de barba. Sus ojos eran de un sorprendente azul, y su cabello, pelirrojo claro. Aseguraba haber heredado sus rasgos de los ejércitos de Alejandro Magno, que había pasado por allí hacía muchísimos años. Hombre afable, cercano y civilizado, aceptó su posición en la informal jerarquía: aunque era uno de los pocos pashtunes que se había pasado al bando de la ONU, como afgano tenía que mostrar deferencias ante los americanos, y pasaba mucho más tiempo como copiloto que pilotando. El resto de las tropas británicas lo llamaba El Pelirrojo.

El vuelo prosiguió. El helicóptero no era nada cómodo. Era viejo: la cabina hedía a aceite de motor y a fluido hidráulico. Todas las superficies metálicas estaban llenas de rozaduras y rayadas por el uso, y dos listones de la banqueta de Bisesa estaban mal pegados con cinta aislante. El ruido de los rotores, a pocos metros de su cabeza, era insoportable, pese a su grueso casco acolchado. Pero, aun así, pensó la mujer, los gobiernos siempre gastaban más dinero en la guerra que en la paz.

Cuando oyó acercarse al helicóptero, Moallim supo lo que tenía que hacer.

La mayor parte de los aldeanos corrió para asegurarse de que sus alijos de armas y hachís estaban bien escondidos. Pero Moallim tenía otra idea en mente. Cogió su equipamiento y se dirigió a toda prisa hacia la trinchera que había excavado semanas antes, preparándose para un día como aquel.

En pocos segundos, se encontró apoyado contra la pared de la zanja, con el lanzagranadas apoyado en el hombro. Había pasado varias horas cavando un agujero lo suficientemente profundo como para mantenerlo alejado del peligro, pero también que le permitiera sostener el lanzagranadas con una elevación lógica. Cuando se hubo ocultado allí, cubriendo su cuerpo con tierra y ramas sueltas, se dio cuenta de que estaba muy bien camuflado. El lanzagranadas era una reliquia; de hecho, se trataba de un arma utilizada durante la invasión rusa en Afganistán en los años ochenta. Pero bien mantenida y limpia, seguía funcionando y seguía siendo letal. En cuanto el helicóptero se acercase a su posición, Moallim tenía claro que no fallaría.

Tenía quince años.

Con tan solo cuatro años de edad, tuvo lugar su primer encuentro con los helicópteros del oeste. Un grupo de ellos apareció una noche, volando muy bajo, como negros cuervos furiosos. Su sonido martilleaba los oídos y el viento producido por sus aspas derribaba a las personas y les soltaba las ropas. Moallim oyó contar, aunque no llegó a verlo por sí mismo, que un bebé fue arrancado de los brazos de su madre y salió volando en remolinos hacia arriba, para no volver a bajar nunca.

Entonces empezaron los disparos.

Más tarde, llegaron más helicópteros que dejaron caer octavillas donde se aclaraba el «propósito» de aquel bombardeo: el tráfico de armas se había incrementado en aquella zona, y existía la sospecha de que un cargamento de uranio pasaría por el pueblo. El ataque, «necesario», resultaba «imprescindible» y se aplicaría la «fuerza mínima». Los aldeanos utilizaron las octavillas para limpiarse el trasero. Todos odiaban a los helicópteros, por su arrogancia y prepotencia. Con cuatro años, Moallim no supo encontrar palabras para describir cómo se sintió.

Y ahora regresaban los helicópteros. Se suponía que los de la ONU acudían allí en misiones pacificadoras, pero todo el mundo sabía que lo que buscaban era otro tipo de paz, y que esas naves de «vigilancia» transportaban armamento.

Todos esos problemas solo tenían una solución posible, y así se lo habían inculcado a Moallim.

Los mayores habían entrenado a Moallim para manejar el lanzagranadas propulsado. Siempre era difícil acertar sobre un blanco en movimiento, con lo que los detonadores habían sido recolocados con temporizadores, de forma que explosionasen en el aire. Así, bastaba con acercarse al objetivo, sin necesidad de impactar directamente sobre él, especialmente en el caso de un helicóptero, que caería derribado al recibir una detonación en el rotor de la cola, que era su elemento más vulnerable.

Los lanzagranadas propulsados eran grandes, voluminosos y llamativos. No eran fáciles de manejar, y costaba mucho levantarlos y apuntar al objetivo. Ni que decir tiene que cualquiera estaba acabado si se dejaba ver sosteniendo uno de ellos sobre un tejado o en un terreno abierto. Había que ocultarse y dejar al helicóptero acercarse. De esa forma, la tripulación, entrenada para evitar edificios por miedo a las trampas, no vería más que el extremo de un tubo sobresaliendo del suelo. Tal vez pensasen que se trataba de una tubería rota, de alguno de los proyectos «humanitarios» impuestos en la zona desde varias décadas atrás. Si un helicóptero sobrevolaba un campo abierto, estaría convencido de no correr peligro. Moallim sonrió.

Bisesa notó algo extraño en el cielo. Una serie de nubes, gruesas y negras, empezó a formarse de la nada y a agruparse en una masa densa que se extendía por todo el horizonte, enmascarando las montañas. Incluso el propio cielo parecía haber empalidecido.

Discretamente, extrajo su teléfono de un bolsillo de su traje. Ocultándolo en su mano, susurró:

—No recuerdo que el parte meteorológico haya anunciado tormentas.

—Yo tampoco —respondió el aparato. Estaba sintonizado con las emisoras meteorológicas civiles. Bisesa empezó a navegar entre los cientos de canales

invisibles sobre aquel retal de la Tierra, en busca de algún parte actualizado.

Era el 8 de junio de 2037. O eso pensaba Bisesa. El helicóptero emprendió el vuelo.

Ojo Maléfico

La primera señal que recibió Josh White de los extraños acontecimientos que estaban desencadenándose en el mundo fue un despertar brusco: una ruda mano se posó sobre su hombro, acompañada de un grito nervioso y un gran rostro amenazante sobre el suyo.

—Josh, vamos, ¡haz el favor de despertarte! No te lo vas a creer. Si no son los rusos, no sé qué coño será...

Por supuesto, era Ruddy. El joven periodista tenía la camisa desabrochada y no llevaba americana; tenía siempre el aspecto de acabar de levantarse vestido de la cama. Pero su enorme cara, dominada por unas grandes cejas, estaba empapada en sudor, y sus ojos, reducidos en tamaño por unas gafas que parecían lupas, bailaban y brillaban de excitación.

Josh se sentó del susto. La luz del sol penetraba en la habitación a través de la ventana abierta. Era media tarde; llevaba una hora durmiendo la siesta.

—Demonios, ¿qué es tan importante como para privarme de mi rato de descanso? Sobre todo, después de lo de anoche... Dé jame lavarme la cara, por lo menos.

—De acuerdo —respondió Ruddy—, pero tienes diez minutos, Josh. No te lo perdonarás nunca si te pierdes esto. ¡Diez minutos! —Se precipitó fuera de la habitación.

Josh, resignándose a lo inevitable, salió de la cama y empezó a deambular medio dormido por la estancia.

Lo mismo que Ruddy, Josh era periodista, corresponsal especial del *Boston Globe* en la Frontera del Noroeste, aquel remoto rincón del Imperio británico. Remoto, sí, pero probablemente crucial para el futuro de Europa, y punto de interés incluso tan lejos como en Massachussets. La habitación no era más que un estrecho agujero en el fuerte, y tenía que compartirla con Ruddy, gracias al cual se encontraba entre un montón de ropa desordenada, baúles medio llenos, libros, papeles y una pequeña mesa plegable donde Ruddy redactaba sus artículos para la *Gaceta Civil y Militar*, su periódico local de Lahore. Pese a ello, Josh era consciente de la suerte que tenía de tener un techo bajo el que dormir. La mayor parte de las tropas concentradas en Jamrud, tanto hindúes como europeas, pasaban las noches en tiendas de campaña.

Al contrario que los soldados, Josh gozaba de un perfecto derecho a una siesta si la necesitaba. Pero en aquel momento, oyó que algo raro se estaba cocinando: voces, pasos precipitados. No era una acción militar, eso seguro; y tampoco era otro ataque de los rebeldes pashtunes, o ya se habrían escuchado disparos. Entonces, ¿qué

sucedía?

Josh encontró una palangana con agua limpia y caliente, junto con su cuchilla de afeitar. Se lavó la cara y el cuello, sin dejar de mirar el rostro agotado que se reflejaba en el espejo rayado colgado en la pared. Sus rasgos eran pequeños, con una nariz que él mismo consideraba chata, y aquella tarde, las ojeras no hacían ningún favor a su aspecto. En realidad, aquella mañana no había sentido demasiado dolor de cabeza, pero para sobrevivir a las largas noches en aquel lugar, había aprendido a aferrarse a la cerveza. Ruddy, por otro lado, se había dejado tentar por su ocasional pasión por el opio, aunque las horas que había empleado fumando del narguile parecían no haber dejado secuelas en su constitución de joven de diecinueve años. Josh, que se sentía como un veterano de guerra a sus veintitrés, lo envidiaba.

El agua caliente era cortesía de Noor Ali, el sirviente de Ruddy. Era un tipo de servicio con el que el bostoniano Josh no se sentía cómodo: cuando Ruddy dormía sus peores excesos, Noor Ali debía afeitarlo en la cama, ¡incluso estando dormido! Y a Josh le costaba comprender los latigazos que Ruddy le propinaba cuando lo consideraba necesario, de vez en cuando. Pero Ruddy era angloindio, nacido en Bombay. Josh no dejaba de recordarse que aquel era su país, y que él solamente estaba allí para informar, no para juzgar. Y, en cualquier caso, había que reconocer que era genial despertarse con un barreño de agua caliente y una o dos tazas de té.

Josh se secó la cara y se vistió a toda prisa. Echó un último vistazo a su reflejo y se peinó con los dedos su rebelde mata de negros cabellos. En el último instante, decidió poner el revólver en su cinturón. Luego, se dirigió hacia la puerta.

Era la tarde del 24 de marzo de 1885. O eso pensaba Josh.

En el interior del fuerte, reinaba el nerviosismo. En la plaza ensombrecida, los soldados se precipitaban hacia la entrada. Josh se unió a las excitadas masas.

La mayoría de los británicos allí apostados eran highlanders, y aunque algunos vestían las informales ropas nativas, como los pantalones a la altura de las rodillas; otros llevaban chaquetas de caqui y pantalones de tartán. No obstante, los rostros de tez blanca eran escasos; había tres veces más gurjas y sijs que británicos. En cualquier caso, aquella tarde, tanto europeos como cipayos se empujaban y luchaban por salir del fuerte. Los hombres, destinados en ese desolado lugar, alejados de sus familias durante meses, hubieran dado cualquier cosa por un ápice de novedad que rompiera la monotonía. Pero, de camino a la entrada, Josh vio al capitán Grove, el comandante del fuerte, abriéndose paso a través de la plaza, con una expresión de preocupación plasmada en su rostro.

Cuando logró salir del fuerte, Josh sintió un rápido deslumbramiento de la luz solar de la tarde. El aire era fresco y cortante, y de pronto, se dio cuenta de que estaba tiritando. El cielo era de un azul grisáceo, y ni una sola nube flotaba en su

inmensidad, pero hacia el horizonte occidental, Josh vio un frente de oscuridad, parecido a una tormenta, que se acercaba a ellos. En aquella época del año, aquel era un clima muy poco habitual.

Estaban en la Frontera del Noroeste, el lugar donde La India se encontraba con Asia. Para el Imperio británico, aquel gran corredor que se extendía de nordeste a suroeste entre las cordilleras montañosas por el norte y el Indo por el sur, era la frontera natural del dominio hindú, pero era una zona peligrosa, y de su estabilidad dependía la seguridad de la provincia más preciada del Imperio británico. Y el fuerte de Jamrud se encontraba justo en medio de aquel lugar.

El propio fuerte era una construcción medio en ruinas, con una cortina de paredes de piedra y grandes torres de vigilancia en las esquinas. Fuera de sus muros, se habían instalado varias hileras de tiendas de campaña de los militares. Originalmente, Jamrud había sido construido por los sijs, que habían gobernado durante mucho tiempo y sufrido sus propias guerras contra los afganos; pero en aquellos tiempos, pertenecía en su totalidad a los británicos.

Pero aquel día, no era el destino de los imperios lo que ocupaba las mentes de todos. Los soldados corrían por la extensión de tierra que servía como patio de formación del fuerte, para dirigirse a un punto que estaría a unos noventa metros de la puerta. Allí, Josh vio lo que parecía un balón metálico flotando en el aire. Era plateado y reflejaba suavemente la luz del sol. Un grupo de unos cincuenta militares se agolpaba en torno a aquella misteriosa esfera, formando una tropa de varios rangos y vestimentas.

En medio de todo aquello, por supuesto, estaba Ruddy. Incluso en aquellas circunstancias había tomado las riendas de la situación, siguiendo a un lado y al otro a la esfera flotante, observándola a través de los gruesos cristales de sus gafas y rascándose la barbilla como si fuera un sabio como Newton. Ruddy era más bien bajito, con una estatura de poco menos de un metro setenta, y algo achaparrado y relleno. Tenía las facciones grandes, lucía un atrevido bigote y, sobre las pobladas cejas, había una frente amplia ya expuesta a una incipiente caída del cabello. Josh pensaba que Ruddy, con aquel porte tieso aunque vigoroso, aparentaba treinta y nueve años en lugar de los diecinueve que tenía. Tenía una fea mancha en la mejilla, que él atribuía a una mordedura de hormiga y no respondía al tratamiento.

En ocasiones, los soldados se burlaban de Ruddy por su prepotencia y pomposidad, aunque los soldados nunca perdían excesivamente su tiempo con los civiles. Pero, al mismo tiempo, sentían cariño por él; en sus artículos para la Gaceta, y en sus historias cuarteleras, Ruddy siempre los dotaba de una elocuencia que ellos sabían que no tenían.

Josh se abrió paso entre la multitud para unirse a Ruddy.

—No consigo ver qué tiene de raro esta pelota flotante. ¿Será algún truco de

magia?

—Más bien parece un truco del zar —gruñó Ruddy—. Puede que sea un nuevo heliógrafo.

Cecil de Morgan, el comisionado, se unió a ellos.

—Si es magia, quiero descubrir el truco. A ver... tú. —Se acercó a uno de los cipayos—. ¿Me dejas tu bate de críquet? —Lo cogió sin esperar respuesta y empezó a zarandearlo por debajo y por los lados de la esfera—. ¿Lo veis? No hay nada que lo sostenga. Ni hilos invisibles, ni varas de vidrio. Ninguna posibilidad de que esté sujeta por ninguna parte.

A los cipayos no les hacía ninguna gracia:

—*¡Asli nahin! ¡Fareib!*

—Algunos dicen que es un Ojo. Un Ojo Maléfico —murmuró Ruddy—. Tal vez necesitemos un *nuzoo-watto* para desviar su siniestra mirada.

—Amigo —respondió Josh, apoyando una mano sobre su hombro—, creo que estás más inmerso de lo que estás dispuesto a admitir en la cultura hindú. Seguramente, se trata de un globo lleno de aire caliente. Y ahí termina el misterio.

Pero Ruddy estaba distraído, observando cómo un oficial con semblante preocupado se acercaba entre la multitud, buscando a alguien con la mirada. Ruddy se acercó a él.

—¿Un globo, dices? —preguntó De Morgan a Josh—. Si es así, ¿cómo permanece tan estático en el aire? Y, además... ¡mira esto! —Balanceó el bate de críquet sobre su cabeza, como si fuera un hacha, y golpeó con todas sus fuerzas la esfera flotante. Se oyó un fuerte sonido y, para sorpresa de Josh, el bate rebotó contra la esfera, que siguió inamovible e intacta, como si de una roca se tratase. De Morgan levantó el bate, y Josh observó que se había agrietado—. ¡Madre mía! Dime, ¿habías visto alguna vez algo igual?

—La verdad es que no —reconoció Josh—. Pero si existe alguna forma de sacarle algún provecho, Morgan, estoy seguro de que tú serás quien la encuentre.

—De Morgan, Joshua. De Morgan.

De Morgan era un comisionado, que se ganaba la vida distribuyendo víveres a Jamrud y a otros fuertes de la Frontera. De unos treinta años de edad, era un hombre alto y algo grasiento. Incluso allí, a kilómetros de la ciudad más cercana, llevaba un traje de caqui nuevo, teñido de un delicado verde oliva, una corbata azul celeste y un salacot blanco como la nieve. Según se había enterado Josh, era un tipo al que le encantaba trabajar al margen de la civilización, donde podía obtener grandes beneficios dado el escaso empeño en el cumplimiento de la ley. Los oficiales no aprobaban a las personas como él, pero De Morgan supo mantener su popularidad gracias al suministro de cerveza y tabaco para los hombres, incluso de prostitutas cuando le era posible, y de ocasionales bolsas de hachís para los oficiales... y

también para Ruddy.

Pese al número de De Morgan, parecía que el espectáculo había concluido. Como la esfera no se movió, ni giró sobre sí misma, ni disparó, el público empezó a aburrirse. Por otra parte, algunos hombres estaban tiritando por el frío, extraño para la época, que traía el viento que soplaba del norte. Uno o dos regresaron al fuerte, y la fiesta empezó a darse por terminada.

Pero entonces, se oyó un grito procedente del otro extremo del grupo allí congregado: otro acontecimiento poco usual. De Morgan, con el olfato a punto para el aroma de la oportunidad, salió corriendo en la dirección del grito.

Ruddy apoyó su mano en el hombro de Josh.

—Vale ya de trucos de magia —le dijo—. Deberíamos regresar. Me temo que pronto tendremos un montón de trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Acabo de mantener una conversación con Brown, que ha hablado con Townshend, que ha oído algo detrás de una puerta. Harley decía que... —El capitán Harley era el oficial político del fuerte, encargado de pasar informes a la agencia de Khyber, el brazo administrativo que tenía tratos diplomáticos con los jefes y los kanes de los pashtunes y las tribus afganas. No era la primera vez que Josh sentía envidia de las relaciones de Ruddy entre los oficiales menores—... hemos perdido las comunicaciones —explicó Ruddy, casi sin aliento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Josh, con expresión preocupada—. ¿Han vuelto a cortar el cable del telégrafo? —Cuando se rompió el enlace con Peshawar, era complicado enviar informes; y el editor de Josh, en Boston, no se mostraba excesivamente comprensivo con los retrasos provocados por las entregas a caballo. Pero Ruddy continuó:

—No se trata solamente de eso. Los heliógrafos tampoco funcionan. Apenas se ha visto una pizca de luz desde las estaciones del norte y del oeste desde el amanecer. Según Brown, el capitán Grove ha mandado a varias patrullas. Sea lo que sea lo que ha pasado, tiene que extenderse y coordinarse.

Los heliógrafos eran unos sencillos aparatos portátiles, simples espejos situados sobre trípodes plegables. Por todas las colinas entre Jamrud y el paso de Khyber, así como en dirección a Peshawar, habían instalado una serie de puestos de comunicación por heliógrafo. Por ese motivo, el capitán Grove se mostraba tan preocupado, allí en el fuerte.

—En el exterior —explicó Ruddy—, unos cien británicos han sido atacados por violentos pashtunes, o los asesinos del emir, o, peor aún, ¡por los títeres de los rusos! —Incluso al describir aquella espantosa posibilidad, los ojos de Ruddy, tras los gruesos cristales de sus gafas, se mostraban tremendamente vivos.

—Saboreas la idea de una guerra como solo lo haría un civil —respondió Josh.

—Si llegara el momento —se defendió Ruddy—, lo soportaría. Pero, por lo pronto, las palabras son mis armas, lo mismo que las tuyas, Josh, así que no me sermonees. —Salió de nuevo su vital personalidad—. Es excitante, ¿no? Eso no puedes negarlo. Al menos, está pasando algo. Venga, ¡vamos a trabajar! —Sin más, se volvió y corrió en dirección al fuerte.

Josh empezó a seguirlo. La pareció oír un sonido de batida, como las alas de algún gran pájaro. Miró a sus espaldas. Pero el viento amainó ligeramente y el extraño sonido se disipó.

Algunos de los soldados seguían jugando con el Ojo. Un hombre se encaramó a los hombros de otro, asió el Ojo con ambas manos y se colgó, suspendiendo todo su peso desde la esfera. Entre risas, el soldado se dejó caer al suelo.

De vuelta a su habitación compartida, Ruddy se sentó de inmediato en su escritorio, se acercó un fajo de papeles, destapó un frasco de tinta y empezó a escribir.

Josh se quedó mirándolo.

—¿Qué vas a decir?

—Enseguida lo sabré. —Escribía incluso mientras hablaba. Era un trabajador poco metódico, con un cigarrillo turco en la boca, como de costumbre, y un montón de manchas de tinta a su alrededor. Josh había aprendido que debía guardar sus cosas lejos de él. Pero no podía dejar de admirar la fluidez de Ruddy.

Con cierta apatía, Josh se tumbó en la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca. Al contrario que Ruddy, él sí debía ordenar sus pensamientos antes de escribir una sola palabra.

La Frontera era un punto de vital estrategia para los británicos, como lo había sido para anteriores conquistadores. Desde allí, en dirección norte y oeste, se extendía Afganistán, con el Hindu Kush en el centro. A través de los pasos montañosos del Kush, habían marchado tiempo atrás los ejércitos de Alejandro Magno y las hordas de Gengis Khan y Tamerlán, atraídas por los misterios y riquezas de la India. El propio jamrud ocupaba una posición clave, en la línea del paso de Khyber, entre Kabul y Peshawar.

No obstante, la propia provincia era algo más que un mero corredor para las tropas extranjeras. Tenía su propio pueblo, que consideraban suyas aquellas tierras: los pashtunes, un clan guerrero y feroz, soberbio y astuto. Los pashtunes —a quienes Ruddy denominaba *Pathans*— eran musulmanes devotos, y vivían guiados por su propio código de honor, llamado *pakhtunwali*. Se dividían en tribus y clanes, pero dicha escisión no hacía sino otorgarles una mayor estabilidad. Por muy dura que fuera una derrota infligida a una tribu o a otra, un mayor número de ellas se lanzaba a las montañas, con sus anticuados mosquetes de cañón largo, llamados *jezails*. Josh había conocido a algunos pashtunes, que habían sido apresados por los británicos. De

ellos pensó que eran uno de los pueblos más extraños con los que se había encontrado. Entre los soldados británicos, existía cierto respeto receloso hacia ellos. Algunos de los highlanders decían incluso que el *pakhtunwali* no era tan distinto de su exclusivista código de honor.

A lo largo de varios siglos, muchos ejércitos invasores habían fracasado en sus intentos de conquistar la Frontera, a la que un administrador imperial había apodado «seto espinoso y silvestre». Incluso en aquel momento, el dominio del poderoso Imperio británico no se extendía mucho más allá de los caminos; fuera de ellos, la ley se basaba en las tribus y las armas.

En esa época, la Frontera era de nuevo el centro de conflictos internacionales. Una vez más, un ambicioso imperio había posado su hambrienta mirada sobre la India: en esa ocasión, era el zar de Rusia. Los intereses británicos eran claros y concisos. Bajo ningún concepto se permitiría que Rusia o Persia se estableciesen en Afganistán. Con ese objetivo, los británicos llevaban décadas intentando asegurarse de que un emir predispuesto a velar por sus intereses gobernase Afganistán, o, en su defecto, estando preparados para declararle la guerra. El enfrentamiento, que se había ido gestando poco a poco, parecía que iba a estallar finalmente en cualquier momento. Aquel mismo mes, los rusos habían avanzado progresivamente hacia Turkistán, y se encontraban entonces en Pandjeh, el último oasis antes de la frontera afgana, una oscura región que, de pronto, era el objetivo de la atención mundial.

A Josh, aquella partida de ajedrez internacional le parecía más bien desconcertante. Simplemente, por situación geográfica, aquella era una zona de roces entre los grandes imperios y, para desgracia de los pashtunes, dichas fricciones se volvían sobre todo contra las personas que habían tenido la mala suerte de nacer y vivir allí. En ocasiones, Josh se preguntaba si en el futuro las cosas continuarían igual, si aquel desértico lugar estaba destinado a ser siempre un campo de batalla, y por qué inimaginables tesoros lucharían los hombres.

—Tal vez un día —le había comentado una vez a Ruddy—, la humanidad dejará a un lado la guerra, como los niños abandonan sus juguetes en algún momento de sus vidas.

—¡Bah! —había espetado Ruddy— ¿Y qué iban a hacer? ¿Jugar al críquet todo el día? Josh, los hombres siempre irán a la guerra, porque los hombres siempre serán hombres, y las guerras siempre serán divertidas.

Josh era ingenuo; un americano estrecho de miras lejos de su hogar, que necesitaba «apagar la juventud que había en él», decía Ruddy a sus diecinueve años de edad.

En poco menos de media hora, Ruddy había terminado su borrador. Se sentó, mirando por la ventana en la rojiza luz del atardecer, con sus ojos miopes, perspectivas que Josh no podía compartir con él.

—Ruddy, si hay problemas serios, ¿crees que nos mandarán de vuelta a Peshawar? —preguntó.

—¡Espero que no! —bufó este—. Estamos aquí precisamente por los problemas: —leyó en voz alta un fragmento de lo que había escrito—. «Pensemos en ello. A lo lejos, más allá de Hindu Kush, ya están en marcha, con sus uniformes verdes o grises, marchando bajo el águila del zar. Pronto llegarán al paso de Khyber. Pero en el sur, otras filas se formarán, hombres de Dublín y Delhi, Calcuta y Colchester, unidos en una única disciplina y en un solo propósito, dispuestos a sacrificar sus vidas por la Viuda de Windsor...». Los bateados están en las gradas del campo, los palos están preparados y los árbitros en posición. ¡Y nosotros nos vamos a la banda! ¿Qué te parecería eso, eh, Josh?

—Puedes llegar a ser irritante, Ruddy.

Pero antes de que Ruddy pudiese responder, Cecil de Morgan irrumpió en la habitación. El comisionado tenía el rostro en llamas, y llevaba la ropa sucia y polvorienta.

—¡Tenéis que venir, amigos! —exclamó—. No os vais a creer lo que hemos encontrado.

Con un suspiro, Josh se levantó de la cama. ¿Acaso no iban a cesar los hechos extraños aquel día?

Era un chimpancé. Eso fue lo primero que pensó Josh. Un chimpancé atrapado en una red de camuflaje, tumbado pasivamente en el suelo. En otro fardo cercano, había otro animal, tal vez una cría. Ambos habían sido trasladados al campamento mediante palos insertados en las redes. Dos cipayos estaban desenvolviendo al mayor.

De Morgan ya estaba rondando por allí, para no perderse detalle.

—Los han cazado un poco más al norte. Dos soldados que patrullaban la zona, a poco más de un kilómetro de aquí —les explicó.

—Solo es un chimpancé —dijo Josh.

—Que yo sepa, en esta parte del mundo no hay chimpancés —observó Ruddy, tirándose reflexivamente del bigote—. ¿Hay algún zoológico en Kabul?

—Esto no es de ningún zoológico —espetó De Morgan—. Y tampoco es un chimpancé. Tened cuidado, chicos...

Los cipayos despojaron al animal de la red que lo aprisionaba. Tenía el pelo mojado de su propia sangre. Estaba hecho un ovillo, con las piernas dobladas hacia el pecho, y la cabeza protegida por sus largos brazos. Los hombres sostenían palos como si fueran bates, y Josh vio varias lesiones en la espalda del animal.

El animal pareció darse cuenta de que lo habían liberado de sus redes. Bajó las manos y, con un movimiento rápido y preciso, se puso en cuclillas, con los nudillos ligeramente apoyados en el suelo. Los hombres retrocedieron con cautela y el animal

los miró fijamente.

—Es una hembra, sin lugar a dudas —observó Ruddy.

—Haz que se levante —ordenó De Morgan a un cipayo.

De mala gana, el cipayo, que era un hombre fornido, se acercó. Alzó el palo que sostenía y propinó un empujón al animal en el trasero. La criatura gruñó y mostró los dientes. Pero el cipayo no se amedrentó. Finalmente, con un grácil movimiento — incluso digno, según Josh— la criatura se puso en pie.

Completamente erguida.

Josh oyó a Ruddy contener un grito.

Tenía el cuerpo de un chimpancé, no cabía la menor duda. Ubres caídas, partes pudendas protuberantes y nalgas rosadas; y sus extremidades tenían las proporciones de las de un mono. Pero se mantenía erguida sobre unas piernas largas y articuladas desde la pelvis, como lo haría cualquier ser humano, según observó Josh.

—¡Dios mío! —exclamó Ruddy—. Es como una caricatura de mujer. ¡Una monstruosidad!

—No es ninguna monstruosidad —apuntó Josh—. Es medio humana, medio mono. He leído artículos de biólogos que versan sobre estos seres; criaturas a medio camino entre nosotros y los animales.

—¿Lo estáis viendo? —dijo De Morgan, mirándolos alternativamente, con una mezcla de entusiasmo y temor—. ¿Alguien había visto alguna vez algo semejante? — Se acercó a la criatura.

El corpulento cipayo dijo, con un acento muy cerrado:

—Tenga cuidado Sahib. Mide poco más de un metro de altura, pero puede arañar y dar patadas, se lo aseguro.

—No es un mono. ¡Es un simio! ¡Un simio humano! Tenemos que llevarla a Peshawar, luego a Bombay y también a Inglaterra. ¡Causará sensación en los zoológicos! Y tal vez también en los teatros... No hay nada igual en el mundo, ni siquiera en África. Es increíble.

El otro animal, la cría, que seguía aprisionada en la red, empezó a despertarse. Emitió unos débiles quejidos y se movió ligeramente. De inmediato, la hembra adulta reaccionó, como si antes no hubiera visto que la pequeña también estaba allí. Saltó en dirección al cachorro.

Los cipayos le propinaron un golpe con los palos. Ella se dio la vuelta y empezó a darles patadas, pero la azotaron hasta derribarla.

Ruddy se abalanzó hacia ellos, con una expresión incrédula en el rostro.

—¡Por Dios bendito! ¡No la golpeéis así! ¿Es que no lo veis? ¡Es su madre! Miradle los ojos. Esa expresión os perseguirá para siempre... —Pero la hembra simio seguía peleando, los hombres seguían azotándola con el palo, y De Morgan seguía gritando, temeroso de perder su valioso hallazgo o, peor aún, de que lo matasen.

Josh fue el primero que oyó el estruendo. Miró hacia el este y vio una serie de enormes nubes de polvo que se levantaban por los aires.

—Otra vez ese ruido. Antes también lo oí...

Ruddy, con la atención desviada en la violenta escena, masculló:

—¿Qué demonios pasa ahora?

Lanzagranadas

Casey informó:

—Nos encontramos próximos al lugar. Empezamos el reconocimiento.

El helicóptero se dejó caer como un ascensor de alta velocidad. Bisesa, pese al entrenamiento que cargaba sobre sus espaldas, sintió un nudo en el estómago.

En aquellos momentos, sobrevolaban una aldea. Árboles, tejados de plomo herrumbroso, vehículos y montones de neumáticos se escapaban de su campo de visión. El helicóptero se ladeó y empezó a rotar en el sentido contrario a las agujas del reloj. El reconocimiento consistía en volar en círculos para observar la zona. Pero, dada la inclinación del aparato, Bisesa, encajada en su pequeña banqueta, no veía nada más que el cielo. Toda una ironía, pensó. Suspiró y revisó el pequeño panel de control fijado a la pared que tenía al lado. Del suelo de la aeronave colgaba una vaina con cámaras, contadores Geiger, sensores de calor, radares e incluso «narices» químicamente sensibles, todos ellos suspendidos bajo el armazón del helicóptero.

El *Little Bird* formaba parte de las infraestructuras de comunicación mundial de un ejército moderno. En algún lugar sobre la cabeza de Bisesa, había un gran helicóptero C2 —clasificado como «de mando y control»—, y aquello solo era la punta de una gran pirámide invertida de tecnología, que constaba de colosales aviones de vigilancia, aeronaves de reconocimiento y patrulla, e incluso satélites fotográficos y de radar, con todos sus sentidos electrónicos concentrados en aquella zona. Las corrientes de datos recopiladas por Bisesa eran analizadas en tiempo real por sistemas inteligentes a bordo del *Bird* y otros vehículos de alto nivel, así como en el centro de control de operaciones de la propia base. Cualquier anomalía detectada llegaría de inmediato a Bisesa, para su confirmación mediante el enlace que mantenía con su control, separado de la conexión con el comandante aéreo por medio de la red de mando.

Todo aquello era muy sofisticado, pero, lo mismo que el manejo del propio helicóptero, la parte de recopilación de datos de la misión se llevaba a cabo de forma prácticamente automática. Con el bloqueo del vuelo en círculos, la misión se normalizó y la tripulación retomó su conversación distendida.

Bisesa sabía cómo se sentían. Se había formado como Técnica en Control de Combate, o especialista en coordinar las comunicaciones tierra-aire durante un conflicto. Su misión principal era la de volar a zonas peligrosas y dirigir bombardeos y ataques aéreos mediante misiles desde tierra. Todavía no le había hecho falta utilizar todos aquellos conocimientos. Sus cualidades la convertían en la persona

ideal para aquel tipo de función de observación, pero no podía olvidar que no era aquello para lo que ella se había preparado.

Solamente debía trabajar en aquella misión de observación y pacificación de la ONU durante una semana, pero se le estaba haciendo muy larga. Las tropas se alojaban en hangares habilitados para convertirse en barracones. Enormes, sin muebles, con un hedor impregnado de aceite y combustible, demasiado calurosos durante el día y demasiado fríos durante la noche, aquellos inmensos cajones desalmados de metal y plástico le parecían horribles. Por todo ello, sus ocupantes se burlaban y llamaban al conjunto de hangares Base Clavius, como la base multinacional establecida en la Luna.

Las tropas debían realizar un programa diario de entrenamiento físico, hacer guardias, y ocuparse del mantenimiento del equipamiento y de otros detalles rutinarios. Pero aquello no era suficiente para llenar su tiempo o para satisfacer sus necesidades. En sus grandes hangares, también practicaban el voleibol o el tenis de mesa, y algunos jugaban eternas partidas de póquer. Y, como la proporción entre hombres y mujeres era aproximadamente del cincuenta por ciento, aquel lugar era un acalorado semillero sexual. Algunos de los hombres parecían empeñados en competir por llegar al orgasmo en las posiciones o situaciones más inverosímiles, como colgados del arnés de un paracaídas.

En semejante ambiente, tampoco resultaba extraño que hombres como Casey Othic se volvieran un poco locos, pensaba Bisesa.

Ella, por su parte, se mantenía alejada de todas aquellas prácticas. Podía lidiar con los gustos de Casey con relativa facilidad. En esos momentos, el ejército británico apenas era un refugio de igualdad y decoro sexual. Incluso se había desviado del educado interés que mostraba por ella Abdikadir. Después de todo, ella tenía a su hija, Myra, una niña de ocho años tranquila, seria y muy cariñosa, que se encontraba a miles de kilómetros de allí, bajo el cuidado de su niñera, en el apartamento de Bisesa en Londres. Bisesa no mostraba interés alguno por los juegos ni por la complicada política sexual para mantener su mente sana. Tenía a Myra para aquello.

De todas formas, la importancia de la misión mantenía su motivación. En el año 2037, la zona fronteriza entre Pakistán y Afganistán era un centro de tensiones, como lo había sido durante muchos siglos. Una de las razones era que el lugar era el foco del continuado pulso mundial entre el cristianismo y el islam. Para alivio de todo el mundo, excepto de los líderes y agitadores de ambos bandos, la última «guerra de civilizaciones», tan anunciada, nunca había tenido lugar. No obstante, en un lugar como aquel, donde tropas pertenecientes a naciones básicamente cristianas vigilaban un área básicamente musulmana, siempre había alguien dispuesto a iniciar una cruzada o una *jihad*.

También había muchas tensiones locales. El pulso entre India y Pakistán no había

mejorado con la guerra de 2020 que desembocó en la destrucción nuclear de la ciudad de Lahore, aunque las partes implicadas y sus respaldos internacionales hubieran contenido una mayor devastación a nivel mundial. Y, sumadas a todo aquel entramado, por supuesto, se hallaban las pasiones, las aspiraciones y la complicada situación de los habitantes de la zona: los orgullosos pashtunes que, aun arrastrados a los discursos civilizados del mundo, seguían aferrándose a sus tradiciones y defendiendo sus tierras hasta la última gota de su sangre.

Además de todas aquellas antiguas disputas, ahora existía el problema del petróleo, que mantenía al resto del mundo pendiente de la zona. Aunque las posibilidades a largo plazo que ofrecía la fusión fría eran muchas, lo más prometedor de las nuevas tecnologías, su utilidad a escala industrial, aún no se había demostrado. Y las reservas mundiales de hidrocarburos ricos seguían quemándose a la mayor velocidad posible. De esa forma, allí donde una vez se enfrentaron el Imperio británico y la Rusia zarista por las riquezas de la India, ahora los Estados Unidos, China, la Alianza Africana y la Unión Euroasiática dependían de forma crucial de Las reservas petrolíferas de Asia central, donde mantenían un pulso tenso y recíprocamente dependiente.

La misión de Naciones Unidas allí era mantener la paz mediante la vigilancia y el control del orden. De aquella zona, se decía que era la más examinada de la Tierra. La misión pacificadora contaba con un programa imperfecto y severo que, según la opinión de Bisesa, en ocasiones generaba tantas tensiones y resentimientos como los que resolvía. Pero, más o menos, funcionaba, y así había sido durante varias décadas. Tal vez era lo mejor que podían hacer unos simples seres humanos, y la solución imperfecta aunque perdurable de la ONU.

Todo el mundo en Clavius era conocedor de la importancia de aquel trabajo. Pero, para un joven soldado, existían pocas cosas más aburridas que las misiones pacificadoras.

De pronto, el helicóptero se vio sacudido por una fuerte ráfaga de viento.

Bisesa notó cómo aumentaban sus pulsaciones; tal vez aquella misión no era tan rutinaria, después de todo.

Mientras el helicóptero continuaba volando en círculos, pese a las turbulencias, Casey y Abdikadir seguían trabajando, y hablando al unísono. Abdikadir intentaba elevar la base:

—Alfa Cuatro Tres, aquí Primo Cinco Uno. Repito, Alfa Cuatro Tres...

Casey, mientras tanto, maldecía por algo relacionado con la pérdida de contacto con el satélite de posición. Y Bisesa supuso que estaba pilotando el helicóptero manualmente a través de la inesperada turbulencia.

—¡Ay! —se quejó su teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, acercándolo a su rostro.

—He perdido la señal. —En la pantalla, aparecían varios diagnósticos—. Nunca me había sucedido algo así —prosiguió—. Es... raro.

Abdikadir se volvió hacia Bisesa.

—Nuestras comunicaciones también se han ido al traste. Hemos perdido la red de mando —dijo.

Con retraso, Bisesa también consultó sus aparatos. Había perdido el contacto en ambas direcciones con su propio centro de mando.

—Parece que también hemos perdido la comunicación —observó.

—Vaya, entonces se han estropeado las redes militares civiles —repuso Abdikadir.

—¿Por qué crees que será? ¿Una tormenta eléctrica?

—Pues no es eso lo que predijeron los inútiles del parte meteorológico —masculló Casey—. En cualquier caso, yo he volado en muchas tormentas y ninguna había provocado jamás estos efectos.

—Entonces, ¿qué está pasando?

Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio. Al fin y al cabo, hacía un tiempo se habían utilizado armas nucleares solo a unos doscientos kilómetros de aquella zona, y el centro de la ciudad había quedado reducido a una llanura de cristal derretido. Se perdieron todas las comunicaciones, soplaron vientos de la nada... habría sido difícil no esperar lo peor.

—Como mínimo —dijo Abdikadir—, tenemos que asumir que tenemos un problema.

—¡Ay! —insistió el teléfono.

Bisesa lo apretó entre sus brazos, preocupada. Lo tenía desde que era niña: era un modelo estándar que la ONU proporcionaba de forma gratuita a todos los niños de doce años del planeta, en aquel insistente y longevo esfuerzo de la organización por unir al mundo mediante las comunicaciones. La mayoría tiraba a la basura aquellos aparatillos gubernamentales, pero Bisesa había comprendido el motivo oculto tras el regalo, y siempre había conservado el suyo. No podía evitar verlo como un amigo.

—No te preocupes —le dijo Bisesa—. Mi madre me dijo que, cuando ella era pequeña, los teléfonos perdían la señal todo el tiempo.

—Para ti es fácil hablar —respondió el teléfono—. Pero a mí me han hecho una lobotomía.

Abdikadir hizo una mueca:

—¿Cómo puedes con eso? Yo siempre apago los circuitos de conciencia básica. Me ponen nervioso.

—Bueno —repuso Bisesa, encogiéndose de hombros—, ya lo sé. Pero de esa forma también se pierde la mitad de la función de diagnósticos.

—Y se pierde a un amigo de por vida —apuntó el teléfono.

—Ahora no voy a empezar a sentirme mal por eso. Los teléfonos son como las madres católicas, grandes entendidos en culpabilidad.

El helicóptero se zarandeó de nuevo. Perdió altitud y dejó de volar en círculos, alejándose de la aldea que sobrevolaba.

—Abandono la maniobra —informó Casey—. Es complicada de mantener. Abdikadir esbozó una sonrisa triunfal.

—Me gusta saber que estamos explorando los límites de tu competencia, Casey —dijo.

—¡Vete al infierno! —rugió Casey—. Este viento viene de todas partes. Y mira las fluctuaciones de nuestra velocidad respecto a la tierra... ¡Eh! ¿Qué demonios es eso? —señaló la ventanilla circular del suelo.

Bisesa se inclinó hacia delante para echar un vistazo. Los rotores de la parte inferior habían esparcido un haz de vegetación suelta, dejando al descubierto algo en el suelo. Fijando la vista, Bisesa identificó a una silueta humana en un agujero, sosteniendo algo. Un tubo largo y negro. Un arma.

Los tres profirieron un grito al unísono.

Y el sol se movió, como un reflector, distrayéndola de su hallazgo.

El helicóptero había cesado su vuelo orbital y se dirigía directamente hacia él, con la cola levantada y el morro hundido. Moallim sonrió y sostuvo el lanzagranadas con más fuerza. Pero el corazón le latía a toda velocidad y el sudor se deslizaba entre sus dedos. El polvo levantado por el helicóptero se introdujo en sus ojos y el muchacho empezó a parpadear. Aquel iba a ser el primer acto importante de su vida. Si derribaba el helicóptero, se convertiría de inmediato en un héroe, y todos lo aplaudirían, los combatientes, su madre... Y también había una chica..., pero no era el momento de pensar en todo aquello, aún tenía que llevar a cabo su hazaña.

Pero entonces, consiguió ver a tres personas dentro de la antiestética cabina del helicóptero. Aquella realidad lo sorprendió de repente. ¿Realmente debía terminar con varias vidas humanas, como quien pisa hormigas en el campo?

El helicóptero viró de pronto y un golpe de aire, provocado por los rotores inferiores, despojó a Moallim de sus plantas de camuflaje. Todas las alternativas se disiparon, excepto una; no debía dudar, o moriría antes de poder cumplir con su deber.

Al tiempo que soltaba una carcajada, lanzó la granada.

Abdikadir gritó:

—¡Lanzagranadas! ¡Lanzagranadas!

Casey tiró de la palanca de mando. Bisesa vio un destello y una estela de humo que cortaba el aire y se dirigía hacia ellos.

Sintieron una sacudida, como si el helicóptero hubiera tropezado con un bache invisible en el cielo. De repente, en la cabina sonó un estrepitoso sonido, y el viento empezó a entrar por un agujero del casco.

—¡Mierda! —gritó Casey—. Se ha llevado una pieza del rotor de la cola. Cuando Bisesa volvió la mirada, vio un amasijo de metales y una llovizna de aceite que se perdía por un tubo resquebrajado. El rotor seguía funcionando, y el helicóptero seguía volando, pero todo había cambiado en aquel instante; azotada por el viento y por el estruendo, Bisesa se sintió expuesta, terriblemente vulnerable.

—Todo funciona correctamente, excepto la presión de aceite. Y hemos perdido parte de la caja de engranajes trasera —informó Casey.

—Podemos volar un rato sin aceite —observó Abdikadir.

—Eso es lo que dice el manual. Pero tendremos que darle la vuelta a este pájaro si queremos volver a casa. —Casey movía con cautela la palanca, experimentando para probar la tolerancia del helicóptero herido. El *Bird* vibraba y se movía violentamente.

—Decidme qué está pasando —dijo Bisesa, con un hilo de voz.

—Ha sido un lanzagranadas —le explicó Abdikadir—. Vamos Bisesa, has asistido a todas las sesiones informativas. El objetivo diario de esta gente es matar americanos.

—No hablaba del lanzagranadas. Me refería a «eso». —Señaló a través de la ventanilla, en dirección al oeste, la puesta de un sol teñido de rojo.

—No es más que el sol... —repuso Casey, con evidentes dificultades para concentrarse en algo que no fuese la cabina de mandos—. ¡Eh!

Cuando despegaron, hacía menos de media hora, el sol estaba en el cenit del cielo. Pero ahora...

—Decidme que he estado seis horas durmiendo —dijo Casey—. Decidme que estoy soñando.

El teléfono de Bisesa dijo:

—Sigo sin comunicaciones. Y estoy asustado.

—Eres más valiente que yo, pequeñajo —le dijo Bisesa, con una risa nerviosa. Bajó la cremallera de su uniforme de vuelo y guardó el teléfono en un bolsillo.

—Allá vamos —dijo Casey, y empezó el giro. El motor emitió un tremendo bramido.

El calor repentino del arma le había quemado la piel y una cortina de humo ardiente cubría su cabeza, ahogándolo. Pero pudo escuchar el silbido de la granada al salir disparada por los aires. Cuando explotó, varias esquirlas de metal y metralla volaron hacia él. Se encogió y se cubrió el rostro.

Cuando miró hacia arriba, vio cómo el helicóptero se alejaba de la aldea, pero

dejando una estela de humo negro por la cola.

Moallim se levantó y gritó de alegría, limpiándose la cara y dando puñetazos al aire. Se volvió y miró hacia el este, en dirección a la aldea, porque seguro que los aldeanos habían visto su lanzamiento y cómo había impactado en el helicóptero. Y seguro que todos estaban corriendo hacia él para felicitarlo.

Pero no había nadie. Ni siquiera su madre. Es que ni siquiera pudo ver la aldea, pese a encontrarse a menos de cien metros de su lado oeste. Hacía tan solo unos minutos, había visto los toscos tejados y las paredes inclinadas, y a los niños y a las cabras deambulando en torno a las casas. Pero ahora no había nada, solo la llanura y el horizonte, como si alguien hubiera arrancado de un tirón toda la aldea de la faz de la Tierra. Moallim estaba solo, solo con su trinchera, su humeante lanzagranadas y una gran columna de humo que se dispersaba sobre su cabeza.

Solo en medio de una inmensa llanura.

En alguna parte, gruñó un animal. Era un gruñido gr ave, como el de alguna inmensa pieza de maquinaria. Aterrado y sollozando, Moallim volvió a ocultarse en su trinchera.

El viraje fue demasiado para el rotor dañado. El armazón empezó a vibrar alrededor de Bisesa, y se oyó un agudo chirrido cuando las palancas de los engranajes empezaron a agarrotarse.

No hacía más de un minuto que habían recibido el impacto del lanzagranadas, según calculaba Bisesa.

—Tendrás que aterrizar —apremió Abdikadir.

—Claro —repuso Casey—, ya me dirás dónde. Abdi, en esta zona, incluso las viejecitas llevan grandes cuchillos para cortarles a uno las pelotas.

—¿Qué es eso? —preguntó Bisesa, asomando la cabeza por encima de sus hombros. Había una estructura de piedras y tierra batida, a poco más de dos kilómetros frente a ellos. Pero resultaba difícil identificar lo que era bajo aquella anómala luz solar.

—Parece una especie de fortaleza.

—Pues no es nuestra.

En aquellos momentos, el helicóptero sobrevolaba a un numeroso grupo de personas que corrían en todas direcciones. Algunas vestían de color rojo vivo. Bisesa pudo apreciar las expresiones de terror en sus rostros.

—Tú eres la experta —espetó Casey a Bisesa—. ¿Quién demonios son?

—No tengo la menor idea —murmuró ella.

De pronto, se oyó un tremendo estallido. El Bird cabeceó súbitamente y empezó a girar sobre sí mismo. El ensamblaje del rotor de la cola se había desintegrado. Con la pérdida de peso que aquello supuso, el helicóptero se inclinó violentamente hacia delante, y sin el rotor de la cola, nada podía impedir que el aparato girase, formando

un remolino, sobre el eje del rotor principal. Aunque Casey apretaba los pedales con fuerza, el aparato no dejó de girar, cada vez más rápido, hasta que Bisesa salió despedida contra la pared de la cabina, mientras una tierra ocre y un cielo azul pálido desfilaron por las ventanillas, fundiéndose en una única visión borrosa.

Algo apareció de pronto, sobre un montículo. Josh vio una máquina metálica dando vueltas, con cuchillas como espadas empuñadas y manejadas por algún derviche invisible. Debajo, había una gran burbuja de cristal, con algo similar a unos raíles, fijado a la parte inferior. Era una máquina. Una máquina que se movía como un remolino, cuyo sonido martilleaba los oídos y que levantaba el polvo del suelo. Una máquina que no había visto jamás. No dejaba de subir, elevándose por los aires hasta que aquellos raíles se alejaron del suelo. Tres metros, seis metros... Un humo negro emanaba de la parte posterior.

—¡Madre mía! —exclamó Ruddy—. Tenía razón. Los rusos. ¡Los malditos rusos! De pronto, la máquina voladora empezó a caer en picado hacia el suelo.
—¡Vamos! —apremió Josh, que ya corría hacia ella.

Casey y Abdikadir intentaban en vano controlar las palancas de mando, luchando por levantar los brazos contra la fuerza centrífuga de los giros. El motor se detuvo y el movimiento del helicóptero se redujo de forma drástica. Pero, sin la energía que generaba el motor, la máquina empezó a caer en picado.

Bisesa se enfrentó al inminente impacto contra la tierra, y cientos de trozos de piedras y maleza se expandieron sin límite, proyectando largas sombras bajo la luz de aquel sol exageradamente bajo. Bisesa imaginó que aquel amasijo de metales, piedras y plantas sería su tumba. Pero los pilotos realizaron una acertada maniobra. En el último instante, la cabina se niveló lo suficiente como para que Bisesa contemplase la posibilidad de salir con vida de todo aquello.

Lo último que vio fue a un hombre que sostenía una especie de rifle corriendo hacia el helicóptero.

El Bird se estrelló contra el suelo.

Soyuz

Para Kolya, la Discontinuidad fue suave y sutil. Empezó con una señal perdida, avistamientos inciertos, una detención silenciosa.

Había llegado el momento en que la nave Soyuz debía desacoplarse de la estación espacial. Se habían intercambiado los últimos apretones de manos, se habían cerrado las pesadas escotillas dobles, y, aunque la Soyuz seguía físicamente acoplada a la estación, Kolya ya había abandonado el que había sido su hogar orbital durante tres meses. Ahora solo le quedaba el breve viaje a casa, apenas cuatrocientos kilómetros en dirección vertical hasta la superficie de la Tierra, donde se reuniría con su joven familia.

El nombre completo de Kolya era Anatole Konstantinovich Krivalapov. Tenía cuarenta y un años de edad, y aquella había sido su cuarta misión en la Estación Espacial Internacional.

Kolya, Musa y Sable, la tripulación de la nave, se deslizaron por el módulo orbital hasta el módulo de descenso de la Soyuz. Sus movimientos resultaban algo torpes, con aquellos gruesos trajes espaciales anaranjados, y los bolsillos abarrotados de todos los recuerdos que llevaban para el personal de tierra. El módulo orbital se soltaba durante el regreso y se desintegraba al entrar en contacto con la atmósfera, por lo que estaba lleno de elementos inservibles que habían extraído de la EEI. Entre ellos, había residuos de medicamentos y ropa usada. Sable Jones, la única americana de los tres, encabezaba el recorrido, y se quejaba en su tosco inglés sureño.

—¡Jesús!, ¿qué es todo esto? ¿Calzoncillos de cosacos? Musa, comandante de la Soyuz, miró a Kolya en silencio.

El compartimento de descenso era un módulo estrecho que contenía los tres asientos de los tripulantes. Sable era la experta en sistemas de navegación, pero en el vuelo de regreso a la Tierra, era poco más que una mera pasajera. Así, fue la primera en introducirse en la cabina, donde se acomodó en el asiento de la derecha. Kolya la siguió, ocupando el de la izquierda. Durante el descenso, cumpliría con sus funciones de ingeniero espacial, de ahí su posición en la nave. El compartimento era tan pequeño que, incluso al dirigirse al punto más lejano de la cabina, rozó las piernas de Sable, que le lanzó una furibunda mirada.

Musa se dejó caer, cual enorme misil anaranjado, con el casco en la mano. Era un hombre muy voluminoso, cuyo tamaño todavía era mayor con las múltiples capas de su vestimenta, los asientos estaban tan juntos entre ellos que los tres cosmonautas tenían las piernas aprisionadas unas contra otras. Mientras Musa intentaba

acomodarse, empujó a Kolya y a Sable hacia los lados.

Las reacciones de Sable eran predecibles:

—¿Dónde hicieron este cacharro? ¿En una fábrica de tractores?

Aquel era el momento que Musa llevaba tanto tiempo esperando.

—Sable, te he aguantado parlotear durante los últimos tres meses, y como eras la comandante en la estación, no he podido hacer nada al respecto. Pero en esta Soyuz, yo, Musa Khiromanovich Ivanov, soy el comandante. Y hasta que se abra la escotilla y el personal de tierra nos saque de aquí, ¿podrías hacer el favor de cerrar la puta boca?

El rostro de Sable se quedó pálido como una roca. Musa era un duro veterano de cincuenta años que también había sido comandante de la estación. Incluso había viajado a la Luna, aunque no para dirigir la base multinacional allí establecida. Estaba claro que los camaradas de la Estación y los controladores de tierra habrían escuchado la amonestación que había dirigido a Sable, que le respondió entre dientes:

—Esta me la pagas, Musa.

Él se limitó a sonreír y miró hacia otro lado.

No cabía un alfiler en el módulo de descenso. Estaban los controles principales de la nave y el equipamiento necesario para el regreso a la Tierra: paracaídas, bolsas de flotación, equipos de supervivencia y suministros de emergencia. En las paredes había etiquetas plastificadas y parches de velero, con material que había que entregar en la Tierra, como muestras de sangre y deposiciones del programa biomédico, y esquejes que el propio Kolya había cortado de las plantas frutales y de guisantes que había intentado cultivar allí. Todo aquello restaba aún más espacio, si cabía, a los tres tripulantes de la Soyuz.

Pero entre tanta confusión, a la izquierda de Kolya había una ventanilla. A través de ella, el cosmonauta contemplaba la oscuridad del espacio, una porción de la brillante Tierra, y las paredes marcadas de micrometeoritos de la propia Estación, que reflejaban la cruda luz del sol. La Soyuz, todavía acoplada a la estación, se movía al son de la colosal nave, proyectando sombras hacia la visión de Kolya.

Musa trabajaba con la lista de control previa al desacoplamiento, hablando con el control de tierra y con su tripulación en la nave. Kolya apenas tenía trabajo: lo más importante era una prueba de presurización del traje espacial. Aquella era una nave rusa y, al contrario de lo que sucedía con la tradición aeroespacial de los aparatos americanos, orientada al piloto, la mayor parte de los sistemas era automática. Sable continuó refunfuñando mientras manipulaba diversos mandos, situados en la cápsula en todos los ángulos y posiciones. Algunos eran difíciles de alcanzar, y los cosmonautas veteranos sabían que era mejor acceder a ellos con una vara de madera. Pero Kolya había adquirido un perverso orgullo por el utilitario y poco avanzado diseño de la nave.

La Soyuz era como un pimentero, con dos paneles solares fijados a los lados de su armazón cilíndrico. Vista desde las ventanas de la estación Espacial, la Soyuz, bañada por la brillante luz solar del espacio, parecía un insecto torpe: comparada con los nuevos diseños americanos, era casi como un ave patosa. Pero también era una nave venerable. Había nacido en la época de las Apolo, durante la Guerra Fría, y su objetivo inicial había sido la Luna. De hecho, las Soyuz llevaban volando el doble de tiempo del que Kolya llevaba en el mundo. Pero para entonces, en 2037, los hombres ya habían vuelto a la Luna ¡y los rusos entre ellos! Pero aquellos exóticos viajes no eran para las Soyuz; aquellas fieles trabajadoras se dedicaban a viajar desde y hacia la EEI, cuyos escasos propósitos científicos se habían visto desbancados, tiempo atrás, por los proyectos lunares, y cuyo glamur se había disipado ante las misiones a Marte. No obstante, seguía en órbita, mantenida en lo alto por inercia política y por orgullo nacional.

Al fin llegó el momento en que la Soyuz debía iniciar el desacoplamiento de la estación. Kolya pudo oír algunos golpes y sacudidas leves, y la más suave de las separaciones. En aquel momento, un ápice de tristeza asomó desde su corazón. Como nave independiente, la señal de llamada de aquel día de la Soyuz era «*Stereo*», y Kolya se sintió reconfortado por los pacientes mensajes que Musa mandaba a la Tierra: «*Stereo Uno... Aquí Stereo Uno...*»

Todavía quedaban tres horas antes del inicio del descenso, y la tripulación debía inspeccionar el exterior de la estación. Musa activó un programa en el ordenador de la nave y la Soyuz, con los propulsores en llamas, empezó una serie de recorridos en línea recta a su alrededor. Cada estallido de los propulsores sonaba como si alguien golpease el casco con un martillo, y Kolya veía, a través de la ventanilla, productos de escape que salían disparados desde los pequeños inyectores, fuentes de cristales volando en líneas rectas, perfectamente geométricas. La Tierra y la estación espacial rodaban en torno a él en un baile lento y pautado. Pero Kolya no tenía demasiado tiempo para admirar las vistas; él y Sable, sentados junto a las ventanillas, debían fotografiar la estación desde allí, a modo de copia de seguridad de las cámaras automáticas instaladas en el exterior de la Soyuz. Era una tarea algo ardua, puesto que ambos llevaban gruesos guantes espaciales.

Cada una de las maniobras de los propulsores alejaba un poco más a la Soyuz de la estación. Al final, la señal de radio por línea de visión directa empezó a perderse y la tripulación de la estación se despidió de los cosmonautas con un poco de música. Mientras el vals de Strauss enlatado sonaba junto al siseo y el ruido de la electricidad estática, Kolya se vio inmerso en una nostalgia algo más profunda. Kolya había aprendido a amar la estación; había crecido para ello. Sabía apreciar las sutiles rotaciones del arca, las vibraciones que se sentían cuando se alineaban los paneles solares, y los traqueteos del complicado sistema de ventilación. Después de tanto

tiempo a bordo, sus sentimientos por la estación eran más fuertes que los que hubiera podido tener por cualquiera de los hogares en los que había vivido. Al fin y al cabo, ¿qué otro hogar mantiene vivos a sus habitantes, minuto a minuto?

La música cesó de repente.

Musa fruncía el ceño:

—*Stereo Uno... Aquí Stereo Uno... Stereo Uno* al habla... Hola...

—Oye, Kol —dijo Sable—, ¿ves la estación? Tendría que estar en mi ventanilla y no la veo.

—No —respondió Kolya, mirando al exterior. No había rastro de la estación.

—Puede que haya entrado en la sombra —observó Sable.

—No lo creo. —En realidad, La Soyuz había dirigido a la estación a la sombra proyectada por la Tierra—. Y, en cualquier caso, veríamos sus luces. —De pronto, Kolya se sintió extrañamente inquieto.

—¿Queréis hacer el favor de callaros? —espetó Musa—. Hemos perdido el enlace de comunicación con tierra. —Presionó los paneles de control que tenía delante—. He realizado todas las comprobaciones y he intentado utilizar los servicios auxiliares. *Stereo Uno, Stereo Uno...*

—Dime que tus cultivadores de patatas no la han vuelto a fastidiar. —Sable cerró los ojos.

—¡Callaos! —dijo Musa, con un tono amenazador, y continuó insistiendo en llamar a la tierra una y otra vez, mientras Kolya y Sable lo escuchaban en silencio.

La lenta rotación de la nave proporcionaba ahora a Kolya una vista directa de la inmensa faz de la Tierra. Según observó, estaban volando sobre la India, en dirección a la puesta de sol. Las sombras de las formas irregulares de las cadenas montañosas, al norte del subcontinente, eran largas. Pero parecía que algo estaba cambiando en la superficie del planeta. Había motas, iguales que las que forma la luz solar en el fondo de un lago turbulento.

Encuentro

Josh y Ruddy se acercaron a la máquina derribada, junto con el primer grupo de soldados. Los militares llevaban rifles, y rodearon el aparato, con las bocas abiertas y los ojos como platos. Ninguno de ellos había visto jamás nada parecido.

Dentro de una enorme burbuja de cristal había tres personas: dos hombres sentados delante y una mujer en la parte posterior. Los miraban atónitos, con las manos en alto, mientras los soldados armados los rodeaban. Despacio, con cuidado, se despojaron de sus cascos de un vivo color azul. La mujer y uno de los hombres tenían rasgos hindúes, y el otro era blanco. Josh observó una mueca de dolor en este último.

Teniendo en cuenta lo brusco que había resultado el aterrizaje —y, para empezar, que era lo suficientemente ligera como para haber volado por los aires— la máquina parecía notablemente intacta. La gran pompa de cristal que dominaba la parte delantera estaba salpicada de golpes, pero intacta, y las cuchillas seguían fijadas a un eje giratorio, ni dobladas ni rotas. Pero la sección de la cola, consistente en un mecanismo de tubos y cilindros, había quedado reducida a un montón de escombros. Se oía una especie de siseo, como si alguna junta se hubiera roto, y un espeso aceite emanaba de la máquina y caía en el pedregoso suelo. Era evidente que aquel pájaro mecánico no volvería a volar. Josh susurró a Ruddy:

—No reconozco esos cascos azules. ¿De qué ejército serán? ¿Rusos?

—Puede. ¡Pero el hombre lesionado lleva la bandera de barras y estrellas dibujada en su casco!

De pronto, se oyó el ruido de un gatillo.

—¡No disparen! ¡No disparen...! —Era la mujer. Se inclinó hacia delante desde el asiento trasero de la burbuja, para intentar cubrir al piloto herido.

Un soldado, al que Josh reconoció como Batson, un compañero de Newcastle, estaba apuntando a la cabeza de la mujer con su rifle. Preguntó:

—¿Hablan ustedes inglés?

—Soy inglesa.

Batson levantó las cejas con un gesto de asombro. No obstante, dijo muy despacio:

—Entonces, dígame a sus compañeros que pongan las manos donde pueda verlas. ¡Jildi!

—Hazlo, Casey —dijo la mujer, dirigiéndose a uno de ellos—. El arma puede ser antigua, pero es una antigüedad cargada.

El piloto, «Casey», aceptó de mala gana. Su mano izquierda asomó desde debajo de un panel de instrumentos, sosteniendo un aparato extraño.

—¿Eso es un arma? —preguntó Batson, avanzando hacia ellos—. ¡Démela inmediatamente!

Casey se movió en su asiento, se estremeció de dolor y decidió que, efectivamente, no iría a ninguna parte. Extendió su arma a Batson, con la culata por delante.

—¿Habíais visto alguna igual? —dijo—. La llamamos la despellejadora. Es una MP-93. Una pistola ametralladora de nueve milímetros, fabricada en Alemania...

—Alemanes —murmuró Ruddy—. Lo sabía.

—Ten cuidado, o te reventarás la cabeza —advirtió Casey. Su acento era indudablemente americano, pero a Josh le sonó algo tosco, como el de un neoyorquino de barrio bajo. En cambio, la mujer parecía británica, aunque con una entonación llana y poco familiar en la voz. Desde su asiento, se inclinó hacia Casey:

—Creo que te has roto la tibia —le dijo—. El asiento la ha aplastado. Yo, en tu lugar, pondría una denuncia al fabricante.

—A la mierda, su majestad —gruñó Casey entre dientes.

—¿Puedo salir de aquí? —preguntó la mujer.

Batson asintió. Colocó la «pistola ametralladora» en el suelo, centelleante y fascinante, y tomó una buena posición. Acto seguido, llamó por señas a la mujer. Josh observó que Batson estaba realizando un buen trabajo; mantenía a raya a los tres intrusos con sus propias armas, y no dejaba de comprobar que los soldados que lo rodeaban controlasen la escena desde todos los ángulos.

A la mujer le costó trepar entre los dos asientos delanteros, pero, finalmente, logró salir de aquella máquina voladora. El segundo piloto, el hindú, también logró poner los pies en el pedregoso suelo. Su complexión era la de un cipayo, pero tenía los ojos de color azul pálido y el cabello rubio tirando a rojizo. Los tres miembros de la tripulación de aquella máquina llevaban ropas abultadas que escondían sus formas, haciéndolos parecer inhumanos, así como aparatos rígidos colgados de sus caras.

—Lo cierto es que podría haber sido peor —dijo la mujer—. Pensaba que no saldría andando de esta.

—Creo que Casey no lo hará —replicó el otro hombre—, al menos durante un tiempo. Pero estos aparatos están diseñados para aterrizajes forzosos de emergencia. Mira, la barquilla ha absorbido la mayor parte del golpe. Los asientos de los pilotos también están colocados para evitar al máximo los impactos, lo mismo que tu banqueta. Creo que el vuelo en círculos desvió el asiento de Casey a la izquierda, y por eso se ha hecho daño en la pierna. Ha sido mala suerte...

—Basta de charlas —interrumpió Batson—. ¿Quién está al mando aquí?

La mujer miró a los otros dos y se encogió de hombros:

—Yo soy oficial —dijo—. Este es el suboficial jefe Abdikadir Omar, y en el helicóptero está el suboficial jefe Casey Othic: Y yo soy la teniente Bisesa Dutt, del ejército británico. Trabajamos para las fuerzas especiales de Naciones Unidas, en misión de...

—¡Por Alá! —exclamó Ruddy, con una carcajada—. ¡Una teniente del ejército británico! ¡Y es una *babu*!

Bisesa Dutt se volvió y lo fulminó con la mirada. Josh observó que se ruborizaba ligeramente. Sabía que *babu* era un término despectivo angloindio empleado para definir a los hindúes con una buena formación que aspiraban a altos cargos en la administración del dominio.

—Tenemos que sacar a Case y de ahí —dijo Bisesa—. ¿Hay algún médico por aquí? —La mujer demostró una increíble fuerza, admirable según Josh, dado que acababa de sobrevivir a un extraordinario accidente y la estaban apuntando con un arma. Tal vez precisamente por eso, Josh sintió un temor profundo.

—McKnight —se dirigió Batson a uno de los soldados—, ve a buscar al capitán Grove.

—Enseguida. —El soldado, bajito y fornido, salió corriendo, descalzo sobre el abrupto terreno.

Ruddy dio un codazo a Josh.

—¡Vamos, Joshua! —le dijo—. Tenemos que colaborar. —Se adelantó.

—Señora, por favor. Deje que la ayudemos.

Bisesa estudió a Ruddy, con aquella gran frente llena de mugre, sus espesas cejas y su osado bigote. Ella era más alta que él, y lo miraba con cierto desdén, según pudo apreciar Josh, aunque también con un ápice de perplejidad, como si lo conociera de algo. Le preguntó:

—¿Tú? ¿Tú quieres ayudar a una simple *babu*?

—No se enoje con Ruddy, señora —se adelantó Josh—. Estos expatriados tienen sus excentricidades, y los soldados están demasiado ocupados apuntándola con sus armas. Vamos, intentemos sacarlo. —Tras pronunciar esas palabras, se dirigió con paso decidido hacia el «helicóptero», subiéndose las mangas.

—Ayúdame a sacarlo —pidió Abdikadir a Ruddy y a Josh.

Abdikadir se colocó en el extremo más alejado, mientras Ruddy sostenía la espalda de Casey. Con cuidado, Josh, puso sus brazos bajo las piernas del piloto. Otro hombre les acercó una manta y la extendió en el suelo. Abdikadir les dio la orden:

—Uno, dos, tres. ¡Arriba!

Casey gritó de dolor cuando lo levantaron del asiento, y de nuevo cuando Josh rozó con su pierna lesionada el armazón del «helicóptero». Pero, en pocos segundos, habían conseguido liberar a Casey y tumbarlo sobre la manta.

Jadeando por el esfuerzo, Josh estudió a Abdikadir. Era un hombre corpulento,

cuyo uniforme lo hacía parecer aún más musculoso. Tenía los ojos de un color azul vivo.

—¿Es usted hindú? —le preguntó.

—Afgano —respondió Abdikadir serenamente. Observó que Josh pareció asustarse—. Bueno, en realidad, soy un pashtún. Creo que no hay muchos en tu ejército.

—No exactamente —repuso Josh—. Pero este no es mi ejército.

Abdikadir no dijo nada más, pero a Josh le dio la impresión de que sabía, o había adivinado, muchas más cosas que cualquier otro sobre aquella extraña situación.

El soldado McKnight regresó a toda prisa, casi sin aliento. Se dirigió a Bisesa y a Abdikadir:

—El capitán Grove quiere verlos en su despacho.

—Muévanse —ordenó Batson.

—No —rugió Casey y desde la manta—. No abandonéis la nave. Conoces el procedimiento, Abdi. Haz memoria. No sabemos quién es esta gente y...

—Esta gente, como usted dice —interrumpió Batson, amenazador—, está apuntándoles con grandes armas. Así que silencio, y andando.

Bisesa y Abdikadir parecían confundidos ante el peculiar acento de aquel soldado, pero sus palabras eran claras y concisas.

—Casey, creo que no tenemos alternativa —dijo Bisesa.

—Y usted, amigo —dijo Batson, dirigiéndose a Casey— irá a la enfermería.

Josh observó que el piloto intentaba ocultar su sobresalto ante aquella perspectiva.

Bisesa se volvió para unirse a McKnight, escoltada por algunos soldados armados.

—Iremos a buscarte en cuanto podamos, Casey —dijo.

—Eso —añadió Abdikadir—. Y no dejes que te corten nada mientras tanto.

—Ja, ja. Imbécil —gruñó Casey.

—Parece que el humor de los soldados es universal, procedan de donde procedan —murmuró Ruddy.

Josh y Ruddy intentaron pegarse a Bisesa y Abdikadir, pero Batson, cortésmente aunque con firmeza, los detuvo.

Capitán Grove

Bisesa y Abdikadir fueron conducidos al fuerte que habían visto mientras volaban. Resultó ser un recinto rectangular, rodeado por robustos muros de piedra, con torres de vigilancia cilíndricas en cada una de las esquinas. Era una base importante y estaba considerablemente bien mantenida.

—Pero esto no sale en ninguno de los mapas que he consultado —observó Bisesa, tensa. Abdikadir no respondió.

Había varios soldados haciendo guardia, ataviados con chaquetas rojas o de caqui. Algunos incluso llevaban *kilts*. Todos eran de estatura más bien baja, enjutos y fuertes, y muchos tenían los dientes cariados e infecciones epidérmicas. Sus indumentarias estaban toscamente remendadas y desgastadas. Nativos y no nativos, todos los soldados miraban con curiosidad a Bisesa y Abdikadir, y en cuanto a la primera, con una especulación sexual que no se molestaron en disimular.

—Aquí no hay mujeres —dijo Abdikadir—. No les hagas caso.

—No lo hacía. —Aquel día, se dijo a sí misma, le habían ocurrido demasiadas cosas como para permitir que un rebaño de soldados en salacots le provocasen la menor preocupación. Pero lo cierto es que tenía el estómago revuelto; para una mujer, el ser capturada nunca auguraba nada bueno.

Se abrieron las enormes puertas principales y, frente a ellas, pasaron varios carros arrastrados por mulos. A lomos de dos de los animales, viajaba algo que se asemejaba a una pieza de artillería desmontada. Los mulos eran dirigidos por soldados hindúes, a los que Bisesa oyó llamar «cipayos» por los soldados blancos.

Dentro del fuerte reinaba el bullicio y la actividad ordenada y disciplinada. Pero, a ojos de Bisesa, lo más destacable era que no había absolutamente ningún tipo de vehículo de motor, ni de antena de radio o de satélite.

Los soldados los condujeron a una especie de antesala situada dentro del edificio principal. Allí, McKnight les ordenó sin más preámbulos que se desnudasen. Según les dijo, su sargento mayor no pensaba permitirles personarse ante la santificada presencia del capitán sin un exhaustivo registro de lo que pudieran ocultar tras aquellos abultados trajes. Bisesa forzó una sonrisa.

—Me parece que lo único que quieren es verme el trasero. —La expresión de auténtico espanto en la cara de McKnight ya fue suficiente gratificación. A continuación, él empezó a quitarle a ella la ropa, empezando por las botas.

Bajo el traje de vuelo, Bisesa llevaba un arnés de carga. En los bolsillos internos, había una cantimplora con agua, mapas, un equipo de gafas de visión nocturna, un

par de paquetes de chicles, un pequeño estuche de primeros auxilios, víveres de supervivencia... y el teléfono, que a simple vista, parecía inerte. En otro bolsillo externo, Bisesa había guardado sus auriculares con micrófono, ahora inútiles. A continuación, tuvo que despojarse de la camisa y los pantalones, pero pudo detenerse al llegar a la camiseta y al pantalón corto.

Los dos tripulantes iban desarmados, excepto por el cuchillo bayoneta que Abdikadir llevaba atado al arnés. Se lo entregó a McKnight con cierta reticencia. Este último probó las gafas de visión nocturna, obviamente desconcertado. También abrió los estuches de primeros auxilios y hurgó entre su contenido.

Después de todo aquello, les permitieron vestirse de nuevo y les devolvieron la mayor parte de su equipamiento, exceptuando, de nuevo, el cuchillo y, para sorpresa de Bisesa, los paquetes de chicles.

Y, luego, el capitán Grove, que ejercía de comandante del fuerte, los hizo esperar.

Los dos se sentaron uno junto al otro en su despacho, sobre un duro banco de madera. Un soldado vigilaba en la puerta, con el rifle a punto para lo que pudiera ocurrir. La estancia ocupada por el capitán era bastante acogedora, incluso elegante. Las paredes eran blancas y el suelo de madera; había una estera de mimbre extendida y lo que parecía un tapiz de Cachemira colgado de una pared. Estaba claro que era el despacho de un profesional del trabajo. En un gran escritorio de madera, había montones de papeles y carpetas de cartón, así como una plumilla junto a un frasco de tinta. El lugar tenía algunos elementos personales, como una bola de polo sobre la mesa y un gran reloj de péndulo con un lánguido tictac. Pero no había luz eléctrica; solo unas lámparas de aceite iluminaban la luz del atardecer que se filtraba por una única ventana. Bisesa se sintió obligada a susurrar:

—Esto es como un museo. ¿Dónde están las pantallas de cristal líquido, las radios, los teléfonos...? Aquí no hay nada más que papeles.

—Sin embargo, solo con papel, han creado todo un imperio.

—¿Han creado, dices? —preguntó ella, mirándolo con asombro—. ¿Dónde se supone que estamos?

—En Jamrud —contestó él, sin dudar—. Una fortaleza del siglo XIX, construida por los sijs, pero mantenida por los británicos.

—¿Has estado aquí alguna vez?

—He visto ilustraciones. He estudiado la historia. Al fin y al cabo, es mi región. Pero en los libros sale en ruinas.

Bisesa frunció el ceño, incapaz de entender todo aquello.

—Pues ahora no está en ruinas —repuso.

—Sus uniformes —murmuró Abdikadir—. ¿No te has fijado? Los cinturones Sam Browne, los pantalones... Y sus armas son rifles de carga por la recámara. Son de hace muchos años. En realidad, no se han utilizado desde que los británicos

estuvieron aquí en el siglo XIX, y enseguida se pasaron a los fusiles Lee Metford, los cañones Gatling y las ametralladoras Maxim.

—¿Y eso cuándo fue?

—No estoy seguro —contestó Abdikadir, encogiéndose de hombros—. Hacia 1890, creo.

—¿1890?

—¿Has probado tu radio de supervivencia? —Ambos llevaban linternas de rastreo cosidas a sus arneses, así como minitransmisores de radio, afortunadamente no detectados durante el registro de McKnight.

—Nada. El teléfono también ha perdido la señal, igual que cuando estábamos en el aire. —Bisesa sintió un pequeño escalofrío—. Nadie sabe dónde estamos, ni dónde hemos aterrizado. En realidad, ni siquiera saben si estamos vivos. —No era solo el accidente lo que la asustaba. Era el sentimiento de encontrarse fuera de contacto, arrancada de ese mundo interconectado en el que se hallaba inmersa desde el momento de su nacimiento. Para una ciudadana del siglo XXI, aquello suponía una desorientadora y desoladora sensación de aislamiento.

Abdikadir deslizó sus manos sobre las de ella, en un gesto de contacto humano que ella agradeció profundamente. Además, le dijo:

—Pronto iniciarán las operaciones de búsqueda y rescate. El Little Bird es todo un abanderado... Aunque... está oscureciendo ahí fuera.

—Es demasiado pronto para que se haga de noche. —Por alguna razón, Bisesa había olvidado aquella extraña circunstancia.

—No sé tú, pero yo siento un poco de *jetlag*...

El capitán Grove irrumpió en la estancia, acompañado de un ordenanza. Se pusieron en pie. Era un hombre de baja estatura, con cierto sobrepeso y aspecto cansado. Debía de rondar los cuarenta años de edad. Bisesa observó que llevaba el uniforme y las botas algo sucios; era un hombre que anteponía su trabajo a la apariencia externa, pensó. Pero lucía un larguísimo bigote de foca, el mayor que Bisesa había visto jamás.

Grove se acercó a ellos, con las manos en las caderas, mirándolos fijamente.

—Batson me ha dicho sus nombres, y los rangos que afirman ustedes ostentar. —Hablaban con un acento entrecortado, extrañamente obsoleto, como el oficial británico de aquella película sobre la Segunda Guerra Mundial—. Y me he acercado a observar su máquina voladora.

—Estábamos en una misión pacificadora de reconocimiento —aclaró Bisesa.

—He visto sus armas —repuso Grove, levantando las cejas—. «Reconocimiento», dicen.

—Piense lo que quiera —intervino Abdikadir—, pero le estamos diciendo la verdad.

—Bueno, seamos prácticos —prosiguió Grove—. En primer lugar, déjenme informarles de que su compañero está siendo atendido con todos los medios de los que disponemos.

—Gracias —dijo Bisesa, tensa.

—Y ahora, díganme. ¿Quiénes son ustedes y qué están haciendo en mi fuerte?

—No tenemos ninguna obligación de notificarle nada, excepto nuestros nombres, rangos y números de identificación. —Se detuvo, dubitativa, ante la cara de desconcierto de Grove.

—Bisesa —intervino Abdikadir, pausadamente—, no estoy seguro de que nuestro protocolo de guerra funcione aquí. Además, me da la impresión de que esta situación es tan extraña que lo mejor para todos será que colaboremos unos con otros. —Tras pronunciar esas palabras, miró a Grove con una chispa de desafío en los ojos.

El capitán asintió toscamente. Se sentó tras su escritorio y les hizo una leve seña para que se sentasen ellos también. Continuó:

—Supongamos que desestimo por el momento la posibilidad más factible: que son ustedes espías de Rusia o de sus aliados, enviados en una especie de misión desestabilizadora, o algo por el estilo. Quizá incluso sean ustedes los responsables de la pérdida de contacto que estamos sufriendo... Bien, como decía, desestimemos esta posibilidad. Afirman ustedes que sirven temporalmente al ejército británico. Están aquí para mantener la paz. Bien, yo también, creo. Díganme cómo piensan solucionar las cosas desde esa máquina volad ora. —Su tono era firme, pero visiblemente inseguro.

Bisesa respiró hondo y expuso un breve resumen de la situación geopolítica: el pulso de las grandes potencias por el petróleo de la zona, las complicadas tensiones locales... Grove parecía seguirle el hilo, aunque la mayor parte de lo que decía no le resultaba en absoluto familiar. En ocasiones, se encontraba con grandes sorpresas.

—¿Rusia aliada, dice?

»Bien, déjeme que les cuente cómo veo yo la situación aquí. Es cierto que nos encontramos en una zona de tensiones, pero estas tienen lugar entre los británicos y los rusos. Mi cometido es ayudar a defender la frontera del imperio, así como la seguridad del Raj. Lo único que he reconocido de su breve discurso ha sido la problemática que tiene con los pashtunes..., sin ánimo de ofender —dijo, dirigiendo esto último a Abdikadir.

Bisesa no lograba digerir todo aquello. Tan solo era capaz de repetir sus palabras:

—¿El Raj? ¿El Imperio?

—Parece —observó Grove— que estamos aquí para hacer guerras distintas, teniente Dutt.

No obstante, Abdikadir asentía.

—Capitán Grove —dijo—, ¿han tenido problemas con las comunicaciones a lo

largo de estas últimas horas?

—Bueno... —repuso el capitán, decidiendo mentalmente qué debía responder—. Bueno, sí. Hemos perdido el enlace telegráfico, e incluso las estaciones de heliógrafos. Más o menos a mediodía. No tenemos comunicaciones desde entonces, y no sabemos qué ha ocurrido. ¿Y ustedes?

—La escala temporal es algo distinta... —repuso Abdikadir con un suspiro— pero sí. Perdimos la comunicación por radio justo antes del accidente, hace pocas horas.

—¿«Radio...»? Bueno, da lo mismo —dijo Grove—. Entonces, tenemos problemas similares. Ustedes con su aparato volador y yo en mi fortaleza. ¿Y qué creen que ha podido provocarlos?

—Una guerra caliente —se apresuró en responder Bisesa. En realidad, llevaba contemplando aquella posibilidad desde el accidente; pese al terror de esos momentos, y al impacto emocional de lo que siguió, no había podido quitarse aquella idea de la cabeza—. Un pulso electromagnético —añadió, dirigiéndose a Abdikadir—. ¿Qué otra cosa podría bloquear simultáneamente las comunicaciones militares y las civiles? Esas extrañas luces que hemos visto en el cielo, el clima, las ráfagas de viento...

—Pero no hemos visto estelas de condensación —dijo Abdikadir, pausadamente—. Piensa en ello. No hemos visto ninguna estela desde el accidente.

—De nuevo —intervino Grove, irritado—, no tengo la menor idea de lo que están hablando.

—Quiero decir —dijo Bisesa—, que temo que se ha desatado una guerra nuclear. Y eso es lo que nos ha dejado a todos colgados. Después de todo, ya ha ocurrido antes en esta zona. Solo han pasado diecisiete años desde que Lahore fue destruida por el bombardeo hindú.

—¿Cómo? ¿Destruida? —Grove miró a Bisesa, perplejo.

—Completamente —repuso ella, frunciendo el ceño—. Es imposible que no lo sepa.

Grove se levantó, se dirigió a la puerta y dio una orden al soldado que hacía guardia allí. Al cabo de unos minutos, apareció el muchacho llamado Ruddy, con la respiración entrecortada. El otro civil, de nombre Josh, que había ayudado a Abdikadir a sacar a Casey del helicóptero, también entró en el despacho del capitán. Al verlo, Grove levantó las cejas.

—Debería de haber imaginado que no perdería usted la oportunidad, señor White. Pero me temo que tiene trabajo que hacer. ¡Usted! —espetó con tono perentorio, señalando a Ruddy— ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Lahore?

—Hará... tres o cuatro semanas, creo —repuso él.

—¿Puede describir la ciudad?

Ruddy parecía atónito ante la pregunta, pero contestó:

—Es una vieja ciudad amurallada, con unos doscientos mil punyabíes, y algunos miles de europeos y de razas mezcladas; muchos monumentos mughal... Desde el motín se ha convertido en un centro de administración, y también en la plataforma de expediciones militares para acabar con la amenaza rusa. No sé qué más quiere que le diga, señor.

—Justamente eso. ¿Lahore ha sido destruida? Mejor dicho, ¿hace diecisiete años que desapareció?

—¡Claro que no! —exclamó Ruddy, soltando una carcajada—. Mi padre trabajaba allí. Construyó una casa en la calle de Mozang.

—¿Por qué está usted mintiendo? —preguntó Grove a Bisesa.

La teniente, de repente, sintió ganas de llorar. ¿Por qué no iban a creer sus palabras? Se volvió hacia Abdikadir, que hacía rato guardaba silencio y miraba por la ventana aquel sol enrojecido.

—¡Abdi! —suplicó— ¡Ayúdame!

Abdikadir se dirigió a ella en un tono suave y tranquilo:

—Toda vía no lo has visto.

—¿Ver el qué?

—No te culpo —respondió él, cerrando los ojos—. A mí también me cuesta verlo. —Se volvió hacia el británico—. Mire, capitán, el suceso más extraño de hoy ha sido lo que ha ocurrido con el sol. —Describió el repentino movimiento del sol en el cielo—. Era mediodía y, en cuestión de un minuto, estaba anocheciendo. Como si la maquinaria que maneja el tiempo se hubiera estropeado. —Echó un vistazo al reloj de péndulo, que señalaba que faltaban pocos minutos para las siete—. ¿Está en hora?

—Sí. Tal vez no del todo exacta, aunque lo compruebo cada mañana.

—En cambio —dijo Abdikadir, mirando su reloj de muñeca—, yo tengo las quince veintisiete... las tres y media de la tarde. ¿Tú también, Bisesa?

—Sí —dijo ella, tras comprobarlo.

Ruddy frunció el ceño. Se acercó a Abdikadir y tomó su muñeca entre sus manos.

—Nunca había visto un reloj así —observó—. ¡Está claro que no es un Waterbury! En lugar de agujas tiene números. Y no tiene ni esfera. ¡Y los números se funden unos con otros!

—Es un reloj digital —aclaró Abdikadir.

—¿Y... qué es eso? —Ruddy pronunció en voz alta los números—. Seis, ocho, dos mil treinta y siete...

—Eso es la fecha —respondió Abdikadir.

—¿Una fecha del siglo XXI?

—Sí.

Ruddy se acercó precipitadamente al escritorio de Grove y, previa disculpa,

empezó a revolver una pila de papeles que yacía sobre él. Incluso el formidable capitán parecía totalmente perdido; levantó las manos, desesperanzado. Ruddy sacó un periódico.

—Es de hace un par de días, pero no importa. —Se lo extendió a Bisesa y Abdikadir; era un diario algo maltrecho titulado Gaceta Civil y Militar—. ¿Pueden ver la fecha?

Era de marzo de 1885. Se hizo un largo e incómodo silencio. Grove dijo, enérgicamente:

—Creo que será mejor que nos tomemos una taza de té.

—¡No! —El otro joven, Josh White, parecía tremendamente alterado—. Lo siento, señor, pero ahora todo empieza a cobrar sentido. Creo. ¡Sí! ¡Encaja! ¡Encaja!

—Cálmese, haga el favor —ordenó Grove—. ¿De qué está hablando?

—Del simio. El simio humano —respondió White—. Olvide la taza de té. ¡Debemos enseñarles el simio humano!

Así, con Bisesa y Abdikadir aún bajo custodia, salieron todos al exterior del fuerte.

Llegaron a una especie de campamento situado a unos doscientos metros de las murallas de la fortaleza. Allí habían levantado una tienda cónica formada por varias redes. Un grupo de soldados deambulaba por allí, fumando unos hediondos cigarrillos. Enjutos, mugrientos y con las nuca afeitadas, los militares miraron a Abdikadir y a Bisesa con la ya habitual mezcla de curiosidad y lujuria.

Bisesa observó que algo se movía dentro de las redes. Era un ser vivo, un animal quizá, pero la puesta de sol ya rozaba el horizonte y la luz natural era escasa y las sombras demasiado largas como para que pudiera distinguir qué era.

A la orden de White, los soldados retiraron las redes. Bisesa esperaba ver un mástil en el centro, que sujetara las redes. Pero en su lugar, una esfera plateada, flotando en el aire sin soporte alguno, era la que daba la forma al vértice de la tienda. Ninguno de los hombres que estaban allí la miró dos veces. Abdikadir avanzó unos pasos, mirando de soslayo su reflejo en la esfera flotante, y pasó su mano por debajo de ella. No había nada que la sujetase.

—Vaya —dijo—. Cualquier otro día, esto me habría parecido extraño.

Aquella anomalía flotante atrajo la mirada de Bisesa, que contemplaba fascinada su propio reflejo en la superficie. Esta es la clave, pensó. Aquella idea invadió su mente sin más. Josh le tocó el brazo.

—¿Bisesa, estás bien?

Ella se distrajo pensando en el acento del joven, que sonaba bostoniano, pero el semblante de Josh denotaba una gran preocupación. Rio sin ganas y respondió:

—Dadas las circunstancias, creo que estoy bastante bien.

—Te lo estás perdiendo... —Josh se refería a las criaturas que habían saltado de las redes.

Al principio, Bisesa pensó que eran chimpancés, aunque con una constitución suave, casi grácil. Bonobos, tal vez. Uno era pequeño y el otro mayor. Este último acunaba al pequeño, debía de ser su cría. Grove hizo un gesto y dos reclutas cogieron al pequeño, sujetaron las extremidades de la madre y la forzaron a tumbarse en el suelo. La criatura daba patadas y escupía a sus agresores.

El «chimpancé» era bípedo.

—Joder... —murmuró Bisesa—. ¿Crees que es un australopitecino?

—Como el fósil Lucy, sí —murmuró Abdikadir—. Pero los pitecinos se extinguieron hace... ¿cuánto? ¿Un millón de años?

—Bueno, sería posible que un grupo hubiera sobrevivido de alguna forma en la selva, en las montañas, tal vez...

Abdikadir miró a Bisesa con los ojos como pozos de oscuridad.

—Ni tú misma crees en lo que estás diciendo.

—No. Lo cierto es que no.

—¿Lo veis? —gritó White, entusiasmado—. ¿Veis al simio humano? ¿Qué será esto sino otro... desliz en el tiempo?

Bisesa dio un paso adelante y se quedó mirando los evocadores ojos del pitecino mayor. Estiraba los brazos para alcanzar a su bebé.

—Me pregunto qué estará pensando —murmuró.

—«Mira cuántos vecinos» —gruñó Abdikadir.

En órbita

Tras varias horas de intentos infructuosos de comunicarse con la Tierra, Musa se recostó de nuevo en su asiento.

Los tres cosmonautas estaban sentados juntos, como enormes bichos anaranjados embutidos en sus trajes. Por una vez, la estrechez de la cápsula Soyuz, y la forma en que debían apretarse unos contra otros, resultaba más reconfortante que agobiante.

—No entiendo nada —observó Musa.

—Ya lo has dicho varias veces —murmuró Sable.

Se hizo un desalentador silencio. Desde el momento en que habían perdido la comunicación, el ambiente entre los tres se había vuelto extremadamente tenso.

Después de tres meses viviendo en estancias tan reducidas, Kolya había conseguido comprender a Sable; o al menos, eso creía. Con cuarenta años de edad, Sable procedía de una familia humilde de Nueva Orleans, con una complicada historia genética. Algunos de los rusos que habían trabajado con ella admiraban la fuerza de su carácter, que la había llevado tan lejos. Incluso en aquellos años, en el Cuerpo de Astronautas de la NASA, ser cualquier cosa menos hombre, norteamericano y blanco era todo un inconveniente. Otros cosmonautas menos comprensivos bromeaban sobre la obligación de tener que recalcular los manifiestos de peso y balance si Sable iba a bordo, por el inmenso chip que llevaba sobre su hombro. Muchos coincidían en que, de haber sido rusa, jamás habría superado los exámenes psicológicos obligatorios para determinar la aptitud de un astronauta para las misiones espaciales.

Durante la estancia de tres meses en la estación, el propio Kolya se había llevado bien con Sable, tal vez por ser totalmente opuestos. Kolya era un oficial en activo de las fuerzas aéreas, y tenía una joven familia en Moscú. Para él, un viaje espacial era una aventura, pero lo que realmente le empujaba era la lealtad hacia su familia y el deber para con su país. Le alegraba desarrollar su carrera donde lo estaba haciendo. Kolya reconoció una ambición fiera y vehemente en Sable, que, con toda seguridad, no quedaría satisfecha hasta que ella hubiera alcanzado la cúspide de su profesión: el control de la Base Clavius, o tal vez incluso una plaza en una misión a Marte. Quizá Sable no había visto en Kolya una amenaza para su propia superación profesional.

No obstante, él había aprendido a mantenerse en guardia con ella. Y en esos momentos, en aquella extraña e inquietante situación, estaba esperando a que ella explotase.

Musa unió sus manos en guantadas con intención de retomar el mando:

—Creo que, a estas alturas, es evidente que no vamos a iniciar la maniobra de reentrada. Pero no debemos preocuparnos. Antiguamente, las naves soviéticas solo mantenían el contacto con los controladores de tierra durante veinte minutos durante cada órbita de noventa minutos. Además, la Soyuz está diseñada para funcionar de forma independiente...

—A lo mejor el fallo no está en nuestra nave —interrumpió Sable—. ¿Qué pasa si el problema está en tierra?

—¿Qué causa iba a cargarse una cadena entera de estaciones de control en tierra? —se burló Musa.

—Una guerra —repuso Kolya.

—Eso es una mera especulación que no nos sirve para nada —dijo Musa, con firmeza—. Por lo pronto, sea cual sea el fallo, restaurarán la comunicación y retomaremos nuestro plan de vuelo. Lo único que debemos hacer es esperar. Pero, mientras tanto, tenemos cosas que hacer. —Empezó a hurgar bajo su asiento, buscando una copia de la lista de control de fallos en órbita.

Kolya se dio cuenta de que tenía razón; la nave no volvería por sí sola, y si tenía que mantenerse una vuelta más (¿o dos, o tres?) en órbita, su tripulación debía ayudarla a funcionar correctamente. Había que comprobar si la presión de la cápsula era la apropiada, si la mezcla de gases era la correcta, si la nave se guía bien la enorme curva de su órbita, si sus paneles solares se enfocaban en la dirección del sol...

En pocos minutos, los tres se habían embarcado en una comprobación rutinaria —y, en cierto modo, reconfortante— del funcionamiento de la Soyuz, como si, después de todo, fueran dueños y controladores de su destino, pensó Kolya.

Pero la realidad era que todo había cambiado. Y eso no podían ignorarlo.

La Soyuz flotaba de nuevo hacia la sombra del planeta. Kolya miró por la ventanilla, buscando el destello amarillo y anaranjado de las ciudades, en busca de cierto consuelo. Pero, en tierra, reinaba la oscuridad.

Paradoja

Josh estaba fascinado con aquella mujer del futuro... ¡si es que realmente lo era! El rostro de Bisesa era bello y bien proporcionado, por no definirlo como hermoso. Su nariz era sólida y su mandíbula marcada, pero tenía los ojos claros y el cabello brillante. Toda ella emanaba una fuerza, incluso física, que nunca antes había visto en una mujer. Ante aquellas circunstancias sin precedentes, se mostraba confiada, incluso algo crispada por el cansancio.

A medida que transcurría la tarde, se dedicó a seguirla como un perrito faldero.

Había sido un día muy largo —el más largo de la vida de Bisesa, según ella misma afirmaba, pese a haber perdido varias horas de golpe—, y el capitán Grove recomendó sabiamente a los recién llegados que comiesen algo y descansasen un rato. Pero ellos insistieron en que tenían trabajo que hacer antes de reposar. Abdikadir quería ver a Casey, el otro piloto. Y quería volver a la máquina a la que llamaba «*Little Bird*».

—Tengo que borrar los bancos de memoria del mecanismo electrónico —dijo—. Contiene datos delicados, especialmente los de aviónica...

Josh estaba hechizado con todas aquellas palabras sobre máquinas inteligentes, e imaginaba el aire lleno de cables de telégrafo invisibles, que transmitían misteriosos e importantes mensajes aquí y allá.

Grove se mostró predispuesto a consentir la petición.

—No veo qué daño puede hacernos el permitir la destrucción de lo que no comprendemos —dijo con sequedad—. Además, dice que es su deber como suboficial jefe y yo lo respeto. El tiempo y el espacio podrán fluir como una crema, pero el deber siempre permanece firme.

Por su parte, Bisesa quería desandar el recorrido del helicóptero justo antes del accidente.

—Nos derribaron con un arma. Y creo que fue justo después de ver el extraño baile del Sol en el cielo —afirmó—. Entonces, si realmente hemos atravesado de alguna forma alguna barrera en el tiempo, la persona que nos disparó también estará en este lado...

Grove pensó que era mejor dejar aquella excursión para el día siguiente, puesto que la fatiga de Bisesa era evidente, tanto para él como para Josh. Pero Bisesa no quería parar de moverse, como si hacerlo supusiese aceptar la extraordinaria realidad de la situación. Por ello, Grove autorizó la misión. El respeto de Josh ante el buen juicio y la compasión de aquel hombre creció; Grove no comprendía lo que estaba

ocurriendo mejor que cualquier otra persona, pero era obvio que intentaba satisfacer las sencillas necesidades humanas de aquellas personas que, literalmente, habían caído del cielo y lo habían hecho en sus dominios.

Organizaron una salida al exterior: Bisesa, con Josh y Ruddy, que insistieron en acompañarla, y un reducido escuadrón de soldados bajo el mando del soldado Batson, que aquel día parecía haber impresionado a Grove lo suficiente como para ganarse una promoción.

A la hora en que partieron del fuerte, la oscuridad empezaba a adueñarse del lugar. Los soldados llevaban lámparas de aceite y antorchas en llamas. Caminaron en dirección este desde el lugar del accidente. Bisesa calculó la distancia en poco más de un kilómetro.

Las luces del fuerte se alejaban, y la oscuridad de la frontera se abrió en torno a ellos, inmensa y vacía. Pero Josh observó que había cúmulos de nubes negras en el horizonte. Aceleró el paso para acercarse a Bisesa.

—Si es cierto...

—¿El qué?

—Eso del desliz en el tiempo, vosotros, el simio... ¿Cómo crees que puede haber ocurrido?

—No tengo ni idea —repuso ella—. Y no sé si prefiero un naufragio en el tiempo o una guerra nuclear. De todas maneras, ¿cómo sabes que no sois vosotros los náufragos?

Josh se encogió de hombros, sorprendido ante la idea.

—No se me había ocurrido. Es que apenas puedo creer que esté manteniendo esta conversación. Si esta mañana alguien me hubiera dicho que, antes del anochecer, iba a ver una máquina voladora con la suficiente fuerza como para transportar a tres personas, y que esas personas afirmarían, y de forma plausible además, proceder de ciento cincuenta años en el futuro, ¡habría pensado que estaba loco!

—Pero, si eso es verdad —intervino Ruddy, que se había unido a ellos, y jadeaba por su mala forma física—, vosotros sabréis muchas cosas, ¡nos lo podéis contar todo! Porque nuestro futuro es vuestro pasado.

—He visto demasiadas películas —dijo ella, negando con la cabeza—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de la conjetura de protección cronológica?

Josh estaba perplejo, lo mismo que Ruddy. Bisesa continuó:

—Supongo que ni siquiera sabéis lo que es una película, con lo que mucho menos *Terminator*... Mirad, mucha gente piensa que si se retrocede en el tiempo y se cambia algo, el futuro del que se procede deja de existir y puede desencadenarse una terrible catástrofe.

—No lo entiendo —confesó Josh.

—Imagínate que te digo dónde vive la madre de mi tatarabuela ahora, en 1885.

Tú vas a buscarla, la encuentras y la matas.

—¿Por qué iba a hacer yo tal cosa?

—¡Es igual! Pero si lo hicieras, yo nunca habría nacido, y nunca podría volver a decirte dónde vive la señora, y tú no podrías encontrarla ni matarla. En cuyo caso...

—Es una paradoja lógica —bufó Ruddy—. ¡Es genial! Pero si prometemos no molestar a la abuela, ¿no podrías contarnos nada sobre nosotros?

—¿Y por qué crees que ella ha oído hablar de nosotros alguna vez? —se burló Josh.

—Tengo la sensación de que es así —respondió Ruddy, con aire pensativo—. Concretamente, creo que ha oído hablar de mí. Una persona nota cuando la reconocen.

Pero Bisesa no dijo nada más.

A medida que los últimos rayos de luz natural se disipaban, y las estrellas se alejaban hacia el infinito sobre sus cabezas, los componentes del grupo expedicionario se acercaron más los unos a los otros, las bromas entre los soldados fueron cesando, y los faroles se elevaron más en la oscuridad. Para Josh, caminaban hacia algo nuevo. No era solo porque no supieran quién habría allí, o hacia dónde se dirigirían. Ni siquiera podían estar seguros de la era en la que se encontraban... El joven Josh pensó que todos parecían aliviados al rebasar una colina baja y ver la luz de la Luna, en cuarto creciente, iluminando tenuemente la rocosa llanura. Pero el aire era raro, turbulento, y la Luna era de un extraño color, entre amarillo y anaranjado.

—Aquí —dijo Bisesa de pronto. Se había detenido ante un agujero en el suelo. Al acercarse, Josh vio que la tierra era fresca y húmeda, como si alguien hubiera excavado allí recientemente.

—Es como un hoyo de protección —dijo Ruddy—. Una especie de trinchera pequeña. —Saltó al agujero y, desde el interior, blandió un trozo de tubo, parecido a un fragmento de cañería—. ¿Y esta es el arma con la que os dispararon mientras volabais?

—Es el lanzagranadas, sí —repuso Bisesa, mirando hacia el este—. Allí había una aldea. A cien metros, no más. —Los soldados levantaron los faroles. No se veía ninguna aldea, solo la rocosa llanura que parecía estirarse hasta alcanzar el horizonte—. Tal vez haya una frontera cerca de aquí —prosiguió Bisesa, casi sin aliento—. Una frontera en el tiempo. Qué idea tan extraña. ¿Qué nos está pasando...? —Levantó la vista hacia la luna—. ¡Oh! Clavius no está.

—¿Clavius? —preguntó Josh, que estaba junto a ella.

—La Base Clavius —señaló Bisesa—. Construida en un gran cráter en las montañas del sur.

—¿Tenéis ciudades en la Luna? —preguntó Josh, mirándola fijamente.

—Yo no la llamaría ciudad —sonrió Bisesa—. Pero desde la Tierra se puede ver

su luz, como una estrella cautiva, la única en el círculo creciente. Y ahora no está. En realidad, ni siquiera es mi Luna. Hay una dotación en Marte y otra en camino... o había. Me pregunto qué ha pasado con ellos.

De pronto, se oyó un quejido de repugnancia. Uno de los soldados había estado escarbando en el hoyo y había emergido con una especie de trozo de carne que todavía sangraba. El hedor era punzante.

—Es un brazo humano —masculló Ruddy. Se volvió y empezó a vomitar.

—Parece la obra de un inmenso felino... Parece que la persona que os atacó no vivió lo suficiente como para saborear su triunfo.

—Supongo que estaba tan perdido como yo lo estoy ahora.

—Sí. Perdona a Ruddy. Tiene poco estómago para esta clase de cosas.

—Y nunca lo tendrá.

Josh la miró, perplejo, con los ojos rebosantes de la luz de la luna y una expresión vacía.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía razón. Sé quién es. Eres Rudyard Kipling, ¿verdad? Nada menos que el mismísimo Rudyard Kipling... Dios mío, menudo día...

Ruddy no contestó. Seguía encorvado, con arcadas y con un hilo de bilis en la barbilla.

En aquel momento, el suelo tembló, lo suficiente como para levantar pequeñas nubes de polvo por todas partes, como si fueran pisadas invisibles. Y una lluvia intensa empezó a caer desde las espesas nubes negras que se acercaban por delante del vacío rostro de la Luna.

Segunda Parte

Náufragos del tiempo

Geometría

Para Bisesa, el primer amanecer resultó el peor.

Sospechaba que alguna combinación de adrenalina y conmoción la habían mantenido en marcha a lo largo del día en que tuvo lugar lo que empezaron a llamar la Discontinuidad. Pero aquella misma noche, en la habitación que les había facilitado Grove, una despensa adaptada precipitadamente y con prisas, durmió fatal en su colchón fino y mal relleno. A la mañana siguiente, cuando se levantó de mala gana y vio que seguía encontrándose allí, la adrenalina le bajó en picado y se sintió completamente desconsolada. La segunda noche, gracias a la insistencia de Abdi, desesperado por dormir, abrió su estuche de supervivencia. Se puso los tapones en los oídos, se tapó los ojos con el antifaz, tomó un sedante —al que Casey denominaba «Bombardero Azul» y durmió durante diez horas seguidas.

Pero los días pasaban y Bisesa, Abdikadir y Casey seguían atrapados en el fuerte de Jamrud. No habían logrado restablecer el contacto con ninguna de sus ondas militares, el teléfono de Bisesa seguía quejándose de su continuada cauterización, ningún equipo de búsqueda y rescate había salido de la base de la ONU como respuesta a sus pacientes señales luminosas... Tampoco hubo evacuación médica para Casey. Y, en el cielo, ni rastro de una sola estela. Ni una.

Bisesa pasaba la mayor parte del tiempo echando de menos a Myra, su hija. Ni siquiera quería enfrentarse a aquellos sentimientos, como si el hecho de reconocerlos convirtiese en realidad su separación de Myra. Suspiraba por tener algo que hacer... algo que la ayudase a no pensar.

Mientras tanto, la vida continuaba.

Tras los dos primeros días, cuando ya era evidente que la tripulación del *Bird* no traía intenciones hostiles, el escrutinio del que eran objeto por parte de las tropas británicas se relajó bastante. No obstante, Bisesa sospechaba que el capitán Grove era demasiado veterano como para no vigilarlos de cerca. No les permitían ni acercarse al pequeño arsenal de pistolas del siglo XXI, ametralladoras, bengalas y todo lo que habían rescatado del helicóptero. De todas formas, ella pensaba que el hecho de que Casey fuera blanco y norteamericano había ayudado a que aquellos británicos del siglo XIX lo aceptasen, lo mismo que el que ella misma y Abdi fueran considerados de razas «aliadas». Si la tripulación del *Bird* hubiera sido rusa, alemana o china — nacionalidades que se prodigaban mucho en Clavius, por cierto—, la hostilidad habría sido mucho más aguda.

Pero cuando pensaba en todo aquello, la propia Bisesa se sorprendía de tener en

cuenta aquellos conflictos culturales entre los siglos XIX y XXI. Toda aquella situación era surrealista; Bis esa se sentía como si estuviera caminando sin rumbo dentro de una burbuja. Y no dejaba de sorprenderse ante la facilidad con la que todos los demás habían aceptado la situación, la terminante y aparentemente innegable realidad de los deslices en el tiempo, de más de ciento cincuenta años en su caso, pero tal vez de un millón de años o más en el del pobre pitecino y su cría, atrapados en aquellas redes.

Abdikadir dijo:

—No creo que los británicos comprendan nada de todo esto, y quizá nosotros lo entendemos demasiado bien. Cuando H. G. Wells publicó *La máquina del tiempo* en 1895 (¡dentro de diez años en esta franja temporal!) necesitó veinte o treinta páginas para explicar lo que hacía una máquina del tiempo. No ya el funcionamiento, sino lo que es. Nosotros hemos pasado por un proceso de aculturación. Después de un siglo de ciencia ficción, tú y yo estamos familiarizados con la idea de los viajes en el tiempo, y podemos aceptar de inmediato sus consecuencias, aunque vivir la experiencia resulte tan extraño.

—Pero todo eso no se aplica a estos británicos victorianos. Para ellos, un Ford T sería un fabuloso vehículo del futuro.

—Claro. Creo que, para ellos, los deslices en el tiempo y sus consecuencias están más allá de su imaginación... Pero si el propio H. G. Wells estuviera aquí, su propia mente podría explotar con las implicaciones de todo lo que está ocurriendo... Por cierto, ¿visitó alguna vez la India?

No había nada en toda aquella racionalización que pudiera ayudar a Bisesa. Tal vez lo cierto era que Abdikadir y todos los demás se sentían tan raros como ella, pero lo ocultaban con más tino.

No obstante, Ruddy simpatizaba con su desorientación. Le confesó que, en ocasiones, sufría alucinaciones.

—Cuando era un niño, estuve viviendo estancado en una triste casa de acogida en Inglaterra, y un día, empecé a dar puñetazos a un árbol. Fue un comportamiento extraño, lo admito, ¡pero nadie comprendió que yo intentaba averiguar si era mi abuela! Recientemente, en Lahore, tuve un acceso de fiebre muy fuerte, que podía haber sido malaria, y desde entonces, a veces vuelven mis demonios. Con eso quiero decir que sé lo que son las cosas irreales. —Mientras hablaba, se inclinó hacia delante, absorto, con los ojos distorsionados tras los gruesos cristales de sus gafas—. Pero tú eres lo suficientemente real para mí. Y ahora te diré qué es lo que hay que hacer al respecto: ¡trabajar! —Levantó los dedos manchados de tinta negra—. A veces paso dieciséis horas al día haciéndolo. El trabajo, el mejor baluarte de la realidad...

Y así tuvo lugar una sesión de terapia sobre la naturaleza de lo real con un joven Rudyard Kipling de diecinueve años. Ni que decir tiene que Bisesa salió aún más

confundida que al principio.

A medida que transcurría el tiempo y los dos grupos, los británicos victorianos y la tripulación de Bisesa, seguían sin conseguir entablar comunicación con sus respectivos mundos externos, la preocupación de Grove iba en aumento.

Los motivos eran principalmente prácticos; las reservas del fuerte no durarían demasiado. Pero Grove también estaba desconectado del vasto aparato de la administración del imperio, que Bisesa comprendió en una conversación con Ruddy y Josh. Solo en el ámbito civil, había comisionados locales, oficiales de distritos que estaban por debajo de los gobernadores provinciales, que estaban por debajo del virrey, que, a su vez, estaba por debajo del secretario de estado, que, finalmente, estaba por debajo de la propia emperatriz, la reina Victoria, allí en la lejana Londres. Los británicos se caracterizaban por haber formado una organización social estructurada y unificada. Cualquiera que fuera el ámbito en el que uno sirviera, siempre era un soldado de la reina, una parte de su imperio global. Para Grove, estar aislado de todo aquello resultaba cuando menos inquietante, lo mismo que para Bisesa era preocupante haber perdido el contacto de las redes de telecomunicación global del siglo XXI.

Por todo ello, Grove empezó a enviar patrullas de expedición, formadas especialmente por los *sowars*, su ejército montado, que recorría larguísimas distancias a gran velocidad. Se dirigieron a Peshawar, donde deberían haberse encontrado con los acantonamientos militares locales y los centros de mando..., pero Peshawar había desaparecido. No había pruebas de una posible destrucción, ni tan siquiera del espantoso asolamiento de un ataque nuclear, cuyos efectos sabían reconocer gracias a las enseñanzas de Bisesa. No había más que rocas desnudas, un río, algunos arbustos y rastros de criaturas que podían haber sido leones: era como si Peshawar jamás hubiera existido. Y la historia se repitió cuando fueron a buscar la Base Clavius, el campamento de la ONU de Bisesa. Ni un solo rastro. Ni tan siquiera de destrucción.

Así, Grove decidió explorar más lejos: más allá del valle del Indo, hacia el interior de la India, y también hacia el norte.

Entretanto, Casey, todavía inmovilizado, también se planteó el reto de intentar contactar con el resto del mundo. Con la ayuda de dos soldados de un cuerpo de señales asignado por Grove, removi6 y desmont6 todo el equipo de comunicaciones del Bird e improvis6 una estaci6n de emisi6n y recepci6n en una peque6na habitaci6n del fuerte. Pero, pese a las horas que invertía llamando a la oscuridad, nunca obtenía respuesta.

Abdikadir, mientras tanto, tenía sus propios proyectos, relacionados con la

extraña esfera flotante. Bisesa sentía cierta envidia al ver que tanto Casey como Abdi habían encontrado formas útiles de ocupar su tiempo. Era como si ellos hubieran encajado la situación mejor que ella.

En la mañana del cuarto día, Bisesa salió del fuerte para encontrar a Abdikadir sentado en un taburete, levantando un cubo de hoja lata abollado. Casey y Cecil de Morgan estaban sentados en sendas sillas plegables, contemplando el espectáculo. Casey le hizo una seña con el brazo.

—¡Eh, Bis! Ven a ver esto.

Aunque De Morgan le ofreció su silla de inmediato, ella se sentó en el suelo, al lado de Casey. No le gustaba De Morgan y no pensaba hacerle concesiones de ningún tipo, por triviales que pudiesen parecer.

El cubo de Abdikadir estaba lleno de agua, con lo que debía de resultar bastante pesado. No obstante, Lo levantó sobre su hombro con una sola mano, y marcó el nivel del agua con un lápiz graso. Después, bajó el cubo y dejó al descubierto la esfera, el Ojo Maléfico, con el agua cayendo desde su superficie. Abdi se aseguró de recuperar cada una de las gotas. La tienda de los dos «simios humanos» se encontraba a pocas docenas de yardas de distancia, con una especie de mástil en el centro. Casey soltó una risilla.

—Lleva como media hora mojando esa cosa.

—¿Por qué lo haces, Abdi?

—Estoy calculando su volumen —murmuró este—. Y repito la operación para conseguir un resultado lo más preciso posible. Se llama ciencia. Gracias por el apoyo. —Y volvió a levantar el cubo otra vez.

Bisesa se dirigió a Casey:

—Pensaba que el doctor no te permitía salir de la cama.

Casey chupó una frambuesa y colocó la pierna entablillada a frente a él.

—Era una fractura limpia y me la inmovilizaron bien. —Pero Bisesa sabía que lo habían hecho sin anestesia—. No me gusta sentarme a no hacer nada todo el día.

—¿Y usted, señor De Morgan? —preguntó Bisesa— ¿qué interés tiene en todo esto?

—Soy un hombre de negocios —repuso el comisionado—. Ese es el principal motivo por el que estoy aquí. Y siempre busco nuevas oportunidades. Lo cierto es que siento una gran intriga por su máquina voladora. Comprendo que tanto usted como el capitán Grove quieran mantener todo eso en la más estricta confidencialidad. Pero esta esfera flotante perfecta no es de ustedes ni del capitán y, en estos días de extraños acontecimientos, por raro que parezca, nos hemos acostumbrado a ella. Está ahí, suspendida en el aire, sin nada que la sostenga. Y por muy fuerte que se la golpee (incluso con balas, y ya lo han probado, pese al peligro de los rebotes) jamás se ha agrietado un ápice de su perfecta superficie, con que menos aún se ha movido una

mínima fracción de distancia. ¿Quién la ha creado? ¿Qué esconde? ¿Qué hay en su interior?

—¿Y cuánto vale? —apuntó Casey, con una carcajada.

—No se puede culpar a un hombre por intentarlo —respondió De Morgan, riendo.

Josh había hablado con Bisesa sobre De Morgan. Le había contado que su familia pertenecía a una aristocracia malograda cuyos antepasados se remontaban a la primera invasión a Inglaterra de Guillermo el Conquistador, hacía más de ochocientos años, y que se había forjado un rico patrimonio gracias a los fallidos reinos sajones. A lo largo de los siglos sucesivos, «la codicia y la locura que se hereda de generación en generación», según las propias palabras apabullantes del mismo De Morgan, había dejado a la familia arruinada, aunque con un recuerdo vivo de la riqueza y el poder. Ruddy aseguraba que, según su experiencia, el Raj estaba lleno de «trepas» como De Morgan. Y, respecto a Bisesa, no había nada que inspirase confianza en aquel hombre de pelo negro liso y ojos punzantes e inquisitivos.

Abdikadir se levantó del taburete. Serio, concentrado y misterioso, puso el modo de calculadora en su reloj de muñeca e introdujo los números que había apuntado.

—Venga, Calculito —dijo Casey, burlón—, cuéntanos tus conclusiones.

Abdikadir se sentó en el suelo, frente a Bisesa.

—El Ojo es resistente a nuestras exploraciones —repuso—, pero sigue habiendo datos que calcular. En primer lugar, el Ojo está rodeado por una anomalía magnética. Lo he comprobado con la brújula de mi equipo de supervivencia.

—Mi brújula se volvió loca desde que caímos —observó Casey.

—Es cierto que no se puede encontrar el norte magnético —prosiguió Abdikadir—, parece que algo extraño ha ocurrido con el campo magnético de la Tierra. Pero a nuestras brújulas no les pasa nada. —Levantó la vista hacia el Ojo—. Las líneas de flujo que rodean a esta cosa están juntas. En un dibujo, parecerían un nudo en un trozo de madera.

—¿Cómo es posible?

—No tengo ni idea.

—¿Qué más has descubierto, Abdi? —preguntó Bisesa.

—He estado practicando algo de la geometría que estudié en el instituto —contestó este, sonriendo—. Sumergirla en agua ha sido la única forma que se me ha ocurrido para calcular su volumen, observando las fluctuaciones del nivel de agua del cubo.

—¡Eureka! —gritó De Morgan, en broma—. Señor, es usted el Arquímedes de *nos jours*...

Abdikadir lo ignoró.

—He efectuado una docena de cálculos —continuó—, para reducir al máximo

el margen de error. Pero el resultado sigue sin ser preciso. No se me ocurre ninguna forma de calcular el área. No obstante, creo que el radio y la circunferencia son bastante buenos. —Levantó una serie de calibradores manipulados—. He adaptado una mira láser del helicóptero...

—No lo entiendo —le interrumpió Casey—. Si solo es una esfera. Si sabes el radio puedes calcular el resto mediante las fórmulas. El área es cuatro multiplicado por pi, multiplicado por el radio al cuadrado...

—Así lo calcularía si esta esfera fuese como cualquier otra esfera que hubiera visto antes —dijo Abdi, pausadamente—. Pero esta está flotando en el aire de una forma nunca antes observada. No quería dar nada por supuesto; quería comprobar lo máximo posible desde cero.

—Y has descubierto... —apuntó Bisesa.

—Para empezar, es una esfera perfecta —dijo, mientras levantaba de nuevo la vista—. Y quiero decir perfecta dentro de la tolerancia de los cálculos por láser, en todos los ejes que he probado. Ni en 2037 se puede definir un material con un grado de precisión tan fantástico.

De Morgan asintió sobriamente.

—Una exposición casi arrogante de la perfección geométrica —observó.

—Sí, pero eso es solo el principio. —Abdikadir levantó su reloj para que Bisesa pudiera leer su minúscula pantalla—. Tu geometría de instituto, Casey. ¿La proporción circunferencia-diámetro es...?

—Pi —espetó Casey—. Cualquiera sabe eso.

—Bien, pues en este caso, no es así. La proporción es de tres. Pero no con algunas décimas arriba o abajo. Tres bajo la precisión del láser. Las barras de error son tan pequeñas que es imposible que la proporción sea pi, que es como debería ser. Tus fórmulas no funcionan aquí, Casey. Del volumen, obtengo el mismo número para pi, aunque aquí la fiabilidad es menor; no podemos comparar un láser con un cubo de agua sucia...

Bisesa se levantó y caminó alrededor del Ojo, sin dejar de contemplarlo. Seguía produciéndole una sensación incómoda.

—Eso es imposible —dijo—. Pi es pi. Es un número que está inmerso en la estructura de nuestro universo.

—Nuestro universo, tú lo has dicho.

—¿Qué has querido decir?

Abdikadir se encogió de hombros.

—Parece que esta esfera —dijo—, a pesar de estar claramente aquí, no pertenece a nuestro universo. Aparentemente, hemos tropezado con anomalías en el tiempo, Bisesa. Bien, pues tal vez esto sea una anomalía del espacio.

—Si eso es cierto —dijo Casey—, ¿qué o quién ha provocado esas anomalías? ¿Y

qué se supone que debemos hacer al respecto?

Por supuesto, aquella pregunta no obtuvo respuesta.

De pronto, apareció el capitán Grove a toda prisa.

—Siento interrumpirla, teniente Dutt. Recordará que he enviado patrullas de expedición a investigar la zona... Bien, pues uno de los *sowars* ha encontrado algo insólito en dirección norte.

—Insólito —dijo Casey—. Me encanta su comedimiento británico.

Grove no se inmutó.

—Supongo que ustedes podrán sacar más conclusiones que cualquiera de mis hombres... me preguntaba si les apetecía salir a hacer una pequeña excursión.

Prisioneros en el espacio

—Eh, tú, imbécil, tengo que ir al baño. —Por supuesto, se trataba de Sable, gritando desde el compartimento de descenso, dando a Kolya la bienvenida a un nuevo día.

El cosmonauta había soñado con su hogar, con Nadia y los niños. Colgado en su saco de dormir como un murciélago de un árbol frutal, sin otra luz que el tenue resplandor de las luces de emergencia de baja potencia, le costó unos segundos percatarse de dónde se encontraba. *Ah, todavía estoy aquí.* Todavía en aquel la nave medio abandonada, sin dejar de rodear una y otra vez a una Tierra que no les hacía caso. Durante un momento, se dejó flotar, aferrándose a los últimos retales de su sueño.

Estaba en el compartimento principal, junto a los trajes espaciales y al equipamiento innecesario, rodeado de los deshechos de la estación que todavía llevaban consigo (apenas podían abrir la escotilla para tirarlos). Dormir arriba había proporcionado algo más de espacio a los otros dos, o, por decirlo de otro modo, había impedido que terminasen matándose. Pero no era nada cómodo. Podía oler la ropa interior medio podrida, o los «calzoncillos de cosacos», como había dicho Sable.

Gruñó, se estiró y salió del saco de dormir. Se abrió camino hacia el minúsculo retrete, abriéndolo desde la pared, y activó las bombas de agua que lanzarían sus deshechos a la inmensidad del espacio. Cuando se dieron cuenta de que tendrían que estar en órbita durante un tiempo indefinido, tuvieron que rescatar el servicio apartando montones de basura; el viaje a casa tenía que durar unas horas, y no se habían programado pausas para ir al lavabo. Aquella mañana, Kolya tardó un rato más en terminar. Estaba deshidratado y su orina era espesa, ácida y casi dolorosa, como si se resistiese a abandonar su cuerpo.

Al vestir únicamente su ropa interior, se dio cuenta de que estaba temblando de frío. Para optimizar la resistencia de la Soyuz, Musa había ordenado que solo se activasen los sistemas esenciales, y a la mínima potencia. De esa forma, la nave cada vez resultaba más fría y más húmeda. Una especie de moho oscuro estaba empezando a crecer en las paredes. El aire, cada vez más viciado, estaba cargado de polvo, descamaciones de piel, briznas de barba afeitada y restos de alimentos que, en ausencia de gravedad, no se depositaban en el suelo. Los cosmonautas tenían los ojos irritados y no dejaban de estornudar. El día anterior, Kolya había contado veinte estornudos en tan solo una hora.

Era el décimo día. Completarían otras dieciséis órbitas inútiles, ascendiendo a un gran total, desde que la estación desapareció de su vista, de unas ciento sesenta.

Se fijó a las piernas unas bandas elásticas que servían como protección contra los desequilibrios de líquidos del cuerpo provocados por la micro gravedad. Era importante ajustarlas en su justa medida, ya que debían presionar lo bastante como para restringir la eliminación de líquidos de las piernas, pero también permitir la circulación. Kolya se enfundó su mono, que en realidad había encontrado en la pila de desechos del compartimento principal.

A continuación, se deslizó por la escotilla abierta para bajar al módulo de descenso. Ni Musa ni Sable lo miraron a los ojos; los tres ya estaban hartos de verse las caras. Kolya se balanceó en el aire y se dejó caer en su asiento, con una habilidad adquirida. En cuanto se hubo apartado de en medio, Sable ascendió por la escotilla y Kolya oyó sus golpes y sus portazos.

El desayuno. Musa empujó una bandeja en la ingravidez hacia Kolya. Sobre ella, había latas de comida ya abiertas y a medio comer. Ya hacía días que habían agotado las reservas mínimas de comida de la Soyuz, calculadas para el descenso, y habían empezado a dar cuenta de las raciones de emergencia, destinadas a alimentarlos tras el aterrizaje: latas de carne y pescado, tubos de queso y verduras en crema, incluso algunos dulces. Pero aquello apenas les saciaba. Kolya pasaba los dedos por todas las latas vacías y comía las migajas que flotaban en el aire.

No obstante, ninguno de los tres sentía demasiado apetito. Las condiciones anómalas de ingravidez eran las responsables. Pero Kolya echaba de menos la comida caliente, que, curiosamente, nunca le había gustado hasta que abandonó la estación.

Musa ya había iniciado su paciente y determinado trabajo con los sistemas de comunicación. *Stereo Uno... Stereo Uno...* Por supuesto, jamás obtenía respuesta, por muchas horas que dedicase a la tarea. Pero, ¿qué otra opción tenían más que seguir intentándolo?

Entretanto, Sable seguía con su ajetreo «en el piso de arriba», en el compartimento principal. Había descubierto los componentes de una sencilla radio que los astronautas de la estación utilizaron una vez para contactar con radioaficionados de todo el planeta, especialmente niños. El interés público por la estación había menguado tiempo atrás, y el equipo había sido desmontado y empaquetado para su posterior destrucción. Y ahora Sable intentaba conseguir que funcionase. Tal vez recibieran alguna señal, o incluso pudieran emitir transmisiones u ondas que el equipamiento convencional no detectase. Musa, casi por costumbre, había protestado cuando Sable quiso conectar la radio a la fuente principal de energía de la nave. De aquello, surgió otra enardecida discusión, pero en esa ocasión, Kolya intervino:

—La distancia es larga, pero podría funcionar. ¿Qué daño puede hacer intentarlo?

Kolya se inclinó hacia delante y activó la válvula de la bomba de agua. Un globo de pocos centímetros emergió para dirigirse directamente hacia su rostro. Consciente

de que Musa lo vigilaba de cerca (habría problemas si se desperdiciaba una sola gota), abrió la boca todo lo que pudo. El agua se estrelló contra su lengua y Kolya la mantuvo en su boca, para saborear al máximo su frescura antes de tragarla. De todos los regímenes de racionamiento que Musa había impuesto, el del agua era el más difícil de soportar. La Soyuz no contaba con ninguna de las instalaciones de reciclaje que tenía la Estación, puesto que estaba diseñada para operar como vehículo orbital y regresar a la Tierra, y su único equipamiento era un pequeño depósito de agua. Pero, como de costumbre, Sable había discutido con su comandante al respecto:

—Incluso cuando estás en un desierto, no racionas el agua. Bebes cuando lo necesitas. Es la única forma...

Tuviera razón o no, las reservas de agua se estaban agotando.

Kolya extrajo un somero equipo de limpieza dental de un compartimento de la pared. Era un trozo de muselina impregnado de una pasta de dientes de fuerte sabor. Los cosmonautas debían enrollarlo en un dedo y limpiarse toda la boca. Kolya lo utilizaba meticulosamente, absorbiendo hasta la última gota de menta del trozo de paño. De alguna forma, aquello le aliviaba un poco la sed.

Y así empezaba el día para Kolya. No podía lavarse, puesto que hacía tiempo que se habían agotado las manoplas que utilizaban para la higiene corporal y del cabello. Sin duda, todos olían igual de mal que los calzoncillos de cosacos del módulo superior. Aunque, al menos, estaban en igualdad de condiciones.

Mientras Musa seguía llamando lastimeramente al vacío, Kolya volvió a su programa de trabajo, que él mismo se había asignado: el estudio del planeta Tierra.

A lo largo de las interminables horas que había pasado en el espacio, Kolya había desarrollado un inmenso placer en observar la Tierra. La estación, como ahora la Soyuz, orbitaba a pocos cientos de kilómetros sobre su superficie, con lo que, para él, el planeta no producía la sensación de aislamiento y fragilidad que sí experimentaban los astronautas en misiones a Marte cuando miraban hacia la isla azul en la que habían nacido. Para Kolya, la Tierra era inmensa... y cualquier cosa menos vacía.

La mitad de cada órbita lo llevaba sobre las grandes extensiones del Pacífico, una inmensa masa azulada, rota solamente por las estelas de barcos esporádicos o por un espolvoreado de islas. Incluso la mayor parte de las masas de tierra estaba vacía: a través de Asia y el norte de África se expandían los desiertos, sin otras señales que el humo de alguna hoguera de un campamento ocasional. La vida humana existía básicamente en las costas o en los valles de los ríos. Incluso las ciudades eran difíciles de vislumbrar desde allí arriba; cuando Kolya buscaba Moscú, Londres, París o Nueva York, únicamente lograba ver burbujas grisáceas que se fundían con el verde y el marrón del campo lindante.

No era la fragilidad de la Tierra la que lo impresionaba; era más bien su inmensidad, y no por la grandeza de la conquista humana del planeta, que era tan evidente, sino por la insignificancia de la ocupación humana, incluso a mediados del siglo XXI.

Pero todo aquello dejó de ser así tras la metamorfosis.

Kolya se aferraba a lo que le resultaba familiar. La geometría de la Tierra vista desde una órbita baja era la misma: cada noventa minutos, podía ver la salida del sol, que tenía lugar con una sorprendente rapidez a través de las capas de la atmósfera, con una luz carmesí, anaranjada y luego amarilla que recorría unas suaves bandas curvadas. Y las formas y las posiciones de los continentes, los desiertos, la distribución de las montañas en sus cordilleras... todo aquello era como siempre había sido.

Pero, tras aquellos amaneceres, dentro de las fronteras continentales, había algo extraño.

Las placas de hielo habían sufrido cambios. Sobre el Himalaya, Kolya pudo ver claramente cómo los glaciares se fundían por las laderas de las montañas, abriéndose paso hacia los llanos. Entretanto, el Sahara ya no era un desierto en su totalidad. Cada cierta distancia, habían emergido nuevos oasis, parches verdes que podían extenderse cincuenta kilómetros en línea recta, rodeados de segmentos rectilíneos. Del mismo modo, Kolya observó trozos de desierto que, de alguna forma, habían quedado presos en las verdes extensiones de las selvas sudamericanas. De pronto, el mundo era un tosco manto de retazos. No obstante, aquellos extraños parches verdes del desierto se apagaban a medida que pasaban los días. El verde se transformaba en marrón y moría.

Si los efectos de los cambios del mundo físico eran sutiles, el impacto que causarían en la humanidad sería dramático.

Durante el día, siempre había resultado difícil ver las ciudades y las tierras de cultivo desde la órbita. Pero ahora, hasta las enormes calzadas que se extendían en el rojo centro de Australia se habían desvanecido. Gran Bretaña, con su forma fácilmente reconocible, parecía cubierta desde la frontera con Escocia por un espeso manto forestal: Kolya reconoció el Támesis, pero era mucho más ancho de lo que él recordaba, y ya no había rastro alguno de la ciudad de Londres. Un día, Kolya vio un resplandor anaranjado en el centro del mar del Norte. Parecía una plataforma petrolífera en llamas. Una inmensa columna de humo surgía de ella y se prolongaba hasta Europa occidental. Como su señal de radio atravesaba el mar, Musa intentó a la desesperada establecer contacto. Pero no hubo respuesta. Ni tan siquiera se vieron barcos o aviones que se acercasen a ayudar en la catástrofe.

Y así sucesivamente. Si el lado diurno del planeta se había transformado, el lado nocturno resultaba sobrecogedor. Las luces de las ciudades, antes brillantes pajaritas

en los cuellos de los continentes, habían desaparecido por completo. Todas se habían extinguido.

Mirase donde mirase Kolya, la situación era exactamente la misma, salvo poquísimas excepciones. En el centro de un desierto, pudo ver una hoguera, aunque sabía que los centelleos de los relámpagos podían engañarlo. En Asia central, cerca de la frontera con Mongolia, había varias fogatas. Incluso parecía que había una ciudad en lo que había sido Irak, pero era muy pequeña, estaba aislada, y, por la noche, sus luces eran tenues y titilantes, como si no fueran eléctricas y procediesen de faroles de aceite o de minúsculas hogueras. Sable aseguró que había visto signos de vida humana en la zona de Chicago. En una ocasión, la tripulación de la Soyuz, se entusiasmó con la visión de un extenso resplandor a lo largo del litoral occidental de Estados Unidos, pero finalmente resultó ser una falla tectónica, con ríos de lava brotando del suelo roto, pronto oscurecida por oleadas de cenizas y polvo.

A primera vista, parecía que la humanidad se había evaporado. Era lo único que se podía decir. Y respecto a la familia del propio Kolya, Nadia y los niños, Moscú había desaparecido. Rusia estaba completamente vacía.

La tripulación discutió con cautela sobre lo que podía haber provocado tan tremenda metamorfosis. Tal vez alguna guerra importante había dejado despoblado el mundo; aquella parecía la hipótesis más plausible. Pero, de ser así, habrían oído las órdenes militares, o visto las detonaciones de los MIB, o recibido desesperadas llamadas de ayuda. Habrían visto arder las ciudades, claro. Y, ¿qué fuerza hubiera podido levantar bloques de hielo o extensiones verdes y ponerlas en otros lugares?

Sus conversaciones nunca llegaban muy lejos. Quizá a todos les faltaba imaginación como para enfrentarse a lo que veían. O quizá temían que hablar de aquella situación la hiciese más real.

Kolya intentó ser analítico. Los sensores externos de la Soyuz funcionaban correctamente. Diseñados para fotografiar el exterior de la estación, tenían una capacidad electrónica ilimitada para almacenar imágenes. Para Kolya, no resultó difícil alterar la configuración para que enfocasen a la tierra. La órbita de la Soyuz, una sombra de la desaparecida estación, no cubría el planeta al completo, pero se alejaba bastante del ecuador, y a cada nuevo giro de la Tierra, aparecían nuevos segmentos del planeta en los objetivos de las cámaras. Kolya podría crear un informe fotográfico del estado de la Tierra desde la órbita, cubriendo una buena franja de norte a sur.

Pacientemente, mientras la solitaria Soyuz daba vueltas, Kolya intentaba dejar a un lado las preconcepciones, controlar sus emociones y sus miedos, y simplemente captar las imágenes de lo que veía, de lo que había ocurrido. No obstante, le costaba pensar que también había fotografías de la estación justo después del desacoplamiento. Imágenes de una estación que ya no estaba, y cuya pérdida era la

apoyatura de la sinfonía de extrañeza que se abría en torno a ellos.

Sable quería saber cuál era el objetivo de aquel reportaje gráfico. Su iniciativa con la radio iba destinada a establecer una comunicación que podría salvarles la vida, pero ¿qué utilidad tendrían aquellas imágenes? Pero Kolya no sentía la menor necesidad de justificarse. Nadie debía hacerlo, según decía. Y la Tierra mecería un testimonio de su metamorfosis.

Por otro lado el cosmonauta estaba seguro de que su esposa y sus hijos habrían desaparecido. Y si eso era cierto, ¿qué sentido tenía hacer cualquier cosa que hicieran?

El clima parecía agitado. Había sistemas de presión baja sobre mares y océanos que se abrían paso hacia la tierra, desencadenando terribles tormentas eléctricas. Vistas desde el espacio, las tormentas eran increíblemente bellas, con los rayos centelleando y ramificándose entre las nubes, liberando reacciones en cadena que podían extenderse por todo un continente. Y en el ecuador del planeta, las nubes se apilaban en grandes masas que parecían querer lanzarse hacia Kolya, que en ocasiones imaginaba a la Soyuz sumergiéndose y perdiéndose entre aquellas gigantescas aglomeraciones oscuras. Tal vez la tierra estuviera tan revuelta como el mar y el aire. A medida que transcurrían los días, la escena parecía empeorar. Pero, curiosamente, la oscuridad hacía que Kolya se sintiese mejor con aquella situación, como un niño que cree que el mal desaparece si él no puede verlo.

Cuando más le costaba sobrellevar la situación, Kolya se concentraba en su limonero. El árbol, un pequeño bonsái, había sido objeto de uno de sus experimentos en la estación. Después del primer día en la Soyuz, lo había extraído de su embalaje y le había otorgado un lugar bajo su asiento. Algún día, a bordo de grandes trasatlánticos que navegarían entre los mundos, la gente cultivaría fruta en el espacio, y Kolya sería recordado como un pionero de las nuevas formas de sembrar vida más allá de la propia Tierra. Aquellas posibilidades ya se habían esfumado, por lo visto, pero el arbolito seguía allí. Intentaba ponerlo contra la luz solar que se filtraba a través de las ventanillas, y rociar sus hojas con preciada agua desde su propia boca. Si las frotaba entre sus dedos, podía oler su aroma y recordaba su hogar.

La extrañeza de aquel mundo transformado bajo una inmensa masa de aire contrastaba con la caliente familiaridad de la Soyuz, tanto, que parecía que lo que veían los cosmonautas a través de sus ventanillas formaba parte de un espectáculo absolutamente irreal.

Hacia el mediodía de aquel décimo día, Sable asomó la cabeza a través de la escotilla del compartimento principal de la nave.

—A menos que tengáis algún otro compromiso —dijo—, creo que tenemos que hablar.

Los otros estaban acurrucados en sus asientos, bajo finas mantas plateadas de supervivencia, evitando mirarse a los ojos. Sable se colocó en su sitio.

—Nos estamos quedando sin nada —señaló, directamente—. Sin comida, sin agua, sin aire y sin toallitas húmedas. Y yo ya no tengo tampones.

—Pero la situación en tierra no se ha normalizado —observó Musa.

—Vamos, Musa —espetó Sable—. ¿No es evidente que la situación nunca va a normalizarse? Sea lo que sea lo que le ha ocurrido a la Tierra... bueno, parece que así va a quedarse. Y nosotros también, claro está.

—No podemos aterrizar —dijo Kolya, pausadamente—. No tenemos apoyo en tierra.

—Técnicamente —afirmó Musa—, podemos manejar la reentrada sin ayuda. Los sistemas automatizados de la Soyuz.

—Sí, claro —interrumpió Sable—, esta es la pequeña nave que lo puede todo, ¿no?

—No habrá ningún tipo de apoyo —insistió Kolya—. Ni helicópteros, ni asistencia médica... Llevamos tres meses en el espacio, con diez días inesperados de propina. Estaremos débiles como crías de gato, ni siquiera podremos bajar del módulo de descenso por nuestro propio pie.

—Entonces —rugió Musa—, debemos asegurarnos de aterrizar en algún lugar donde haya gente, la que sea, y ponernos en sus manos.

—No es una perspectiva muy alentadora —dijo Sable—, pero no parece que tengamos otra alternativa. ¿Vamos a seguir en órbita? ¿Eso es lo que quieres, Kolya? ¿Quedarte aquí sentado tomando fotos hasta deshidratarte?

—Tal vez sería un final mejor que el que puede esperarnos allí abajo —dijo este. Al menos la Soyuz era un entorno familiar. Kolya no tenía la menor idea de lo que les aguardaba en tierra, y no estaba seguro de tener el valor necesario para afrontarlo.

Musa apoyó su gran mano de oso sobre la rodilla de Kolya.

—No existe nada en nuestro pasado —dijo— que nos haya preparado para una experiencia como esta. Ni nuestra formación, ni nuestra tradición. Pero somos rusos. Y si somos los últimos rusos, debemos vivir o morir con honor.

Sable tuvo el buen juicio de mantener la boca cerrada.

Kolya, de mala gana, asintió:

—Aterricemos.

—Gracias a Dios —dijo Sable—. Ahora la pregunta es: ¿dónde?

La Soyuz estaba diseñada para posarse en tierra; afortunadamente, según Kolya, porque un amerizaje como el que realizaron una vez los americanos habría significado una muerte segura.

—Podemos decidir donde iniciar la reentrada —observó Musa—, pero, después de eso, estaremos en manos de la secuencia automática. Cuando caigamos con el

paracaídas, no tendremos mucho control sobre nuestro destino. Ni siquiera conocemos la predicción del tiempo, puede que el viento nos arrastre a cientos de kilómetros. Necesitamos espacio para un aterrizaje turbulento, lo que significa que debemos hacerlo en Asia central, como nuestros ingenieros tenían previsto.

Parecía que esperaba una discusión con Sable a aquel respecto, pero ella se encogió de hombros.

—No es mala idea —dijo ella—. Parece que hay señales de vida humana en Asia central. Nada moderno, pero sí una concentración de personas, dado que hemos visto varias hogueras por la zona. Tenemos que encontrar gente, y ese parece un buen lugar. —Todo aquello tenía lógica, pero Kolya vio una asombrosa dureza en su expresión, como si ya estuviera calculando y previendo la situación antes del aterrizaje.

—De acuerdo —dijo Musa, dando una palmada—. Todo aclarado. No hay motivos para dudar. Ahora debemos preparar la nave...

De pronto, se oyó un zumbido en el módulo principal.

—¡Mierda! —espetó Sable—, esa es mi radio. —De un movimiento, se lanzó hacia la escotilla.

El sencillo detector improvisado por Sable había captado dos señales. Una de ellas era un latido constante, fuerte pero aparentemente automático, procedente de algún lugar de Oriente Medio. La otra, en cambio, era una voz humana, débil e irregular:

—... Othic. Aquí el suboficial jefe Casey Othic, de las Fuerzas Militares Especiales de Estados Unidos en misión para Naciones Unidas, desde el fuerte de Jamrud en Pakistán, transmitiendo para cualquier emisora. Por favor, respondan. Aquí el suboficial jefe Casey Othic...

Sable esbozó una gran sonrisa.

—¡Un americano! ¡Lo sabía! —Empezó a ajustar el enmarañado equipo de radio, ansiosa por responder antes de que la señal de la Soyuz se alejase demasiado.

Hielo

El día en que la partida expedicionaria de Bisesa tenía que salir, la trompeta del toque de diana sonó a las cinco de la madrugada. Bisesa se despertó agotada. Su cuerpo todavía no se había acostumbrado a la nueva zona horaria. A los pocos minutos, salió en busca de sus compañeros.

Tras un rápido desayuno, se formó el grupo de expedición, cargado con el mínimo equipamiento. Una unidad de veinte soldados, cipayos en su mayoría, bajo el mando del recién promocionado cabo Batson, tenía la misión de escoltar a Bisesa... y también estaban Josh y Ruddy, que insistieron en que no podían perderse la excursión. Todos marcharían a pie; el capitán Grove, haciendo gala de su buen juicio, no quería arriesgar a su menguante población de mulos. En realidad, a Grove tampoco le entusiasmaba la idea de permitir ir a los dos periodistas. Pero nadie había visto pashtunes en dirección norte ni oeste, y ni una sola bala de francotirador en ninguna parte. Incluso sus aldeas parecían haberse esfumado, como si, exceptuando a los moradores del fuerte de Jamrud, el resto de la humanidad hubiera sido arrancada del planeta. Grove terminó cediendo, pero insistió en que el grupo debía mantener una férrea disciplina militar en todo momento.

Se marcharon. Pronto, Jamrud desapareció en el horizonte, y el mundo apareció vacío, exceptuando el grupo expedicionario. Era el décimo día desde el aterrizaje forzoso de Bisesa.

La marcha era dura. Avanzaban a través de una llanura que consistía en poco más que en un desierto montañoso. A mediodía, el calor apretaba con furia, pese a que estaban en marzo —si es que todavía podían asegurar que aquel era el mes de marzo de 1885, claro— y por la noche, la temperatura caería en picado. No obstante, Bisesa esperaba cierta comodidad gracias a su traje de vuelo, preparado para cualquier temperatura y fabricado en el año 2037. Pero el equipamiento de los soldados británicos era mucho más pobre, con sus salacots y sus chaquetas de sarga, y cargados con pesadas armas, munición, ropas para dormir a la intemperie, provisiones y agua. Pero ninguno de ellos se quejó. Obviamente, estaban habituados a su equipamiento, y conocían formas de superar ciertos inconvenientes, como el uso de la orina para ablandar el cuero de las botas.

A medida que avanzaban, en estricta formación militar, Batson enviaba piquetes al frente. En una tierra plagada de montículos y crestas, tres o cuatro soldados se adelantaban cubiertos por las armas de sus camaradas para asegurarse de la ausencia de pashtunes escondidos en alguna parte. Mientras se abrían paso hacia el norte,

algunas de las colinas ya ascendían a trescientos metros o más sobre el nivel del camino, y podían pasar cuarenta minutos antes de que los piquetes hubiesen llegado a la cima. No obstante, el resto del grupo no continuaba la marcha hasta recibir la confirmación de que tenían vía libre. Era frustrante; aquella rutina obligaba a muchos altos en el camino, pero sus progresos eran notables pese a todo.

Mientras marchaban, se encontraron con más Ojos. Cada pocos kilómetros había uno, flotando en silencio, aparentemente idéntico al de Jamrud. Batson marcó sus posiciones en un mapa. Pero enseguida se hicieron tan familiares como el primer Ojo y nadie parecía notar su presencia... nadie excepto Bisesa. Se le hacía difícil volver la espalda a un Ojo, como si realmente lo fuera y vigilase todos sus movimientos.

—Vaya un sitio —comentó Ruddy a Bisesa mientras recorrían un trecho especialmente árido. Señaló a la fila de cipayos que tenían delante—. Humanos en estado puro, molidos entre el cielo llano y la tierra desgastada bajo sus pies. En la India, todo es así, de una forma u otra. Y en la frontera, todavía es más acentuado... como una quintaesencia arenosa. Resulta complicado retener el dogmatismo aquí.

—Eres una extraña mezcla entre un joven y un viejo, Ruddy.

—Bueno, gracias. Supongo que todo esto te parece primitivo, en comparación con vuestras máquinas voladoras y vuestras cajas pensantes, ¡la maravillosa crueldad guerrera de las eras futuras!

—En absoluto —respondió ella—. Yo también soy soldado y he realizado muchas expediciones como esta. Los ejércitos son un ejemplo de disciplina y concentración, al margen de la tecnología. Y, en cualquier caso, las armadas británicas eran... perdón, son un ejército avanzado a su tiempo. El telégrafo puede enviar un mensaje de la India a Londres en pocas horas, tenéis los barcos más modernos del mundo, y vuestros ferrocarriles recorren tramos interiores a una buena velocidad. Tenéis lo que se llamaría un mecanismo de reacción rápida.

—Una capacidad que ha permitido a los habitantes de una pequeña isla la construcción y el mantenimiento de un imperio global —asintió Ruddy.

Como compañero de viaje, Ruddy siempre resultaba interesante, aunque no exactamente agradable. Estaba claro que no tenía alma de soldado. Algo hipocondríaco, continuamente se quejaba de los pies, los ojos, los dolores de cabeza, la espalda y otras muchas formas de sentirse «con mal cuerpo». Pero lo sobrellevaba bastante bien. Durante los descansos, se sentaba a la sombra de un árbol y tomaba notas o escribía retazos de poesía en una maltrecha libreta. Cuando componía versos, tarareaba una melodía una y otra vez, para usarla como la base de su métrica. Era un escritor poco pulido, y con sus impulsivos y bruscos movimientos despuntaba los lápices y rompía el papel.

Bisesa seguía sin poder creer que era él. Y, por su parte, él seguía intentando que ella le revelase su futuro.

—Ya hemos hablado de esto —decía ella, pacientemente—. No tengo derecho a hacerlo. Y, además, me parece que no te das cuenta de lo extraño que resulta todo esto para mí.

—¿Cuánto?

—Para mí, tú eres Ruddy, aquí y ahora, vivo, real. Pero parece que sobre ti planea una sombra del futuro que te espera, proyectada por el Kipling en quien te convertirás.

—Dios mío —murmuró Josh—. No había pensado en eso.

—Y encima... —Bisesa señaló con el dedo hacia la tierra yerma— las cosas han cambiado, por decirlo de alguna forma. ¿Quién sabe si lo que dicen tus biografías sigue siendo tu verdadero destino?

—Ya —repuso rápidamente Ruddy—. Pero si no fuera así, si mi futuro perdido se hubiera transformado en un fantasma, en el sueño burlón de un diablo, ¿qué mal habría en que me hablastes sobre él?

—Ruddy —dijo Bisesa, negando con la cabeza—, ¿no tienes suficiente con que haya oído tu nombre dentro de ciento cincuenta años?

—Tienes razón —asintió él—. Es una noticia que la mayoría de hombres no recibirá jamás, y yo debería mostrarme agradecido ante quienquiera que sea la deidad responsable de revelármela.

—Ruddy —intervino Josh—, ¿cómo puedes quedarte tan tranquilo? Eres la persona más presumida que conozco. ¿Sabes, Bisesa? Él estaba convencido de que estaba destinado a la grandeza mucho antes de que vosotros aparecierais en nuestras vidas. Y ahora quiere que se lo confirmes personalmente... ¡seguro que piensa que todo este barullo se ha organizado solo para él!

Ruddy no perdió un ápice de compostura ante tales afirmaciones.

Una vez más, en aquel primer día de marcha, se encontraron ante otro hecho extraño.

Llegaron a una disyunción en el suelo. Era como un escalón cortado en el terreno pedregoso, de poco menos de medio metro de altura. La pared expuesta del corte era vertical y estaba muy pulida, y el corte estaba orientado en perfecta línea recta desde un horizonte hasta el otro. Hubiera resultado fácil saltar hacia arriba y subir, pero los soldados se detuvieron, dudosos. Josh se dirigió a Bisesa:

—Bueno, ¿y qué crees que será eso? Parece un sitio donde alguien ha cosido dos trozos del mundo.

—Creo que eso es exactamente lo que es, Josh —murmuró ella. Se agachó y tocó la fina superficie de piedra—. Esta es una zona tectónicamente activa, donde la India va introduciéndose en Asia. Si cogiéramos dos pedazos de tierra, separados en el tiempo por varios cientos de miles de años, este sería el desnivel previsto...

—Me parece que no te entiendo —admitió Josh.

Bisesa se levantó y se limpió el polvo de los pantalones con las manos. Se inclinó hacia delante, vacilando, hasta alcanzar con los dedos la línea de disyunción, y luego apartó rápidamente la mano. Murmuró:

—¿Qué esperabas, Bisesa? ¿Un campo de fuerza? —se murmuró a sí misma.

Sin más dilación, saltó al nivel superior y avanzó unos pasos hacia delante... en el futuro, o en el pasado.

Josh y los demás la siguieron.

En la siguiente pausa para descansar, Bisesa echó un vistazo a la lesión de la mejilla de Ruddy. El joven creía que se la había provocado una mordedura de hormiga, y que no había respondido a la prescripción médica de cocaína. Bisesa sabía un poco sobre medicina, pero pensó que parecía más bien leishmania, una afección causada por un parásito transmitido por ciertos insectos. La trató con algunos productos de su botiquín y pronto empezó a mejorar. Ruddy contaría más tarde que aquel pequeño incidente lo había convencido más que cualquier otra cosa, incluso que la espectacular llegada de Bisesa en el helicóptero, de que realmente era una mujer del futuro.

Hacia las cuatro de la tarde, Batson puso fin al recorrido del día.

En la ladera de una colina, los soldados empezaron a organizar el campamento para pasar la noche. Apilaron sus armas, se despojaron de su equipamiento y sus botas y se enfundaron las chaplies —sandalias— que habían cargado con ellos. Repartieron unas palas pequeñas y todo el mundo, incluidos Josh, Bisesa y Ruddy, se puso a erigir un muro perimetral bajo con escombros y piedras, y a excavar pequeños fosos para dormir. Todo aquello se debía a la necesidad de protegerse contra los oportunistas ataques de los pashtunes, pese a que no los habían visto en todo el día. Era un duro trabajo después de una jornada de marcha, pero lograron terminarlo en aproximadamente una hora. Bisesa se ofreció voluntaria para montar guardia por la noche. Batson rechazó la oferta educadamente.

Se sentaron a cenar. El menú era simple, a base de carne y arroz hervidos, pero todos los miembros de la partida estaban hambrientos al cabo de aquel largo día. Josh se aseguró un sitio cerca de Bisesa. La mujer añadía pequeñas pastillas a la comida y al agua, que servían para protegerla de posibles infecciones, según sus propias explicaciones. Sus provisiones de milagros del siglo XXI no durarían siempre, pero tal vez sí lo suficiente como para que su sistema se aclimatase... O, al menos, eso esperaba.

Bisesa se acurrucó en su pequeño foso, bajo su propio poncho, con su equipo de supervivencia enrollado a modo de almohada. Extrajo un pequeño aparato azul al que llamaba «teléfono» y lo puso en el suelo, junto a ella. De alguna forma, no resultó

sorprendente cuando el pequeño juguete se dirigió a ella:

—¿Un poco de música, Bisesa?

—Algo entretenido.

La maquina empezó a emitir una música fuerte y vibrante. Los soldados se quedaron atónitos y Batson espetó:

—Por el amor de Dios, ¡bajen eso!

Bisesa obedeció, pero dejó que la música siguiera sonando a poco volumen. Ruddy se había parapetado las manos en los oídos, con un gesto algo teatral.

—¡Por todos los santos! ¿Qué barbaridad es esa?

—Vamos, Ruddy —respondió Bisesa, riendo—. Es una revisión orquestal de algunos clásicos del rap. Es de hace décadas. Música de la época de mi abuela.

—Me parece increíble que los europeos puedan dejarse seducir por tales ritmos. —Tras sus palabras, levantó deliberadamente su manta y se alejó cuanto pudo de aquella extraña música.

Josh se quedó a solas con Bisesa:

—Está claro que le gustas.

—¿A Ruddy?

—Ya le ha ocurrido otras veces. Se siente atraído por las mujeres fuertes y mayores que él. Tal vez te haya escogido como una de sus musas, como él las llama. Y, tal vez, aunque ahora su destino se haya vuelto inestable, esta inesperada experiencia aporte a un hombre tan imaginativo un abanico de nuevas direcciones creativas.

—Me parece que escribió algo de ficción fu turista, en su antigua vida.

—Entonces, puede que salga ganando con todo esto...

Bisesa jugueteaba con su teléfono, escuchando aquella extraña música, con una expresión que Josh interpretó como nostálgica. Una especie de nostalgia inversa, ya que consistía en la añoranza del futuro. Preguntó:

—¿A tu hija le gusta esta música?

—Cuando era pequeña —respondió Bisesa—. Bailábamos juntas, pero ahora ya es demasiado mayor para eso, ya tiene ocho años. Prefiere la música sintetizada, totalmente generada por ordenador... esto, por máquinas. A las niñas les gusta que sus ídolos sean seguros y fiables, y nada mejor que una simulación para eso.

Josh apenas entendió lo que decía Bisesa, pero se sintió deslumbrado ante otro destello de una cultura de la que comprendía más bien poco. Con cautela, prosiguió:

—Debes de echar de menos a más gente del otro lado.

La mujer lo miró y sus ojos se ensombrecieron. Josh lamentó darse cuenta de que ella entendió perfectamente a qué se refería.

—Llevo soltera bastante tiempo, Josh. El padre de Myra falleció, y no ha habido nadie más desde entonces. —Apoyó su cabeza en un brazo—. ¿Sabes? Además de mi

hija, no hay demasiadas personas a las que añore. Este pequeño teléfono debería conectarme al mundo, a todo el planeta. Hay animaciones: anuncios, noticias, música, color... veinticuatro horas al día. Es un flujo de constante información.

—Suenan estridentes.

—Quizá lo sea. Pero estoy acostumbrada.

—Aquí también hay sensaciones placenteras. Respira hondo... ¿lo hueles? El contacto de la escarcha con el aire... el calor del fuego. Pronto aprenderás a distinguir una madera de la otra simplemente por el aroma del humo.

—También huelo a otra cosa —murmuró ella—. Un olor como a zoo. Hay animales por aquí. Animales que no deberían estar, ni siquiera en tu tiempo.

—Estamos seguros en este lugar —repuso Josh, apretando impulsivamente la mano de Bisesa. Ella no reaccionó, ni para bien ni para mal, y él, dubitativo, retiró la mano al cabo de unos segundos—. Soy un chico de ciudad. Nací en Boston. Todo esto también es nuevo para mí.

—¿Qué te trajo aquí?

—Nada que hubiese planeado. Siempre he sentido inquietud y curiosidad por ver lo que hay más allá, en la siguiente manzana, en el siguiente edificio. Me he ido presentando voluntario para un trabajo loco tras otro, hasta que acabé aquí, en los confines de la tierra.

—Bueno, me parece que has ido bastante más lejos que eso, Josh. Pero creo que eres la persona ideal para afrontar esta extraña aventura. —Bisesa lo miraba a los ojos, con un atisbo de humor en la mirada, tal vez de coqueteo.

—Tú no eres como los otros soldados que conozco —insistió él.

—Mis padres eran granjeros —dijo ella, bostezando—. Eran propietarios de una finca ecológica en Cheshire. Yo era hija única e iba a heredar la granja para trabajar en ella y expandirla... me encantaba aquel lugar. Pero, cuando tenía dieciséis años, mi padre la vendió sin decirme nada. Imagino que pensó que yo no iba en serio respecto a lo de quedármela.

—Pero era así.

—Sí. Incluso me preinscribí para estudiar agronegocios. Supuso casi una ruptura familiar. Quería marcharme y me trasladé a Londres. Y allí, en cuanto tuve la edad necesaria, me alisté en el ejército. Evidentemente, no sabía cómo era aquello: el entrenamiento físico, las maniobras, las armas, los campamentos... Pero decidí seguir adelante.

—No te veo matando a nadie —respondió Josh— y eso es lo que hacen los soldados.

—En mi tiempo, no —dijo ella—. Al menos, no en el ejército británico. Nosotros realizamos misiones de pacificación. Está claro que a veces hay que matar, o incluso declarar una guerra para preservar la paz... hay aspectos muy complejos.

—Resulta raro escucharte hablar de tus problemas familiares —dijo Josh, mientras miraba las estrellas, tumbado—, sobre los fallos en la comunicación, sobre las ambiciones perdidas. Si pienso en ello, me da la impresión de que la gente del futuro, de ciento cincuenta años en adelante, debería ser demasiado sabia para todo eso. Demasiado «evolucionada», como diría el profesor Darwin.

—Oh, no creo que hayamos evolucionado demasiado, Josh. Pero sí somos más prácticos en muchos aspectos. La religión, por ejemplo. Mira a Abdikadir y Casey, por ejemplo. Dos devotos, uno musulmán y otro cristiano. Y aunque te parezca que tendrían que estar alejados a más no poder, los dos son oikumene.

—Esa palabra procede del griego... ¿es como ecuménico?

—Sí. A lo largo de las últimas décadas, hemos vivido un continuo conflicto entre cristianismo e islam. Si lo miras con perspectiva, resulta absurdo, ya que ambas religiones tienen profundas raíces comunes, y son básicamente credos de paz. Pero todos los intentos de reconciliación entre sus altas esferas, conferencias de obispos y mulás, no sirvieron de nada. Los oikumene forman un movimiento de base que intenta conseguir lo que no se ha logrado a otros niveles. Son tan discretos que casi rozan la clandestinidad, pero están ahí, ahondando en el problema.

Aquel discurso hizo que Josh se percatase de lo remoto del tiempo de Bisesa, y de lo poco que él alcanzaba a comprenderlo. De nuevo con cautela, preguntó:

—¿Y, en tu tiempo, Dios ha sido desterrado, como algunos pensadores han predicho?

—No se trata de un destierro. Pero nos comprendemos mejor de lo que solíamos hacerlo. Comprendemos por qué necesitamos dioses. En mi tiempo, hay quienes consideran que todas las religiones son psicopatologías. Pero se refieren a aquellas personas que se dedican a torturar y a asesinar a sus correligionarios, un porcentaje mínimo que marca la diferencia en las ideologías oscuras. Pero hay otros que aseguran que todas las religiones son intentos de respuestas a las preguntas más básicas sobre la existencia. Incluso aunque no nos cuenten nada sobre Dios, seguro que nos aclaran mucho sobre lo que significa el ser humano, los oikumene esperan que, al unificar las religiones, el resultado no sea un debilitamiento sino un enriquecimiento... como la posibilidad de estudiar una piedra preciosa desde distintos ángulos. Y tal vez esos pequeños pasos sean la mejor esperanza para un auténtico progreso futuro.

—Suenan utópico. ¿Funciona?

—Poco a poco, como la pacificación. Si realmente estamos construyendo una utopía, lo hacemos desde la oscuridad. Pero, al menos, lo intentamos.

—Es una perspectiva bella —suspiró Josh—. El futuro debe de ser un lugar maravilloso. —Se volvió hacia ella—. Qué extraño es todo esto. Resulta estimulante estar aquí, contigo. ¡Somos náufragos del tiempo!

Bisesa se incorporó y rozó los labios de Josh con la punta de un dedo.
—Buenas noches. —Se dio la vuelta, se cubrió con el poncho y se acurrucó.
Josh se tumbó, con el pulso acelerado.

El día siguiente amaneció tranquilo, aunque devastado y sin vida. El ambiente era frío y se volvió gélido cuando empezó a soplar viento del norte, pese a la claridad del sol. Para entonces, ya era obvio que se había esfumado la amenaza de los pashtunes o de cualquier otra persona, y Batson permitió que su tropa abandonase la formación de piquetes y marchase a un ritmo más acelerado.

El traje de Bisesa la mantenía razonablemente protegida, pero los demás sufrían las inclemencias del tiempo. Mientras caminaban luchando contra el viento, se envolvían en sus mantas y se lamentaban por no haber llevado con ellos sus gabanes. Tanto Ruddy como Josh se habían amansado, encerrados en ellos mismos, como si el viento absorbiese la energía de sus seres. Pero nadie habría podido prever aquellas condiciones; incluso los peones más veteranos de la frontera aseguraron que jamás habían pasado tanto frío en el mes de marzo.

A pesar de todo, prosiguieron la marcha con tenacidad. Y Kipling apenas se quejó; tenía demasiado frío para molestar, según dijo.

Catorce de los veinte soldados eran hindúes. A Bisesa le dio la impresión de que los europeos se mantenían alejados de los cipayos, y de que los hindúes tenían peores armas y equipamiento. Ruddy dijo:

—Antes, la proporción de soldados británicos respecto a los hindúes era de uno por cada diez. Pero el motín terminó con todo eso. Ahora hay un europeo por cada tres hindúes. El mejor armamento y todas las piezas de artillería se encuentran en manos de los soldados británicos, que utilizan a los hindúes como arrieros. Nadie quiere entrenar y armar a insurgentes potenciales; es de sentido común. Hay que tener en cuenta que el Servicio Civil de la India solo da empleo a unas dos mil personas, ¡valientes hombres de las llanuras! , para administrar un país con una población de cuatrocientos millones de habitantes. Solo un buen respaldo permite que algo así se lleve a cabo de forma efectiva.

—Pero precisamente por eso —repuso ella, con suavidad— hay que formar a una elite hindú. Esto no es América o Australia. Es imposible que los colonos británicos o sus descendientes lleguen a exceder en número a los hindúes.

—Estás hablando de una población creciente de *babus* —replicó Ruddy, negando con la cabeza—, ¡con todos mis respetos! Esa idea puede cuajar en Londres, pero no aquí. Habrás oído hablar de Lucknow, donde los blancos sufrieron un exterminio total. Ese es el polvorín sobre el que estamos caminando. Puede que nos quedemos con las mejores armas, pero al llenar la cabeza de un *babu* con ideas de libertad y autodeterminación, se le proporciona el mejor armamento... y no tiene la madurez

suficiente como para utilizarlo.

Aquella condescendencia gratuita produjo dentera a Bisesa. Pero ella sabía que Ruddy representaba a la gran mayoría de su clase, y que se expresaba mejor que gran parte del resto. No obstante, se consoló al saber que Ruddy se equivocaba bastante respecto al futuro, incluso el más inmediato a su propio tiempo. La confrontación entre cosacos y *sowars* en Asia central, tan temida durante tanto tiempo en Londres, nunca llegaría a tener lugar. En realidad, Rusia y Gran Bretaña se convertirían en aliadas contra un nuevo enemigo común para ambas, personificado en la figura del káiser. El Imperio siempre había buscado riquezas, pero el legado británico en esa zona no estaba mal. Dejó a la India con un servicio civil en pleno rendimiento, y en el tiempo de Bisesa, el país continuaba siendo la segunda mayor democracia del mundo, después de Europa. Pero la partición bien intencionada que se impuso cuando se retiró el Raj provocó tensiones desde el principio, tensiones que desembocaron en la terrible destrucción de la ciudad de Lahore.

Sin embargo, Bisesa se vio obligada a recordar que aquella era la historia antigua. Tan solo en los pocos días que llevaban allí, le pareció detectar un cambio en la actitud de los cipayos. No se mostraban tan respetuosos con los blancos, como si supieran algo del futuro... que los *babus* como Gandhi, o la propia Bisesa, al final terminarían resultando vencedores. Incluso si, de algún modo, el tiempo volviese a unificarse, le resultaba imposible creer que aquel retal de la historia, contaminado por su propio presente, pudiera ser igual que había sido antes.

En poco rato, se encontraron caminando a través de altas colinas. Como el viento del norte se canalizaba en los hondos valles y cañones, la marcha se tornó más dificultosa. Pero solo eran estribaciones.

Por fin, llegaron a un atestado valle, desde donde pudieron contemplar las montañas. Las cimas estaban vestidas con luminosos glaciares blancos y grises que descendían desde los picos para rodar por las laderas. Incluso desde donde estaban, a muchos kilómetros de distancia, Bisesa escuchó cómo se quejaban y se agrietaban los ríos helados que se abrían paso por las faldas de las montañas.

Todos se detuvieron, asombrados.

—Dios mío —dijo Ruddy—. Los cipayos aseguran que esto antes no era así.

Bisesa extrajo sus gafas de visión nocturna y estudió atentamente la base de las montañas. Más allá de las cumbres, vio cómo el hielo se extendía en un inmenso casquete.

—Creo que esto es un trozo de la Edad de Hielo.

Ruddy, tiritando, se rodeaba su propio cuerpo con los brazos.

—La Edad de Hielo... —dijo—. Sí. He oído eso antes. El profesor Agassiz, creo. Una idea controvertida... ¡Aunque parece que ya ha dejado de serlo!

—¿Otro desliz en el tiempo? —preguntó Josh.

—Mira. —Bisesa señaló la base de las montañas. Allí, la extensión de hielo terminaba en una parada abrupta, que formaba un risco. Pero los glaciares continuaban abriéndose camino inexorablemente por las laderas. Bisesa observó cómo se escindía el risco, dando lugar a pedazos de hielo, como inmensos icebergs estancados en la tierra, que revelaban grietas de un intenso tono azulado. En la base del risco, el hielo ya se estaba derritiendo, y los torrentes de agua se escurrían hacia la tierra.

—Me parece que es otra conexión. Como el desnivel de la llanura. Podría ser un salto de entre diez mil años y dos millones.

—Sí —repuso Josh—. Ya lo veo. Otra frontera entre dos mundos, ¿eh, Ruddy?

Pero el pobre Kipling, miope, apenas podía ver nada a través de sus gafas escarchadas.

—Deberíamos retroceder —dijo Batson, con los dientes castañeándole—. Hemos visto lo que veníamos a ver, y no podemos seguir adelante. —Todos los hombres se agruparon.

La radio de Bisesa emitió un pitido. Enseguida, extrajo los auriculares de su bolsillo y se los puso. Era un mensaje de onda corta de Casey. Una de las expediciones de Grove había avistado lo que parecía un ejército, un ejército enorme en el valle del Indo. Y Casey había recibido una señal en su improvisado equipo de radio. Una señal proceden te del espacio. El pulso de Bisesa se aceleró.

Era hora de marcharse.

Antes de darse la vuelta, Bisesa contempló una última vez aquella base de hielo que se desmoronaba. Por mucho frío que hiciese, aquellos enormes glaciares no debían estar allí. Los gélidos vientos que desataban desbaratarían el clima en varios kilómetros a la redonda y, cuando se fundiesen, crearían grandes ríos y corrientes. Todo eso, evidentemente, si las cosas permanecían estables y no se sucedían más deslices entre tiempos...

De pronto, Bisesa detectó un movimiento. Volvió a mirar con atención, aumentando la visión en el objetivo. Dos, tres, cuatro siluetas caminaban a través del azul ensombrecido de los glaciares. Eran bípedos, caminaban erguidos y vestían ropas oscuras y pesadas, pieles tal vez. Llevaban palos o lanzas. Pero eran algo achaparrados, con los hombros anchos y redondeados, y una enorme musculatura. Parecían jugadores de fútbol americano, pero más voluminosos. *Vas a quedarte mudo, Casey.* Unas minúsculas chispas de luz, separadas entre ellas, flotaban sobre ellos: una fila de Ojos.

Una de las siluetas se detuvo y se volvió hacia donde se encontraba ella. ¿Acaso habría visto un reflejo de sus gafas? Bisesa aumentó el zoom al máximo nivel. La imagen era borrosa e inestable, pero consiguió verle el rostro. Era amplio, sin apenas mentón, con prominentes pómulos, la frente que se extendía desde unas espesas cejas

hacia una masa de cabello negro, y una gran nariz que emanaba vaho, blanco y regular, como si de una máquina se tratase. No era humano —o no del todo— y una sensación atávica hizo sentir a Bisesa una sacudida de reconocimiento. Entonces, la imagen se descompuso en una masa de color, blanco y azul.

Luces en el cielo

Las cosas no mejoraron demasiado. Raro era el día en que el cielo no amanecía plagado de nubes. Jamrud empezó a verse azotado por tormentas, en ocasiones con granizo, que nacían de la nada. Los cipayos aseguraban que jamás habían conocido un clima semejante.

No obstante, los oficiales británicos tenían algo más en la mente que las inclemencias del tiempo. Cada vez estaban más preocupados por las inciertas informaciones de sus expedicionarios sobre el avistamiento de una especie de ejército hacia el suroeste, y luchaban por todos los medios para conseguir datos más concretos.

Pero, pese a todos los problemas que tenían, los náufragos de Jamrud estaban aprendiendo mucho sobre su nuevo mundo, dado que la tripulación de la Soyuz seguía orbitando en torno al planeta y descargando imágenes y otros datos a la improvisada estación receptora de Casey. Este utilizó lo que quedaba de la aviónica del *Little Bird* para almacenar, procesar y visualizar todos los datos.

Las difusas imágenes que aportaba la Soyuz de aquel mundo transformado eran desconcertantes, pero cautivaban a todos aquellos que las estudiaban, aunque de diferentes formas. Bisesa estaba convencida de que, para Casey y Abdikadir, aunque las propias imágenes resultaban perturbadoras, suponían un alentador recuerdo de su hogar, donde se habían habituado a obtener tales representaciones gráficas siempre que habían querido. Pero pronto la Soyuz caería a la Tierra, cerrando así el único ojo que tenían en el cielo.

Respecto a los hombres de 1885, Ruddy, Josh, el capitán Grove y los demás, simplemente estaban anonadados con las pantallas y los otros aparatos: mientras Abdi y Casey se sentían reconfortados con la familiaridad, Ruddy y el resto estaban sorprendidos con la novedad. Entonces, una vez se hubieron acostumbrado a la tecnología, los británicos se mostraron entusiasmados ante la maravilla de poder contemplar imágenes del mundo desde el espacio. Aunque la Soyuz se encontraba a pocos cientos de kilómetros en línea ascendente, un atisbo de un horizonte curvo, o de bancos de nubes navegando entre las capas de la atmósfera, o imágenes de lugares conocidos, como la forma de lágrima del litoral fractal británico, los transportada a paroxismos de asombro.

—Jamás habría imaginado que una perspectiva divina como esta pudiera ser posible —observó Ruddy—. Todos sabemos lo grande que es el mundo, en números redondos y muy elevados. —El joven se golpeó la barriga—. Pero nunca lo había

sentido aquí, dentro de mí. Qué pequeñas y dispersas son las obras del hombre. ¿Y sus pretensiones y pasiones? Insignificantes. ¡Somos como hormigas!

Pero la población del siglo XIX pronto superó aquello y aprendió a interpretar lo que veía; incluso los militares más recios como Grove sorprendieron a Bisesa con su flexibilidad. Solo hizo falta un par de días desde la primera descarga para que las aglomeraciones en torno al monitor de Casey y los incesantes parloteos empezasen a menguar. Por impactantes que resultasen las imágenes y la tecnología que las facilitaba, el mundo que revelaban daba mucho que pensar.

Bisesa hizo copias de todo aquello para almacenarlas en su único dispositivo portátil, su teléfono. Eran datos de un valor incalculable. Durante mucho tiempo, aquellas imágenes serían lo único de lo que dispondrían para saber qué se escondía al otro lado del horizonte. Por otro lado, había acordado con el cosmonauta Kolya que era necesario un registro del lugar de donde procedían. De lo contrario, el mundo acabaría olvidando todo aquello y creería que la Tierra siempre había sido así.

Pero el teléfono tenía sus propios planes.

—Enséñame las estrellas —dijo, con su leve susurro.

Así, cada noche, Bisesa lo colocaba sobre alguna roca adecuada, donde el teléfono reposaba como un paciente insecto metálico, con su minúscula cámara enfocando al cielo. Ella le puso unas lonas impermeables para protegerlo. Aquellas sesiones de observación podían prolongarse durante horas, mientras el teléfono esperaba un destello de alguna zona clave del cielo entre las masas de nubes.

Una noche, mientras Bisesa montaba guardia junto a su teléfono, Abdikadir, Josh y Ruddy salieron del fuerte para acompañarla. Abdikadir llevaba una bandeja con bebidas, limonada fresca y agua.

Ruddy comprendió enseguida la naturaleza del proyecto del teléfono. Al levantar un mapa del cielo, y comparar la posición de las estrellas con los mapas astronómicos almacenados en él, el aparato podría determinar la fecha en la que se encontraban.

—Lo mismo que los astrónomos de Babilonia —observó.

Josh se sentó junto a Bisesa, y sus ojos se veían enormes en la creciente oscuridad de la noche. No podía decirse que fuera un hombre bello. Tenía el rostro pequeño, las orejas protuberantes y los pómulos elevados cuando sonreía. Su mentón era frágil, pero sus labios eran plenos y extrañamente sensuales. Bisesa no podía sino reconocer que el conjunto resultaba atractivo y, pese a sentirse culpable por ello, como su estuviera traicionando a Myra de algún modo, el evidente afecto que el joven sentía por ella estaba comenzando a importarle. Josh le preguntó:

—¿Crees que incluso las estrellas se han desplazado en el cielo?

—No lo sé. Josh —repuso ella—. Tal vez ese sea mi cielo, tal vez el tuyo; o tal vez el de nadie. Quiero averiguarlo.

—Seguramente —intervino Ruddy—, en el siglo XXI poseéis una comprensión

mucho más profunda de la naturaleza del cosmos, incluso del tiempo y del espacio. Nosotros somos almas pobres.

—Claro —dijo Josh, entusiasmado—. Quizá nosotros no sepamos por qué nos ha ocurrido todo esto, pero tú, Bisesa, con este arsenal de ciencia avanzada, puedes especular sobre cómo el mundo se ha quedado patas arriba...

—Es posible —dijo Abdikadir—. Pero resultará complicado hablar sobre el continuo espacio-tiempo, dado que no habríais oído hablar de la relatividad especial durante un par de décadas más.

—¿Relatividad... cómo? —preguntó Ruddy, perplejo.

El teléfono susurró con sequedad:

—Empezad con el haz de luz. Si funcionó con Einstein...

—De acuerdo —prosiguió Bisesa—. Josh, piensa en lo siguiente. Cuando yo te miro, no veo lo que eres exactamente ahora, sino lo que eras en un pasado muy reciente, de pocas fracciones de segundo; el tiempo necesario para que la luz de las estrellas reflejada en tu rostro llegue hasta mis ojos.

—Hasta ahora, está claro —asintió Josh.

—Imagínate que yo pudiese seguir a la luz de tu rostro cada vez más rápido. ¿Qué es lo que vería?

—Sería como algo parecido a dos trenes veloces, uno alcanzando al otro —contestó Josh—. Ambos son rápidos, pero, desde la perspectiva del primero, el segundo avanzaría despacio. —El joven sonrió—. Verías mis mejillas y mi boca moviéndose como un glaciar al sonreírte.

—Sí —repuso ella—. Has captado la idea. Einstein... ah, sí, era un físico de principios del siglo xx, muy importante... Bien, pues Einstein nos enseñó que no se trata de un simple efecto óptico. No es solo que yo vea tu cara moviéndose lentamente, Josh. La luz es la forma más fundamental que tenemos para medir el tiempo; así, cuanto más rápido me muevo, más lento veo pasar el tiempo para ti.

Ruddy se tiró del bigote.

—¿Por qué? —preguntó.

Abdikadir se echó a reír:

—Cinco generaciones de profesores, desde la época de Einstein, no han conseguido dar una buena respuesta a esa pregunta, Ruddy. Simplemente, el universo está trazado así.

—Qué maravilla —dijo Josh, con una gran sonrisa—. Esa luz siempre será joven, nunca envejecerá... Tal vez sea cierto que los ángeles de Dios son criaturas de luz...

—Con ángeles o sin ellos, esto me huele a chamusquina. Además, ¿qué tiene que ver con nuestra situación actual? —preguntó Ruddy.

—Pues que, en un universo donde el propio tiempo se adapta a tu alrededor en función de lo rápido que te mueves —repuso Bisesa—, el concepto de simultaneidad

es un poco complicado. Digamos que lo que es simultáneo para Josh y Ruddy, puede no serlo para mí. Depende de cómo nos movamos, de cómo pase la luz entre nosotros.

Josh asintió, pese a que estaba visiblemente desconcertado.

—Y eso no es simplemente un efecto de la medición del tiempo —dijo.

—No. Es física —aclaró Bisesa.

—Creo que lo entiendo —añadió Josh—. Y si eso puede ocurrir, sería posible tomar dos acontecimientos no simultáneos, por ejemplo, un momento de mi vida en 1885 y uno de la de Bisesa en 2037... y unirlos de forma que pudieran tocarse, tan de cerca que incluso pudiéramos...

—¿Besaros? —se burló Ruddy, con una gran solemnidad.

El pobre Josh se ruborizó.

—Pero todo esto —continuó Ruddy— está descrito desde la perspectiva de una persona o de otra. Entonces, ¿desde qué imponente punto de vista hay que observar a nuestro nuevo mundo? ¿Desde el de Dios? ¿O desde los propios ojos del tiempo?

—No lo sé —respondió Bisesa.

—Tenemos que averiguar más —resolvió Josh—. Si tuviéramos una oportunidad de arreglar las cosas...

—Ah, sí, claro. —Ruddy soltó una risa falsa—. De eso se trata. ¡De arreglar las cosas!

—En nuestra era —dijo Abdikadir—, hemos crecido acostumbrados a la contaminación en los mares, los ríos y el aire. Ahora el tiempo ya no es un continuo flujo inexorable, porque se ha revuelto y está lleno de turbulencias y remolinos. —Se encogió de hombros—. Puede que tengamos que acostumbrarnos a ello.

—Quizá la verdad es mucho más simple —intervino Ruddy de pronto—. Quizá vuestras ruidosas máquinas han hecho pedazos la calma de la eternidad. Puede que los estallidos y los zumbidos de las terribles guerras de vuestra era hayan chocado contra los muros de esa calma, con demasiada fuerza como para poder recuperarse.

Josh los miró a todos, alternativamente.

—¿Quieres decir que todo esto podría no deberse a causas naturales? —preguntó—. ¿Dices que podría ser culpa nuestra?

—Es posible —repuso Bisesa—. Pero tal vez no sea así. Sabemos poco más que vosotros sobre la ciencia, Josh. En realidad, no sabemos casi nada.

Ruddy seguía dándole vueltas a la teoría de la relatividad:

—¿Quién era ese tipo...? ¿Einstein, habéis dicho? Suena a alemán.

—Era un judío alemán —contestó Abdikadir—. En vuestro tiempo, era... un niño de seis años que vivía en Munich.

—El espacio y el tiempo pueden combarse... no hay una seguridad plena, ni tan siquiera en la física... Las teorías de Einstein deben de haber empujado al mundo

hacia la inestabilidad y la desintegración. ¡Y resulta que era hebreo y alemán! La verdad es que no deja de tener gracia.

El teléfono dijo pausadamente:

—Bisesa, hay otra cosa.

—¿Cuál?

—Tau Ceti.

—¿Qué es eso? —preguntó Josh—. ¡Ah! Una estrella.

—Una estrella como el sol, a unos doce años luz de distancia. Era una nova. Su luz ya era débil cuando la vi, ya iba de regreso. Solo duró algunas noches, pero...

Abdikadir se extrañó:

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Básicamente, que es imposible.

—¿Por qué?

—Solo los sistemas binarios generan novas: otra estrella debe aportarle material inerte. De ahí se genera la explosión.

—Tau Ceti es una estrella solitaria —añadió Bisesa—. ¿Cómo puede haberse producido la nova?

—Puedes comprobarlo en mis registros —repuso el teléfono, con un tono malhumorado.

Bisesa miró hacia el cielo, con una expresión de incertidumbre en el rostro.

—Dadas las circunstancias —espetó Ruddy—, todo esto me parece un rompecabezas remoto y abstracto. Tal vez deberíamos preocuparnos por cuestiones más inmediatas. El teléfono ha estado trabajando durante días en el cálculo babilónico de la fecha real. ¿Cuánto tardará en darnos los resultados de su investigación?

—Eso tiene que decirlo él mismo. Siempre ha funcionado con mente propia.

—¡Señor aparato! —rio Ruddy—. Cuéntenos sus conjeturas, por incompletas que le puedan parecer. ¡Se lo ordeno!

—Bisesa... —empezó el teléfono.

Ella había programado protecciones de control parental para que el teléfono no revelase demasiados datos a los británicos. Pero, entonces, se encogió de hombros y dijo:

—Adelante, teléfono.

—Siglo XIII —susurró el aparato.

—¿Cuándo? —exclamó Ruddy.

—Es complicado precisar más. Los cambios en las posiciones de las estrellas son mínimos. Mis cámaras están diseñadas para la luz del día y tengo que tomar imágenes de larga exposición. Además, las nubes son un incordio... Existen varios eclipses lunares en este periodo; si observo uno de ellos, tal vez pueda determinar el día

exacto.

—Siglo XIII... —suspiró Ruddy, mirando a un cielo cargado de nubes—. ¡A seis siglos de casa!

—Ocho para nosotros —añadió Bisesa, muy seria—. Pero, ¿qué significa eso exactamente? Puede que el cielo sea el del siglo XIII, pero está claro que el mundo sobre el que hemos aterrizado no pertenece a esa época. Jamrud no estaría aquí, sin ir más lejos.

—Quizá el siglo XIII —intervino Josh— sea una... base. Como la estructura subyacente sobre la que se han cosido los otros parches del tiempo, que forman esta inmensa colcha cronológica que es ahora el mundo.

—Siento haber sido portador de malas noticias —dijo el teléfono.

—Creo que, más que malas, son complejas —respondió Bisesa, encogiéndose de hombros.

Ruddy se tumbó contra la roca, con las manos entrelazadas tras su cabeza y las nubes reflejadas en sus gruesas gafas.

—El siglo XIII —repitió, pensativamente—. Esto se está convirtiendo en un maravilloso viaje. Yo pensaba que venía a la Frontera del Noroeste, y que eso ya era una gran aventura. ¡Y ahora he aparecido en la Edad Media...! Pero admito que en estos momentos no es asombro lo que siento. Ni tan siquiera temor, excepto por el hecho de que estarnos perdidos.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Josh, bebiendo un trago de limonada.

—Cuando tenía cinco años, me mandaron a vivir a Southsea, a un hogar social. Es una práctica muy común; cuando eres un padre emigrado, quieres que tu hijo crezca y se forme en Inglaterra. Pero a los cinco años, yo no sabía nada de todo eso. Odié aquel lugar en cuanto puse los pies en él. ¡Lorne Lodge, la casa de la desolación! Me castigaban con regularidad, simplemente por el terrible crimen de ser yo mismo. Mi hermana y yo nos consolábamos jugando a ser Robinson Crusoe, ¡pero jamás soñé que me convertiría en un Robinson Crusoe en el tiempo! Me pregunto dónde estará ahora la pobre Trix... Pero lo que más me dolía de mi situación, ahora lo veo, es que mis padres me habían abandonado (o eso creía yo entonces), traicionado y dejado en aquel desolado lugar de miseria y dolor.

—Lo mismo que ocurre aquí ahora —musitó Josh.

—En una ocasión, fui abandonado por mis padres —dijo Ruddy con amargura—. Y ahora, por el propio Dios.

Aquellas palabras produjeron un silencio general. La noche se había inmensa, bajo un cielo poblado de estrellas ajenas. Bisesa no se había sentido tan perdida desde el momento de la Discontinuidad, y recordó con dolor a Myra. Abdikadir dijo con dulzura:

—Ruddy, tus padres querían lo mejor para ti, ¿no es así? Simplemente, no lo

entendiste.

—¿Quieres decir que quienquiera que sea el responsable de lo que le ha ocurrido al mundo, sea Dios o no, lo ha hecho por una buena causa? —preguntó Josh.

—Somos humanos. —Abdikadir se encogió de hombros—. Y el mundo ha sido transformado por fuerzas claramente sobrehumanas. ¿Por qué íbamos a comprender las razones ocultas detrás de dichas fuerzas?

—De acuerdo —respondió Ruddy—. Pero, ¿acaso alguno de nosotros cree realmente que puede haber benevolencia tras esta intromisión?

Nadie contestó.

Última órbita

De pronto, se encontraron en su última órbita: tal vez la última órbita en torno a la Tierra jamás vivida por el ser humano, pensó Kolya con tristeza. Pero la disposición necesaria seguía inalterable y, después de que su preparación los salvase, los tres empezaron a trabajar juntos con la misma efectividad con la que lo habían hecho desde el inicio de aquella extraña aventura. En realidad, Kolya sospechaba que todos se sentían reconfortados de alguna forma por una rutina que les resultaba familiar.

La primera tarea consistía en cargar el compartimento principal con todos los deshechos, incluida la mayor parte del contenido de los equipos de supervivencia, ya consumido. Sable guardó la radio que había construido en el compartimento de descenso, por si les resultaba de utilidad cuando hubiesen aterrizado.

Había llegado el momento de vestirse. Por turnos, ocuparon el compartimento principal para cambiarse. Kolya se enfundó en primer lugar sus pantalones elásticos, lo suficientemente ceñidos como para conducir los líquidos del cuerpo hacia la cabeza, para así no desmayarse una vez en tierra. Eran tremendamente útiles, pero igual de incómodos. A continuación, se enfundó el traje. Primero tenía que introducir las piernas por un orificio situado a la altura del estómago. La capa interna, confeccionada con un duro material gomoso, era hermética, y la capa externa, de un tejido artificial resistente, estaba equipada con bolsillos, cremalleras y solapas. Bajo gravedad, habría resultado imposible ponerse todo el conjunto sin la ayuda del personal de tierra. Pero allí, Kolya podía moverse hasta poner las piernas en su sitio, introducir los brazos en las mangas y conseguir que la parte posterior quedase bien ajustada. Estaba acostumbrado a aquel traje; incluso se había impregnado de su propio olor, y, en caso de desastre, podía salvarle la vida. Pero después de tanto tiempo de libertad ingravida, se sintió como si lo hubieran aprisionado en un neumático de tractor.

Una vez vestido, Kolya se deslizó al módulo de descenso. Los tres estaban listos. Musa acercó los guantes y los cascos a los demás, y comprobó la presión de los trajes.

Por última vez, la Soyuz sobrevoló la India y su señal de radio llegó hasta Jamrud. El pequeño altavoz que Sable había acoplado a su equipo de radio volvió a la vida.

—... Othic llamando a Soyuz, adelante. Othic a Soyuz, adelante...

—Aquí la Soyuz —respondió Musa—. Casey, ¿cómo está nuestro comandante hoy?

—Agobiado por la lluvia. Pero lo más importante, ¿cómo estáis vosotros?

—Apretujados como en una lata de sardinas —contestó Musa, mirando a su tripulación. Hemos comprobado todos los sistemas y todo es correcto, pese al tiempo extra que hemos pasado orbitando. Estamos listos para el descenso.

—Esa Soyuz es dura de pelar.

—Lo es. Lamentaré tener que despedirme de ella.

—Musa, sabéis que no tenemos forma de rastrearlos. No sabremos dónde vais a aterrizar.

—Pero nosotros sí sabemos dónde estáis. Os encontraremos, amigo.

—Que Dios y Karl Marx así lo quieran.

Kolya, de pronto, se dio cuenta de que no quería perder aquel contacto. Los tres miembros de la tripulación sabían que Casey y su gente eran otro grupo de náufragos, tan perdidos e indefensos como ellos. Pero, al menos, Casey era una voz del siglo XXI que les hablaba desde tierra; era lo más parecido a un contacto con su hogar.

—Debo decir una cosa. —Musa puso la mano en sus auriculares—. Casey, Bisesa, Abdikadir... y Sable y Kolya, todos vosotros. Nos encontramos lejos de casa. Hemos emprendido un viaje cuya naturaleza se nos escapa. Y me parece que ha quedado claro que este nuevo mundo, formado por parches recortados del tiempo y del espacio, no es el nuestro: está creado con trozos de la Tierra, pero no es la Tierra. Así que lo más apropiado, en mi opinión, es que a este, nuestro nuevo mundo, no debemos llamarlo «Tierra». Necesitamos un nombre nuevo.

—¿Como cuál? —preguntó Casey.

—Se me ha ocurrido uno —repuso Musa—. «Mir». Tenemos que llamar a Mir a este nuevo planeta.

—¿Quieres ponerle a un planeta el nombre de una antigua estación espacial rusa? —dijo Sable, con una carcajada.

Pero Kolya intervino:

—Lo comprendo. En nuestro idioma, la palabra Mir puede significar «mundo» y también «paz».

—Aquí abajo nos gusta la idea —aseguró Casey.

—Entonces, que sea Mir —añadió Musa.

Sable se encogió de hombros.

—Qué más dará —dijo, con crueldad—. Le has puesto nombre a un mundo, Musa. ¿Y qué importancia tiene un nombre?

—Sabéis... —murmuró Kolya— me pregunto dónde nos encontraríamos todos si no hubiéramos estado en este trozo de cielo en esos precisos momentos.

—Demasiado profundo para alguien como yo —respondió Casey—. Ni siquiera puedo... lluvia... cuello.

Musa miró a Kolya.

—Estamos perdiendo el contacto.

—Sí... también... perdiendo...

—De acuerdo. Hasta pronto, Casey.

—... la entrada. Bienvenidos a vuestro nuevo mundo. ¡Bienvenidos a Mir!

La señal se extinguió.

Nuevo mundo

Poco después del amanecer, Bisesa y Abdikadir se acercaron a los restos del helicóptero. La lluvia del día anterior seguía cayendo de forma incesante, punteando la zona embarrada con pequeños cráteres. Abdikadir se apartó ligeramente la capucha del poncho, levantó el rostro hacia la lluvia y la probó.

—Salada —observó—. Hay grandes tormentas por ahí fuera.

Habían habilitado una especie de cobertizo contra uno de los flancos laterales del helicóptero caído. Apretados bajo la lona, Casey y los británicos estaban tan salpicados de barro que parecían figuras moldeadas de la propia tierra. Pero Cecil de Morgan vestía su atuendo habitual, y su aspecto era casi pulcro a pesar de algunas manchas. A Bis esa jamás le gustaría aquel hombre, pero admiraba su tenacidad a la hora de resistirse a la naturaleza.

El capitán Grove había solicitado a Casey un informe sobre los descubrimientos realizados hasta el momento. Y este, que caminaba con la ayuda de una muleta, había utilizado un trozo de tiza para trazar un mapa en proyección de Mercator sobre el armazón del helicóptero y había colocado una pantalla táctil sobre una silla plegable delante de él.

—Bien —dijo Casey, con decisión—. Primero, la gran foto.

La docena de militares y civiles que se encontraba de pie bajo el poco seguro refugio del cobertizo se apiñó para ver pasar las imágenes de aquel mundo nuevo.

Las formas de los continentes les resultaban bastante familiares. Pero más allá de los litorales, la tierra era un rompecabezas de piezas irregulares, de colores que variaban desde un verde terroso a un blanco azulado, y que mostraban claramente la peculiar fragmentación del tiempo que había tenido lugar en todo el planeta. Aparentemente, poca gente había superado la Discontinuidad. La cara nocturna del mundo se encontraba sumida en una oscuridad casi completa, alterada únicamente por algunas valientes luces dispersas, creadas por el ser humano. Y luego estaba el clima. Grandes sistemas tormentosos bullían desde los océanos, los polos o los corazones de los continentes. Un alud de relámpagos golpeaba la tierra en una ramificación de pirotecnia morada y gris.

Casey pulsó sobre el mapa del mundo.

—Creemos que lo que estamos observando son masas continentales que se han sustituido, en parches, por trozos de ellas mismas, procedentes de otras eras. Pero, hasta donde hemos podido ver, dado que la Soyuz no contaba con el equipamiento necesario, solo ha habido una ligera alteración en la posición global de las masas de

tierra. Eso nos limita en el tiempo, aunque creemos que las pequeñas alteraciones existentes podrían ser suficientes para desencadenar erupciones volcánicas —explicó.

Ruddy ya tenía la mano alzada:

—Si las masas continentales no han cambiado, entonces, ¿por qué...?

—Para vosotros —gruñó Casey—, Alfred Wegener es un niño de cinco años. Placas tectónicas. Movimiento de continentes. Es una larga historia. Fíate de mi palabra.

—¿De cuánto tiempo hablamos, Casey? —preguntó Bisesa.

—Pensamos que no hay ningún parche de más de dos millones de años.

Ruddy soltó una sonora carcajada.

—Nada. Solamente dos millones de años. Qué alivio, ¿no? —dijo.

—Los pedazos de tiempo se extienden, hipotéticamente, desde la superficie de la Tierra hasta una determinada distancia de su centro —repuso Casey—. O tal vez hasta él. Quizá cada uno de los parches sea una porción afilada de núcleo, manto, corteza y cielo.

—Y cada uno tenga su propia vegetación, sus habitantes y una columna de aire ascendente —añadió Grove.

—Eso parece. Creemos que la mezcla de los parches es la que ha revuelto el clima. —Casey pulsó de nuevo sobre la pantalla táctil. Empezaron a aparecer imágenes de terribles tormentas tropicales, tornados blancos del sur del Atlántico azotando la costa este americana, y frentes de nubes negras sobre Asia—. Algunos de los retazos deben de proceder del verano y otros, del invierno. Además, el clima de la Tierra fluctúa en largos ciclos, como las edades de hielo. Y todo eso se ha mezclado de golpe. —Casey mostró fotografías de una placa de hielo de forma rectangular sobre la zona donde debía estar París, en Francia—. El aire caliente tiende a subir por encima del frío, y eso es lo que causa los vientos. El aire caliente soporta más vapor de agua que el frío, y lo vuelca sobre la tierra fresca, en forma de lluvia. Mientras todos estos fenómenos estén descontrolados, el clima también lo estará.

—¿Hasta dónde llegan estos parches temporales? —preguntó Abdikadir.

—No lo sabemos —contestó Casey.

—No creo que lleguen hasta la Luna —apuntó el cabo Batson—. Si no, habría desaparecido, o se habría salido de su órbita.

—Buena observación —observó Casey, levantando las cejas—. Sabemos que, como máximo, llega hasta el punto inferior a la órbita terrestre.

—La Soyuz —añadió Bisesa.

—Sí. Bis, sus relojes concuerdan con los nuestros al segundo. Debían de estar volando justo encima de nosotros, por pura casualidad, en el momento de la Discontinuidad, y por eso han coincidido con nosotros. Hemos intentado trazar un mapa de los parches temporales, y, en algunas zonas, hemos podido. Aquí está el

Sahara... —Casey mostró una imagen de retazos verdes en el desierto, la mayor parte irregulares, pero algunos terminando en líneas rectas y arcos geoméricamente perfectos—. Un parche de desierto es muy parecido a otro, aunque los separe medio millón de años en el tiempo. No obstante, todavía se puede situar a cada uno en el tiempo, de forma aproximada, gracias a los cambios geológicos.

Casey se volvió y trazó un gran asterisco de tiza en África central.

—Esta parece la zona más antigua de todas. Se puede determinar por la anchura del valle del Rift... Y, atención a esto, el Sahara no se extiende tanto hacia el sur, y hay lagos y parches verdes. Pero esto es solo un promedio; en tierra, todo está más mezclado. —Casey expuso más imágenes—. Pensamos que la mayor parte de Asia data de los últimos dos mil años, más o menos. Se ven indicios de vida humana en las estepas, pero no parece excesivamente evolucionada. Hay columnas de humo de posibles fogatas, pero ninguna señal de luz eléctrica. Parece que la mayor concentración de gente se encuentra en este punto. —Señaló una zona al norte de China, en la parte oriental de Asia—. No sabemos quiénes son.

Casey continuó su exposición, conduciendo a su reticente público por un mundo completamente transformado. Australia tenía un exótico aspecto. Aunque la zona central era de un árido tono rojizo, igual que en el tiempo de Bisesa, en las costas y en los valles la vegetación era espesa y abundante. Algunas de las imágenes ampliadas exhibían animales. Bisesa pudo distinguir uno parecido a un hipopótamo, curioseando por una zona verde en el límite de un parche. Además, en una breve secuencia animada, una manada de criaturas bípedas corría para desaparecer de la imagen, tal vez huyendo de algún depredador. A Bisesa le parecieron canguros gigantes; Australia parecía haber regresado a su época virgen, antes de la llegada de los humanos. Por su parte, Sudamérica era una extensión verde: la selva tropical, diezmada y agonizante en el tiempo de Bisesa había vuelto a su antigua era de gloria y plenitud.

En Norteamérica, una gran losa de hielo se extendía hacia el noroeste, en dirección al polo y a la altitud de los Grandes Lagos. Casey continuó su exposición:

—El hielo de esta zona procede de diferentes épocas, lo que puede deducirse de las hendiduras y los bordes recortados. —Señaló unas ampliaciones del sur del casquete que parecían hojas de papel rasgado. Bisesa vio glaciares que se vertían por aquellos recortes y formaban inmensos lagos, y sus consecuentes sistemas tormentosos, creados en las zonas donde el gélido aire de la Edad de Hielo viajaba hacia la tierra más cálida. Hacia el sur, la tierra era un compendio de marrón y verde: tundra, aprisionada por el hielo y barrida por los vientos desatados de los glaciares. A primera vista, no se apreciaban indicios de vida humana; pero luego recordó que los hombres eran una incorporación reciente en la fauna de América. Entonces, Abdikadir dijo:

—¿Y Alaska? Tiene una forma algo extraña.

—Se extiende hacia Beringia; ya sabéis, el puente de tierra que conectó hace miles de años Asia y América, por el estrecho de Bering, el camino que tomaron los primeros humanos que llegaron a Norteamérica. Pero también ha sido recortado; el mar se ha partido...

La exposición continuó, y todos contemplaron con inquietud la sucesión de parpadeantes imágenes.

—¿Y Europa? —preguntó Ruddy— ¿Inglaterra?

Casey les mostró Europa. Gran parte del continente estaba recubierta por una densa masa forestal. En las regiones más abiertas del sur, en Francia, España e Italia, había indicios de vida humana, pero solo eran aldeas esparcidas, tal vez ni siquiera construidas por el hombre. Bisesa recordó al resto que aquella zona había sido ocupada por neandertales. Y tampoco había rastro de vida humana en Inglaterra; al sur de donde hubiera estado el muro de Adriano, había un parche de selva virgen. Hacia el norte, el inmenso bosque se rompía con una inmensa cicatriz blanca que ocupaba las tierras altas de Escocia, un retazo de hielo escapado de alguna era glacial.

—Ha desaparecido —observó Ruddy. Bisesa se sorprendió al ver sus empañados ojos, tras aquellas gruesas gafas—. Tal vez me afecta tanto porque no nací allí. Pero mi hogar se ha desvanecido, todo él, toda su historia desde los romanos y más allá, evaporados como el rocío.

—Anímate, hombre —le dijo Grove, apoyando la mano sobre su hombro—. Limpiaremos ese bosque y construiremos una nueva historia si es necesario.

Ruddy asintió, incapaz de pronunciar palabra.

Casey contemplaba aquel pequeño melodrama con los ojos bien abiertos, dejando temporalmente de mascar chicle. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Iré al grano —dijo—. La Soyuz solo ha encontrado tres sitios, en todo el maldito planeta, con indicios de cultura tecnológicamente avanzada, y uno de ellos es este. El segundo... —Casey señaló el mapa que había dibujado la punta sur del inconfundible lago Michigan.

—... Chicago —apuntó Josh.

—Sí —repuso Casey—, pero no nos hagamos ilusiones. Se aprecian extensiones urbanas densas, con mucho humo, aparentemente procedente de fábricas, e incluso lo que parecen barcos de vapor en el lago. Pero nadie respondió a las señales de radio de la Soyuz.

—Podrían pertenecer a alguna era previa a la invención de la radio —dijo Abdikadir—. Por ejemplo, a 1850. La población ya era considerable entonces.

—Sí —prosiguió Casey, mostrando imágenes en la pantalla táctil—. Pero ya tienen sus propios problemas. Están rodeados por el hielo. El interior ha desaparecido. Ya no hay tierras de cultivo ni comercio, porque no hay nadie con

quien— puedan comerciar.

—¿Y cuál es el tercer sitio? —preguntó Bisesa.

—Aquí. —Casey pasó a una nueva imagen de Oriente Medio—. Hay una ciudad pequeña, antigua, no como Chicago. Pero lo interesante es que la Soyuz sí detectó una señal de radio procedente de allí, la única de todo el planeta, además de la nuestra. Pero no era como la nuestra. Potente pero regular, como un chirrido ascendente entre frecuencias.

—Un radiofaro, quizá —propuso Abdikadir.

—Tal vez. Pero no es un diseño nuestro.

Bisesa echó un largo vistazo a la pantalla. La ciudad se encontraba en una amplia extensión verde, aparentemente cultivada, enmarcada por sospechosos canales de agua que parecían brillantes hilos de plata.

—Creo que eso es Irak —concluyó.

—Eso... —repuso firmemente Cecil de Morgan— es Babilonia.

—¡Babilonia vive de nuevo! —exclamó Ruddy.

Se hizo un gran silencio. Babilonia. Solo el nombre sonaba exótico. La cabeza de Bisesa empezó a trabajar con especulaciones sobre qué extraño radiofaro podía existir allí.

El capitán Grove tomó el control del evento. Avanzó unos pasos y dio unas palmadas.

—Bien. Muchas gracias, señor Othic —dijo—. Así es como yo lo veo: tenemos que concentrarnos en nuestra propia situación, dado que está claro que nadie va a venir a rescatarnos, por así decirlo. Y no solo eso. Creo que debemos encontrar algo que hacer, fijarnos un objetivo. Ha llegado el momento de dejar de enfrentarnos a lo que los dioses nos han preparado, sea lo que sea, y de empezar a tomar el control de la situación.

—Aquí, aquí —murmuró Ruddy, levantando el brazo.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Tenemos que ir a Chicago —dijo Josh—. Con tanta gente, tanta industria, tanto potencial...

—Ellos no saben que estamos aquí —contestó Casey, sin rodeos—. Bien, quizá vieran la Soyuz pasar por encima de sus cabezas. Pero aun así, tampoco habrían entendido nada.

—Y no tenemos forma de llegar hasta ellos —afirmó el capitán Grove—. Nos encontramos en una posición que no nos permite organizar una expedición transatlántica... Quizá en el futuro. Pero ahora debemos olvidarnos de Chicago.

—Babilonia —apuntó Abdikadir—. Es el objetivo obligado. Y está esa señal de radio... puede que consigamos averiguar algo más sobre lo que nos ha ocurrido.

Grove asintió.

—Además —añadió—, me gusta el aspecto de esa extensión verde. ¿No era Babilonia un lugar precursor de la agricultura? ¿El Creciente Fértil y todo eso? Puede que tengamos que considerar el traslado hacia allí. Podríamos ir caminando, no sería imposible.

—¿Está pensando en cultivar, capitán? —preguntó Abdikadir, con una sonrisa.

—No es que sea precisamente mi vocación, pero la necesidad obliga, señor Omar. Bisesa señaló:

—Pero ya hay gente viviendo allí.

—Ya decidiremos qué haremos cuando llegemos. —En aquel momento, Bisesa vislumbró algo de esa dureza que había permitido a aquellos británicos construir el imperio que abarcó todo un planeta.

No hubo más sugerencias. Babilonia era su opción.

La tropa empezó a disolverse en grupos reducidos. Hablaron. Hicieron planes. Bisesa sintió cierto entusiasmo ante un nuevo propósito, una nueva dirección hacia la que avanzar.

Josh, Ruddy y Abdikadir regresaron caminando al fuerte en compañía de Bisesa. Abdikadir dijo:

—Grove es un tipo listo.

—¿A qué te refieres?

—Sus ansias por ir a Babilonia. No es solo para arar la tierra. Es que allí habrá mujeres.

—Antes de que sus hombres empiecen a amotinarse, quieres decir.

—Pensadlo —apuntó Josh, con una gran sonrisa—. Quinientos adanes y quinientas evas...

—Es cierto que Grove es un buen oficial —intervino Ruddy—. Ha estado todo el tiempo pendiente del estado de ánimo de las tropas en las barracas y durante el Desorden. —La mayor parte de los soldados de Jamrud, en el momento de la Discontinuidad, tenía «tres años», según palabras del propio Ruddy; tropas de servicio desde hacía poco tiempo—. Casi ninguno tiene restos de albero en los huesos... —El albero era el blanqueador que usaban las tropas para limpiar sus cinturones—. Ahora mantienen el espíritu positivo de una forma admirable. Pero su buen humor no durará demasiado, una vez se den cuenta de la escasa probabilidad de que cualquiera de nosotros pueda volver a casa pronto. Babilonia puede ser la respuesta a todo eso.

—¿Sabéis? —dijo Abdikadir— Somos afortunados por haber tenido a la Soyuz y haber recopilado tantos datos. Pero tenemos muchas preguntas sin responder. Por ejemplo, ese marco de dos millones de años es interesante.

—¿Por qué?

—Porque hace dos millones de años es aproximadamente la fecha en que emergió el Homo Erectus, el primer homínido. Algunas especies predecesoras, como los pitecinos que capturaron los británicos, coincidieron con él durante un tiempo, pero...

—¿Crees que el salto en el tiempo tiene que ver con nosotros, los seres humanos?

—Tal vez sea solo una coincidencia, pero entonces, ¿por qué no un millón de años, o veinte, o doscientos millones? Y los retazos más antiguos de esta colcha que es ahora el mundo parecen aquellos donde nosotros somos más viejos. Y los parches jóvenes, como las Américas, donde llegamos en último lugar... No sé, puede que este nuevo mundo sea, de alguna forma, un muestreo representativo de la historia del hombre y el homínido.

Bisesa se estremeció.

—Pero la mayor parte del mundo está vacía —dijo.

—La historia del Homo Sapiens solo es el último capítulo de la larguísima historia de la evolución homínida. Somos simples partículas de polvo flotando sobre la superficie de la historia, Bisesa. Quizá eso es lo que nos muestra el estado en que se encuentra el mundo. Es una muestra a través del tiempo.

Entonces, Josh tiró de la manga de Bisesa.

—Estoy pensando en algo —le dijo—. Puede que no te haya pasado a ti, ni a los demás, y que mi perspectiva de hombre decimonónico sea distinta...

—Suéltalo, Josh.

—Al contemplar este nuevo mundo, tú ves retales de tu pasado. Pero yo también veo parte de mi futuro, en vosotros. ¿Por qué ibais a ser vosotros los últimos? Bisesa, ¿por qué no hay nada de vuestro propio futuro?

Aquella idea la golpeó de repente, plena y completa. Bisesa sintió un escalofrío. ¿Cómo no se le había ocurrido a ella? No encontró respuesta a aquella pregunta.

—¡Capitán Grove! ¡Aquí! —El cabo Batson, que encabezaba la comitiva, agitaba los brazos. Grove corrió hacia él, seguido por Bisesa y los demás.

Batson estaba junto a un reducido grupo de soldados, un cabo británico y unos cuantos cipayos que sostenían a dos hombres. Aquellos extraños tenían las manos atadas a la espalda. Eran más bajos que los cipayos, pero más fornidos y musculosos. Ambos vestían túnicas cortas de un desgastado color morado, y calzaban sandalias de piel con tiras atadas a los tobillos. Sus rostros eran grandes y bronceados, apenas afeitados. Sus cabellos eran negros y cortos. Estaban manchados de sangre seca y evidentemente aterrorizados por las armas de los cipayos. Cuando un soldado levantó el rifle, uno de ellos gritó y se dejó caer sobre las rodillas.

Grove se plantó delante de los hombres, con los brazos en jarras.

—Dejadlos en paz, por el amor de Dios. ¿No veis que están aterrados?

El cipayo bajó el arma con cierta vergüenza. Ruddy miró con júbilo a los recién llegados.

—Bien, Mitchell —espetó Grove—, ¿qué has traído a casa? ¿Qué clase de pashtunes son estos?

—Ni idea, señor —respondió el cabo. Tenía un marcado acento británico occidental—. Creo que no son pashtunes. Estaba patrullando hacia el suroeste... — Grove había enviado a la partida de Mitchell a investigar a aquel «ejército» que habían avistado por la zona. Aparentemente, los extraños también eran expedicionarios, con la misma misión en la dirección opuesta... Y vi a tres de ellos montados sobre caballos gordinflones, como ponis. Nos tiraron unas lanzas y nos abordaron con cuchillos. ¡Tres contra media docena! Tu vimos que disparara los caballos, pero uno de los tres murió, y los otros dos se han rendido. Querían levantar a los animales cuando ya estaban en el suelo, como si no comprendieran que habían recibido sendos balazos.

—Capitán —dijo Ruddy, con sequedad—, si usted nunca hubiera visto un arma de fuego, también se sorprendería al ver desplomarse a su caballo de esa forma.

—¿Cuál es su teoría, señor? —preguntó el capitán Grove.

—Que estos hombres podrían proceder de un tiempo distinto. Uno más remoto al de cualquier pashtún.

Los dos extraños escucharon aquella conversación con la boca abierta, tras lo que empezaron a parlotear con excitación, con los ojos abiertos de pánico, incapaces de desviar la mirada de los rifles de los cipayos.

—Suena como a griego —murmuró Ruddy.

—¿Griegos? —exclamó Josh— ¿En la India?

Bisesa enfocó su teléfono hacia los extraños.

—Teléfono —dijo—, ¿podrías...

—Mi tecnología es avanzada e inteligente —respondió el aparato—, pero no tanto. Creo que se trata de a algún dialecto arcaico. Cecil de Morgan se adelantó hacia ellos, colocándose la chaqueta llena de salpicaduras de barro con una sorprendente seguridad en sí mismo.

—Hace años, desperdiciaron en mí un dinero para darme una formación notablemente alta. Todavía recuerdo algo de Eurípides...

Tras pronunciar esas palabras, empezó a hablar rápidamente con los extraños, que no dudaron en contestarle. De Morgan levantó los brazos, para pedirles que lo repitieran todo, pero más despacio.

Al cabo de unos minutos, De Morgan se volvió hacia Grove.

—Creo que lo estoy consiguiendo, capitán, aunque con dificultades.

—Pregúntele de dónde son —solicitó el capitán—. Y de cuándo.

Entonces, Ruddy intervino:

—No como prenderían la pregunta, capitán. Y, con toda seguridad, nosotros tampoco comprenderíamos la respuesta.

Grove asintió. Bisesa no podía dejar de admirar su imperturbabilidad.

—Entonces, pregúnteles quién les da las órdenes —dijo.

De Morgan necesitó un par de intentos para hacerse comprender. Pero Bisesa captó la respuesta sin necesidad de intérprete.

—*¡Al-e-han-dreh! ¡Al-e-han-dreh...!*

Abdikadir se acercó, con los ojos abiertos de asombro.

—Él vino por este camino. ¿Será posible? ¿De verdad será posible...?

Reentrada

La retropropulsión de la Soyuz era breve, como si le propinasen un empujón por detrás. Pero suficiente como para desviarla de su órbita.

La decisión ya estaba tomada y la maniobra en marcha. El tiempo que quedase de la vida de Kolya —minutos o años—, ya estaba sentenciado.

Después del lanzamiento, la reentrada era la parte más peligrosa de una misión espacial, porque las fuertes energías agotadas para ponerlos en órbita ahora debían disiparse en la fricción contra el aire. Los únicos accidentes de vuelo del programa espacial del país de Kolya habían tenido lugar durante maniobras de reentrada y, en aquellos momentos, recordaba a aquellos pobres cosmonautas con todo su corazón, lo mismo que a la tripulación del malogrado transbordador *Columbia*. Pero lo único que podían hacer era esperar. La Soyuz estaba diseñada para regresar sin apoyo del personal de tierra y sin instrucciones de la tripulación. Kolya, que se había formado como piloto, hubiera dado lo que fuera por ser más que un simple pasajero, por tener un mayor control sobre los acontecimientos, por poder manejar una palanca de mando o por conducir la nave a casa de una forma u otra.

El cosmonauta miró a través de la ventanilla. Las frondosas selvas de Sudamérica, cubiertas por masas de nubes, pasaron por última vez bajo la proa de la nave. Kolya se preguntó si algún ser humano volvería algún día a disfrutar de una panorámica semejante... y cuánto tiempo pasaría antes de que la mera existencia de un lugar como aquel remoto continente fuera olvidada. Pero, mientras la Soyuz sobrevolaba las américas en dirección al Atlántico, Kolya vio una tormenta, una espiral blanca que se posaba como una inmensa araña sobre el golfo de México. Otros temporales de menor envergadura salpicaban las islas del Caribe, Florida, Texas y México. Aquellos hijos del monstruo climático del golfo tenían un poder terriblemente devastador y ya habían cavado grandes hoyos en el manto de selva que cubría América Central. Y, lo que aún era peor, el sistema tormentoso madre se dirigía hacia el norte, y probablemente asolaría toda la zona comprendida entre Houston y Nueva Orleans. Aquel era el segundo temporal fuerte que habían visto en los últimos días; los restos del primero todavía afectaban a la costa este de Estados Unidos y al Atlántico occidental. Pero los cosmonautas poco podían hacer por la gente de tierra, ni tan siquiera advertirles del peligro.

A la hora programada, sonó el estruendo de una serie de explosiones encima y debajo de ellos. La nave sufrió una sacudida y, de pronto, pareció más ligera. Las detonaciones fueron seguidas por el desacoplamiento del compartimento de descenso

de los otros dos módulos de la Soyuz. Los motores de propulsión y los desechos de los cosmonautas se desintegrarían como meteoros, para desconcierto de cualquiera que contemplara el fenómeno desde tierra.

Los siguientes minutos transcurrieron en un silencio que solo se rompía con los sonidos del instrumental y el zumbido del suministro de aire. Pero los pequeños ruidos de los aparatos casi eran acogedores. Kolya se sentía un poco como en casa. Sabía que echaría de menos todo aquello.

Mientras caían por el cielo, la resistencia del aire, cada vez más denso, empezó a hacerse notar. Kolya comprobó el aumento de la deceleración en el contador que tenía delante: 0,1 g; 0,2 g. No tardó en empezar a sentirla. Apoyado en el respaldo de su asiento, los cinturones se aflojaron y Kolya los tensó. Pero el aumento de la presión no era gradual; la capa superior de la atmósfera no era nítida, y el módulo se tambaleaba mientras descendía, como un avión de pasajeros en una zona de turbulencias. Kolya era consciente, como nunca antes lo había sido en otros descensos, de lo frágil y pequeña que era la cápsula en la que los cosmonautas caían a tierra.

Para entonces, a través de su ventanilla, Kolya solo podía ver la negra oscuridad del espacio. Pero un color más fuerte empezó a filtrarse entre las tinieblas: primero marrón, como el color de la sangre vieja y seca, que enseguida empezó a aclararse, ascendiendo por un espectro de rojo, anaranjado y amarillo. A medida que la atmósfera se iba densificando, la deceleración se incrementaba, ascendiendo incesante a dos, tres y cuatro g. La luz del exterior, de átomos de aire rompiéndose a su paso, ya era blanca, y, a través de las ventanillas lucía un resplandor de color perla que proyectaba una pálida y bella iluminación sobre sus regazos. A Kolya le pareció que aquello era como encontrarse dentro de un tubo fluorescente. Pero las ventanillas empezaron a oscurecerse a medida que el exterior de la cápsula se abrasaba con el aire ionizado. La luz angelical desapareció.

Y las sacudidas continuaron. La cápsula, agitada, lanzaba a los tripulantes de un lado al otro, y a unos contra otros, a pesar de las sujeciones de seguridad. La reentrada estaba resultando mucho más dura que el lanzamiento y, después de tres meses en el espacio, Kolya no estaba tan bien preparado para enfrentarse a ella. Incluso le costaba respirar, y sabía que no podía ni levantar un dedo, por urgente que fuese su petición.

Finalmente, el vuelo se suavizó. Kolya se asustó con otra detonación procedente del exterior. Uno de los paneles de una ventanilla había salido volando, llevándose el hollín con él, para revelar un pedazo de un cielo azul intenso. No era el cielo de la Tierra, sino el de un nuevo mundo. Era el cielo de Mir.

El primero de los paracaídas pequeños se desplegó, para luchar contra el viento. El módulo de descenso sufrió dos, tres, cuatro violentas sacudidas, hasta que se abrió

el paracaídas mayor, dando un nuevo tirón a la nave y balanceándola de nuevo. Kolya apenas pudo ver los enormes paneles anaranjados que se habían desplegado sobre él. Resultaba difícil creer que no habían pasado más de diez minutos desde que habían desechado los otros dos módulos de la Soyuz, y tal vez menos de cinco desde su entrada en la atmósfera terrestre. Kolya sintió cómo las manos invisibles de la gravedad empezaban a jugar con sus órganos internos. Incluso le pesaba la cabeza, como si fuera de cemento, una carga excesiva para su cuello. No obstante, sintió una pequeña sensación de alivio; la parte más peligrosa del descenso ya había pasado.

Cuando el momento de tomar tierra era inminente, el gas comprimido empezó a sisear. Kolya notó cómo su asiento se elevaba, ya que su base estaba presurizada para absorber el impacto, levantándolo por encima del panel de instrumental y aumentando aún más su incomodidad.

—¡Jesús! —protestó Sable, que estaba sufriendo lo mismo—. Qué feliz seré cuando salga de esta cabina de tractor.

—Pues te ha tratado bastante bien —fue la respuesta de Musa—. Solo quedan unos minutos más.

Pero Kolya saboreó aquellos minutos, pese a lo incómodo que estaba. Eran los últimos minutos en los que los sistemas automatizados de la nave lo protegían, y tal vez los últimos minutos de su anterior vida.

—Luz de aproximación —dijo Musa.

Kolya se preparó. Sonó el breve rugido de los propulsores, cuando la nave se encontraba a pocos metros de distancia del suelo. De pronto, la Soyuz tocó tierra violentamente y rebotó hacia arriba. Tras un eterno segundo, la cabina volvió a impactar de nuevo contra el suelo, se arrastró brevemente y saltó otra vez por los aires con una sacudida. Kolya sabía lo que significaba aquello: el paracaídas los estaba remolcando.

—¡Mierda! —exclamó Sable—. El viento debe de ser fuerte...

—Si volcamos —dijo Musa, con la voz entrecortada por el movimiento—, tendremos problemas para salir de aquí sin ayuda.

—¡A lo mejor tendrías que haber pensado antes en eso! —rugió Sable.

Otra sacudida, otro arrastre, otro rebote. Aunque su traje acolchado protegía su cuerpo, la cabeza de Kolya bailaba con furia dentro de su casco y su frente no dejaba de darse golpes contra la pantalla. Lo único que podían hacer era soportar el viaje y rezar por que la cápsula no volcase.

Pero entonces, tras un último rebote, la nave se quedó inmóvil... y erguida. Los tres tripulantes permanecieron allí, sin apenas poder respirar. Musa pulsó un botón para desenganchar el paracaídas.

Kolya tenía un calor insoportable; podía sentir cómo el sudor caía por su espalda en el interior de su traje. Con un tremendo esfuerzo, extendió el brazo, que pesaba

una barbaridad, hacia la mano enguantada de Musa. Durante un segundo, se dieron la mano, como para asegurarse de que seguían vivos.

—Estamos todos bien —dijo, entre resuellos—. Estamos en tierra.

—Sí —repuso Sable con un hilo de voz—. Pero... ¿dónde?

Incluso en aquella situación tenían un protocolo marcado, mientras desconectaban los sistemas que seguían activos en la nave. Kolya apagó el ventilador y se deshizo del casco y los guantes. Unos minutos antes del aterrizaje, se había abierto una válvula que permitía la entrada de aire en la nave. Kolya enseguida apreció que era un aire limpio, en comparación con el corrupto ambiente que se respiraba dentro de la Soyuz.

—Huele a ajenjo —dijo Musa, con una gran sonrisa.

—Es verdad. —Toda la estepa estaba plagada de aquella planta de dulce aroma. Aquel olor familiar reconfortó a Kolya.

—¡Tal vez esta Mir no resulte tan extraña, después de todo! —dijo.

—Solo hay una forma de averiguarlo —gruñó Musa. Pulsó otro botón para soltar los cerrojos. La escotilla que tenían encima se abrió y Kolya pudo ver un círculo de cielo impregnado de nubes grises. Otra bocanada de aire fresco entró en la cabina.

Musa se desabrochó las sujeciones de seguridad e hizo además de levantarse.

—Esta es la parte que más miedo me da —dijo. Él debía ser el primero en levantarse, dado que se encontraba en la posición del centro. Lentamente, con los movimientos de un anciano, intentó ponerse en pie. En condiciones normales, habría un equipo de rescate y de asistencia sanitaria para ayudar a los tripulantes a salir de la nave, como quien extrae una muñeca de porcelana de su caja. Pero aquel día, era obvio que no había nadie para echar una mano. Kolya y Sable se inclinaron hacia delante para empujarle por las nalgas y las piernas. Pero el propio Kolya se sentía terriblemente débil.

Musa dijo:

—Este traje es demasiado rígido. No me permite moverme.

Finalmente, logró ponerse en pie y sacar la cabeza por la escotilla. Kolya lo vio echar un vistazo al exterior. Sus cabellos ondearon con el viento. Sus ojos se abrieron. Con suma precaución, apoyó las manos en el casco de la nave —que seguía caliente por la reentrada— y, con lo que a Kolya le pareció un esfuerzo sobrehumano, se elevó hasta conseguir sentarse en el borde de la escotilla.

—Me toca —dijo Sable. Estaba visiblemente debilitada, pero, en comparación con Musa, parecía ágil y ansiosa por salir al exterior. Se levantó de su asiento y dejó que Musa la ayudase a sentarse junto a él.

—Dios mío... Dios mío... —murmuró.

Kolya, que se había quedado solo en la cápsula, no podía ver más que cuatro piernas balanceándose.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que hay ahí fuera?

Musa pidió ayuda a Sable para levantar las piernas y sacarlas de la escotilla. Entonces, se volvió boca abajo sobre su barriga y extendió los brazos, dejándose caer por el flanco de la Soyuz para permitir que Kolya viese el exterior.

Sable sonrió a Kolya y le dijo:

—Ven a ver el espectáculo.

Cuando Kolya intentó levantarse, sintió como si toda la sangre de su cuerpo estuviese filtrándose por su cerebro. Permaneció de pie hasta que el mareo se disipó levemente. Entonces, se agarró a la escotilla y dejó que Sable lo ayudase a salir, hasta quedar sentado en la parte superior de la nave.

Kolya estaba a unos dos metros del suelo. El módulo de descenso era como una cúpula de metal que reposaba sobre la hierba. Desde su posición, el cosmonauta vio una estepa eterna, llana y casi infinita, que se extendía bajo un inmenso manto de nubes. Solo tenía las marcas de su aterrizaje; una serie de socavones y cráteres conducía a la ubicación de la nave y, a lo lejos, el paracaídas principal suelto descansaba en el suelo, ondeando tristemente; una gran masa anaranjada que contrastaba con el terreno, verde y amarillento. Justo frente a él había una especie de aldea. No era más que un montón de tiendas de campaña mugrientas, de forma esférica. Un grupo de gente, hombres, mujeres y niños, todos ataviados con pieles, los miraba con la boca abierta. Más allá, una tropilla de caballos pacía tranquila. Los animales estaban atados con cuerdas y no se inmutaron ante la llegada de la Soyuz.

Un hombre salió de la aldea y se encaminó hacia ellos. Tenía el rostro amplio, unos ojos profundos y negros, muy juntos. Vestía una capa hasta los tobillos y una capucha cónica, ambos de piel. Entre las manos, sostenía una pesada espada de hierro forjado.

—Es un guerrero mongol —susurró Sable.

Kolya lanzó una rápida mirada a su compañera.

—Parece que ya lo esperabas...

—Me pareció que había muchas posibilidades, después de lo que hemos visto mientras estábamos en órbita...

La dirección del viento cambió de repente y un hedor de carne asada, suciedad y sudor de caballo golpeó a Kolya. Era como si, de pronto, alguien le hubiera retirado un velo del rostro, dejando al descubierto la realidad: que se encontraba en el pasado, o en un fragmento de él, y que estaba atrapado en el tiempo.

Musa intentaba mantenerse en pie, con una mano apoyada en el casco de la nave.

—Hemos caído desde el espacio —le dijo al hombre, sonriendo—. ¿No es algo maravilloso? Por favor... —Musa mostró sus manos vacías— ¿podría ayudarnos?

El guerrero reaccionó tan rápido que Kolya apenas pudo seguir sus movimientos. La espada centelleó en el aire, enturbiándose como el aspa de un helicóptero. La

cabeza de Musa salió volando con un corte limpio y veloz, como quien parte una flor, y rodó por el suelo como un balón de fútbol. Su cuerpo permaneció de pie, con los brazos todavía extendidos. De pronto, una fuente de sangre emergió de su cuello, tiñendo de rojo su traje espacial anaranjado. Seguidamente, el cuerpo cayó a tierra, rígido.

Kolya se quedó mirando la cabeza de Musa, incapaz de creer lo que había sucedido.

El guerrero levantó la espada de nuevo. Pero, con la otra mano, hizo señas a los otros dos para que se tumbasen en el suelo.

—Bienvenido a Mir —murmuró Sable. A un horrorizado Kolya le pareció oír una nota de triunfo en su voz.

Lluvias torrenciales

A Aferrada no le preocupaba su confinamiento. Era tan joven que tal vez había olvidado la existencia de cualquier otra forma de vida anterior. Vagaba por su jaula o escalaba las redes, y a veces se columpiaba sujetándose a aquel objeto brillante que sostenía la improvisada tienda de campaña que la encerraba, o exploraba sus propias orejas y fosas nasales con una inquebrantable eficacia.

A medida que transcurrían los días, aquellos hombres del otro lado de las redes parecían cada vez más agitados, aunque nunca olvidaban alimentar y dar de beber a los simios. Aferrada subía por las paredes de red e intentaba tocarlos, por lo que recibía más trozos de comida como premio. Por el contra rio, Buscadora cada vez era más introvertida. Odiaba aquella prisión y a las extrañas criaturas que la habían capturado. Nadie la mimaba a ella, ni le daba más fruta. No había ternura alguna en su huraña hostilidad.

Y todo empeoró cuando empezaron las lluvias.

En ocasiones, las lluvias eran tan fuertes que las enormes gotas golpeaban la piel como cien minúsculos puñetazos. Los simios siempre estaban empapados e incluso la inquieta curiosidad de Aferrada se apagaba por momentos. A veces, la lluvia pinchaba al golpear la carne, las manos, los pies o los labios. Y en los ojos, podía llegar a hacer mucho daño.

La lluvia era ácida, por culpa de los acontecimientos que tenían lugar en la otra mitad del mundo.

El nuevo mundo era como una colcha de parches cosidos procedentes del viejo mundo, pero estos habían sido arrancados de distintas eras, algunas sepa radas por dos millones de años. La mezcla de las masas de aire había provocado aquel inestable clima que reinaba durante los primeros días posteriores a la Discontinuidad. En los océanos, el invisible Amazonas de las grandes corrientes buscaba un nuevo equilibrio.

Y la tierra se había desgarrado. En el Atlántico, un cinturón de volcanes que se extendía hacia el sur desde Islandia, marcaba la posición de una cresta transoceánica, un lugar donde nació un nuevo lecho marino de material derretido que había emanado del interior del planeta. Aquel lugar nuevo se había abierto a partir de la Discontinuidad. La corriente del Golfo, que durante milenios había proporcionado aguas cálidas a Europa, ahora se enfrentaba a un nuevo obstáculo, una nueva isla volcánica que acabaría reduciendo incluso a Islandia, abriéndose camino por la cresta.

Por otra parte, el «Anillo de Fuego» del Pacífico, donde inmensas placas tectónicas se empujaban unas a otras, hacía honor a su nombre. A lo largo del litoral occidental de Norteamérica, desde Alaska hasta Washington, la mayoría de los veintisiete volcanes de la cordillera de los Cascades se encontraba en erupción.

La explosión del monte Rainier fue la peor. El ruido que produjo fue similar al de un desgarrador grito, que se dejó oír en gran parte del planeta. En la India, sonó como un lejano disparo de artillería que provocó el sobresalto de los supervivientes de los siglos XIX y XXI en pleno sueño. Una inmensa nube de cenizas y escombros se elevó hacia las capas superiores de la atmósfera, extendiéndose con la fuerza de un huracán. La mayor parte de los restos quedó limpia con la lluvia, pero lo más fino permaneció en el aire, ocultando los rayos del sol. Las temperaturas cayeron en picado. A medida que el aire se enfriaba, más agua dejaba caer.

Llovía en todo el mundo. Y no dejaba de llover.

En cierto sentido, todo aquello resultaba beneficioso. Un mundo convertido en un monstruo de Frankenstein intentaba suturarse a sí mismo, y un nuevo equilibrio en el aire, los mares y las rocas terminaría por emerger. Pero ese cruel y doloroso proceso de curación devastaba todo lo que encontraba a su alcance, plantas o animales que intentaban sobrevivir.

Buscadora no tenía ninguna perspectiva a largo plazo. Para ella, solo existía el presente, y su presente estaba empapado de miseria, en aquella cruel jaula fabricada por los humanos, y de la lluvia ácida que la atacaba desde el cielo. Cuando caía con mucha fuerza, Aferrada se acurrucaba bajo su madre y Buscadora la protegía, soportando en su propia espalda el peso de aquel diluvio.

Tercera Parte

Encuentros y alianzas

Emisarios del cielo

Sin dejar de sostener su espada, el guerrero mongol profirió un grito por encima de su hombro. Un grupo de hombres armados salió a toda prisa de sus tiendas. *No...* —pensó Kolya—, *de sus yurtas*. Detrás de ellos, seguían mujeres y niños. Estos últimos, que parecían pequeños fardos en sus capas de fieltro, mantenían unos ojos bien abiertos que mostraban una gran curiosidad.

Kolya observó que aquellas gentes tenían rasgos asiáticos clásicos, con amplios rostros, pequeños ojos oscuros y melenas de color negro azabache, atadas en una cola de caballo. Algunos llevaban cintas de tela alrededor de la cabeza. Vestían pantalones bombachos de color pardo e iban descalzos, o calzaban botas por fuera de los pantalones. Si no llevaban el torso al descubierto, solo se tapaban con ligeras túnicas con muchas costuras.

Tenían un aspecto fuerte y vil. Se agruparon, amenazantes, en torno a los cosmonautas. Aún bajo los efectos de la reciente ingravidez, Kolya intentaba mantenerse en pie. Temblaba; el cuerpo decapitado de Musa todavía yacía junto al flanco de la Soyuz, con el último hilo de sangre brotando de su cuello.

El asesino de Musa se acercó a Sable, que lo miró directamente a los ojos. Sin vacilar, el hombre le agarró un pecho y lo presionó.

Sable no se inmutó.

—Este tío apesta —dijo.

Kolya percibió que su voz se quebraba. Sintió el miedo oculto bajo su aparente resolución. Pero el guerrero retrocedió.

Los hombres empezaron a hablar a toda velocidad, sin dejar de mirar a los cosmonautas, a la nave espacial y al paracaídas que yacía en la polvorienta estepa.

—¿Sabes lo que creo que están diciendo? —susurró Sable a Kolya—. Que van a matarte. A mí me violarán, y luego también acabarán conmigo.

—Intenta no mostrar ninguna emoción —respondió Kolya.

Un agudo chillido rompió la tensión del momento. Una niña de unos cinco años, con la carita redonda como un botón, había tocado una pared de la Soyuz y se había quemado la mano.

Todos los hombres gruñeron al unísono. El asesino de Musa presionó el cuello de Kolya con su espada. Tenía los ojos entornados y la boca abierta, y Kolya sintió el olor a carne y a leche de su aliento. De pronto, el mundo se le antojó muy vivo: el hedor animal del hombre que tenía delante, el herrumbroso olor de la estepa, incluso una oleada de torrente sanguíneo en sus oídos... ¿Sería aquel su último recuerdo

antes de seguir a Musa a las tinieblas?

—*Darughachi* —dijo—. *Tengri. Darughachi.*

El hombre abrió los ojos del asombro. Retrocedió, aunque mantuvo la espada en guardia, y retomó la rápida conversación. Pero ahora, la mirada de los guerreros aún era más fría y dura.

—¿Qué le has dicho? —siseó Sable.

—Recuerdos de cuando era un colegial —contestó Kolya, intentando no levantar el tono—. Estaba probando. Podía no haber sido su idioma... Podríamos haber aterrizado en cualquier época...

—¿A qué idioma te refieres, Kolya?

—Al mongol.

—Lo sabía —murmuró Sable.

—Le he dicho que éramos emisarios. Emisarios del Cielo Eterno. Si se lo creen, tendrán que tratarnos con respeto. Y quizá nos lleven con las autoridades locales. Me estoy tirando un farol...

—Buena idea, Batman —repuso Sable—. Al fin y al cabo, estos tipos nos han visto caer del cielo. «Quiero hablar con su líder». Son palabras que funcionan siempre en las películas. —La mujer soltó una carcajada; un sonido desagradable y forzado.

Finalmente, el círculo que rodeaba a los cosmonautas empezó a romperse, y nadie se acercó a ellos para matarlos. Un hombre se enfundó una capa y un sombrero de fieltro, corrió hacia un caballo cojo atado a una de las yurtas, montó sobre él y salió a toda velocidad.

Los cosmonautas tenían las manos atadas a la espalda. Los guerreros los condujeron, a empujones, hacia una de las yurtas. Kolya sintió que la cabeza le daba vueltas, porque parecía que su cuerpo estaba revestido de plomo; caminar sin las manos atadas ya hubiera comportado una gran dificultad. Un grupo de niños curiosos formaba una especie de guardia de honor a su paso. Un mocosito de aspecto desagradable lanzó una piedra que rebotó contra el hombro de Kolya. Había sido un regreso poco digno a la Tierra, pero, al menos, estaban vivos; al menos, habían ganado algo de tiempo.

La yurta estaba abierta y los guerreros los empujaron hacia su interior.

Sable y Kolya fueron lanzados a unas esteras de fieltro. Aún ataviados con sus trajes espaciales, los cosmonautas aparentaban tener voluminosos cuerpos y sus piernas, estiradas como palos, provocaban un efecto casi cómico. No obstante, era un alivio poder estar sentados.

La puerta de la yurta estaba orientada al sur; Kolya vio el sol tras un manto de bruma. El cosmonauta sabía que era una tradición de los mongoles; su rudimentaria

teología seguía una línea de adoración al sol y allí, en las llanuras del norte de Asia, el sol trazaba sus círculos diurnos predominantemente en el sur.

Los mongoles iban y venían, aparentemente a inspeccionar a los recién llegados. Eran hombres cuadrados y mujeres musculosas, que miraban a los cosmonautas, sobre todo a Sable, con una golosa atención.

Los mongoles extrajeron de la Soyuz parte del equipamiento de los cosmonautas. La mayoría de objetos —botiquines de primeros auxilios, una lancha hinchable...— resultaba del todo incomprensible para ellos. Pero permitieron a Sable y a Kolya deshacerse de sus abultados trajes espaciales para cambiárselos por los trajes de vuelo de color naranja que habían llevado en órbita. Los niños mongoles contemplaron con curiosidad la ropa interior y los pantalones engomados de los que se despojaban aquellos extraños. Los trajes espaciales quedaron apilados en un rincón de la mugrienta yurta, como fardos abandonados.

Los dos cosmonautas consiguieron ocultar a los guerreros mongoles la existencia de algunas de sus armas, que guardaban plegadas contra sus espaldas.

Tras todo aquello, y para alivio de Kolya, los dejaron a solas durante un rato. El cosmonauta se apoyó contra la sucia pared de la yurta, temblando, intentando regularizar los latidos de su corazón y disipar la niebla de su cabeza con una escarpada fuerza de voluntad. En aquellos momentos, debía de haber estado en un hospital, rodeado por tecnología punta del siglo XXI, iniciando un programa de fisioterapia y recuperación, y no tirando en un rincón de aquella asquerosa tienda de campaña. Se sentía débil como un anciano y, ante aquellos fornidos y poderosos mongoles, se hallaba completamente desvalido. Sentía tanto resentimiento como temor.

Kolya intentó pensar y hacer inventario de todo lo que tenía a su alrededor.

La yurta era rígida y bien asentada. Tal vez pertenecía al jefe de aquella pequeña comunidad. Su base principal era un mástil sólido, y una serie de tablillas y postes ligeros daban forma a una cúpula forrada de fieltro. Varias esteras mugrosas cubrían el suelo y, de unos ganchos, colgaban cacerolas y pieles de cabra. Contra las paredes de la yurta había arcas de madera y piel; el mobiliario de los nómadas. La tienda no tenía ventanas, pero había una abertura en el techo, cortado justo sobre una especie de hogar de brasas, donde no dejaban de arder terrones de excrementos desecados.

Al principio, Kolya no comprendía cómo montaban, desmontaban y transportaban aquellas yurtas, dado que al menos dos veces al año, los nómadas viajaban entre el invierno y el verano. Pero luego vio un gran carretón, aparcado a pocos metros de distancia. Su base era lo suficientemente amplia como para transportar la tienda intacta, con todo su contenido.

—Pero no siempre lo hicieron así —le susurró a Sable—. Me refiero a los mongoles. Solo a principios del siglo XIII. Luego se limitaban a desmontar las yurtas

igual que si fueran tiendas de campaña, y las transportaban plegadas. Eso nos sitúa de forma más exacta en el tiempo... ¡Hemos aterrizado en pleno auge de Imperio mongol!

—Qué suerte tenemos de que sepas tanto sobre ellos.

—¿Suerte? —gruñó Kolya— Sable, los mongoles invadieron Rusia dos veces. Uno no olvida algo así, ni siquiera después de ocho siglos.

Al cabo de un rato, prepararon algo para comer. Una mujer se acercó a ellos, arrastrando una enorme olla de hierro. Troceó media carcasa de oveja y la cocinó allí. Pero no solo la carne y los huesos, sino también pulmones, estómago, sesos, intestinos, pezuñas, ojos... Estaba claro que allí no desperdiciaban nada. La mujer tenía una cara rígida como el cuero y los brazos como los de una lanzadora de pesos. Mientras removía el contenido de la olla sin perder el ritmo, no prestó un ápice de atención a Sable y a Kolya, como si dos humanos del futuro tirados en un rincón de su yurta fueran la cosa más normal del mundo.

Los cosmonautas perdidos hicieron todo lo que pudieron para acelerar su adaptación a la feroz gravedad de la Tierra, contrayendo de forma subrepticia las articulaciones, y cambiando de postura para favorecer a un grupo muscular por encima de otro. Aparte de aquello, no tenían más que hacer que el de esperar, hipotéticamente, a que el hombre que había salido a caballo regresase de su misión con el jefe local, en cuyo punto la decisión sobre su destino ya estaría tomada. Una decisión que bien podía significar sus muertes. Sin embargo, pese a aquella funesta perspectiva, a medida que iba pasando la tarde, Kolya, sorprendentemente, empezó a aburrirse.

La mezcla de carne y asaduras estuvo hirviendo en la olla durante un par de horas. A continuación, un grupo de adultos y niños entró en la yurta. Algunos añadieron más carne al guiso, trozos de lo que parecían zorros, ratones y conejos. Les habían quitado la piel de forma tosca y no los habían limpiado. Kolya vio restos de grava y sangre seca pegados a los pedazos de animal.

Cuando la comida estaba lista, los mongoles se limitaban a atacarla. Sumergían cucharones de madera en la olla y cazaban trozos de carne, que comían con las manos. Para beber, sorbían algo que parecía leche, vertida desde una piel de cabra empapada. Algunas veces, si no les gustaba el sabor de un trozo de carne tras haberlo mordido varias veces, volvían a echarlo en la olla y escupían el cartílago con él.

Sable contemplaba la escena, horrorizada.

—Y no hablemos de lavarse las manos antes de comer.

—Para los mongoles —explicó Kolya—, el agua tiene una pureza divina que no puede mancillarse con algo tan simple como lavar.

—¿Y cómo se asean ellos?

—Bienvenida al siglo XIII, Sable.

Los comensales se mantenían a cierta distancia de los cosmonautas, pero, de no haber sido así, no parecía existir impedimento alguno para trabar relaciones sociales.

Al cabo de un buen rato, uno de los más jóvenes se acercó a los cosmonautas, con un tazón de carne en las manos. Kolya observó que la grasa de cordero que brillaba en los labios del chico no era más que la capa superior de una mancha de grasa y mugre que cubría todo su rostro. Incluso tenía un trozo de moco seco bajo sus anchas fosas nasales y emanaba un hedor sencillamente apabullante, similar al del queso podrido. El muchacho se acercó a Kolya y liberó una de sus manos. Luego cogió un trozo de carne y se lo extendió. Tenía las uñas negras de porquería.

—¿Sabes? —murmuró Kolya— los mongoles ablandaban la carne poniéndola bajo sus sillas de montar. Quizá este pedazo de cordero haya pasado varios días embutido bajo el trasero de uno de ellos.

—Cómetelo —murmuró Sable—. Necesitamos los péptidos.

Kolya cogió la carne, cerró los ojos y le dio un mordisco. Estaba correosa y tenía un marcado sabor a grasa. Al cabo de unos minutos, el chico le acercó un tazón de leche. Tenía un gusto muy fuerte, y Kolya creyó recordar vagamente que los mongoles fermentaban la leche de las yeguas. Bebió lo mínimo indispensable.

Después de comer, dejaron que los cosmonautas se aliviasen, por separado y siempre bajo estricta vigilancia.

En ese momento, Kolya tuvo la oportunidad de echar un vistazo a su alrededor. La llanura era extensa y vacía, un manto elemental de polvo y tierra salpicado por manchas de verde vegetación. Bajo un cielo de color ceniza, navegaban enormes nubes que proyectaban sombras que parecían lagos. Pero la tierra, vasta, llana y monótona, hada empequeñecer al propio cielo. Estaban en la estepa mongola. Kolya lo sabía por el recorrido que habían efectuado durante el descenso. En medio de ninguna parte, a menos de cien metros sobre el nivel del mar, la estepa se encontraba escindida del resto de Asia por grandes barreras naturales: cordilleras de montañas al oeste, el desierto de Gobi al sur, y los bosques de Siberia al norte. Kolya recordaba que, desde la órbita, aquella zona era un inmenso vacío, una estepa sin apenas relieves, cosida en puntos concretos por las hebras de los ríos... como el bosquejo preliminar de un paisaje. Y allí estaba él, atrapado en el centro de todo aquello.

Y de aquella inmensa nada emergía la aldea. Las yurtas, del color del lodo, redondas y desgastadas por el clima, se asemejaban más a un montón de rocas erosionadas por el tiempo que a cualquier creación humana. El polvoriento módulo de descenso de la Soyuz ni siquiera parecía estar fuera de lugar. Pero los niños reían y corrían por la aldea, y los vecinos charlaban de una yurta a la otra. Kolya también observó animales; ovejas, cabras y caballos se movían con libertad por el poblado, relinchando y balando en todas direcciones. Aunque el cosmonauta se encontrase ocho siglos desplazado en el tiempo, y aunque era difícil que el contraste entre sus

orígenes y los de aquel pueblo fuera mayor —cosmonautas contra nómadas; los hombres más avanzados contra los más primitivos—, la gramática básica del discurso humano permanecía inalterada. Kolya había aterrizado en una pequeña isla de calor humano, en medio de la inmensidad del vacío de la estepa. De alguna forma, aquello resultaba reconfortante, pese a que era un ruso que había caído en manos de los mongoles.

Aquella noche, Kolya y Sable se acurrucaron bajo una pestilente manta cuyo olor parecía el del pelo de un caballo. Los ronquidos de los mongoles los rodeaban por todas partes. Pero cada vez que Kolya levantaba la cabeza, uno de ellos estaba despierto, con la tenue luz del fuego reflejada en la mirada. Kolya no podía creer que no pudiera dormir. Por su parte, Sable apoyó la cabeza en el hombro de su compañero y durmió durante varias horas. El cosmonauta admiraba su valor.

Por la noche, se levantó un fuerte viento. La yurta se balanceó como un barco a la deriva en el mar de la estepa. Kolya, implacablemente despierto, se preguntó qué habría sido de Casey.

El delta

Después de desayunar, el secretario Eumenes ordenó la retirada de sus pajes. Se echó por encima de los hombros su capa de color púrpura y, empujando la pesada puerta de piel de su tienda, salió al exterior.

El cielo estaba más despejado, y lucía un color azul pálido como de pintura desteñida. El sol brillaba y la temperatura era alta, pero, al menos, ya había dejado de llover. No obstante, cuando miró en dirección este, hacia el mar, Eumenes vio un nuevo banco de nubes negras acechando; otra tormenta estaba en camino. Incluso los nativos que se arremolinaban en torno al campamento militar para vender pulseras y baratijas, y los cuerpos de sus hijos, aseguraban que jamás habían conocido un clima como aquel.

Eumenes se dirigió a la tienda de Hefestión. El camino era complicado. El suelo se había transformado en un barrizal blando, revuelto por las pisadas de los hombres y los animales, que se quedaba pegado a las botas de montar de Eumenes.

A su alrededor, columnas de humo de mil hogueras ascendían hacia el cielo azul. Los hombres salían de sus tiendas, luchando por mover sus armas y sus ropas impregnadas de barro. Algunos se afeitaron las incipientes barbas; una de las primeras iniciativas del rey al heredar el control del ejército de su padre asesinado había sido ordenar que los hombres se afeitasen, para que los enemigos no tuviesen nada a lo que aferrarse en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Los macedonios se quejaron, como de costumbre, de aquella estrambótica práctica griega, y también del lamentable estado bárbarico de aquel lugar al que los había mandado el rey.

A los soldados les gustaba protestar. Pero cuando la armada llegó por primera vez allí, al delta, después de navegar por el Indo desde el campamento del rey, el propio Eumenes se había quedado horrorizado por el calor, el hedor y las nubes de insectos que se arremolinaban sobre aquel pantanoso terreno. Pero Eumenes se preciaba de su disciplinada mente; un hombre sabio debía cumplir con su obligación bajo cualquier condición. También llovía sobre los dioses.

La tienda de Hefestión era grandiosa y bastante más distinguida que la de Eumenes, señal del favoritismo con que el rey trataba a su compañero más próximo. La vivienda estaba precedida de antesalas y vestíbulos, y vigilada por un destacamento de Escuderos formado por infantería de elite del ejército. Sus miembros eran considerados como los mejores soldados de a pie del mundo entero.

Cuando Eumenes llegó a la tienda, uno de los guardas, macedonio, por supuesto, lo desafió. Lo conocía sobradamente y, aun así, se plantó erguido frente al Secretario,

espada en mano. Eumenes se mantuvo firme y con la mirada impávida y, finalmente, el soldado retrocedió.

La hostilidad de un guerrero macedonio frente a un administrador griego era tan inevitable como el mal tiempo... incluso si estaba basada en la ignorancia: ¿Cómo creían aquellos medio bárbaros que la gran maquinaria del ejército los mantenía vivos y alimentados, organizados y dirigidos, si no era gracias al meticuloso trabajo de Eumenes? El secretario se adentró en la tienda sin volver la vista atrás.

El vestíbulo era un desastre. Gentilhombres de cámara y pajes ordenaban mesas, recogían fragmentos de vajillas rotas y retales de telas desgarradas, y fregaban vino y lo que parecían restos de vómitos teñidos de sangre. Estaba claro que la noche anterior, Hefestión se había divertido con sus comandantes y «otros invitados».

El ujier de Hefestión era un hombre de corta estatura, gordo y quisquilloso, con el cabello de un peculiar tono pelirrojo claro. Cuando hubo hecho esperar a Eumenes en el vestíbulo durante el tiempo suficiente como para reafirmarse en su posición, se inclinó y dejó entrar al secretario a los aposentos privados de Hefestión.

Hefestión estaba sentado en su diván, parcialmente cubierto por una sábana y con la camisa de dormir puesta. Era el centro de todo un montaje: los gentilhombres de cámara extendían manteles en torno a él y le llevaban comida, y una fila de pajes le acercaban jarras de agua. Hefestión, apoyado sobre un codo, asió lánguidamente una bandeja de carne.

Algo se movió bajo las sábanas. Un chico, con los ojos hinchados de sueño, salió de pronto y se sentó, con el semblante desconcertado. Hefestión le sonrió. Con sus dedos, tocó primero sus labios y luego los del joven, y le dio unas palmadas en el hombro.

—Ahora, vete —le dijo.

El chico se levantó del sofá, completamente desnudo. Un gentilhombre le puso una capa y lo condujo fuera de la estancia.

Eumenes, que esperaba en la entrada, intentó no demostrar su desprecio por todo aquello. Llevaba viviendo con aquellos macedonios el tiempo suficiente como para comprenderlos. Desde la época de los reyes, se habían fraguado la fuerza necesaria para conquistar el mundo entero, pero no dejaban de ser miembros de tribus de montaña, apartados solamente dos generaciones de sus tradiciones ancestrales. Eumenes incluso intentaría esforzarse por unirse a sus jaranas si era políticamente necesario hacerlo. No obstante, algunos de aquellos pajes eran los hijos de la nobleza macedonia, enviados a servir a los oficiales del rey para completar su formación. Eumenes apenas podía imaginar qué huella podía dejar a aquellos jóvenes el pasar las mañanas fregando los apestosos restos de las copas de aquellos guerreros bárbaros, o las noches satisfaciendo sus necesidades de otras muchas formas.

Finalmente, Hefestión saludó a Eumenes:

—Hoy has madrugado, secretario.

—Me parece que no... A menos que el sol haya empezado a dar saltos en el cielo otra vez.

—Entonces soy yo quien se levanta tarde, ¡ja! —Le alargó un pincho con carne a Eumenes—. Prueba esto. Jamás dirías que un camello muerto pudiera ser tan sabroso.

—La razón por la que los hindúes especian tanto los alimentos —dijo Eumenes— es porque se comen la carne podrida. Yo prefiero la fruta y el cordero.

—Eres un pesado, Eumenes —repuso Hefestión, tenso.

Eumenes contuvo su irritación. Pese a su infinita rivalidad con Hefestión, estaba seguro de comprender el motivo del mal humor del macedonio.

—Y sigue sin haber noticias del rey, ¿no es así?

—La mitad de las expediciones ni siquiera han regresado.

—¿Y te tranquiliza dejarte llevar entre los muslos de un paje?

—Me conoces demasiado bien, secretario. —Hefestión dejó caer la brocheta en el plato—. Tal vez tengas razón respecto a las especias. De todas formas, acortan el camino a las tripas, como la caballería de los Compañeros hacia Persia... —Hefestión se levantó del sofá, se arrancó la camisa de dormir y se vistió con una túnica limpia.

Para Eumenes, aquel macedonio era una contradicción en sí mismo. Era más alto que la mayoría, con rasgos simétricos pese a una nariz algo larga, ojos de un azul deslumbrante y una cabellera muy corta de color negro. Se mantenía y se cuidaba bien. Pero, sin duda, era un guerrero, como atestiguaba la multitud de cicatrices que exhibía su cuerpo.

Todo el mundo sabía que Hefestión había sido el compañero más cercano del rey desde que eran niños. Y su amante desde la adolescencia. El rey había desposado a varias mujeres, y siempre había tenido amantes; el último era un bello eunuco de nombre Bagoas. Pero, una vez, borracho, había confesado a Eumenes que siempre había considerado a Hefestión como a su único y auténtico compañero, el único amor verdadero de su vida. El rey, conocedor de las cualidades de sus amigos, había designado a Hefestión como jefe de su ejército, y, antes de aquello, le había nombrado su visir, al estilo persa. Y, en lo que respecta a Hefestión, no había nadie más que el rey; sus pajes y concubinas no eran más que meros entretenimientos para darle calor cuando el rey estaba lejos.

Mientras se vestía, Hefestión dijo:

—¿Te satisface ver cómo sufro por el rey?

—No —repuso Eumenes—. Yo también temo por él, Hefestión. Y no solamente por ser mi rey, ni por la devastación que su pérdida supondría en nuestras vidas, sino por su persona. Puedes creerme o no, pero es la verdad.

Hefestión lo miró a los ojos. Se dirigió al aseo, cogió una manopla y se frotó el rostro.

—No dudo de tus palabras, Eumenes —dijo—. Después de todo, hemos pasado mucho juntos, al seguir al rey en su gran aventura.

—Hasta los confines de la tierra —dijo Eumenes, en voz baja.

—Los confines de la tierra, sí. Y ahora, quién sabe... tal vez incluso más lejos. Discúlpame un momento. Por favor, siéntate. Toma agua, vino, fruta...

Eumenes tomó asiento y cogió unos higos secos. Era cierto, habían emprendido un largo viaje. Y resultaba muy extraño, muy... decepcionante, si todo aquello iba a terminar allí, en aquel desolado lugar, tan lejos de casa.

Con los soldados de la Edad del Hierro apuntándoles a la espalda con sus lanzas, Bisesa, Cecil de Morgan, el Cabo Batson y sus tres cipayos ascendieron una última cumbre. Ante ellos, se abrió el delta del Indo, una llanura estriada por la centelleante superficie del amplio y perezoso río. En la riba occidental, Bisesa pudo adivinar siluetas de barcos en el mar, emborronadas por el aire denso y la niebla.

A primera vista, los navíos parecían trirremes.

Frente a ellos yacía un campamento militar. Las tiendas se alineaban a lo largo de los márgenes del río, y el humo de cientos y cientos de hogueras ascendía en espiral por el aire matutino. Algunas de las tiendas eran inmensas, y tenían fachadas abiertas, como si fueran escaparates de tiendas. Había movimiento por todas partes, como un revoloteo general. Los habitantes del campamento no eran solo soldados; las mujeres caminaban lentamente, muchas cargadas de peso hasta el límite, los niños corrían por el suelo embarrado, y perros, gallinas e incluso cerdos correteaban por los campos. En la parte más alejada, grandes cercados encerraban a caballos, camellos y mulos, y rebaños de ovejas y cabras se desplegaban por el pantanoso terreno. Todo y todos estaban llenos de barro, desde el camello más grande hasta el niño más pequeño.

De Morgan, a pesar del lodo y la fatiga, parecía entusiasmado. Gracias a su «desperdiciada formación» sabía mucho más que Bisesa sobre lo que estaba ocurriendo allí. Señaló con el dedo las tiendas abiertas.

—¿Ves? —le explicó— Los soldados tenían que comprar sus provisiones, y por eso están aquí los comerciantes (la mayoría fenicios, si mal no recuerdo) siguiendo a las tropas. Hay todo tipo de tiendas, teatros ambulantes e incluso tribunales de justicia... Y no hay que olvidar que este ejército estuvo años y años en activo. Muchos de sus hombres tuvieron amantes, esposas e incluso niños por el camino. Es una auténtica ciudad ambulante...

Una lanza macedonia de punta larga empujaba a Bisesa por la espalda. De Morgan la había llamado sarisa. Por lo visto, era hora de moverse. Empezaron a descender por el valle en dirección al campamento.

Bisesa intentó disimular el cansancio. Bajo petición del capitán Grove, había salido con una partida expedicionaria para intentar contactar con aquel ejército

macedonio. Tras varios días de caminata por el valle del Indo, al amanecer de aquel mismo día, se habían rendido a una patrulla de macedonios con la esperanza de poder hablar con sus dirigentes. Desde entonces, habían caminado unos veinte kilómetros.

Pronto se vieron rodeados de gente, que no dejaba de contemplar con asombro el traje de vuelo de Bisesa, el traje de día de De Morgan y las chaquetas de sarga de color rojo vivo de los soldados británicos. La mayoría de aquellas personas era de estatura corta, más incluso que la de los cipayos del siglo XIX, pero los hombres eran fornidos, musculosos y claramente más fuertes. Las túnicas de los soldados habían sido recortadas y cosidas a parches, e incluso la piel de las riendas se veía rezurcida. En cambio, los escudos de los guerreros resplandecían, dorados, e incluso los caballos tenían pedacitos de plata en sus bocas. Era una peculiar mezcla de desaliño y riqueza. Bisesa se dio cuenta de que aquel ejército llevaba mucho tiempo lejos de su hogar, pero había triunfado a la hora de adquirir riquezas, más allá de los sueños de sus soldados.

De Morgan parecía más interesado en la reacción de Bisesa que en los propios macedonios.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—Intento convencerme a mí misma de que estoy realmente aquí —repuso ella—. Estoy viendo todo esto con mis propios ojos. Estoy viendo cómo hemos retrocedido veintitrés siglos. Y estoy pensando en la cantidad de gente a la que hubiera encantado estar aquí para ver todo esto.

—Claro. Pero, al menos, nosotros sí estamos aquí. Eso ya es algo.

Bisesa dio un traspié que fue recompensado con otro empujón de la *sansa*. De pronto, dijo en voz baja:

—¿Sabes? Llevo una pistola en el cinturón. —Los macedonios, como ya habían previsto, no habían reconocido las armas de fuego de los cosmonautas y les habían permitido conservarlas con ellos, pese a haberles confiscado cuchillos y bayonetas—. Siento una fuerte tentación de quitar el seguro y hacer que mi escolta se encuentre su afilada lanza metida en su culo de la Edad del Hierro.

—Yo no te lo aconsejo —repuso De Morgan, sosegadamente.

Cuando Hefestión estuvo listo para afrontar el día, Eumenes ya había pedido a un gentilhomme de cámara los listados militares y las hojas de conducta. Todos los papeles estaban extendidos en una mesa baja. Como muchas otras mañanas, Eumenes y Hefestión empezaron a trabajar en los interminables pormenores de la administración un ejército de decenas de miles de hombres; las misiones de las distintas unidades, la distribución de los pagos, los refuerzos, el armamento, los uniformes, los animales de montura... Era un trabajo que debía completarse aunque

el ejército llevase inactivo varias semanas, como era el caso. En realidad, la tarea todavía se volvía más complicada debido a las exigencias de una armada completamente parada en la boca del delta.

Como de costumbre, el informe del contingente de caballería resultaba especialmente problemático. Los caballos morían en masa, y los gobernadores provinciales eran los encargados de proporcionar repuestos y distribuirlos por los distintos centros de remonta, desde donde serían enviados a sus destinos. Pero, dada la persistente ausencia de comunicaciones, hacía un tiempo que no se recibían animales y el comandante de caballería, cada vez más preocupado, recomendó el secuestro de los equinos de la población local.

—... Siempre que haya algún caballo sano fuera de la olla —bromeó Hefestión, amargamente.

Hefestión era el comandante de aquel grupo militar. Pero Eumenes, como secretario real, tenía su propia jerarquía, que era paralela a la estructura de mando militar. Tenía secretarios secundarios para cada una de las unidades principales de la armada, la infantería, la caballería, los mercenarios y el resto. Y cada uno de ellos recibía la ayuda de los inspectores, que eran los responsables de recabar información. Eumenes se preciaba de la precisión y la aceptación de su información: toda una hazaña en el servicio de los macedonios, la mayoría de los cuales, incluso la nobleza, era analfabeta e incompetente en los cálculos numéricos.

Pero Eumenes tenía una buena formación para el cargo. Mayor que muchos de los compañeros más próximos al rey, había trabajado tanto para su padre, Filipo, como para el hijo.

Filipo se había apoderado de Macedonia tres años antes del nacimiento de su heredero. En aquellos días, el reino se había formado por una holgada coalición de principados, amenazados por las tribus bárbaras por el norte y las ciudades-estado de los taimados griegos por el sur. Bajo el reinado de Filipo, las tribus del norte pronto quedaron reducidas. El enfrentamiento con los griegos había sido inevitable y la innovación militar de Filipo, formada por una preparadísima división de caballería llamada los Compañeros, arrasó con los hoplitas griegos.

Eumenes, que procedía de la ciudad-estado de Cardia, sabía que el resentimiento griego contra los conquistadores bárbaros tenía escasas probabilidades de disiparse. Pero en una época en que la civilización solo la formaban pequeñas poblaciones rodeadas de inmensos mares de barbarismo y de amenazas desconocidas, los griegos con mayor conciencia política sabían que una Macedonia fuerte los protegería de peores peligros. Elogiaban la gran ambición de Filipo de invadir el colosal imperio de Persia, aparentemente para vengar las anteriores atrocidades persas contra las ciudades griegas. Y la educación del hijo del rey, a manos de tutores griegos como el reputado Aristóteles, pupilo de Platón, se había destinado a reforzar la huella del

helenismo de Filipo.

Y cuando Filipo se preparaba para su gran aventura persa, fue asesinado.

El nuevo rey solo tenía veinte años, pero no mostró reparo alguno en continuar donde su padre lo había dejado. Una serie de rápidas contiendas consolidaron su posición en Macedonia y Grecia, tras lo cual, el monarca centró su atención en el trofeo que Filipo casi había tocado con las manos. El Imperio persa se expandía desde Turquía hasta Egipto y Pakistán, y su rey podía llegar a alinear ejércitos de hasta un millón de soldados. Pero, tras seis años de breve, brutal y brillante contienda, por fin un rey de Macedonia logró hacerse con el trono de la mismísima Persépolis.

Aquel rey no quería limitarse a conquistar, sino que también deseaba gobernar. Había intentado expandir la cultura griega por Asia fundando o reconstruyendo ciudades que seguían el modelo griego por todo su imperio. Y, suscitando una gran polémica, también había intentado unificar a la dispar población que tenía bajo su mando. Adoptó las ropas y las maneras persas, y dejó anonadados a sus hombres besando en los labios a Bagoas, el eunuco, delante de ellos.

Entre tanto, la carrera del propio Eumenes había avanzado junto con la del rey. Su eficacia, inteligencia y perspicacia política le habían conferido una confianza plena por parte del monarca... Y sus responsabilidades habían aumentado al mismo tiempo que el imperio, hasta que Eumenes sintió que cargaba el peso de un mundo entero sobre sus hombros.

Pero un mero imperio no iba a ser suficiente para aquel rey. Con la consolidación de la conquista de Persia, el monarca envió a un ejército de cincuenta mil hombres hacia el sur y el oeste, en dirección a la rica y misteriosa India. La armada se encaminó hacia una tierra inexplorada y virgen, en busca de una costa que, según el rey, sería el litoral del océano que abarcaba el mundo entero. Aquella tierra era extraña: había cocodrilos en los ríos, selvas plagadas de gigantescas serpientes y rumores sobre imperios de los que nadie había oído hablar hasta entonces. Pero el rey no pensaba detenerse.

¿Por qué quería seguir adelante? Hubo quien dijo que era un dios en el cuerpo de un mortal, y que la ambición de los dioses superaba a la de los hombres. Otros dijeron que el rey quería emular al gran héroe Aquiles. Tampoco había que olvidar la curiosidad: un hombre instruido por Aristóteles no podía evitar sentir un profundo deseo por conocer el mundo. Pero Eumenes sospechaba que la verdad era mucho más sencilla. Aquel rey era la creación de su ilustre padre, y no cabía duda de que el monarca había querido eclipsar todas las ambiciones de su progenitor, y demostrar que él era el más grande de todos los hombres.

Finalmente, en el río Beas, los soldados, exhaustos tras años de contiendas, se habían revelado. Ni siquiera aquel rey dios pudo con aquello. Eumenes creía que la sabiduría visceral de los hombres era poderosa. Ya era suficiente; tendrían bastante

con ocuparse de lo que ya habían conseguido.

Por otro lado, en un profundo nivel de su sofisticada mente, Eumenes calculaba sus propios beneficios. Siempre se había enfrentado a rivalidades en la corte: el desprecio de los macedonios por los griegos, las mofas de los soldados ante los simples «escribientes» y la propia competencia de Eumenes fueron suficientes para ganarse muchos enemigos. Hefestión, en particular, sentía muchos celos de cualquiera que gozara de la confianza de su amante. A menudo, la tensión entre los compañeros del rey acababa siendo letal. Pero Eumenes había sobrevivido... y siempre con sus propias ambiciones. A medida que el énfasis del reinado pasaba de la conquista a la consolidación política y económica, los talentos de Eumenes podían ser más requeridos, y su intención no era más que la de estar bien situado para avanzar posiciones y convertirse en algo más que un simple secretario.

Pese al revés del río Beas, el rey todavía tenía una gran ambición. Aún en la India, construyó una inmensa flota que debía surcar el río Indo hacia la costa del golfo Pérsico, con la intención de establecer una nueva ruta de comercio para unificar su imperio. El monarca había dividido a sus fuerzas; Hefestión debía llevar a la flota a la boca del delta, seguido por el equipaje del rey y sus preciados elefantes. Eumenes había viajado con la flota. Por su parte, el monarca se mantuvo atrás para luchar contra las tribus rebeldes de la India.

Todo había marchado según lo previsto, hasta que el rey topó con la fortaleza de Multan y sus habitantes, los malios. Con su habitual osadía, el monarca dirigió el ataque, pero recibió un flechazo en el pecho. El último comunicado que recibió Hefestión rezaba que el rey herido sería trasladado en barco por el río para reunirse con el resto de la flota, mientras que su armada lo seguiría más adelante.

Pero habían pasado varios días desde aquello. Era como si el ejército de la otra punta del río hubiera desaparecido. Y el cielo venía cargado de inimaginables presagios; algunos de los hombres rumoreaban que incluso habían visto al sol tambalearse. Aquellas extrañas señales solo podían significar la llegada de un tremendo y terrible acontecimiento... ¿y qué podía ser, sino la muerte del rey dios? Eumenes creía más en una información precisa que en cien augurios, pero le resultaba complicado descifrar aquella en concreto, o más bien su ausencia, y la inquietud empezó a reinar entre los suyos.

Pese a todo, la implacable rutina de dirigir el ejército suponía una distracción de la creciente incertidumbre de la situación. Eumenes y Hefestión debían afrontar temas conflictivos que no podían resolverse en los niveles inferiores de la burocracia. Aquel día, trabajaban en el caso de un comandante de la división de los Compañeros de a pie que, al descubrir a su prostituta preferida en la cama de un oficial, había cortado la nariz de su condiscípulo con su daga.

—Es un caso desagradable —dijo Eumenes— que, además, da mal ejemplo.

—Pero es más complicado que eso. Estamos ante un acto vergonzoso. —Así era; aquella mutilación se había impuesto, bajo las órdenes del rey, como ejemplo contra el malogrado Darío I El Grande—. Y conozco a esos hombres —prosiguió Hefestión—; se rumorea que ellos también eran amantes. De alguna forma, esa mujer se ha entrometido entre ellos, tal vez esperando obtener algún provecho al enfrentarlos. Y, por cierto, ¿quién es ella?

Aquella era una buena pregunta. A los pueblos derrotados y resentidos no les resultaba imposible introducirse en la estructura de mando del ejército real, para perjudicarlo en la medida en que pudieran hacerlo. Eumenes hojeó sus manuscritos.

Pero antes de poder dar con una respuesta, el ujier de Hefestión entró a toda prisa.

—¡Señor! Tiene que venir enseguida. Gente muy extraña...

—¿Son noticias del rey? —espetó Hefestión.

—No lo sé, señor. ¡Por favor! ¡Venga rápido!

Hefestión y Eumenes intercambiaron una fugaz mirada. A continuación, se pusieron en pie precipitadamente, volcando la mesa con los manuscritos, y salieron a toda prisa. De camino, Hefestión cogió su espada.

Bisesa y De Morgan fueron conducidos hacia un grupo mayor de tiendas, no menos embarradas que las demás. Unos guardas de feroz mirada, armados con lanzas y espadas, vigilaban la entrada, observándolos con ojos penetrantes. El escolta de Bisesa avanzó unos pasos y empezó a parlotear en griego, a toda velocidad. Uno de los guardas asintió con sequedad, se adentró en la primera tienda y se puso a hablar con alguien del interior.

De Morgan estaba tenso, crispado, nervioso... un estado en el que se sumía, según había notado Bisesa, cuando olfateaba una posible oportunidad. Ella intentó mantener la calma.

Más guardas, con uniformes sutilmente distintos, salieron de la tienda. Rodearon a Bisesa y a los demás, con las espadas apuntando a los estómagos de los recién llegados. Seguidamente, aparecieron dos siluetas, con cargos claramente superiores, por las túnicas y los mantos que llevaban. Sus ropas también eran militares, pero estaban limpias. Uno de ellos, el más joven, se abrió camino entre los guardas. Tenía la cara grande, la nariz larga y el cabello corto, de color oscuro. Los miró de arriba abajo y escrutó sus rostros. Al igual que sus soldados, era más bajo que cualquiera de los modernos. A Bisesa le pareció tenso, demacrado e infeliz, pero su lenguaje corporal le era tan ajeno que resultaba difícil asegurarlo.

El hombre se plantó ante De Morgan y le gritó en la cara. A De Morgan le dio un vuelco el corazón y se estremeció, pero tartamudeó una respuesta.

—¿Qué es lo que quiere? —susurró Bisesa.

De Morgan frunció el ceño, intentando concentrarse.

—Saber quiénes somos... creo. Tiene un acento muy cerrado. Se llama Hefestión. Le he pedido que hable más despacio. Le he dicho que mi griego es muy malo... que lo es; lo que repetía en Winchester como un loro no tiene mucho que ver con esto.

Entonces, el otro mandatario se acercó a ellos. Era claramente mayor, prácticamente calvo, excepto por una escarcha de cabello plateado, y su rostro era más dócil y pequeño. Bisesa pensó era más astuto y perspicaz. El hombre apoyó una mano sobre el hombro de Hefestión, y habló a De Morgan con un tono mucho más pausado y medido.

El rostro de De Morgan se iluminó.

—¡Gracias a Dios! ¡Un griego genuino! Su lengua es arcaica, pero al menos la habla correctamente, no como esos macedonios...

Así, con una doble traducción entre De Morgan y el hombre mayor, de nombre Eumenes, Bisesa logró hacerse comprender. Les dio sus nombres y señaló hacia el valle del Indo.

—Estamos con un destacamento militar —dijo—. Al otro lado del valle...

—Si eso es cierto, deberíamos habernos encontrado antes —respondió Eumenes.

Bisesa no supo qué responder. Nada en la vida la había preparado para un incidente como aquel. Todo resultaba extraño. Aquella gente de los confines del tiempo resultaba extraña. Eran bajitos, sucios, enérgicos y con buenas musculaturas... parecían más cercanos al animal que al ser humano. Se preguntó cómo la verían ellos a ella.

Eumenes avanzó otro paso. Se acercó a Bisesa para tocar la tela de sus ropas. Sus dedos rozaron la culata de su pistola y a ella se le paró el corazón. Por fortuna, el hombre siguió con su exploración.

—Nada de vosotros nos resulta familiar.

—Pero todo es distinto ahora. —Bisesa señaló el cielo—. Tenéis que haberlo visto. El sol, el clima. Nada es como antes. Nos han arrastrado a un viaje en contra de nuestra voluntad, sin contar con nuestra comprensión. Lo mismo que a vosotros. Y nos hemos encontrado aquí. Quizá podamos... ayudarnos mutuamente.

—Con el ejército de un rey dios —sonrió Eumenes—, he viajado a través de lo extraño durante los últimos seis años, y hemos conquistado todo lo que hemos descubierto. Sea cual sea el extraño poder que ha agitado al mundo, a nosotros no nos causa ningún temor...

Pero, de pronto, se oyó un grito que estremeció a todo el campamento. La gente empezó a correr hacia el río, miles de personas moviéndose en la misma dirección, como una ráfaga de viento que sopla sobre un campo de hierba. Llegó un mensajero que empezó a hablar rápidamente con Eumenes y Hefestión.

Bisesa preguntó a de Morgan:

—¿Qué es lo que pasa?

—Ya está llegando —contestó el comisionado—. Por fin está llegando.

—¿Quién?

—El rey.

Una flotilla de embarcaciones se acercaba por el río. La mayor parte eran barcazas de fondo plano, o espléndidos trirremes con ondeantes velas de color púrpura. Pero la embarcación que encabezaba la flotilla era pequeña y, a falta de velas, la conducían quince parejas de remeros. En la popa llevaba un toldo cosido en púrpura y plata. A medida que el barco se acercaba al campamento, el toldo se retiraba para revelar a un hombre, rodeado de ayudantes, tumbado sobre lo que parecía un sofá dorado.

Empezaron a oírse murmullos entre la aglomeración que observaba todo aquello. Bisesa y De Morgan, olvidados por todos excepto por sus guardas, se acercaron con el resto a la orilla del río. Bisesa preguntó:

—¿Qué están diciendo ahora?

—Qué todo es un fraude. Que el rey está muerto y que solo traen su cuerpo para enterrarlo.

El barco atracó en la costa. Bajo las órdenes de Hefestión, un equipo de soldados salió corriendo con una especie de camilla. Pero, para sorpresa general, la silueta que yacía sobre el sofá se movió. Hizo señas a los camilleros para que se alejaran y, lentamente y con dificultad, con la ayuda de sus asistentes, se puso en pie. Las masas de público en los márgenes del río contemplaba excitada aquel doloroso periplo. El hombre vestía una túnica de manga larga, una capa de color púrpura, y una coraza pesada. La capa tenía incrustaciones y rebordes de oro, y la túnica estaba ornada con soles y otras figuras.

Era de baja estatura y achaparrado, como la mayoría de macedonios. Iba afeitado y llevaba el cabello castaño peinado con raya y cepillado hacia atrás, con una longitud suficiente como para tocar sus hombros. Su rostro, enrojecido por el clima, era fuerte, grande y bello, y su mirada era firme y penetrante. Cuando se halló frente a la aglomeración de público de la orilla del río, levantó la cabeza con un extraño movimiento y la inclinó ligeramente a la izquierda, levantó los ojos y mantuvo la boca ligeramente abierta.

—Parece una estrella de rock —murmuró Bisesa—. E inclina la cabeza como la princesa Diana. Es normal que lo adoren...

Una nueva ola de murmullos se extendió entre las masas.

—Es él —susurró De Morgan—. Eso es lo que dicen todos. —Bisesa lo miró y se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos—. ¡Es él! ¡Es el mismísimo Alejandro! Dios mío... Dios mío...

Entonces, estallaron los vítores, propagándose como el fuego por la hierba seca, y los hombres blandieron y agitaron sus lanzas y espadas. Todos lanzaron flores y una

suave lluvia de pétalos se posó sobre el barco.

Ciudad de tiendas

Al amanecer, dos días después de su marcha, el mensajero mongol regresó. Aparentemente, el destino de los cosmonautas ya estaba decidido.

A Sable tuvieron que despertarla a empujones. Kolya ya estaba alerta, con los ojos irritados por la falta de sueño. En la húmeda oscuridad de la yurta, donde los niños roncaban dulcemente en sus cunas, los cosmonautas desayunaron pan ácimo y un tazón de algo parecido al té caliente. Era aromático, presuntamente elaborado con hierbas de la estepa, y resultaba sorprendentemente refrescante.

Los cosmonautas se movían con dificultad. Ambos se estaban recuperando rápidamente de su estancia orbital, pero Kolya se moría por una ducha caliente, o simplemente por poder lavarse la cara.

Los condujeron al exterior de la yurta y les permitieron una pausa para ir al baño. El cielo estaba resplandeciente y el habitual manto de nubes y ceniza parecía algo más claro. Algunos de los nómadas mostraban sus respetos a la aurora mediante genuflexiones mirando al sur y al este. Aquella era una de las pocas muestras públicas de su fe religiosa; los mongoles eran chamanistas y renunciaban a los rituales a oráculos, exorcismos y exhibiciones en público, limitándose a la privacidad de sus yurtas.

Los cosmonautas fueron conducidos ante un reducido grupo de hombres. Habían ensillado a media docena de caballos y puesto arreos a dos de ellos, enganchándolos a un pequeño carro de madera. Los animales tenían un aspecto fornido y poco disciplinado, lo mismo que sus amos, y miraban en todas direcciones con impaciencia, como si estuvieran ansiosos por terminar sus quehaceres cuanto antes.

—Al fin salimos de aquí —gruñó Sable—. Civilización, allá vamos.

—No olvides eso que dicen de salir del fuego... —advirtió Kolya.

—¿...Para meterse en las brasas? Vete al infierno, Kolya.

Los mongoles empujaron a los cosmonautas hacia el carro. Tuvieron que subir como pudieron, con las manos aún atadas. Cuando se sentaron en el suelo, un hombre mongol, de aspecto fuerte incluso en los rasgos característicos de aquel pueblo, se acercó a ellos y empezó a soltarles un discurso. Su curtido rostro estaba arrugado como un mapa en relieve.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Sable.

—Ni idea. Pero lo hemos visto antes, ¿recuerdas? Creo que es el jefe. Y su nombre es Scacatai. —Aquel mongol había acudido a inspeccionarlos durante sus primeras horas de cautiverio.

—Este capullo quiere obtener provecho de nuestra presencia. ¿Cómo eran esas palabras que utilizaste?

—*Darughachi. Tengri.*

Sable miró a los ojos a Scacatai.

—¿Lo entiendes? —le dijo— *Tengri, Tengri.* Somos embajadores de Dios. Y no me apetece desfilar en su presencia con las manos atadas a la espalda. Suéltanos o freiré tu culo mongol con una descarga.

Scacatai, evidentemente, no entendió más que las palabras mongolas, pero el tono de Sable era lo importante. Tras una dosis más de discusión recíprocamente incomprensible, hizo una seña a uno de sus hijos, que cortó las cuerdas de Kolya y Sable.

—Buen trabajo —dijo el cosmonauta, frotándose las muñecas.

—Pan comido —repuso Sable—. Próximo paso. —Empezó a señalar a la Soyuz y al paracaídas que yacía contra una de las yurtas—. Quiero lo que es mío. Quiero que metáis eso en el carro. Y también todo lo que habéis robado de la Soyuz...

Sable tuvo que gesticular un poco más para hacerse comprender, pero, finalmente, a regañadientes, Scacatai ordenó a su gente que cargasen en el carro el paracaídas y los objetos que guardaban en las yurtas, procedentes de la nave. Pronto, el carro se vio repleto de una incongruente pila de trajes espaciales, equipamiento y paracaídas. Kolya comprobó la presencia de los botiquines y de las bengalas de emergencia... y del aparato de radio de Sable, su único posible enlace con el mundo exterior, y con Casey y los demás en la India.

Sable hurgó entre todo el equipamiento y extrajo una balsa salvavidas. Se la extendió ceremoniosamente a Scacatai.

—Aquí tienes —le dijo—. Un regalo del Cielo. Cuando nos hayamos marchado, tirad de la boza de esta forma. ¿Lo entiendes? —Sable mimetizó el movimiento una y otra vez hasta que tuvo claro que el mongol la había comprendido. A continuación, hizo una reverenda y Kolya la imitó. Luego se subieron al carro.

Los jinetes emprendieron la marcha. Uno de ellos guiaba a los caballos que arrastraban el carro mediante una cuerda y, pronto, este se puso en movimiento.

—¡Gracias por el cordero, tío! —gritó Sable al jefe mongol.

Kolya la estudió a conciencia. Poco a poco, desde una posición inicial de completa debilidad y vulnerabilidad, la mujer estaba tomando el control de la situación. Durante los días transcurridos desde el aterrizaje, parecía haber quemado su propio miedo con un enorme esfuerzo de voluntad. Pero su intensidad lo ponía algo nervioso.

—Tienes temple, Sable.

—Una mujer no llega a la cima de la Oficina de Astronautas sin haber aprendido a ser dura. En cualquier caso, me gusta que nos marchemos con algo más de estilo

que cuando llegamos...

Se oyó una especie de estallido, seguido de un coro de gritos confusos. Scacatai había tirado de la cuerda de la balsa. Los mongoles se quedaron atónitos, con la boca abierta ante aquel artefacto anaranjado que había surgido de la nada. Antes de perder de vista el poblado, Kolya y Sable vieron a los niños saltar sobre la balsa hinchable.

El grupo avanzaba a buen ritmo. Durante horas, los jinetes mantuvieron a los caballos al trote. Kolya estaba seguro de que los animales estarían exhaustos en poco tiempo, pero era obvio que los habían criado para tratarlos así. Los mongoles comían en las sillas de montar y esperaban que los cosmonautas hiciesen lo propio. Ni siquiera se detuvieron para hacer sus necesidades, y Sable y Kolya tuvieron que aprender a apartarse cuando la descarga de orina de un jinete volaba impelida por el viento.

Mientras avanzaban, Kolya veía, de vez en cuando, pequeños centelleos a lo lejos, que flotaban en silencio sobre el suelo. Se preguntó si serían aquellos «Ojos» de los que Casey hablaba en la India. De ser así, ¿acaso la presencia de dichos Ojos era un fenómeno mundial? Le habría gustado tener la oportunidad de estudiar uno, pero durante el trayecto, no se aproximaron a ellos, y los mongoles tampoco mostraron la menor curiosidad.

Antes de que el sol hubiera alcanzado su cénit, llegaron a un poblado. Solo había un grupo reducido de yurtas, perdido en el vado de la estepa, con varios caballos atados en el exterior. Kolya vio otra tropilla que avanzaba con el silencio de la distancia a través de la llanura. Cuando se encontraron más cerca, los jinetes hicieron repicar una campana y los guardas del poblado corrieron a su encuentro. Los jinetes negociaron rápidamente con los guardas, intercambiaron sus caballos y continuaron su camino.

—Ya podríamos haber hecho un descanso —protestó Sable—. La suspensión de este carro es un poco dura.

Kolya volvió la vista hacia el poblado.

—Eso debía de ser el *yam* —dijo.

—¿El qué?

—Hubo una época en que los mongoles barrieron todo el territorio comprendido entre Hungría y el mar del Sur de China. Mantuvieron su unificación gracias a un sistema de comunicaciones rápidas, una red de rutas y lugares donde pudieran intercambiar los caballos. Los romanos tenían un sistema similar. Un mensajero podía recorrer doscientos o trescientos kilómetros en un solo día.

—Pero esto no es precisamente una carretera —repuso Sable—. Estamos recorriendo la estepa, sin más. ¿Cómo sabían estos hombres dónde estaba este lugar?

—Los mongoles aprenden a montar antes que a caminar —dijo Kolya—. Para cruzar esta inmensa llanura tienen que ser navegadores expertos. Seguramente, ni

siquiera tienen que pensar en ello.

Cayó la noche y los mongoles no se detuvieron. Durmieron en sus monturas, mientras uno o dos guiaban a los demás. El traqueteo del carro no dejó dormir a Sable. Pero Kolya, agotado tras dos noches seguidas sin dormir, exhausto y sobrecargado por el extraordinario aporte de oxígeno del aire de la estepa, cayó rendido desde el ocaso hasta el amanecer.

No obstante, había momentos en que los jinetes dudaban. Tenían que cruzar extrañas fronteras rectilíneas entre zonas de árida estepa y áreas de verde hierba fresca, y otros lugares con flores dispersas marchitándose o, más raro todavía, zonas en las que montículos de nieve se derretían formando sombríos estanques.

Para Kolya, era evidente que aquellas fronteras sospechosamente rectas eran transiciones entre un parche de tiempo y otro, y que aquella estepa era una colección de retazos de distintas épocas del año... y de diferentes eras. Pero mientras la nieve se fundía por el calor, las flores de primavera se marchitaban a toda prisa, y las gramíneas se ensortijaban y quedaban moteadas. Kolya pensó que quizá tendría lugar alguna especie de recuperación o fusión al cabo de un ciclo entero de estaciones, pero sospechaba que haría falta más de un año para reunir un nuevo sistema ecológico entre tantos y tan distintos parches temporales.

Los nómadas mongoles, por supuesto, no entendían nada de todo aquello. Incluso los caballos corcoveaban y relinchaban al cruzar aquellas extrañas transiciones.

En una ocasión, los jinetes se detuvieron, evidentemente agotados, en un lugar que parecía tan vacío y vulgar como el resto de la estepa. Kolya pensó que, tal vez, allí debía estar otro poblado del *yam* y los mongoles ignoraban por qué no lo habían encontrado. El lugar estaba perdido, pero no en el espacio, sino en el tiempo. Los nómadas, que eran personas prácticas, se lo tomaron con calma. Tras una breve conversación marcada por muchas caras de resignación, siguieron su camino, pero a un ritmo más pausado. Estaba claro que habían decidido no fatigar en exceso a los caballos, puesto que no podrían cambiarlos por otros.

A lo largo de la tarde del segundo día, la naturaleza del terreno empezó a cambiar. Aparecieron más montañas y barrancos. El grupo recorrió profundos valles, vadeó ríos y franqueó pequeños bosques de alerce y pino. Era un paisaje mucho más humano, y Kolya sintió cierto alivio al haber abandonado la invariable inmensidad de la estepa. Incluso los mongoles parecían más contentos. Mientras atravesaban una zona de arbustos bajos, un joven de tosco aspecto se inclinó para arrancar un manojito de geranios silvestres que ató a su silla de montar.

La zona tenía una población relativamente densa. Pasaron por varias aldeas de yurtas, algunas grandes y extensas, con las finas columnas de humo de las fogatas inclinándose en la dirección del viento. Incluso tenían caminos trazados. Aquella

zona del Imperio mongol parecía haber quedado prácticamente intacta tras la Discontinuidad, pese a encontrarse salpicada por las incongruencias temporales.

Llegaron a un amplio río de corriente lenta. Allí había un transbordador, una plataforma guiada por cuerdas que cruzaban el torrente a lo ancho. La plataforma era lo suficientemente grande como para cargar a los jinetes, los cosmonautas, los caballos e incluso el carro en un solo viaje.

En la otra orilla, cambiaron el rumbo y siguieron bordeando el río en dirección sur. Kolya vio el brillo de otro arroyo serpenteante que cruzaba el campo. Se acercaban a una gran confluencia. Estaba claro que los nómadas sabían perfectamente adonde iban.

Pero a los pies de una colina, cerca de un estanque formado por uno de los ríos, llegaron ante una losa de piedra grabada. Los nómadas aminoraron la marcha y echaron un vistazo a aquella especie de monolito. Kolya dijo con seriedad:

—No habían visto esto antes, eso está claro. Pero yo sí.

—¿Ya has estado aquí?

—No, pero he visto ilustraciones. Si no me equivoco, estamos en el punto donde confluyen los ríos Onon y Balj. Y ese monumento se erigió en los años sesenta, creo.

—Entonces, aquí hay un pequeño desliz temporal. Ahora entiendo sus caras.

—Se supone que el grabado es en mongol antiguo. Pero nadie sabe a ciencia cierta si lo escribieron bien.

—¿Crees que nuestros escoltas pueden leerlo?

—Seguramente, no. La mayor parte de los mongoles era analfabeta.

—Entonces, ¿es un monumento conmemorativo? ¿En homenaje a quién?

—A un octingentésimo aniversario...

Siguieron su camino y ascendieron una última colina. Desde allí, ante ellos y sobre una exuberante llanura verde, se extendía otro poblado de yurtas. En realidad, no era un poblado ni una aldea. Kolya vio ante sus ojos una gran ciudad.

Debía de haber miles de tiendas, emplazadas en un patrón regular de rejilla a lo largo de hectáreas enteras de terreno. Algunas de las yurtas parecían tan majestuosas como las del poblado de Scacatai, allá en la estepa, pero el centro lo formaba una estructura mucho mayor, un inmenso complejo de pabellones interconectados. Todo aquello estaba rodeado por una muralla, pero había otros «barrios», una especie de suburbio de yurtas de aspecto más tosco que se amontonaba en el extrarradio de aquella urbe. Caminos de polvo emergían de todas direcciones y conducían a las puertas de la muralla. Había mucho tráfico en aquellas calles y, desde el interior, se veían columnas de humo que ascendían desde las yurtas y se unían a una pálida nube de niebla que cubría toda la ciudad.

—Jesús... —dijo Sable—. Es Manhattan en versión tienda de campaña.

Tal vez. Pero en el prado verde más allá de la ciudad, Kolya vio extensos rebaños de ovejas y cabras, y tropillas de caballos paciendo tranquilamente.

—Tal como los describían las leyendas... —murmuró—. Nunca fueron más que nómadas por naturaleza. Gobernaban un mundo entero, pero solo se preocupaban de tener un lugar donde alimentar a su ganado. Y cuando llegue el momento de trasladarse a los pastos de invierno, toda esta ciudad será desgranada y reubicada en el sur...

Una vez más, los caballos se pusieron en movimiento y el grupo inició el descenso de la colina en dirección a la ciudad de yurtas.

En la puerta, un guarda ataviado con una túnica azul y una capucha de fieltro les cerró el paso. Sable preguntó a Kolya:

—¿Crees que nuestros chicos intentan vendernos?

—Quizá estén negociando un soborno. Pero en este imperio, todo pertenece a la aristocracia, a la Familia Dorada. La gente de Scacatai no puede vendernos, porque el emperador ya es nuestro dueño.

Por fin, permitieron el paso del grupo. El jefe de los guardas impuso un destacamento de soldados a la comitiva, y Sable, Kolya y solo uno de sus compañeros mongoles, junto con el carro cargado, fueron escoltados en el interior de la ciudad.

Avanzaban a través de una calle ancha, en dirección al gran complejo de tiendas del centro. El suelo estaba lleno de barro. Las yurtas eran grandes y algunas tenían lujosos tejidos como parte de su decoración. Pero el hedor fue lo que más impresionó a Kolya. Era como el de la aldea de Scacatai, pero multiplicado por mil. Resultaba difícil no tener arcadas.

Con olor o sin él, las calles estaban repletas de gente, y no únicamente de asiáticos. Había chinos y quizá incluso japoneses, pueblos de Oriente Medio, tal vez persas o armenios, árabes, e incluso europeos occidentales de ojos redondeados. Todos vestían túnicas, botas y sombreros, y muchos ostentaban joyas alrededor de sus cuellos, muñecas y dedos. Los llamativos trajes de los cosmonautas atrajeron alguna mirada, lo mismo que las piezas de equipamiento que transportaban en el carro. No obstante, tampoco suscitaron demasiado interés.

—Están acostumbrados a ver gente rara —dijo Kolya—. Si no nos hemos equivocado respecto a nuestra ubicación temporal, esta es la capital de un imperio continental. Debemos asegurarnos de no subestimar a esta gente.

—Tranquilo, que no lo haré —repuso Sable, solemnemente.

A medida que se acercaban al complejo central de pabellones, la presencia de los soldados se hacía más evidente. Kolya vio arqueros y espadachines armados y listos para atacar. Incluso los que estaban fuera de servicio miraban al grupo al pasar, interrumpiendo sus comidas y sus juegos de dados. Debía de haber unos mil soldados

montando guardia en la tienda más grande.

Llegaron a un pabellón de entrada lo suficientemente grande como para tragarse a todo el poblado de Scacatai. Había un estandarte de colas de yac colgado en la entrada. Los jinetes entablaron más negociaciones y un mensajero se adentró en el complejo.

Al cabo de unos minutos, regresó con un hombre de mayor estatura, claramente asiático, pero con los ojos de un color azul intenso y vestido con un elaborado chaleco bordado y unos bombachos. Lo acompañaba un grupo de consejeros. El hombre estudió con la mirada a los cosmonautas y a su equipamiento, pasando la mano fugazmente por la tela del mono de Sable. Sus ojos se agrandaron de curiosidad. Mantuvo una corta e ininteligible conversación con sus consejeros y luego chasqueó los dedos, se volvió e hizo ademán de marcharse. Los sirvientes empezaron a coger las pertenencias de los cosmonautas.

—No —dijo Sable, con firmeza. Kolya se estremeció, pero ella no se dejó amedrentar. El hombre alto se volvió y la miró fijamente, con una expresión de sorpresa reflejada en el rostro.

Sable se acercó al carro, cogió parte de la tela del paracaídas y la extendió ante el hombre alto.

—Todo esto es de nuestra propiedad —prosiguió—. *Darughachi. Tengri.* ¿Lo entiende? Y nos lo quedamos. Y este material es nuestro regalo para el emperador. Es un regalo del Cielo.

—Sable... —empezó a decir Kolya, visiblemente nervioso.

—En realidad, no tenemos gran cosa que perder, Kolya. Y, en cualquier caso, tú fuiste quien empezó esta farsa de los emisarios del Cielo.

El hombre alto vaciló. Y, seguidamente, su cara se transformó en una gran mueca. Empezó a dar órdenes y uno de sus consejeros entró a toda prisa en el complejo.

—Sabe que es un farol —dijo Sable—. Pero no sabe qué hacer con nosotros. Es un tipo listo.

—Si de verdad lo es, será mejor que tengamos cuidado.

El consejero regresó con un europeo. Era un hombre bajito que debía de rondar la treintena, aunque con la tradicional capa de mugre y la barba y el pelo mal recortados, su edad resultaba difícil de determinar. Estudió a Kolya y a Sable con una mirada rápida y calculadora. Entonces, empezó a hablar rápidamente con Kolya.

—Suenas a francés —dijo Sable.

Efectivamente, lo era. Su nombre era Basil y había nacido en París.

En una especie de antesala, una sirvienta les ofreció comida y bebida; trozos de carne especiada y algo parecido a una limonada. La chica era algo rolliza, no tenía más de catorce o quince años y su único atuendo eran unos finos velos. A Kolya le pareció

que podía ser europea. Sus ojos estaban vados, y el cosmonauta imaginó lo lejos que debía de estar de su hogar.

Las intenciones del hombre alto pronto quedaron aclaradas. Basil dominaba notablemente el idioma mongol y debía mediar como intérprete entre ellos.

—Dan por hecho que todos los europeos hablan el mismo idioma —dijo Basil— desde los Urales hasta el Atlántico. Pero, a tal distancia desde París, el error es comprensible.

El francés de Kolya era bastante bueno. Mejor que su inglés, en realidad. Como muchos otros rusos, lo había aprendido en el colegio como segunda lengua. Pero la versión de Basil, que solo databa de unos siglos después del nacimiento de su propio país, era difícil de entender.

—Es como si te encontraras con Chaucer —explicó Kolya a Sable—. Imagínate lo que ha cambiado el idioma desde entonces... por no mencionar que Basil debió de nacer un siglo o más antes que Chaucer.

Basil era un tipo brillante y de mente abierta. Kolya supuso que, de no ser así, tampoco habría llegado tan lejos. Solo necesitaron un par de horas para forjar una comprensión mutua bastante aceptable.

Basil contó que era un comerciante que había viajado a la capital del mundo para hacer fortuna.

—A los comerciantes nos gustan mucho los mongoles —dijo—. Han abierto vías hacia Oriente. China, Corea... —A Kolya le costó identificar nombres con los que designaba a los lugares—. Por supuesto, la mayoría de comerciantes aquí son musulmanes y árabes. En Francia, mucha gente ni siquiera sabe de la existencia de los mongoles... —Basil estaba esperando la gran oportunidad, y empezó a hacer preguntas: de dónde eran los cosmonautas, qué querían, qué era lo que llevaban con ellos...

—Escuche, amigo —intervino Sable—, no necesitamos un agente. Su trabajo es traducir nuestras palabras a... al hombre alto.

—Yeh-lü —apuntó Basil—. Su nombre es Yeh-lü Ch'u-ts'ai. Es un kitán.

—Llévenos con él —se limitó a responder Sable.

Aunque Basil tenía sus reservas, el tono autoritario de Sable era inconfundible incluso sin traducción. Basil dio unas palmadas y un gentilhomme de cámara se acercó para conducirlos ante el propio Yeh-lü.

Caminaron a través de pasillos de fieltro, agachando las cabezas, ya que las estancias no estaban construidas para personas de su estatura.

En una cámara pequeña situada en un rincón de aquel palacio de tiendas, Yeh-lü descansaba en un diván bajo, rodeado de sirvientes. Frente a él, en el suelo, había extendido una serie de diagramas descoloridos que parecían mapas, una especie de brújula, figuras de piedra grabadas con motivos aparentemente budistas y una pila de

pequeños artefactos, como piezas de joyería y monedas pequeñas. Kolya supuso que eran bienes intercambiados con algún astrólogo. Con un elegante ademán, Yeh-lü los invitó a sentarse en otros divanes.

Yeh-lü era un hombre paciente. Obligado a hablar con ellos a través de una incierta cadena de traducción vía Basil y Kolya, les preguntó sus nombres y sobre su procedencia. Y la respuesta fue la habitual a aquellas alturas: de *Tengri*, del Cielo. El hombre hizo una mueca de fastidio. Tal vez fuera astrólogo, pero no era tonto.

—Necesitamos una historia mejor —decidió Kolya.

—¿Qué sabe esta gente de geografía? ¿Saben siquiera qué forma tiene el mundo?

—Y yo qué sé.

Sable, con su acostumbrado vigor, se puso de rodillas y apartó una de las esteras de fieltro, dejando al descubierto la tierra polvorienta. Con un dedo, empezó a trazar un mapa a grandes rasgos: Asia, Europa, India, África... Señaló un punto y dijo:

—Estamos aquí.

Kolya recordó que los mongoles siempre se orientaban hacia el sur, mientras que el mapa de Sable tenía el norte arriba. Con una simple inversión, las cosas se clarificarían notablemente.

—Bien —continuó Sable—. Este es el océano Mundial. —Arrastró los dedos entre el polvo que sobrepasaba a los continentes y trazó una circunferencia irregular—. Nosotros venimos de muy lejos. Más allá del océano Mundial. Volábamos sobre él como pájaros, con nuestras alas anaranjadas... —No era del todo cierto, pero era lo más parecido a la realidad, y Yeh-lü parecía aceptarlo, por el momento.

Basil dijo:

—Yeh-lü pregunta por el *yam*. Ha enviado jinetes por las rutas principales, pero muchas están cortadas. Dice que sabe que el mundo ha sufrido un grave trastorno y quiere saber si ustedes comprenden lo que ha ocurrido, y lo que significa para el imperio.

—No lo sabemos —contestó Sable—. Es la verdad. Somos tan víctimas como ustedes.

Yeh-lü pareció aceptar aquella respuesta. Se puso en pie, pausadamente, y retomó la palabra. Basil, con la voz entrecortada, tradujo:

—El propio emperador está impresionado por su obsequio, las ropas de color naranja, y quiere verlos.

—Al fin llegamos a algún sitio —dijo Sable, con la mirada impertérrita.

Todos se levantaron de sus asientos y formaron un grupo encabezado por Yeh-lü y seguido de Kolya, Sable y Basil, con una falange de guardas rodeándolos. Kolya estaba muerto de miedo.

—Sable, debemos tener cuidado —dijo—. Recuerda que se supone que somos propiedad del emperador. Él solo habla con miembros de su familia, y tal vez con

algunas personas clave, como Yeh-lü. El resto de la gente, simplemente, no importa.

—Sí, sí. Lo que tú digas. Pero lo hemos hecho bien, Kolya. Solo llevamos aquí unos días y mira adonde hemos llegado... Ahora solo tenemos que calcular perspectivas.

Los cosmonautas fueron conducidos a una cámara mucho mayor. Las paredes estaban ornadas con tapices y telas bordadas, y los suelos cubiertos de gruesas esteras y alfombras. Aquel lugar estaba plagado de gente. Los cortesanos trabajaban y los fornidos soldados hacían guardia, cargados de armas, sin apartar la vista de los cosmonautas y del resto de la comitiva. Tampoco dejaban de mirarse entre ellos mismos. En una esquina de una de las yurtas, una orquesta, formada por bellas jóvenes, tocaba una suave armonía de laúdes.

Pero, Kolya pensó que, pese a toda aquella opulencia, aquello no dejaba de ser una yurta, con su hedor permanente, su carne grasienta y su leche pasada, igual de desagradables que en el humilde hogar de Scacatai.

—Bárbaros —murmuró el cosmonauta—. Ni siquiera sabían que las ciudades y las granjas eran fuentes seguras de riquezas. Saquearon un mundo entero, pero siguen viviendo como cabreros, con las tiendas cargadas de tesoros. Y, en nuestro tiempo, sus descendientes son los últimos nómadas, todavía atrapados en sus raíces barbáricas...

—Cállate, anda —siseó Sable.

Detrás de Yeh-lü, avanzaron lentamente hasta el centro de la yurta. Alrededor del trono, que era el foco de aquel amplio espacio, había varios jóvenes de pie. Se parecían entre ellos; tal vez fueran hijos del emperador. También había varias mujeres sentadas ante el trono. Todas eran bellas, aunque algunas parecían tener más de sesenta años. Las más jóvenes eran increíblemente hermosas. ¿Esposas o concubinas?

Yeh-lü se apartó hacia un lado y los cosmonautas se encontraron frente al Emperador.

Tendría unos sesenta años. Sentado en su trono ornado con grabados, no parecía demasiado alto. Pero era delgado y mantenía una postura erguida; tenía aspecto de estar en forma. Su rostro era redondo y de rasgos pequeños —muy asiático—, con una pequeña traza de gris en sus cabellos limpios y en su cuidada barba. Sostenía un trozo del paracaídas entre sus manos y los miraba con semblante sereno. El emperador se volvió hacia un lado y susurró algo a uno de sus consejeros.

—Tiene ojos de gato —dijo Sable.

—Sable... Sabes quién es, ¿verdad?

—Por supuesto. —Para asombro de Kolya, ella sonrió, más entusiasmada que asustada.

Gengis Khan los miró, con sus ojos negros e impenetrables.

Regreso a Jamrud

Al amanecer, Bisesa se despertó con el sonido de las trompetas. Cuando salió de la tienda, estirándose, el mundo estaba teñido de azul grisáceo. Por todo el delta fluvial, las notas de las trompetas se elevaron junto al humo de las fogatas nocturnas.

Era cierto; estaba en el campamento de Alejandro Magno, no había sido un sueño... o una pesadilla. Pero por las mañanas era cuando más añoraba a Myra y no podía dejar de sufrir por su hija, incluso en aquel sorprendente lugar.

Mientras el rey y sus consejeros decidían qué hacer, Bisesa, De Morgan y los demás habían pasado la noche en el campamento del delta del Indo. Los habían mantenido bajo constante vigilancia, pero les habían concedido una tienda donde dormir ellos solos. La tienda estaba hecha con piel. Apestaba a caballo, a comida, a humo y a sudor de soldado. Pero era la tienda de un oficial, y solo el propio Alejandro Magno y sus generales gozaban de un alojamiento más lujoso. Además, ellos eran soldados y estaban acostumbrados a situaciones duras. Todos excepto Cecil de Morgan, y este ya había aprendido a quejarse lo justo.

En realidad, De Morgan había permanecido tranquilo toda la noche, pero sus ojos echaban chispas. Bisesa sospechó que estaba calculando qué nivel de influencia podía aplicar a su nuevo papel como insustituible intérprete. Pero protestaba por el «barbárico» acento griego de los macedonios:

—Convierten el sonido *ch* en *g*, y la *zeta* en *de*. Y cuando dicen «Filipo» suena «Bilipo»...

Al cabo de un rato, Eumenes, el secretario real, envió a un gentilhombre de cámara a la tienda de Bisesa para comunicarles la decisión del rey. Por el momento, el ejército no se movería de allí, pero un destacamento de soldados —¡apenas mil hombres!— se dirigiría con ellos hasta Jamrud el valle del Indo. La mayoría serían Escuderos, las tropas de choque encargadas de las misiones nocturnas y las marchas forzadas, que también se ocupaban de la seguridad del propio Alejandro Magno. El rey también viajaría con ellos, junto con Eumenes y su valido y amante Hefestión. Alejandro estaba claramente intrigado ante la perspectiva de ver a aquellos soldados del futuro en su baluarte.

El ejército de Alejandro, atemperado por años de campaña, mantenía una notable disciplina, y solo necesitaron un par de horas para completar la preparación y para recibir la orden de emprender la marcha.

Los soldados de infantería se alinearon con sus armas y su equipamiento a la espalda. Cada unidad, llamada *dekas*, pese a estar formada por dieciséis hombres,

tenía un sirviente y un animal de montura que cargaba con su equipamiento. La mayoría eran mulos, pero también había algunos hediondos camellos. Doscientos soldados de la caballería macedónica de Alejandro Magno cabalgarían junto al destacamento de infantería. Sus caballos parecían extrañas bestias; el teléfono de Bisesa dijo que probablemente serían de procedencia centroasiática o europea, y por eso tenían un aire torpe a los ojos de quienes estaban acostumbrados a los ejemplares árabes. Los caballos solo llevaban suaves herraduras de piel, y pronto se habrían echado a perder de haber sido sobrecargados para cabalgar por aquel suelo pedregoso e irregular. Y no tenían estribos; aquellos fuertes hombres de baja estatura asían los flancos de sus animales con las piernas y controlaban a sus cabalgaduras con agresivos bocados.

Bisesa y los británicos viajarían con los oficiales macedonios, que marchaban igual que sus tropas, lo mismo que los compañeros del rey y los generales. Solo el rey cabalgaría, obligado por sus heridas, sobre un carro arrastrado por un grupo de caballos. Su médico personal, un griego llamado Filipo, también viajaría con él.

Pero tras su partida, Bisesa se dio cuenta de que los mil soldados, con su equipamiento militar, sus sirvientes, sus mulos de carga y sus oficiales, no eran más que la punta del iceberg. Caminando a la zaga, había una muchedumbre de mujeres y niños, de comerciantes con sus carros cargados, e incluso un par de pastores con un rebaño de escuálidas ovejas.

A las dos horas de marcha, el irregular y descoordinado grupo se expandía y formaba una fila de medio kilómetro.

Trasladar a aquel ejército y a todo su equipamiento a través de una llanura suponía un enorme trabajo, pero ninguna de las personas implicadas lo cuestionaba o le ponía impedimentos. No obstante, una vez se hubieron habituado al ritmo de la marcha, los soldados, algunos de los cuales ya habían recorrido miles de kilómetros a pie con Alejandro Magno, simplemente lo resistían, poniendo un pie delante del otro como siempre habían hecho. La marcha tampoco era algo nuevo para Bisesa o para las tropas británicas, e incluso De Morgan soportaba la caminata en silencio, con una fortaleza y determinación que Bisesa, muy a su pesar, encontraba dignos de admiración. De vez en cuando, los macedonios entonaban extrañas y melancólicas canciones, con melodías raras que sonaban desafinadas a los modernos oídos de Bisesa. En realidad, aquellos hombres del pasado le parecían raros en conjunto; bajos, fornidos, vigorosos... como si perteneciesen a una especie distinta.

Cuando tuvo oportunidad, Bisesa estudió al rey.

Sentado en su glorioso trono dorado de sólido aspecto, transportado a través de la India impelido por la fuerza animal, Alejandro Magno vestía una túnica púrpura y una faja de rayas, con una diadema dorada ceñida en torno a su cabeza, y sostenía un cetro dorado entre sus manos. No se apreciaban muchos rasgos griegos en él. Tal vez

su adopción de las costumbres persas se debía a otras razones al margen de las diplomáticas; tal vez se había dejado seducir por la grandeza y la riqueza de aquel imperio.

Durante el viaje, su oráculo particular, Aristandro, fue sentado junto a él. Era un hombre anciano, con barba, y vestía una larga y mugrienta túnica blanca. Sus ojos eran penetrantes y calculadores. Bisesa imaginó que aquel hombre podía sentir cierta preocupación sobre el impacto que podía crear un grupo de personas procedentes del futuro sobre su posición como vidente oficial del rey. Mientras tanto, el eunuco persa llamado Bagoas se apoyaba despreocupadamente contra la parte trasera del trono. Era un joven robusto y atractivo, ataviado con una especie de toga diáfana que, de vez en cuando, acariciaba la parte posterior de la cabeza del rey. A Bisesa le divertían las miradas asesinas que lanzaba Hefestión a aquella pobre criatura.

Pero Alejandro estaba literalmente hundido en su trono. Con la ayuda de su teléfono, Bisesa había calculado en qué momento de las andanzas del rey se encontraban. Sabía que tenía treinta y dos años y, aunque su cuerpo era fuerte, tenía el semblante de un hombre agotado. Tras años de campaña, durante los que había llevado a sus hombres a lo más profundo de la conquista, con un coraje y un sacrificio que podían rozar la locura algunas veces, Alejandro acarreaba con los resultados de varias heridas graves. Incluso parecía que le costaba respirar y, cuando se ponía en pie, lo lograba solo gracias a un extraordinario acopio de fuerza de voluntad.

Resultaba extraño pensar que aquel joven ya había llegado a dominar más de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, y que la historia era un mero producto de sus caprichos. Y todavía más extraño era recordar que, en la línea temporal de la Tierra, su campaña ya había superado su momento álgido. Su muerte habría tenido lugar al cabo de unos meses, y los leales y orgullosos oficiales que ahora lo seguían, habrían iniciado el proceso de partición de los dominios de Alejandro. Bisesa se preguntó qué nuevo destino le aguardaba ahora.

A media tarde, la comitiva detuvo la marcha, y el ejército se organizó rápidamente en un campamento que bien podía pasar por un suburbio de la gran ciudad de tiendas del delta del Indo.

Cocinar, aparentemente, era un proceso lento y complicado, y llevaba cierto tiempo encender los fuegos y poner las ollas a hervir. Pero, durante la espera, la gente bebía, cantaba y bailaba... incluso improvisaba pequeñas representaciones teatrales. Los comerciantes desplegaban sus puestos y algunas prostitutas revoloteaban por el campamento antes de desaparecer en el interior de las tiendas de los soldados. No obstante, la mayoría de las mujeres eran viudas o amantes de los militares. Además de hindúes, había macedonias, griegas, persas, egipcias y algunas almas exóticas cuyos orígenes Bisesa apenas conocía, como las escitas o las bactrianas. Muchas de

ellas tenían hijos, algunos de hasta cinco o seis años, con complexiones y rasgos que delataban sus complicados orígenes. En el campamento se oía el incongruente sonido del llanto de los niños.

Por la noche, Bisesa se tumbó en su tienda e intentó dormir, escuchando los lamentos de los bebés, las risas de los amantes y los melancólicos suspiros borrachos de los macedonios que añoraban su hogar. Bisesa estaba entrenada para misiones en las que el destino se encontraba a pocas horas de vuelo, y cuya duración no superaba una jornada fuera de la base. Pero los soldados de Alejandro Magno habían salido de Macedonia caminando, para recorrer toda la extensión euroasiática y llegar a la Frontera del Noroeste. Bisesa trató de imaginar cómo debió de ser seguir a Alejandro durante años y años, y caminar hasta lugares tan remotos e inexplorados... tal vez para aquella ciudad-ejército, aquello sería como acampar en la propia Luna.

Tras varios días de marcha, empezaron a sucederse extrañas enfermedades entre los macedonios y sus acompañantes. Las infecciones les causaban grandes estragos y algunos incluso murieron, pero la tosca medicina de campo de Bisesa y los británicos logró diagnosticarlas y, hasta cierto punto, tratarlas con un determinado nivel de éxito. Bisesa tenía claro que los británicos, así como ella misma, habían traído parásitos del futuro ante los que los macedonios no eran inmunes: Macedonia se había visto sometida a muchas plagas nuevas durante su odisea, pero el futuro lejano era un lugar que ni siquiera los macedonios habían podido conquistar. Posiblemente, todos tendrían la suerte de que aquellas infecciones terminasen pronto. No había síntomas de infección inversa, los británicos no enfermaron por parásitos de los macedonios. Bisesa imaginó que un epidemiólogo habría podido redactar un completo trabajo académico sobre aquella asimetría cronológica.

Día a día, la marcha continuaba. Guiados por los propios exploradores de Alejandro Magno, y por los exhaustivos estudios que este había llevado a cabo sobre el valle del Indo, la comitiva tomó una ruta hacia Jamrud distinta de la que había seguido Bisesa durante el viaje de ida.

Un día, a menos de un par de jornadas para llegar a Jamrud, llegaron a una ciudad que nadie logró reconocer. La comitiva se detuvo y Alejandro mandó a una partida de exploradores para investigar, acompañada de Bisesa y de algunos de los británicos.

La ciudad estaba bien trazada. Del tamaño de un gran centro comercial, estaba establecida sobre dos grandes montículos de tierra, cada uno rodeado de inmensas murallas de ladrillos de barro. Era un lugar bien diseñado, con amplias avenidas rectas que se extendían siguiendo un patrón de rejilla, y parecía haber sido habitada poco tiempo antes. Pero cuando los exploradores cruzaron sus puertas con cautela, no encontraron a nadie dentro. Ni una sola persona.

No era lo suficientemente antigua como para estar en ruinas, su estado de

conservación era demasiado bueno para ello. Los tejados de madera, por ejemplo, seguían intactos. Pero el abandono no era reciente. Los escasos restos de mobiliario y cerámica estaban rotos. Cualquier rastro de comida ya había sido devorado por los animales, y todo estaba cubierto por una capa de polvo marrón acumulado.

De Morgan señaló un complicado sistema de alcantarillas y pozos.

—Tenemos que contárselo a Kipling —dijo, con un humor seco—. Ruddy es un gran aficionado a los pozos. Son la marca de la civilización, dice.

El suelo estaba muy pisoteado y tenía grandes surcos. Cuando Bisesa hundió la mano en el polvo se encontró con una infinidad de restos: trozos de cerámica rota, brazaletes de terracota, bolas de arcilla, fragmentos de estatuillas, trozos de metal que parecían pesas de comerciantes, lápidas con inscripciones incomprensibles para ella... Cada centímetro cuadrado de aquel suelo parecía haber sido marcado a conciencia, y Bisesa caminaba sobre capas de detritos; los detritos de siglos y siglos atrás. Aquel lugar debía de ser muy antiguo, una reliquia de un tiempo más remoto que el de los británicos, y más incluso que el de la expedición alejandrina; lo suficientemente antiguo como para encontrarse cubierto de polvo en tan pocos días. Era como un recuerdo de que aquel retazo de mundo había sido habitado, civilizado incluso, durante mucho, mucho tiempo. Y de que las profundidades del tiempo, alteradas por la Discontinuidad, estaban repletas de fenómenos desconocidos.

Pero aquella ciudad estaba completamente vacía, como si sus habitantes hubieran hecho el equipaje y se hubieran marchado a través de la pedregosa llanura. Eumenes se preguntaba si los ríos habrían cambiado sus cursos con la Discontinuidad y aquellas personas habrían partido en busca de agua. Pero el abandono parecía demasiado lejano en el pasado como para haber sido así.

No hallaron respuestas. Los soldados, tanto los macedonios como los británicos, quedaron anonadados ante aquella ciudad fantasma, vacía y desierta. Ni siquiera pasaron allí la noche.

Tras varios días más de marcha, la expedición de Alejandro llegó a Jamrud, provocando el asombro y la consternación de todos los frentes.

Todavía con muletas, Casey salió cojeando a saludar y abrazar a Bisesa.

—Esto es del todo increíble. Y... ¡Jesús!... qué pestilencia.

—Eso se consigue pasando quince días en una tienda de piel y comiendo curry —respondió ella con una alegre sonrisa—. Es curioso; ahora Jamrud me parece casi un hogar, con Rudyard Kipling incluido.

—Bueno —murmuró Casey—, mejor, porque algo me dice que este va a ser nuestro hogar durante mucho tiempo, porque no veo forma de volver por el momento. Ven, vamos al fuerte. ¿A que no sabes lo que ha logrado construir Abdikadir? Una ducha. Va a enseñar a esta gente a usarla. A ver...

Ya en el fuerte, Abdikadir, Josh y Ruddy corrieron a su encuentro, ansiosos por escuchar sus impresiones. La previsible alegría de Josh al verla se hizo notar, con su pequeño rostro arrugado de tanto sonreír. Ella también era feliz de recuperar su encantadora y embarazosa compañía. El joven le preguntó:

—¿Qué opinas sobre nuestro nuevo amigo Alejandro?

—Tenemos que convivir con él —respondió Bisesa, seriamente—. Sus ejércitos superan a los nuestros... a los del capitán Grove, quiero decir, en una proporción de cien a uno, tal vez. Creo que, por ahora, Alejandro es nuestra única opción.

—Y, sin duda —intervino Ruddy, con tono dulce—, Bisesa cree que Alejandro es un buen hombre por sus ojos claros y por esa melena brillante que cae sobre sus corpulentos hombros...

Josh se ruborizó, furioso.

—¿Y tú, Abdi? —prosiguió Ruddy—. ¿Qué dices tú? No todo el mundo puede decir que se ha encontrado con una leyenda familiar como esta.

Abdikadir sonrió y se acarició el cabello pelirrojo claro con la mano.

—A lo mejor me cargo al tatarabuelo de mi tatarabuelo y demuestro que todas las paradojas estaban equivocadas, después de todo... —Pero pronto, volvió a lo que les ocupaba. Estaba ansioso por mostrarle algo a Bisesa, y no solo su ducha patentada—. He hecho una excursión al trocito del siglo XXI que nos trajo aquí, Bisesa. Hay una cosa que me gustaría enseñarte...

La acompañó a una especie de almacén del fuerte. Una vez dentro, levantó un arma, un gran rifle. Estaba envuelto en paños sucios, pero el metal brillaba, impregnado de aceite.

—Un informe de inteligencia decía que esto estaría aquí —dijo—. Era uno de los objetivos de nuestra misión en el *Little Bird* aquel día. —También había granadas de humo, de la antigua era soviética. Abdikadir se inclinó a coger una; era como una lata de sopa pegada a un palo—. No es precisamente un arsenal, pero aquí lo tenemos.

Josh tocó el cañón del arma con cautela.

—Nunca había visto algo así —observó.

—Es un Kalashnikov. En mi época, una antigüedad. Un arma de la invasión soviética, de unos cincuenta años antes de nuestro tiempo. Supongo que todavía funciona. Los militares de montaña adoraban a los Kalashnikovs. Eran muy prácticos. Ni siquiera había que limpiarlos, y, evidentemente, nadie se molestaba nunca en hacerlo.

—Máquinas de matar del siglo XII —dijo Ruddy—. No está mal.

—La cuestión es —intervino Bisesa— qué debemos hacer con esto. ¿Se puede justificar el uso de armas del siglo XXI contra un ejército, digamos, de la Edad del Hierro, sea cual sea el motivo?

Ruddy escudriñó atentamente el arma.

—Bisesa —repuso—, no tenemos ni idea de lo que nos aguarda ahí fuera. Nosotros no escogimos esta situación y, sea cual sea el tipo de criatura o de accidente que nos ha dejado aquí varados e indefensos, está claro que no se ha preocupado en exceso de nuestro bienestar. Mi opinión es que las cuestiones morales quedan relegadas a un segundo plano y que el pragmatismo debe estar a la orden del día. ¿No sería una locura no conservar estos músculos de acero y pólvora?

—Eres tan pomposo como siempre, amigo Ruddy —suspiró Josh—. Pero tengo que admitir que estoy totalmente de acuerdo contigo.

La gran unidad de Alejandro Magno montó su campamento a medio kilómetro de Jamrud. Pronto emergieron las humaredas de las fogatas, y la habitual y extraordinaria mezcla de base militar y circo ambulante quedó establecida. Aquella primera tarde se percibió una gran dosis de recelo entre los dos campamentos, y varios soldados británicos y macedonios patrulla ron de un extremo al otro de una frontera invisible, implícitamente acordada.

Pero, el segundo día, empezó a romperse el hielo. En realidad, fue Casey quien lo hizo. Tras pasar cierto tiempo en la zona fronteriza, mirando a un veterano macedonio de unos cincuenta años de edad, Casey, mediante señas, lo desafió a una pelea. Bisesa sabía de qué se trataba: era una tradición entre algunas unidades militares, consistente en un combate de boxeo de un minuto de duración, sin reglas, sin barreras, y con el único objetivo de machacar al oponente.

Pese a su agresividad, era evidente para todos que Casey, con una pierna inutilizada, no estaba preparado para semejante competición, y el cabo Batson tuvo que sustituirlo en la reyerta. Sin más atuendo que los pantalones y los tirantes, el británico podía haber pasado por un gemelo del fornido macedonio. Rápidamente, una multitud se agolpó en torno a ellos, y enseguida empezaron a oírse los vítores del público animando a sus favoritos.

—¡Dale fuerte! ¡Vamos!

—¡Alalalalai!

Casey cronometró el combate, disolviéndolo tras el reglamentario minuto. Para entonces, Batson ya tenía el cuerpo lleno de golpes, y la nariz del macedonio tenía aspecto de estar rota. No hubo un vencedor claro, pero Bisesa se dio cuenta de que los dos soldados habían adquirido un respeto, no sin cierta reticencia, el uno por el otro, tal y como había pretendido Casey desde el principio.

No faltaron voluntarios para el siguiente combate. Cuando un cipayo salió con un brazo roto, los oficiales entraron en escena. Pero, entonces, se inició una nueva competición bajo sugerencia de los macedonios; un juego llamado *sphaira*. Era una especie de deporte que se jugaba con una pelota de cuero, y se trataba de cogerla y salir corriendo; algo parecido al rugby o al fútbol americano, pero con muchísima más dosis de violencia. De nuevo, Casey entró en el juego, delineando la cancha,

consensuando las normas y actuando como árbitro.

Más tarde, un grupo de británicos intentó enseñar las normas del críquet a los macedonios. Los lanzadores arrojaban una desgastada pelota dura de corcho en un campo de franjas marcadas por una serie de improvisados bates. Bisesa y Ruddy contemplaban el espectáculo. El partido se desarrollaba bien, aunque determinadas reglas suponían todo un desafío para los soldados británicos.

Todo aquello ocurría justo debajo de un Ojo flotante. Ruddy resopló.

—La mente humana tiene una notable capacidad de asimilar las cosas más extrañas.

Un fuerte golpe lanzó la pelota por los aires, donde colisionó con el Ojo volador. Emitió un sonido similar al que hubiera producido la misma pelota al impactar contra una pared de roca sólida. La bola rebotó y fue directa a las manos de un jugador, que levantó triunfalmente las manos, mirando al bateador. Bisesa observó que el Ojo permaneció inmutable ante aquel golpe.

Los jugadores se agruparon en un corrillo y empezaron a discutir. Ruddy, incrédulo, dijo:

—O mucho me equivoco, ¡o están discutiendo si un rebote contra el Ojo es válido!

—Yo nunca he entendido el críquet —repuso Bisesa.

Gracias a todas aquellas iniciativas, al final del segundo día, gran parte de la tensión y de la silenciosa hostilidad se había disipado, y Bisesa no se sorprendió al ver a los británicos y a los cipayos dirigiéndose juntos al campamento de los macedonios. Estos últimos estaban lo suficientemente contentos como para intercambiar alimentos, vino e incluso objetos tales como botas, cascos y armas de la Edad del Hierro por collares de cristal, armónicas, fotografías y otras baratijas. Y, al parecer, algunas de las prostitutas del campamento se mostraron dispuestas a ofrecer sus servicios a aquellos hombres de ojos grandes, procedentes del futuro, sin pedir dinero a cambio.

Al tercer día, Eumenes envió a un gentilhombre de cámara al fuerte, que convocó al capitán Grove y a sus consejeros ante la presencia del rey.

El mapa

Lo que más odiaba Kolya era la suciedad. Después de un par de días en la ciudad de tiendas, se sentía tan mugriento y tan piojoso como un mongol. En realidad, estaba convencido de que los parásitos habían anidado en su cuerpo, una fuente de carne fresca sin explotar. Si no moría intoxicado por la comida, probablemente los bichos lo desangrarían hasta provocarle la muerte.

No obstante, Sable decía que tenían que adaptarse:

—Mira a Yeh-lü. Es un hombre civilizado. ¿Acaso crees que ha crecido cubierto de mierda? Por supuesto que no. Y si él puede soportarlo, tú también puedes.

Evidentemente, tenía razón. Pero eso no hacía que la vida con los mongoles fuera más fácil.

Por lo visto, Gengis Khan era un hombre paciente.

Algo incomprensible le había ocurrido al mundo. Y, fuera lo que fuera, había escindido el imperio mongol, como demostraba la ruptura del *yam*, el intrincado sistema de comunicaciones del imperio. Ahora bien, Gengis Khan había construido un imperio una vez, y cualquiera que fuese el estado actual del mundo, volvería a hacerlo... Él, o sus sucesores. No obstante, Yeh-lü le aconsejaba esperar. Era el proceder habitual de los mongoles; recopilar información antes de determinar por dónde golpear. Y Gengis Khan siempre escuchaba a sus consejeros.

Pero durante aquel periodo de deliberación, Gengis Khan era consciente de la necesidad de mantener a sus ejércitos preparados y ocupados. Estableció un riguroso programa de entrenamiento, compuesto por largas marchas forzadas, tanto a pie como a caballo. Y también ordenó una batida de caza de un alcance de varios kilómetros, que tardaría una semana en ser organizada. Sería un ejercicio de maniobras con armas, para mantener la disciplina, la comunicación y la supervivencia en condiciones difíciles. Aquel iba a ser un evento significativo, puesto que la caza se encontraba en la esencia de los propios mongoles, lo mismo que sus métodos militares.

Entre tanto, Sable se dedicaba a explorar la ciudad de yurtas. Se centró especialmente en los soldados, puesto que quería aprender cómo luchaban las tropas.

Los guerreros mongoles se indignaban ante el revoloteo de Sable. Kolya se dio cuenta de que, pese a que el patrón habitual de cortejo allí era secuestrar a la esposa de uno de la yurta del vecino, la mujer ejercía una sorprendente influencia en la

sociedad mongola... eso siempre que se tratase de algún miembro de la Familia Dorada. Borte, la primera esposa de Gengis Khan, aproximadamente de la misma edad que el emperador, era una voz clave en la toma de decisiones de la corte. Pero las mujeres no combatían. Los guerreros se mostraban muy recelosos ante aquella extraña mujer celestial, ataviada con sus anaranjadas ropas. No pensaban dejarse someter fácilmente a sus inspecciones.

El punto de inflexión tuvo lugar cuando un soldado de caballería, borracho de vino de arroz, olvidó el poder del Cielo e intentó desabrochar el traje de Sable. Era un hombre musculoso y fuerte, un veterano de la primera campaña rusa de los mongoles, probablemente responsable de cientos de muertes... Pero no era rival para las disciplinas marciales del siglo XXI. Con uno de sus pálidos pechos al descubierto, Sable lo redujo en cuestión de segundos y lo dejó gritando en el suelo, con la pierna rota por dos sitios.

Después de aquello, Sable creció rápidamente, tanto en estatus como en aura. A partir de aquel incidente, le permitieron ir y venir por donde quisiese... Y ella procuró que la historia sobre su victoria, adecuadamente adornada, encontrase el camino que conducía a la corte. Pero Kolya se dio cuenta de que los mongoles se mostraban nerviosos ante su presencia, y aquello no podía ser buena señal.

Llegados a cierto punto, el propio Kolya también se puso nervioso. El temor de Sable se había disipado completamente y, a medida que transcurrían los días, ella traspasaba una barrera tras otra sin impunidad, aumentando su confianza y su determinación. Parecía que aquel confinamiento en ese retazo del siglo XIII hubiera liberado algún instinto primitivo oculto en lo más profundo de su ser.

Entre tanto, Kolya pasaba mucho tiempo con Yeh-lü, el administrador jefe del imperio.

Nacido en una de las naciones vecinas, Yeh-lü había llegado al campamento mongol en calidad de prisionero. Astrólogo de formación, había sabido escalar rápidamente en aquel señorío de analfabetos. Un visionario Gengis Khan había designado a Yeh-lü y a otros hombres cultos de la corte para administrar el floreciente imperio.

Yeh-lü se había basado en China como modelo para el nuevo estado. Seleccionó a algunos de los prisioneros más capacitados que los mongoles habían capturado en el norte de China para ayudarlo en su proyecto, y rescató libros y medicina de sus botines. En una ocasión, según modestamente contaba, había logrado salvar muchas vidas durante una epidemia en Mongolia gracias a los sistemas y a los medicamentos chinos.

Yeh-lü pretendía moderar la crueldad de los mongoles aspirando a mayores ambiciones. En realidad, Gengis Khan se había planteado la posibilidad de despoblar China para obtener más tierras de pasto para los caballos, pero Yeh-lü lo había

disuadido, ya que «los muertos no pagan impuestos», según sus propias palabras. Kolya sospechaba que su ambición a largo plazo era civilizar a los mongoles, permitiendo la asimilación de sus costumbres por parte de las culturas sedentarias a las que conquistaban; lo mismo que China había absorbido y asimilado la cultura de anteriores olas invasoras del norte.

Kolya ignoraba cómo acabaría su propia aventura personal. Pero, si definitivamente quedaba atrapado ahí, en Mir, tenía claro que las personas como Yeh-lü serían la mejor esperanza para el futuro. Por ello, se sentía feliz de comentar con Yeh-lü la naturaleza de su nuevo mundo, así como de planear las siguientes acciones que debían llevarse a cabo.

A Yeh-lü le había llamado la atención el primer intento de Sable de trazar un mapa del mundo en el suelo. Ahora, él y Kolya trabajaban en un gran mapa detallado del mundo entero, basado en los recuerdos de Kolya y en los gráficos de la Soyuz. Yeh-lü era un hombre inteligente, y no mostró dificultades para aceptar que el mundo era una esfera; lo mismo que los griegos, los chinos estudiosos habían señalado el curvado perfil de la sombra de la Tierra al proyectarse sobre la Luna durante un eclipse lunar. Por lo tanto, le resultaba fácil comprender el trazado de una superficie esférica en un entorno plano.

Tras varios esbozos preliminares, Yeh-lü designó a un equipo de escribientes chinos. Todos empezaron a trabajar en una inmensa versión en seda del mapa del mundo. Cuando estuviera terminado, ocuparía el suelo entero de una de las yurtas del mayor pabellón del emperador.

Yeh-lü se mostraba fascinado ante la imagen que estaban creando. Le sorprendía la escasa porción de territorio euroasiático que les quedaba por conquistar; desde la perspectiva mongola, parecía un mínimo paso desde Rusia, a través de los países de Europa Occidental, hasta la costa del Atlántico. No obstante, Yeh-lü estaba preocupado por cómo iba a presentar el mapa a Gengis Khan, con tantísimos territorios del Nuevo Mundo, el Lejano Oriente, Australasia, Sudáfrica y la Antártida, de cuya existencia Gengis Khan no había tenido noticias jamás.

A Kolya le pareció que el trabajo de los escribientes era realmente hermoso. Las capas de hielo eran delicadas hebras blancas, los principales ríos fluían en oro hilado, las grandes ciudades se erigían con piedras preciosas, y todo el conjunto estaba explicado y ornado con esmeradas inscripciones en escritura mongola. Aunque, para sorpresa de Kolya, los mongoles no tenían ningún registro escrito previo a Gengis Khan, que había adoptado las grafías de la lengua vecina uigur como propias.

Los escribientes encargados de elaborar el mapa realizaban su trabajo a conciencia, y Yeh-lü los trataba bien, felicitándolos por su impecable obra. Pero Kolya se enteró de que, en realidad, eran esclavos capturados durante las conquistas de los mongoles al territorio chino. Kolya nunca antes había conocido la esclavitud

de primera mano, y no pudo evitar sentir cierta fascinación por aquellas gentes. Su actitud era siempre sumisa, mantenían la mirada caída y se acobardaban, especialmente las mujeres, ante cualquier contacto con los mongoles. Tal vez gozaban de cierto favoritismo en presencia de Yeh-lü, pero eran personas derrotadas, propiedad de otras.

Kolya echaba de menos su hogar; a su mujer y a sus hijos, perdidos en las corrientes del tiempo. Pero a cada uno de aquellos esclavos también lo habían arrancado de su propio hogar y le habían destrozado la vida, y no había sido una manipulación divina del tiempo y el espacio, sino la llana crueldad de otros seres humanos como él. La precaria situación de los esclavos no le ayudaba a soportar mejor su propia pérdida, pero sí lo prevenía contra la autocompasión.

Cuando le costaba aceptar la presencia de los esclavos, Kolya se reconfortaba con la civilizada inteligencia de Yeh-lü. Al cabo de un tiempo, le parecía incluso más fácil confiar en aquel hombre del siglo XIII que en Sable, una mujer de su mismo tiempo.

Sable se mostraba cada vez más impaciente ante las sesiones de elaboración del mapa. Pero no se mostró impresionada con los planos que Yeh-lü recopilaba tímidamente para presentárselos a Gengis Khan.

Bajo el punto de vista de Yeh-lü, la primera prioridad debía ser la consolidación. Los mongoles habían dependido hasta entonces de la importación de cereales, telas y otros productos esenciales, por lo que el comercio era una de sus bazas más importantes. Pero, como quedaban pocos enlaces con China, la primera parte y la más rica del imperio asiático de Gengis Khan debía ser explorada en primer lugar. Al mismo tiempo, Kolya insistió en la necesidad de enviar a una partida al valle del Indo, en busca de Casey y del resto de refugiados de su propia era.

Pero, para Sable, aquella decisión no era lo suficientemente astuta. Al cabo de una semana, se dirigió a los aposentos de Yeh-lü y clavó un cuchillo sobre el mapa del mundo. Los esclavos salieron revoloteando como pájaros espantados. Yeh-lü la miró con un semblante frío. Kolya dijo:

—Sable, seguimos siendo extraños para ellos...

—Babilonia —espetó ella. Señaló el cuchillo, que todavía temblaba en pleno corazón de Irak—. Ahí es donde el Khan debería concentrar sus energías. Reservas de cereales, rutas de comercio, la intimidación de los campesinos chinos... Todo esto es mierda comparado con aquello. Babilonia es el lugar donde se esconde el verdadero poder sobre este nuevo mundo, y tú lo sabes tan bien como yo, Kolya. Es una manifestación de poder que ha podido con el tiempo y el espacio. Si el Khan toma el poder de todo eso, puede que finalmente cumpla con su misión divina de dominar el planeta después de todo, incluso en esta nueva vida.

En inglés, idioma incomprensible para cualquiera de sus intérpretes, Kolya dijo:

—Un poder semejante... ¿en manos de Gengis Khan? Sable, creo que te has

vuelto loca.

Ella lo miró, con fuego en los ojos.

—Vivimos ocho siglos antes de lo que nos corresponde, no lo olvides —dijo—. Podemos controlar a estos mongoles. —Sable pasó la mano por encima del mapa, como si quisiera reivindicarlo—. Harían falta generaciones para construir cualquier cosa parecida a una civilización moderna en estos fragmentos de historia que hemos heredado. Con los mongoles a nuestras espaldas, podríamos acortar mucho el proceso. Kolya, podemos hacerlo. En realidad, es algo más que una oportunidad. Es un deber.

Frente a aquella mujer feroz y temible, Kolya se sintió débil.

—Creo que quieres domar un caballo muy embravecido.

Yeh-lü se inclinó hacia delante. A través de la interpretación de Basil dijo:

—Hablaréis en las lenguas comunes.

Los dos se disculparon y Kolya repitió una versión más aséptica de la conversación de los cosmonautas.

Con delicadeza, Yeh-lü retiró el cuchillo del mapa y recolocó los hilos rotos. Entonces, le dijo a Sable:

—No lo tienes todo previsto. Tal vez podamos cerrar el puño en torno al corazón del nuevo mundo, pero no podemos mantenerlo cerrado si morimos de hambre.

—Se lo expondré al kan. Él no será tan asustadizo como para dejar pasar una oportunidad como esta.

Kolya observó cómo el semblante de Yeh-lü se ensombrecía.

—Emisaria del Cielo, todavía no tienes el privilegio de que Gengis Khan te escuche —dijo el mongol.

—Espera y verás —respondió ella, en inglés, y esbozó una gran sonrisa desafiante, sin un ápice de temor en la mirada.

Asamblea

En respuesta a la llamada de Alejandro Magno, se dirigieron a la tienda del rey; el capitán Grove y sus oficiales, Bisesa, Abdikadir, Cecil de Morgan en su papel de intérprete, y Ruddy y Josh, que guardarían un registro escrito de aquella asamblea en sus libretas. Del bando de los macedonios, estarían el propio Alejandro, Eumenes, Hefestión, el médico del rey, Filipo, y un desmesurado número de cortesanos, consejeros, gentilhombres y pajes.

La puesta en escena era espléndida. La tienda de Alejandro Magno, que se extendía a lo largo de todo el delta, era inmensa, se sostenía mediante columnas de oro y el techo lo formaba una tela bordada de lentejuelas. Frente al trono dorado del rey, había unos divanes con patas de plata para los visitantes. Pero el ambiente era tenso: debía de haber unos cien soldados montando guardia por toda la tienda, la infantería conocida como los Escuderos, vestidos de escarlata y azul brillante, y los Inmortales de Persia ataviados con bellas, aunque poco prácticas, túnicas bordadas.

Eumenes, en un intento de minimizar fricciones innecesarias, había explicado a Bisesa el protocolo que debía seguirse en presencia del rey. Así, al entrar, los visitantes del futuro rindieron al rey *pwskyneisis*, una palabra griega que designaba la forma persa de obediencia, consistente en lanzar un beso al aire al rey y hacer una reverencia. Abdikadir se sintió previsiblemente incómodo con ello, pero el capitán Grove y sus oficiales permanecieron impertérritos. Evidentemente, aquellos británicos, estancados en el borde de su propio imperio y rodeados de insignificantes príncipes, rajás y emires, estaban habituados a respetar las excéntricas costumbres locales.

Por otro lado, Bisesa observó que Abdikadir se lo estaba pasando en grande. Ya había conocido a algunas personas tan tercas como él, pero estaba claro que el hombre disfrutaba de la agradable fantasía de que aquellos macedonios fueran realmente sus ancestros.

El grupo se acomodó en los espléndidos divanes, y los pajes y ujieres les ofrecieron comida y bebida. Y empezó la asamblea. La traducción, canalizada a través de los eruditos griegos y De Morgan, era lenta y, en ocasiones, frustrante. Pero, poco a poco, se entendieron, con la ayuda de mapas, esbozos o garabatos en tablas de cera, o en pedazos de papel arrancados de las libretas de Josh y Ruddy.

Empezaron con una puesta en común de información. Los hombres de Alejandro no se sorprendieron ante el Ojo Maléfico de Jamrud, que seguía flotando sobre la plaza de armas. Desde el día en que «el sol se había tambaleado en el cielo», en

palabras de los propios macedonios, sus tropas habían avistado más esferas por todo el valle del Indo. Al igual que los británicos, los macedonios se habían acostumbrado enseguida a aquellos callados observadores flotantes, y los trataban con el mismo desdén.

El pragmático secretario Eumenes mostraba menos interés por aquellos silenciosos misterios que por la política del futuro, que había llevado a aquellos extraños a la Frontera. Tanto a Eumenes como a los demás les costó un tiempo comprender que los británicos y el grupo de Bisesa pertenecían realmente a dos eras distintas, pese a que la distancia temporal entre ellos, ciento cincuenta años nada menos, era ridícula en comparación con los veinticuatro siglos que separaban el tiempo de Bisesa del de Alejandro. No obstante, Eumenes comprendió muchas cosas cuando el capitán Grove expuso el contexto de la rivalidad entre británicos y rusos por el territorio de Asia en el siglo XIX.

Bisesa tenía claro que el conflicto del siglo XXI resultaría poco menos que incomprensible para los macedonios, pero cuando Abdikadir habló sobre las reservas de petróleo de Asia central, Eumenes tomó la palabra. Recordó que, en los márgenes de un río situado en el territorio del Irán moderno, dos fuentes de un extraño fluido brotaron cerca del emplazamiento de la tienda del rey.

—Era similar al aceite de oliva —dijo Eumenes—, pero no había ningún olivo cerca.

Incluso entonces, Alejandro había reflexionado sobre el posible provecho de futuros hallazgos como aquel, pero su dócil profeta Aristandro había declarado que aquel aceite era un augurio de una larga labor venidera.

—Procedemos de distintos tiempos y poseemos distintas ambiciones —prosiguió Eumenes—, pero ahora estamos aquí, cruzando varios milenios. Tal vez este sea el centro del mundo para la eternidad.

Alejandro Magno hablaba poco. Sentado en su trono, con la cabeza apoyada sobre un puño, mantenía los ojos medio cerrados y, ocasionalmente, levantaba la mirada acompañando el gesto con aquella extraña, tímida y seductora inclinación de cabeza. Dejó el control de la reunión en manos de Eumenes, que descubrió a una inteligente Bisesa, y de Hefestión, que se dedicaba a interrumpir a Eumenes para pedirle aclaraciones o, directamente, para contradecirle. Era obvio que existía una gran tensión entre Hefestión y Eumenes, pero Bisesa supuso que Alejandro esperaba una tregua entre los dos rivales potenciales.

La conversación, entonces, giraba en torno a lo que les había ocurrido a todos. Hablaron sobre cómo podía haberse roto en pedazos la historia y por qué.

Los macedonios no parecían tan atemorizados como Bisesa había imaginado. No tenían la menor duda de que los deslices en el tiempo eran obra de los dioses, siguiendo sus propios designios inescrutables: su perspectiva del mundo, que no tenía

nada que ver con la ciencia, resultaba totalmente ajena a Bisesa, pero también era lo suficientemente flexible como para ubicar misterios de aquella envergadura. Eran guerreros duros, que habían recorrido miles de kilómetros a pie hacia lo extraño y lo desconocido, y tanto ellos como sus consejeros griegos poseían una gran fuerza intelectual.

El propio Alejandro parecía hechizado ante los aspectos filosóficos de las circunstancias.

—¿Pueden revivir los muertos? —murmuró con su ronco barítono—. Porque, para vosotros, yo he muerto hace tiempo... Y... ¿se puede restablecer el pasado, deshacer entuertos o borrar lamentos?

Abdikadir murmuró a Bisesa:

—Un hombre con las manos tan manchadas de sangre como este rey debe de estar encantado ante la idea de poder corregir el pasado...

—La mayoría de filósofos ve el tiempo como un ciclo —decía Hefestión en aquellos momentos—. Como el latir de un corazón, el paso de las estaciones del año o las fases de la luna. En Babilonia, los astrónomos crearon un calendario cósmico basado en el movimiento de los planetas, con un Gran Año que dura, creo, más de cuatrocientos mil años. Cuando los planetas se congregan en una constelación determinada, se forma un enorme fuego y un «invierno», marcado por una concurrencia planetaria en otro lugar, marcada a su vez por un diluvio... Hay quienes piensan incluso que el pasado se repite exactamente igual de un ciclo al otro.

—Pero esa idea preocupaba a Aristóteles —dijo Alejandro; y Bisesa recordó que el rey había sido discípulo del filósofo—. Si vivo hasta antes de la caída de Troya, o hasta después de ella, ¿qué provocará, o provocó, esa guerra?

—Sin embargo —intervino Hefestión—, si hay algo de cierto en la noción de los ciclos, se pueden justificar muchas cosas extrañas. Por ejemplo, los oráculos y los profetas: si el tiempo es cíclico, quizá la profecía es una mera cuestión del recuerdo del pasado profundo, igual que de una visión del futuro. Y la extraña mezcla de tiempos que estamos viviendo ahora parece menos inexplicable. ¿Estás de acuerdo conmigo, Aristandro?

El anciano vidente inclinó la cabeza.

Así continuó la conversación, a caballo entre Alejandro, Hefestión y Aristandro, a menudo demasiado rápido como para que la débil cadena de traductores pudiera seguirla completamente.

Ruddy estaba hechizado.

—Qué maravillosos son estos hombres —murmuró.

—Ya está bien de filosofía —concluyó Eumenes, con su habitual pragmatismo, y decidido a enfocar la reunión hacia la dirección que debían tomar.

El capitán Grove respondió que tenía una propuesta. El oficial británico había

traído un atlas consigo; una versión anticuada incluso en su época, de una escuela victoriana. Se lo mostró a los demás.

Los macedonios estaban familiarizados con los mapas y con la cartografía. De hecho, a través de sus campañas, Alejandro había llevado consigo a varios cartógrafos griegos para trazar los mapas de las tierras que exploraba y conquistaba, muchas desconocidas para el antiguo mundo griego del que procedía. Los macedonios se mostraron intrigados ante el atlas y se agolparon entusiasmados en torno al pequeño libro. Estaban sorprendidos por la calidad de la impresión, la regularidad de la grafía y los vivos colores de las páginas. No parecían reacios a aceptar que el mundo centrado en el Mediterráneo que ellos conocían no era más que una ínfima parte del planeta, y que el planeta era una esfera, como había predicho Pitágoras siglos atrás. En realidad, Aristóteles, el tutor de Alejandro, había escrito un libro entero sobre aquella idea. Por su parte, Bisesa estaba sorprendida por las grandes ringleras en tinta rosa que demarcaban el territorio británico en su cénit.

Finalmente, Alejandro, algo exasperado, pidió que el atlas fuese acercado a su trono. Pero quedó consternado cuando vio los límites de su imperio en un mapa del mundo.

—Creía que había dejado una poderosa huella en el mundo, pero hay tanto territorio que ni siquiera he visto...

Con ayuda del atlas, el capitán Grove hizo su propuesta: que todos los ejércitos unidos partiesen hacia Babilonia.

Abdikadir intentó explicar las señales de radio que interceptó la Soyuz. Como era de esperar, aquello resultó incomprendible, hasta que Josh y Ruddy recurrieron a las metáforas.

—Como un sonido de trompetas inaudibles —dijo Ruddy—. O un reflejo de espejos invisibles...

—Y la única señal que detectamos procedía de aquí —dijo Abdikadir, señalando a Babilonia en el mapa—. Estoy convencido de que la mejor oportunidad que tenemos de averiguar qué nos ha pasado, y qué le ha pasado al mundo es ir a Babilonia.

Todas aquellas palabras fueron traducidas para Alejandro Magno.

Babilonia pareció una buena opción también para los macedonios. Nadie había recibido noticias de Macedonia o de cualquier otro lugar de más allá del valle del Indo desde hacía varios días, y los británicos tampoco habían recibido mensajes de su propio tiempo. Debían determinar el lugar en el que se establecerían si continuaba la ausencia de noticias. Alejandro siempre había tenido en mente que Babilonia fuese la capital de un imperio que podía haberse expandido desde el Mediterráneo hasta la India, unido por el mar y las rutas fluviales. Tal vez, incluso en aquella tesitura, pudieran cumplir aquel sueño, incluso con los recursos que tenía el rey en sus manos,

incluso si el resto del mundo que había conocido se hubiera desvanecido.

Por todas aquellas razones, el camino que había que tomar parecía claro. Cuando todos consensuaron el proyecto, Ruddy se mostró emocionado.

—¡Babilonia! ¡Dios mío! ¿Hasta dónde va a llevarnos esta aventura?

La reunión pronto se centró en asuntos detallados de horarios y logística. La luz del exterior de la tienda se fue apagando, los sirvientes fueron ofreciendo más vino y la asamblea se fue tornando más informal y estridente.

Cuando consiguieron apartarse de los macedonios, Abdikadir, Ruddy y Bisesa formaron un grupo. Bisesa dijo:

—Tendremos que dejar algo para Sable y Kolya, en caso de que logren llegar hasta aquí. —Barajaron posibles señales para los cosmonautas perdidos, como puntas de flecha en el suelo, montículos de piedras con mensajes, o incluso radios.

—¿Te alegra que nos unamos a Alejandro y sus hombres? —preguntó Abdikadir.

—Sí —repuso Ruddy, inmediatamente—. Aristóteles enseñó a estas gentes a tener la mente y el corazón abiertos, y les inculcó la curiosidad por el mundo. El viaje de Alejandro Magno fue más una exploración que una expedición de conquista...

—Un capitán Cook, pero con un ejército de cincuenta mil hombres... —murmuró Abdikadir.

—Y, seguramente —prosiguió Ruddy—, fue esa mentalidad abierta la que los capacitó para aceptar las costumbres de personas ajenas, y, del mismo modo, para forjar un imperio que habría perdurado durante siglos, de no haber sido por la prematura muerte de Alejandro, y una civilización avanzada durante mil años.

—Pero ahora y aquí —intervino Josh—, Alejandro no está muerto.

Bisesa se dio cuenta de que Alejandro los estaba observando. Se inclinó hacia atrás y murmuró algo al eunuco. Ella se preguntó si los habría oído. Ruddy concluyó:

—No se me ocurre mejor legado que el de haber establecido un «Imperio británico» en Asia y Europa ¡dos mil años o más antes de su tiempo!

—Pero el imperio de Alejandro —repuso Josh— no tenía nada que ver con la democracia o con los valores griegos. Cometió verdaderas atrocidades, como quemar Persépolis, por ejemplo. Pagó cada parte de su interminable campaña con el saqueo de la última. Y quemó vidas como si fueran cerillas, tal vez tres cuartos de millón, según algunas estimaciones.

—Era un hombre de su propio tiempo —contestó Ruddy, con una dureza y un cinismo más propios de alguien que le doblase la edad—. ¿Qué se puede esperar? En su mundo, el orden solo derivaba del imperialismo. En el interior de las fronteras de un imperio había cultura, orden, una oportunidad de civilización. Fuera, solo había barbarismo y caos. ¡No existía otra forma de controlar las cosas! Y su hazaña perduró, aunque su imperio no lo hiciera. Expandió la lengua griega desde Alejandría hasta Siria como la mermelada sobre una tostada. Cuando los romanos se dirigieron

hacia occidente no encontraron bárbaros, sino personas que hablaban en griego. De no haber sido por ese legado, al cristianismo le habría costado salir de Judea.

—Tal vez —dijo Abdikadir, con una sonrisa—. Pero, Kipling, ¡yo no soy cristiano!

El capitán Grove se unió a ellos.

—Supongo que hemos hecho lo que debíamos —dijo—. Estoy satisfecho de haber llegado a un acuerdo tan rápido. Y me resulta fascinante lo mucho que tenemos en común. Supongo que, en dos mil años, no ha cambiado nada fundamental en lo referente a conducir a un ejército... Pero echad un vistazo: creo que la reunión está empezando a degenerar un poco. Ya había oído hablar de Alejandro Magno y su afición al libertinaje. —Grove esbozó una triste sonrisa—. Y no quisiera que quedase nada en el tintero, así que considero políticamente acertado quedarme por aquí y familiarizarme más con estos tipos. No os preocupéis, no beberé demasiado. Y mis hombres también estarán por aquí, pero si vosotros preferís marcharos...

Bisesa aceptó la excusa. Ruddy y Josh también acordaron marcharse, aunque Ruddy volvió la mirada con cierta envidia hacia el iluminado interior de la tienda real, donde las curvas de una joven vestida con un fino velo empezaban a danzar.

Fuera de la tienda, Bisesa se encontró con Filipo, el médico griego de Alejandro, que la estaba esperando. La mujer llamó precipitadamente a De Morgan. El comisionado ya estaba medio borracho, pero todavía era capaz de traducir. Filipo dijo:

—El rey sabe que han hablado sobre su muerte.

—Ah. Lo siento.

—Y quiere que le diga cómo morirá.

Bisesa dudó unos instantes.

—Solo conocemos una leyenda. Un cuento sobre lo que le ocurrió...

—Morirá pronto —murmuró Filipo.

—Sí. Habría muerto pronto.

—¿Dónde?

Bisesa volvió a dudar.

—En Babilonia.

—Entonces morirá joven, como su héroe Aquiles. ¡Así es Alejandro! —Filipo volvió la mirada durante un instante hacia la tienda del rey donde, a juzgar por el ruido, la depravación echaba humo. Parecía preocupado, pero resignado—. Bien, tampoco resulta sorprendente. Bebe tanto como lucha, como diez hombres en lugar de uno. Y casi lo matan de una flechazo en el pulmón. Me temo que no se concederá tiempo a sí mismo para recuperarse, pero...

—No escuchará a su médico.

—Supongo que hay cosas que nunca cambian —sonrió Filipo.

Bisesa tomó una rápida decisión. Escarbó en su equipo de supervivencia, dentro de su mono, y extrajo una tableta de cápsulas contra la malaria. Mostró a Filipino cómo se sacaban las pastillas de las burbujas.

—Haga que el rey se las tome —dijo—. Nadie sabe con seguridad cómo murió. La verdad se oscureció con rumores, conflictos e historias falsas. Pero hay quien cree que morirá de la enfermedad que previenen estas cápsulas.

Filipo frunció el ceño.

—¿Por qué me da esto? —preguntó.

—Porque creo que su rey va a ser importante para nuestro futuro, el de todos nosotros. Y si muere, al menos no será de esto.

—Gracias —respondió Filipino cerrando la mano sobre las cápsulas y sonriendo—. Pero, dígame...

—¿Sí?

—¿Lo recordarán en futuro?

De nuevo surgió el dilema sobre el exceso de información, tan disertado por Bisesa y sus largas sesiones con su teléfono en busca de la historia de Alejandro Magno.

—Sí —repuso Analmente—. ¡Incluso recordarán a su caballo! —Bucéfalo había muerto en una batalla en el río Jhelum—. Dentro de más de mil años, en las tierras del otro lado del Oxus, los gobernantes afirmarán que sus caballos una vez tuvieron cuernos en la cabeza y descendieron de Bucéfalo, de cuando Alejandro Magno pasó por allí.

Filipo quedó fascinado.

—Alejandro tenía un tocado de cuernos dorados hecho especialmente para que Bucéfalo los llevase en las batallas. Si el rey va a morir...

—Dígaselo entonces.

Cuando Filipino se hubo marchado, Bisesa se volvió hacia De Morgan:

—Y usted no diga nada de todo esto.

—Por supuesto —dijo él, extendiendo los brazos—. Debemos mantener a Alejandro con vida. Si estamos aquí estancados, puede que él sea nuestra mejor opción de salvar algo de nuestro futuro. Pero, ¡por todos los dioses, Bisesa! ¿Por qué no venderle las pastillas en lugar de regalárselas? Alejandro es mil veces más rico que cualquier otro hombre de su tiempo. Qué pérdida de...

Bisesa se alejó, riendo a carcajadas.

La partida a casa

Finalmente, la batida estuvo preparada.

Una enorme área de la estepa había sido designada para la caza, que se desenvolvería como un ejercicio militar. Las unidades armadas se desplegaron en un gran cordón, cada una con su general al mando. Los batidores se acercaron al centro siguiendo movimientos de maniobras, con exploradores a la cabeza de cada cuerpo principal de soldados, y flanqueando cada sección por ambos lados. Se utilizaron trompetas y banderas como sistema de comunicación entre la masa de tropas y, una vez cerrado, el círculo se mantuvo marcado con una gran precisión.

Cuando empezó la batida, el propio Gengis Khan lideró a la procesión imperial hasta una cima baja que haría la función de mirador. Toda la Familia Dorada debía estar presente, junto con las esposas y las concubinas de Gengis, así como sus gentilhombres y sirvientes. Yeh-lü acompañó a la comitiva real y llevó a Kolya, a Sable y a sus intérpretes con él.

La magnitud del ejercicio resultaba abrumadora. Cuando ocupó su lugar en el mirador, Kolya solo pudo ver un par de unidades militares en formación, con sus estandartes al viento y sus incansables caballos en la llanura inferior. El resto estaba en otro lugar, por encima del horizonte. El cosmonauta estaba anonadado ante la opulencia de los alimentos, las bebidas y otros servicios de los que disfrutaba la comitiva real.

Mientras esperaba la finalización de la batida, la Familia Dorada disfrutó de una exhibición de cetrería. Un hombre presentó a una gran águila encaramada a un gigantesco guante. Cuando el ave desplegaba las alas, la envergadura superaba con creces a la estatura del guarda. Soltaron a un cordero y el águila arremetió contra él con tal ferocidad que hizo levantar los pies del guarda, provocando la hilaridad de la comitiva real.

Tras la cetrería, tuvo lugar una carrera de caballos. Las carreras de los mongoles se extendían a lo largo de varios kilómetros, y desde la posición de Kolya solo se apreciaban las fases finales. Los jovencísimos jinetes, de unos siete u ocho años de edad a lo sumo, cabalgaban sobre sus monturas a pelo y descalzos. La carrera fue rápida y feroz y las metas, enmascaradas por una creciente nube de polvo, no tardaron en ser cubiertas. La Familia Dorada lanzó oro y joyas a los vencedores.

A los ojos de Kolya, todo aquello no era más que otro ejemplo de la combinación de barbarie y ostentación vulgar de los mongoles; o en palabras de Sable, «del mal gusto de aquella gente». Pero Kolya no podía pasar por alto el aura calmada de

Gengis Khan.

De disciplina militar, astucia política y mentalidad resuelta e incorruptible, Gengis Khan era hijo del jefe de un clan. Lo llamaron Temüjin, que significaba «herrero»; pero su nombre adoptado quería decir «gobernador universal». Tuvo que transcurrir una década de conflicto fratricida para que Temüjin lograra unir a los mongoles en una nación por primera vez en generaciones, lo que lo convirtió en el «gobernador de todas las tribus que habitan en tiendas de fieltro».

Los ejércitos mongoles estaban formados casi en su totalidad por soldados de caballería, muy disciplinados y de rápidos movimientos. Su estilo de lucha se había pulido tras generaciones de caza y guerra en las llanuras. Para las naciones sedentarias de granjas y ciudades situadas en el linde de la estepa, los mongoles eran vednos complicados, aunque no excepcionales. Durante siglos, el inmenso territorio de Asia había engendrado a numerosas armadas de merodeadores montados a caballo. Los mongoles solo eran los últimos en aquella larga y sangrienta tradición. Pero, bajo el mandato de Gengis Khan, se convirtieron en pura furia.

Gengis Khan empezó sus campañas contra las tres naciones de China. Enriquecidos por los creyentes saqueos, los mongoles se dirigieron después hacia el oeste para atacar Jorasmia, un antiguo estado islámico que se extendía desde Irán hasta el mar Caspio. Tras aquella gesta, los mongoles avanzaron por el Cáucaso hasta Ucrania y Crimea, tras lo que viraron al norte en un estrepitoso ataque a Rusia. En el momento de la muerte de Gengis Khan, su imperio, levantado en una sola generación, ya era cuatro veces más extenso que el de Alejandro Magno, y el doble de lo que jamás sería el Imperio romano.

Pero Gengis Khan seguía siendo un bárbaro, cuyo único propósito era el enriquecimiento y el poder de su Familia Dorada. Y los mongoles eran asesinos. Su crueldad derivaba de sus propias tradiciones: nómadas analfabetos, no veían sentido a la agricultura, ni validez alguna a las ciudades, excepto como minas de saqueo, y tampoco valoraban para nada la vida humana. Ese era el credo aplicado a cada conquista.

Y ahora Kolya se había visto transportado mágicamente al corazón del mismísimo imperio mongol. Allí, los beneficios del imperio eran notablemente más visibles que en los libros de historia escritos por los descendientes de los vencidos. Por primera vez en la historia, Asia se había unido, desde las fronteras de Europa hasta el mar del Sur de China: los tapices que ornaban las tiendas de Gengis mezclaban a un dragón chino con un fénix iranio. Aunque el contacto se perdería tras la decadencia del Imperio mongol, los mitos de las naciones del este serían reemplazados por el recuerdo; un recuerdo que un día inspiraría a Cristóbal Colón a emprender un viaje por el océano Atlántico en busca de una nueva ruta hacia Catai.

Pero en las tierras conquistadas, los daños resultaron devastadores. Antiguas

ciudades desaparecieron completamente, y poblaciones enteras sufrieron verdaderas carnicerías. En comparación con tanta miseria humana, incluso allí en el pabellón del propio Gengis Khan, Kolya pensó que los beneficios del imperio tampoco valían tanto como para haber pagado tal precio.

En cambio, el cosmonauta vio que Sable se estaba dejando arrastrar por el salvaje glamur de los mongoles.

Finalmente, las tropas de batidores aparecieron en el horizonte, gritando y chillando, hasta converger en el terreno de caza. Los corredores extendieron cuerdas entre los grupos armados formando un cordón. Los animales acorralados corrieron de un lado al otro, apenas visibles entre la inmensa nube de polvo que levantaban. Kolya intentaba vislumbrar algo entre la polvareda.

—Me pregunto qué es lo que han cazado. Veo caballos, o burros quizá, lobos, hienas, zorros, camellos, liebres... todos están aterrorizados.

—Mira hacia allí —señaló Sable.

Una silueta mucho mayor surgió entre la nube de polvo. De entrada, Kolya pensó que era como una gran roca, un pedazo de tierra, mucho más alta que un ser humano. Pero su movimiento era espectacular, con unos inmensos hombros y cortinas de pelo marrón tostado brillando al viento. Cuando levantó la cabeza, Kolya vio un gran tronco, unos colmillos curvados y oyó un fuerte sonido, como el de una enorme corneta.

—Un mamut... —siseó—. Los cazadores de Gengis, al cruzar los deslices del tiempo, han encontrado más de lo que esperaban. ¡Es el cruce de eras! Si tuviéramos una cámara...

Pero Sable parecía indiferente.

Con cierta frialdad, Gengis Khan subió a lomos de su caballo. Cabalgó hacia el frente, con un par de guardas en cada flanco. Le correspondía el privilegio de efectuarla primera matanza. Tomó posición a no más de veinte metros de donde se encontraba Kolya y esperó a que la presa se pusiera a tiro.

De pronto, se oyeron unos gritos. Algunos de los guardas de Gengis rompieron filas y se dispersaron, pese a los alaridos de sus comandantes. A través de la nube de polvo que precedía a Gengis, Kolya vio un trozo de tela roja lanzada por los aires... No, no era una tela, ¡era un ser humano! Un guerrero mongol con el pecho abierto y las entrañas colgando.

Gengis Khan se detuvo en seco, con la lanza y la cimitarra alzadas.

Kolya vio a la bestia acercarse, emergiendo de la polvareda. Caminaba con la cautela de un león, pero tenía una inmensa musculatura, con una envergadura mayor que la de un oso. Y cuando abrió la boca, dejó al descubierto unos grandes dientes, curvados como la cimitarra de Gengis Khan. En un momento de calma mortal, el emperador y el animal de colmillos como sables se encontraron cara a cara.

Entonces, se oyó el inesperado estruendo de un disparo, como la palmada de un trueno en un cielo raso. Pasó tan cerca de Kolya que sus oídos silbaron, y oyó el siseo de la bala en su trayectoria. Alrededor del cosmonauta, la comitiva real y sus asistentes gritaban y temblaban. De pronto, el animal cayó al suelo, sus patas traseras se contrajeron y su cabeza explotó en una masa ensangrentada. El caballo de Gengis se espantó, pero el emperador parecía no haberse inmutado.

Por supuesto, había sido Sable. Pero ya había escondido el arma. La mujer extendió los brazos.

—*¡Tengri!* ¡Soy la emisaria del Cielo, y he sido enviada para salvar al emperador, al más grande, ya que su destino es vivir eternamente y gobernar el mundo!

Sable se volvió hacia Basil, que gimoteaba. En un francés chapurreado, le espetó:

—Tradúceselo ahora, o la próxima cabeza que vuele será la tuya.

Gengis Khan la miró fijamente.

La matanza de los animales de la batida llevó varios días. Normalmente, la tradición obligaba a liberar a algunos de ellos, pero en aquella ocasión, como la vida de Gengis se había visto amenazada, ninguno recibió el indulto.

Kolya inspeccionó los restos con curiosidad. Presentaron las cabezas y los colmillos de varios mamuts al emperador, junto con una manada de leones de un tamaño que nadie había visto antes, así como varios zorros de un hermoso pelaje del color de la nieve.

Y también había unas extrañas personas atrapadas en las redes de los mongoles. Desnudos, veloces pero incapaces de escapar, formaban una pequeña familia; un hombre, una mujer y un niño. Al hombre lo despacharon inmediatamente, y la mujer y el chico fueron encadenados y conducidos a las dependencias reales. Estaban desnudos y muy sucios, y no parecían saber hablar. La mujer fue entregada a los soldados para su entretenimiento y al niño lo encerraron en una jaula durante unos días. Sin sus padres, el niño apenas comía y pronto empezó a debilitarse.

Kolya lo vio de cerca una sola vez. Estaba arrodillado en el suelo de su jaula, pero era alto; más que los mongoles y más incluso que el propio Kolya. Pero su rostro y su cuerpo tenían el aspecto poco formado de un niño. Tenía la piel castigada por el clima y un montón de callos en los pies. No tenía un solo gramo de grasa en todo el cuerpo, pero poseía una musculatura de aspecto fuerte. Parecía que podía correr un día entero sin descanso. Sobre sus ojos asomaba una gruesa cresta de hueso. Cuando miró a Kolya, este vio que sus ojos eran de un azul muy intenso, claro como el del cielo. Había inteligencia en ellos, pero no una inteligencia humana, sino una sabiduría vacía, sin un centro en la conciencia del yo, como en los ojos de un león.

Kolya intentó ir a hablar sobre él con Sable. Tal vez era alguna especie prehumana, como un *Homo Erectus* desafortunadamente atrapado en la

Discontinuidad. Pero Sable no estaba por ninguna parte.

Cuando Kolya regresó, la jaula había desaparecido. El cosmonauta se enteró de que el niño había muerto, y sus restos habían sido incinerados con los demás cuerpos sin vida de la cacería.

Sable reapareció a última hora de la mañana siguiente. Yeh-lü y Kolya se encontraban en medio de otra de sus sesiones de estrategia.

Sable vestía una túnica mongola, de las más ostentosas, con bordados como los que lucía la Familia Dorada, pero con pequeños retales de la tela del paracaídas anaranjado en el pelo y alrededor del cuello, a modo de insignia de sus distintos orígenes. Parecía una salvaje; una criatura que no pertenecía ni a un mundo ni al otro, totalmente fuera de control.

Yeh-lü se recostó en su asiento y la miró fijamente, con aire cauteloso y calculador.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó Kolya, en inglés—. No te he visto desde que soltaste el disparo.

—Espectacular, ¿eh? —repuso ella—. Y funcionó.

—¿Qué quieres decir con que «funcionó»? Gengis podía haber ordenado tu muerte por violar su prioridad en la cacería.

—Pero no lo hizo. Me mandó llamar a su yurta. Hizo salir a todo el mundo, intérpretes incluidos. Solo quedamos él y yo. Me parece que ahora cree realmente que procedo de su *Tengri*. Cuando me reuní con él, tenía una resaca espantosa y se la quitó. Besé su copa de vino... y dejé caer dos aspirinas que llevaba en la boca. Fue fácil. Ya te lo dije, Kolya...

—¿Qué le ofreciste, Sable?

—Lo que quería. Hace tiempo le fue encomendada una misión divina mediante un chamán. Gengis es la representación del *Tengri* en la tierra, enviado para gobernarnos a todos. Sabe que su misión aún no ha terminado, y que, desde la Discontinuidad, en realidad ha retrocedido varios pasos. Pero también es consciente de que se hace mayor. Ese monumento comunista que desvela la fecha de su muerte ha despertado la inquietud en su interior. Quiere más tiempo para terminar su misión. Quiere la inmortalidad. Y eso es precisamente lo que le he ofrecido. Le he dicho que en Babilonia encontrará la piedra filosofal.

—Estás loca —murmuró Kolya.

—¿Cómo lo sabes, Kolya? No tenemos ni idea de lo que nos espera en Babilonia. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir allí? ¿Y quién va a detenernos? —rugió Sable—. ¿Casey? ¿Los estúpidos británicos de la India?

Kolya dudó unos segundos antes de preguntar:

—¿Te ha llevado Gengis a la cama?

—Sabía que no le gustaría mi piel limpia —sonrió ella—. Así que cogí un poco de mierda de su caballo preferido y me la froté en el cuerpo. Incluso me revolqué un poco por la tierra. Y funcionó. Le gustó mi piel, porque es lisa, no tiene cicatrices de enfermedades. Puede que no le atraiga la higiene, pero sí sus resultados. —El rostro de Sable se ensombreció—. Me tomó por detrás. Los mongoles hacen el amor con la misma sutileza que la guerra. Algún día ese cabrón pagará por ello.

—Sable...

—Pero no será hoy. Él consiguió lo que quería, lo mismo que yo. —Llamó a Basil por señas—. Tú, el francés. Dile a Yeh-lü que Gengis ha tomado una decisión. Los mongoles habrían llegado a Irak de todas formas dentro de una generación, más o menos. La campaña no será un reto para ellos. El *quriltai*, el consejo de guerra, ya ha sido convocado.

Sable extrajo una daga de una de sus botas y la clavó con furia en el centro del mapa, en el mismo punto en que lo había hecho antes: Babilonia. En esa ocasión, nadie se atrevió a arrancarla.

Cuarta Parte

La confluencia de la historia

La flota

Bisesa contempló la flota de Alejandro Magno, congregada en el litoral. Pese a la lluvia, su aspecto era espléndido. Trirremes con sus bancos de remos, caballos que relinchaban nerviosamente en barcazas de fondo plano..., pero lo más impresionante eran los *zohruks*, galeras de poca profundidad de diseño hindú, que hubieran estado destinadas a perdurar hasta el siglo XXI. Caía una cortina de agua que lo oscurecía todo, borrando colores y difuminando líneas y perspectivas, pero hacía mucho calor, y los remeros se desnudaron, con sus bronceados y musculosos cuerpos centelleantes por la lluvia, el cabello pegado a la cabeza y el agua deslizándose sobre sus rostros.

Bisesa no pudo evitar tomar unas fotografías de aquel espectáculo. Pero el teléfono se quejaba:

—¿Qué crees que es esto? ¿Un parque temático? Vas a colapsarme la memoria mucho antes de llegar a Babilonia y, entonces, ¿qué harás? Además, me estoy calando de agua...

Entre tanto, Alejandro buscaba la aprobación de los dioses ante el viaje que iban a emprender. De pie sobre la proa de su navío, hizo libaciones con una taza dorada en el agua y rezó a Poseidón, a las ninfas de los mares y a los espíritus del océano para que mantuviesen y protegiesen a su flota. Después hizo varias ofrendas a Heracles, que presuntamente era ancestro suyo, y a Antón, al que había identificado con Zeus y cuya paternidad divina había «descubierto» en un lugar sagrado del desierto.

Los varios centenares de soldados del siglo XIX, alineados en estricta formación por orden de sus oficiales, observaban todo aquello con asombro, y también con algún comentario irreverente, mientras el rey realizaba sus tareas divinas. Pero tanto los británicos como los cipayos habían terminado aceptando sin reparos la hospitalidad del campamento macedonio; las demostraciones de aquel día por parte de Alejandro eran como la escena final de tantos días de sacrificios y celebraciones, de festivales musicales y de competiciones deportivas. La noche anterior, el rey había ofrecido un «chivo expiatorio», oveja, cordero o cabra, a cada uno de los pelotones. Bisesa pensó que aquella había sido la mayor barbacoa de la historia.

Ruddy Kipling, de pie con su amplio rostro oculto por la visera de su gorra, se tiraba nerviosamente del bigote.

—¡Cuántos contrasentidos llenan las mentes de los hombres! Cuando era niño, mi aya era católica y nos llevaba a todos a la iglesia, la que había junto al jardín botánico de Parel, no sé si lo conocéis. Me encantaba lo solemne y lo digno que era todo. Pero luego tuvimos un criado llamado Meeta que nos enseñaba canciones locales y nos

llevaba a templos hindúes. Me gustaban más sus dioses, menos aparentes, pero más amigables.

—Una infancia sugestivamente ecuménica —dijo Abdikadir, secamente.

—Tal vez —respondió Ruddy—. Pero las historias que se cuentan a los niños son una cosa, y el absurdo panteón hindú es poco más que eso: monstruoso y fatuo, ¡y plagado de obscenas imágenes fálicas! ¿Y qué es eso sino un eco remoto de esta absurda panda por la que Alejandro desperdicia el buen vino, o mejor dicho, de la que cree formar parte?

—Ruddy, al final todos los caminos conducen a Roma —dijo Josh.

Ruddy le dio una palmada en la espalda.

—Pero... amigo, por aquí me parece que aún no han construido ese camino —respondió—. Entonces, ¿qué hago? ¿Eh?

Por fin terminaron las ceremonias. Bisesa y los demás se dirigieron a los botes que los trasladarían hasta los barcos. Tanto ellos como la mayor parte de soldados británicos navegarían con toda la flota, acompañados de la mitad del ejército de Alejandro, cuyo resto los seguiría por el litoral.

El campamento militar se disolvió y se empezó a formar la comitiva del viaje. Era una escena caótica, con miles de hombres, mujeres, niños, ponis, bueyes, cabras y ovejas, todos apiñados. También había carros cargados con alimentos y utensilios para cocinar, carpinteros, zapateros, armeros y otros artesanos y comerciantes que seguían al ejército. Algunas estructuras de madera y metal, catapultas y otras máquinas de guerra, fueron desmontadas para la construcción de herramientas. Las prostitutas y los aguadores completaban la aglomeración, y Bisesa vio las orgullosas cabezas de los camellos elevándose por encima de la multitud. El ruido era extraordinario; un clamor de voces, campanas y trompetas, unido a los quejidos de los animales de carga. La presencia de los simios, confinados en la jaula improvisada de su propio carro, solo contribuía a aumentar el aspecto circense de toda aquella aventura.

Los modernos estaban maravillados.

—¡Menuda manada! —exclamó Casey—. No había visto nada igual en toda mi vida.

Pero, de alguna forma, todo cobró un sentido de unidad. Los timoneles empezaron a gritar y los remos se zambulleron en el agua. Y sobre tierra y sobre mar, la gran expedición de Alejandro empezó a unirse en una canción rítmica tras otra. Abdikadir dijo:

—Las canciones de Sinde. Un sonido magnífico. Decenas de miles de voces unidas...

—Vamos —dijo Casey—, subamos a bordo antes de que estos cipayos cojan los mejores sitios de cubierta.

El plan de la flota era navegar hacia el oeste a través del mar de Arabia, y luego hacia el golfo Pérsico, mientras que el ejército de tierra seguiría sus movimientos por las costas de Pakistán e Irán. Se reencontrarían en el cabo del Golfo, tras lo que marcharían por tierra hasta llegar a Babilonia. Las dos rutas paralelas eran necesarias; los barcos de Alejandro no podían resistir más de unos pocos días sin avituallamiento de tierra.

Pero allí, la marcha resultaba dificultosa. Aquella peculiar lluvia volcánica persistía sin apenas pausa, y el cielo tenía una tapa formada por una nube de color ceniza. El suelo se convirtió en barro, empantanando a carros, animales y humanos por igual. La temperatura se mantenía intensa y la humedad era extraordinaria. Pronto, la comitiva terrestre se empezó a extender en varios kilómetros, formando una cadena de sufrimiento y dejando atrás los cadáveres de animales exhaustos, los trozos irreparables del equipamiento y, al cabo de unos días, a varias personas.

Casey no podía soportar ver a las mujeres hindúes, que se veían obligadas a caminar detrás de los carros de camellos con grandes pilas de objetos amontonados sobre sus cabezas. Como bien observó Ruddy:

—¿Os habéis dado cuenta de la cantidad de cosas que faltan en la Edad del Hierro? Ya no me refiero a lo obvio, como la luz de gas, los pantalones o las máquinas de escribir, sino a cosas sencillas como las riendas de los animales de carga... Supongo que nadie ha pensado en ello todavía, y una vez está inventado, sigue inventado toda la vida...

Aquella observación llamó la atención de Casey. Al cabo de unos días, diseñó el esbozo de una rudimentaria carretilla y se lo enseñó a los consejeros de Alejandro. Hefestión no tuvo en cuenta su propuesta e incluso Eumenes se mostró escéptico, hasta que Casey montó un improvisado prototipo en miniatura para mostrar su idea.

Después de aquello, durante el siguiente alto nocturno, Eumenes ordenó la construcción de tantas carretillas como fuera posible. No contaban con demasiada madera fresca, pero pudieron utilizar las cuadernas de una barcaza que se había ido a pique. A lo largo de esa primera noche, bajo la dirección de Casey, los carpinteros montaron más de cincuenta carretillas útiles y, la noche siguiente, tras haber aprendido de los errores de la primera hornada, consiguieron terminar casi un centenar. Aquel ejército había sido capaz de construir una flota entera en las orillas del Indo; en comparación, montar unas cuantas carretillas tampoco podía ser tan complicado.

Durante los dos días siguientes, la comitiva caminó sobre suelo pedregoso y duro, y las carretillas funcionaron bien. Resultaba curioso ver a las mujeres de la época de Alejandro Magno empujando carretillas que podían perfectamente haber procedido de un vivero de la Edad Media de Inglaterra, cargadas de objetos y de niños que se

balanceaban peligrosamente en lo más alto. Pero, tras ello, volvieron a topar con terreno enfangado y las carretillas se hundieron en el barro. Los macedonios no tardaron en abandonarlas por el camino, sintiéndose estafados por la supuesta tecnología moderna.

Cada tres días aproximadamente, los barcos tenían que acercarse a la costa para reponer sus reservas de avituallamiento. Las tropas de tierra tenían que abordar los navíos para aprovisionarse ellos mismos y también a los ocupantes de los barcos. La dificultad de aquella maniobra se iba incrementando cuanto más se alejaban del delta del Indo, ya que la tierra cada vez era más árida.

Así, los navegantes variaban su alimentación según el contenido de las piscinas naturales formadas por la marea: navajas, ostras y, a veces, mejillones. En una ocasión en la que Bisesa tomó parte en una de aquellas apasionantes expediciones de captura de moluscos, una ballena rompió la superficie del agua y se acercó peligrosamente a algunos de los barcos anclados. Al principio, los macedonios se mostraron aterrorizados, pese a las risas de los hindúes. Una tropa de soldados de a pie corrió hacia el mar, gritando y golpeando el agua con escudos, lanzas y espadas. La siguiente salida de la ballena tuvo lugar a unos cien metros de la costa, y después, el animal ya no se dejó ver más.

Por dondequiera que pasaba el ejército, los exploradores inspeccionaban el terreno y levantaban mapas, como siempre había hecho la armada de Alejandro. La cartografía también había sido una herramienta crucial para los británicos a la hora de establecer y mantener su propio imperio, y ahora los exploradores griegos y macedonios tenían la ayuda de los cartógrafos británicos, armados con sus teodolitos. Levantaron nuevos mapas de todos los lugares por donde pasaban, y los comparaban con los antiguos, anteriores a la Discontinuidad.

Pero se encontraron con muy poca gente.

En una ocasión, los exploradores tropezaron con un grupo de unas cien personas, entre hombres, mujeres y niños, vestidos con unas extrañas ropas coloridas que se estaban desgarrando en tiras. Se morían de sed y hablaban en un idioma que ningún macedonio logró reconocer. Ni los británicos ni el grupo de Bisesa tenía idea de dónde o de cuándo podían proceder. Abdikadir sugirió que podían haber salido de un hotel del siglo xx, o incluso del xxi. Aislados cuando su hogar se desvaneció en los pasillos del tiempo, abandonados a su suerte, los refugiados eran como imágenes de ellos mismos en negativo, o así lo percibía Bisesa. En un decurso normal de la historia, las gentes desaparecían y abandonaban sus ciudades, que se degradaban lentamente. En este caso, era justo lo contrario... Las tropas de Alejandro, que tenían órdenes de proteger a toda la comitiva, habían matado a dos de ellos como ejemplo, ahuyentando de ese modo a todos los demás.

Si resultaba raro encontrar gente, la presencia de los Ojos era un continuo.

Mientras bordeaban la costa, los hallaron flotando como lámparas sobre el litoral, cada pocos kilómetros, y repartidos de forma esporádica en el interior.

La mayor parte de la comitiva los ignoraba, pero Bisesa no podía evitar sentir una intranquila fascinación por los Ojos. Si, en el mundo anterior, hubiera aparecido un Ojo que hubiera aterrizado sobre el césped de la Casa Blanca —el sueño de todo loco por los ovnis—, habría supuesto un extraordinario acontecimiento; la sensación del siglo. Pero allí, casi nadie quería comentar el tema. Eumenes era la notable excepción: miraba de frente a los Ojos, con los brazos en jarras, como desafiándolos a responderle.

Pese al desgaste y al cansancio de la marcha, el espíritu de Ruddy parecía crecer con el paso de los días. Cuando le era posible, escribía con una caligrafía apretujada sobre un papel que guardaba en su mano. Y especulaba sobre el estado del mundo, exponiendo sus ideas a cualquiera que quisiera escucharlas.

—No deberíamos detenernos en Babilonia —dijo. Él, Bisesa, Abdikadir, Josh, Casey y Cecil de Morgan estaban sentados bajo el toldo del barco de un oficial; la lluvia golpeaba con fuerza sobre la tela y gemía al caer sobre la superficie del mar—. Deberíamos continuar; explorar Judea, por ejemplo. ¡Piensa en ello, Bisesa! El ojo etéreo de vuestro buque espacial avistó poblados por allí, y algunas columnas de humo. ¿Qué ocurriría si, en una de esas barracas el mismísimo Jesús está rompiendo su primer llanto? Podríamos ser como diez mil reyes magos, siguiendo a una extraña estrella.

—Y también está la Meca —espetó Abdikadir.

—¡Seamos un poco ecuménicos! —exclamó Ruddy, extendiendo los brazos.

Bisesa preguntó:

—Entonces, después de tus complicados orígenes, ¿te has decantado por el cristianismo, Ruddy?

—Digámoslo así —repuso él, tirándose del bigote—. Creo en Dios. No estoy tan seguro respecto a la Santísima Trinidad. No puedo aceptar la condenación eterna, pero tiene que haber un castigo justo. —Sonrió—. ¡Vaya, parezco un metodista! Mi padre estaría contento. De todas formas, me gustaría mucho conocer al tipo que lo inició todo.

—Ten cuidado con lo que deseas, Ruddy —intervino Josh—. No estamos de visita en un gran museo. Puede que sí encontremos a Jesús en Judea. Pero, ¿y si no es así? Después de todo, es improbable. Es más, de hecho, es más probable que la Judea que nos encontremos pertenezca a un tiempo previo al nacimiento de Cristo.

—Yo nací después de la Encarnación —respondió Ruddy, con firmeza—. De eso no existe ninguna duda. Y si pudiera convocar a un abuelo tras otro en una gran cadena de predecesores, doy fe de que lo haría.

—¡Claro! —dijo Josh—. Pero ya no estás en la historia de tus abuelos, Ruddy. ¿Y qué pasa si no ha habido Encarnación aquí? Entonces serías un hombre salvado en un mundo pagano. ¿Acaso eres Virgilio o Dante?

—Yo... —Ruddy calló de pronto, frunciendo su ancho ceño—. Necesitaría ser mejor teólogo para dilucidar eso. Podemos añadirlo al itinerario; buscar a Agustín o a Tomás de Aquino y preguntarles lo que piensan. ¿Y tú, Abdikadir? ¿Qué pasa si no hay Meca? ¿Y si Mahoma todavía tiene que nacer?

—El islam no está ligado al tiempo, como lo está el cristianismo —repuso Abdikadir—. *Tawhid*, la unicidad, sigue siendo universal, tanto en Mir como en la Tierra, tanto en el pasado como en el futuro, no hay más dios que Dios, y cada partícula del universo, cada hoja de cada árbol, es una expresión de su Inmanencia. Y el Corán es la palabra de Dios, en este mundo tanto como en cualquier otro, tanto si Su profeta existe para divulgar su palabra, como si no.

—Es un punto de vista reconfortante, sí —dijo Josh.

—*As salaam alaikum* —respondió Abdikadir.

—En cualquier caso, el asunto podría ser más complicado —dijo Bisesa—. Mir no procede de ningún marco temporal, no lo olvidéis. Es como un mosaico, y eso es aplicable también a la Meca y a Judea. Quizá haya fragmentos de Judea previos al nacimiento de Cristo, pero también puede haber otros posteriores, por donde Él ya haya pasado. Entonces, ¿la Encarnación se aplica a este universo o no?

—¡Qué raro es todo esto! —exclamó Ruddy—. Se nos otorgan, pongamos, veinticinco mil días para vivir nuestras vidas. ¿Sería posible que nosotros, como personas, también estuviésemos fragmentados, y que cada día hubiera sido recortado de nuestras vidas como el cuadrado de una colcha? —El joven extendió un brazo hacia el cielo gris ceniza—. ¿Es posible que haya veinticinco mil Ruddys más en alguna parte, y que cada uno esté asumiendo su vida como pueda y donde pueda?

—Con un bocazas como tú ya tengo bastante —rugió Casey, en su primera intervención en el debate, tomando un trago de su vino aguado.

Cecil de Morgan escuchaba aquella conversación guardando silencio. Bisesa sabía que había formado una alianza flexible con el secretario griego de Alejandro, Eumenes, y que De Morgan informaba de todas aquellas especulaciones a su nuevo socio. Ambos procuraban su propio beneficio, por supuesto: la prioridad de Eumenes era empujar a los otros cortesanos, especialmente a Hefestión; y Cecil, como siempre, jugaba a dos bandas desde el centro. Pero todo el mundo era consciente de aquello. Y Bisesa no consideraba que la información de Cecil a Eumenes pudiese provocar ningún daño. Al fin y al cabo, todos estaban juntos en aquello.

La flota zarpó.

El templo

Cuando los mongoles disolvieron el campamento, la primera tarea fue reunir a los caballos.

Los caballos de los mongoles llevaban una vida semisalvaje, en tropillas que vagaban libremente por las llanuras. Existía la preocupación generalizada de que los deslices temporales hubieran podido hacer desaparecer muchos de los ejemplares con los que Gengis Khan contaba para sus planes, pero varios hombres salieron al campo a buscarlos y, en un solo día, grandes manadas de caballos regresaron al galope por las llanuras a la metrópolis de yurtas. Los hombres los rodearon blandiendo enormes lanzas con lazos en los extremos. Como si, de algún modo, supieran que les esperaba una larga marcha de miles de kilómetros, los caballos corcovearon y se resistieron bravuconamente, pero, una vez atados, se dejaron conducir con un marcado estoicismo.

Kolya pensó que debía de ser típico del mundo completamente incivilizado de los mongoles que incluso las mayores campañas tuvieran que empezar con un rodeo.

Tras el espectáculo ecuestre, la preparación para la marcha fue bastante rápida. Los mongoles plegaron la mayor parte de las yurtas y las cargaron en carros o sobre animales de carga, y las tiendas de mayor tamaño, incluidas las que formaban el pabellón de Gengis, fueron cargadas en carros más anchos arrastrados por grupos de bueyes. Incluso se llevaron la cápsula de la Soyuz. La habían llevado allí desde el poblado de Scacatai: y Kolya vio que habían adaptado un mecanismo para levantarla. Allí, reposando sobre un carro reforzado y atada con cuerdas de pelo de caballo, la nave parecía una yurta de metal.

Para la marcha hacia Babilonia, Kolya calculó que Gengis Khan contaría con unos veinte mil guerreros, la mayor parte soldados de caballería, cada uno acompañado por un asistente como mínimo y dos o tres caballos de reserva. Gengis organizó a sus fuerzas en tres divisiones: una armada en el flanco izquierdo, una en el derecho y otra en el centro. En esta última, dirigida por el propio Gengis, se hallaba la guardia imperial de elite, incluidos sus mil guardaespaldas. Sable y Kolya también viajarían en el centro, con la comitiva de Yeh-lü.

Algunas fuerzas de guarnición quedaron atrás para proteger a la propia Mongolia y para continuar con la labor de reunificar lo que había quedado del imperio. Y todo aquello quedaría bajo el mando de uno de los hijos de Gengis, llamado Tolui. A Gengis Khan no parecía afectarle demasiado el hecho de dejar atrás a uno de sus hijos. Junto con su canciller Yeh-lü, lo acompañaba otro de sus hijos, Ogodei, y su

general Subedei. Teniendo en cuenta que Ogodei habría sido el sucesor de Gengis Khan en la antigua línea temporal, y que Subedei tal vez era el general más capacitado —el que habría dado forma a la invasión de Europa tras la muerte de Gengis—, la combinación daba lugar a un formidable equipo.

Kolya fue testigo del momento en que Gengis Khan se despedía de su hijo. Gengis tomó su rostro entre las manos y lo acercó al suyo, rozando con sus labios una de las mejillas de Tolui y respirando profundamente. Sable lo definió, con desprecio, como «un beso aéreo de la Edad del Hierro». Pero Kolya sintió cierta emoción.

Finalmente, izaron el estandarte de Gengis, y con el clamor de los gritos, las trompetas y los tambores, la armada partió, seguida de enormes trenes de equipaje. Las tres columnas, encabezadas por Gengis, Ogodei y Subedei, viajarían de forma independiente, tal vez separadas por cientos de kilómetros entre ellas, pero se mantendrían en contacto diariamente a través de mensajeros a caballo, toques de trompeta y señales de humo. Pronto, las grandes polvaredas de las tres comitivas divergieron en las llanuras de Mongolia y, al segundo día, ya no podían verse entre ellas.

Marchando hacia el este desde el lugar de nacimiento de Gengis Khan, se encontraron con un afluente del río Onon en medio de un llano de verdes praderas. Kolya viajaba en uno de los carros junto a Sable, Basil y varios comerciantes extranjeros, y parte del personal de Yeh-lü. A los dos días de viaje, se adentraron en un paraje de bosques algo lúgubres, quebrados por valles pantanosos y, a menudo, difíciles de vadear. Los cielos seguían plomizos y la lluvia caía con fuerza. Kolya se sintió encerrado en aquel lugar tétrico y deprimente. Advirtió a Yeh-lü sobre la lluvia ácida, y el administrador hizo circular la orden de que los soldados cabalgasen con las capuchas puestas y los cuellos de las capas levantados.

Las tropas de Gengis no eran más higiénicas que los mongoles civiles. Pero sí se preciaban de su aspecto. Montaban sobre sillas de arzón alto y espaldera, con fuertes estribos. Llevaban capuchas cónicas de fieltro, forradas con piel de zorro, lobo o incluso lince, y largas túnicas abiertas de un extremo al otro. Los mongoles habían vestido tales atuendos desde tiempos inmemoriales, pero ahora eran un pueblo rico, y algunos oficiales lucían capas bordadas en seda o hilo de oro, y ropa interior de seda procedente de China. Pero los generales de Gengis también se limpiaban la boca con las mangas, y las manos con los pantalones.

Las maniobras militares de los mongoles eran impecables y coordinadas, puesto que eran producto de siglos y siglos de tradición. La marcha se detenía cada noche, momento en que se distribuían los víveres: cuajada seca de leche, mijo, *kumis*, una bebida alcohólica elaborada con leche fermentada, y carne curada. Cada mañana, un jinete ponía una pizca de cuajada y agua en una bota de piel, y el movimiento generado al cabalgar convertía aquella mezcla en una especie de yogur, que todos

consumirían con mucho entusiasmo y eructos. Kolya envidiaba el talento de los mongoles: la forma en que hacían cuero de piel de vaca, o incluso cómo utilizaban un destilado de orina humana como purgante cuando uno de los suyos estaba enfermo.

El ejército de Gengis avanzaba a buen ritmo, y las órdenes o cambios de planes se transmitían rápidamente y sin confusión. La armada estaba gobernada por una jerarquía basada en reglas de diez. De esa forma, la cadena de mando se simplificaba, puesto que cada oficial no tenía más de diez subordinados. Los mongoles atribuían los máximos poderes a sus comandantes locales, lo que incrementaba la flexibilidad y la responsabilidad de la armada completa. Y Gengis se aseguraba de que todas las unidades de su ejército, hasta el último pelotón, estuvieran formadas por una mezcla de nacionalidades, clanes y tribus. No quería que nadie guardase lealtades de ningún tipo, excepto al propio kan, por supuesto. Kolya pensó que aquella era una forma notablemente moderna de estructurar un ejército: no era de extrañar que aquellos mongoles hubieran arrasado con la mezcla de fuerzas de la Europa medieval. Pero el sistema dependía en gran medida de la eficiencia y la lealtad de su personal. El cuerpo de oficiales contaba con un buen entrenamiento a sus espaldas, con pruebas como aquella batida de caza, o, por supuesto, como las propias batallas.

Al cabo de unos días, todavía en el corazón de Mongolia, la armada atravesó una llanura verde que conducía a Karakorum. Una vez, aquella ciudad había sido el centro de poder de los uigurs, y Gengis Khan la había designado como su propia sede de poder permanente. Pero, incluso desde la distancia, Kolya vio que los muros de la ciudad estaban en ruinas. En el interior de las murallas, había algunos templos abandonados, pero el resto de la ciudad había sido invadido por la hierba y el musgo.

El propio Gengis Khan, acompañado de un grupo de fornidos guardas, se adentró sigilosamente en el lugar, junto con Ogodei. Para Gengis, solo habían pasado unos años desde la fundación de la ciudad y ahora la encontraba así, erosionada y cubierta de escombros. Kolya lo vio regresar a su yurta de viaje con el rostro encendido como el trueno, como si estuviese furioso con todos los dioses que se habían burlado de tal modo de todas sus ambiciones.

Durante los días siguientes, la armada atravesó el valle del río Orkhon, una inmensa llanura rodeada y limitada por el este por una serie de montañas azules. A Kolya le recordó a un valle de Marte. Allí la tierra era gris y seca, y el río lánguido. Algunas veces, tenían que vadear pequeños afluentes y canales. Por la noche, acampaban en islas de barro y hacían grandes fogatas aromáticas con ramas de sauce.

Cruzaron un último río y el terreno empezó a ascender. Sable dijo que estaban saliendo de la provincia de Arhangay, de la Mongolia moderna, y cruzando el macizo de Hangay. Por detrás de Kolya, la tierra se mezclaba en un complejo edredón de retazos de bosques y valles, pero más allá del macizo, se veía un paisaje mucho más elemental de grandes praderas amarillas.

Sobre la cima más amplia del macizo había pequeñas crestas y pliegues, salpicados por trozos de guijarros, como si diversos fragmentos de tiempo se hubiesen cruzado allí. Pero también había un montículo de piedras, una pila construida a propósito que, de alguna forma, parecía haber sobrevivido a los deslices temporales. Cada soldado que pasaba añadía un guijarro al montículo. Kolya se dio cuenta de que, cuando todos se hubiesen marchado, se habría convertido en una gran montaña.

Finalmente, descendieron a la estepa. El macizo quedó atrás y desapareció en el horizonte, dejando al frente una gran llanura, donde las altas hierbas crujían bajo el paso de los caballos como el hielo al romperse. Cuando el mundo se abrió ante él, la gran magnitud de Asia central que empequeñecía al mismísimo Gengis Khan y a sus ambiciones, Kolya sintió una gran sensación de alivio.

Pero no se encontraron con nadie. En aquel inmenso lugar había sombras circulares de yurtas, restos de hogueras, fantasmas de pequeños poblados que se habían marchado a otras tierras. La estepa era intemporal, la gente que vivía allí lo hacía de forma muy parecida a la de los mongoles, y aquellos restos bien podían ser de hunos, de mongoles o de comunistas de la era soviética...; pero, de la misma forma, estos podrían haberse marchado de la llanura, o del propio tiempo. Kolya pensó que, tal vez, al borrarse las últimas capas de civilización, cuando la Tierra fue olvidada y solo quedó Mir, todos sus habitantes se convirtieron en nómadas, arrastrados hacia aquel gran abismo del destino de la humanidad.

Pero no había nadie. Gengis enviaba alguna partida de exploradores de cuando en cuando, pero ninguna encontró a nadie.

Entonces, los soldados tropezaron inesperadamente con un templo, perdido en el medio de la estepa.

Yeh-lü mandó a un grupo de soldados a investigar. Kolya y Sable también fueron, con la esperanza de que su perspectiva pudiera resultar de utilidad.

El templo era una pequeña construcción rectangular, con puertas altas y grabadas, decoradas con aldabas con forma de cabeza de león. En la fachada, había un porche enmarcado por pilares lacados, con las vigas superiores ornadas con calaveras de oro. Kolya, Sable y algunos mongoles entraron con mucha cautela. Sobre unas mesas bajas, había rollos de manuscritos desplegados entre algunos restos de comida. Las paredes eran de madera, el aire olía a incienso fuerte y la sensación de claustrofobia se hacía notar con fuerza. Kolya susurró:

—Budistas, ¿no?

Sable no tuvo reparos en levantar la voz.

—Sí, y al menos unos pocos siguen por aquí. Pero no tengo ni idea de cuándo procede este lugar. Los budistas son tan intemporales como los nómadas.

—No tanto —repuso Kolya, muy serio—. Los soviéticos intentaron purgar los templos de Mongolia. Este lugar debe de ser anterior al siglo xx...

Dos siluetas emergieron arrastrándose desde la parte posterior del templo. Los soldados mongoles levantaron sus dagas, pero el consejero de Yeh-lü los detuvo con un fuerte imperativo verbal.

Al principio, Kolya pensó que eran dos niños, puesto que eran similares en estatura y tamaño. Sin embargo, cuando se hicieron visibles a la luz, vio que uno de ellos sí lo era, pero el otro era un anciano. Este último, claramente un lama, llevaba una túnica de satén rojo y sandalias, y sostenía una especie de rosario entre las manos. Su delgadez era extraordinaria, le sobresalían las muñecas de las mangas como los huesos de un pájaro. El niño no debía de tener más de diez años, era de estatura idéntica a la del anciano y casi igual de flaco. También llevaba una especie de túnica roja, pero, sorprendentemente, calzaba unas zapatillas. El lama rodeaba al chico con uno de sus escuálidos brazos, pero era tan débil que su peso no le habría permitido cargar ni con el de un niño.

El lama sonrió, revelando una boca sin apenas dientes, y empezó a hablar con una voz susurrante. Los mongoles intentaron responder, pero enseguida quedó claro que no había punto de contacto. Kolya susurró a Sable:

—Mira las zapatillas del niño. Tal vez este lugar sea más reciente de lo que creemos.

—Las zapatillas son recientes —gruñó Sable—. Eso no demuestra nada. Si se han quedado por aquí solos, el crío puede haber salido a buscar comida o algo...

—El lama es muy viejo —murmuró Kolya. Y así era: su piel era tan fina y quebradiza como el papel, manchada por el paso del tiempo y repleta de bolsas y arrugas. Sus ojos eran de un azul tan pálido que casi parecía transparente. Era como si se hubieran sublimado con la edad, como si su sustancia, simplemente, se hubiera evaporado.

—Sí —contestó Sable—, unos noventa o más. Pero, míralos a los dos, Kolya. Deja a un lado la diferencia de edad. Mira sus ojos, su estructura ósea, su barbilla...

Kolya los miró fijamente, deseando tener más luz. El contorno de la cabeza del chico quedaba oculto por una mata de pelo negro, pero su rostro, sus ojos azules...

—Son muy parecidos.

—Sí —espetó Sable—. Kolya, cuando un hombre decide acudir a un sitio como este, lo hace de por vida. Llega con ocho o nueve años de edad, y se queda aquí orando y entonando cánticos hasta que cumple los noventa, si llega.

—¡Sable...!

—Los dos son el mismo: el mismo hombre, el niño y el anciano lama, unidos por un defecto temporal. Y el niño sabe que, cuando sea mayor, verá a su yo más joven acercarse a él a través de la llanura. —Sable esbozó una gran sonrisa—. No parecen

desconcertados, ¿verdad? Tal vez la filosofía budista no tenga que expresarse demasiado para explicar lo que ha ocurrido. Al fin y al cabo, esto es un círculo que se cierra...

Los soldados mongoles buscaron con cierta desgana algo que saquear, pero no hallaron más que unos restos de comida e insignificantes tesoros de adoración: escrituras sagradas y ruedas de oración. Los mongoles se dispusieron a matar a los monjes. Lo prepararon sin emoción, como una cuestión de rutina. Después de todo, matar era a lo que se dedicaban. Kolya hizo acopio de valor e intercedió ante el consejero de Yeh-lü para detenerlos.

Abandonaron el templo en su paradójica quimera. La armada prosiguió su camino.

Los ictiófagos

Después de tres semanas de viaje bordeando la costa del golfo, Eumenes hizo saber a los modernos que sus exploradores habían encontrado un poblado deshabitado.

Movidos por la curiosidad y ansiosos de un descanso de mar, Bisesa, Abdikadir, Josh, Ruddy y un pequeño escuadrón liderado por el cabo Batson se unieron a un grupo avanzado que encabezaba la larga comitiva formada por el ejército de Alejandro. Los modernos iban discretamente equipados con armas de fuego. Cuando desembarcaron, Casey, con la pierna aún débil, los miró desde el barco con envidia.

Había un día de camino a pie hasta el poblado, y la vía era dura y trabajosa. Aunque Ruddy fue el primero en quejarse, pronto todos se encontraron sufriendo. Si caminaban demasiado cerca de la costa, solo había sal y rocas sin vegetación, pero, si optaban por el interior, tropezaban con dunas de arena cuyo ascenso ya habría resultado dificultoso sin la incesante lluvia. Y siempre existía el peligro de una repentina avalancha de agua, ya que, de vez en cuando, les caían encima grandes ráfagas de tormenta. Y cuando terminase el temporal, los tábanos emergerían en inmensas nubes.

Las serpientes eran un riesgo constante. Ninguno de los modernos reconocía a las distintas especies, pero, puesto que podían proceder de un linaje de dos millones de años atrás, o incluso más, tal vez aquello tampoco era algo tan sorprendente.

Bisesa miraba desafiante a los inamovibles Ojos, emplazados sin dificultad sobre el terreno más abrupto, y que observaban sus insignificantes esfuerzos por seguir adelante.

Al final del día, el grupo llegó al poblado. Junto con los soldados macedonios, Bisesa y los demás treparon a la cima de un pequeño risco para observar el lugar. Cercano a la costa, era un lugar de aspecto pobre. Había barracas redondeadas en el suelo pedregoso, y algunas ovejas escuálidas que pastaban en la escasa hierba de las afueras de la aldea.

Los nativos no resultaban excesivamente atractivos. Tanto adultos como niños llevaban largas melenas enmarañadas, y los hombres lucían interminables barbas. Su principal fuente de alimentación eran los peces, que pescaban introduciéndose en el agua y extendiendo redes de corteza de palma. Sus ropas eran escasas y parecían confeccionadas con piel de pez, o tal vez de ballena. Ruddy dijo:

—Son claramente humanos. Pero de la Edad de Piedra.

—Pero tal vez procedan de no hace demasiado tiempo —dijo De Morgan—; me refiero a desde donde nos encontramos ahora, desde la era de Alejandro. Uno de los

macedonios ha visto a gente así antes; los llaman ictiófagos, o «comedores de peces».

—Tendemos a olvidar lo vacío que era el mundo de Alejandro —asintió Abdikadir—. A un par de kilómetros de distancia tenemos a la Grecia de Aristóteles, pero aquí nos encontramos en el Neolítico, donde quizá viven igual que en la Edad de Hielo.

—Entonces, puede que este nuevo mundo no resulte tan extraño a los macedonios como nos parece a nosotros —concluyó Bisesa.

Los macedonios arremetieron rápidamente contra los ictiófagos, acribillándolos con una sarta de flechazos. A continuación, la partida de exploradores se dirigió al desierto poblado.

Bisesa miraba en todas direcciones con gran curiosidad. El olor a pescado lo impregnaba todo. Encontró una especie de cuchillo en el suelo, hecho de hueso, quizá la escápula de una ballena o un delfín de reducido tamaño. Estaba bien tallado y tenía unos grabados de delfines en el mango.

Josh inspeccionó las cabañas.

—Mirad esto —dijo—. No son más que pieles sostenidas por esqueletos de ballena o... montones de conchas de ostras apiladas. Casi todas sus pertenencias proceden del mar. Incluso sus ropas, sus utensilios y sus hogares. ¡Increíble!

Bisesa consideró que, como ejemplo de arqueología viva, aquel era un lugar increíblemente rico, y grabó tantas imágenes como pudo pese a las protestas del teléfono. Pero también sintió tristeza al pensar en la cantidad de pasado que se había perdido y que jamás se iba a conocer; ese fragmento de una forma de vida desvanecida, erradicada de su contexto, era otra página arrancada de un libro sin título, rescatado de una biblioteca desaparecida.

Pero los soldados estaban allí para intentar recoger provisiones, y no objetos de valor arqueológico. Y poco pudieron encontrar. Escarbaren en un montón de pulpa de pescado molida y se la llevaron. También capturaron y sacrificaron a las escasas ovejas, pero incluso el sabor de su carne parecía el del pescado, terriblemente salado. Bisesa se sintió consternada ante aquella destrucción gratuita del poblado, pero tampoco podía haber hecho nada por evitarla.

Un solo Ojo flotaba sobre la aldea de los ictiófagos. Observó marcharse a los macedonios igual que los vio llegar: imperturbable.

Pasaron la noche en un lugar no demasiado lejano al poblado, cerca de un arroyo. Los macedonios establecieron el campamento con su habitual eficacia, extendiendo algunas tiendas de piel sobre mástiles, a modo de rudimentario toldo para evitar la lluvia. Los soldados británicos los ayudaron en la tarea.

Bisesa decidió que había llegado el momento de asearse como era debido. Los «cuartos de baño» de los barcos de Alejandro no eran precisamente modernos. El

alivio que sintió al quitarse las botas fue inmenso. Enseguida, se puso a trabajar con sus pies. Los calcetines estaban tiesos de sudor y polvo, y entre sus dedos tenía un montón acumulado de suciedad y lo que parecía un inicio de pie de atleta. Solo contaba con los restos de su pequeño botiquín, que no dejaba de ser un rudimentario equipo de emergencias, pero en un lugar como aquel, prefirió seguir tomando sus pastillas para el estómago.

Se desnudó y se metió en el agua del arroyo. Estaba fría. No le preocupaban demasiado las miradas o los comentarios de sus compañeros. La lujuria se satisfacía sin problemas en el campamento de los macedonios. Josh la miraba, por supuesto, como siempre hacía; pero esta vez parecía un niño tímido y avergonzado que recibiría una reprimenda si lo pescaban espiando. Bisesa aclaró su ropa y la puso a secar.

Para cuando hubo terminado, los macedonios ya habían encendido una hoguera. Ella se tumbó junto al fuego, acurrucada bajo su poncho, y con la pequeña mochila a modo de cojín. Josh, como siempre, buscó un sitio cerca de ella y se acomodó en una posición en la que pudiera mirarla cuando nadie más lo veía. Pero, a su espalda, Ruddy y Abdikadir lanzaban burlones besos al aire.

Ruddy empezó a disertar en público, como de costumbre:

—Somos muy pocos. Hemos visto ya una buena franja de este nuevo mundo, desde Jamrud hasta la costa de Arabia. Los humanos están muy dispersos. ¡Y más los humanos pensantes! Pero nosotros seguimos viendo el vacío de la tierra como una ausencia. Pienso que deberíamos considerarlo una oportunidad.

—¿A qué te refieres exactamente, Gafitas? —murmuró Josh.

Ruddy Kipling se quitó las gafas y se frotó los ojos, que se veían más pequeños y profundos sin ellas.

—Nuestro Imperio inglés ha desaparecido —prosiguió—, barrido como un naipe en una partida de bridge. Y en su lugar tenemos esto: Mir, un nuevo mundo, un lienzo en blanco. Y puede que nosotros, y solo nosotros, seamos la única fuente de racionalidad, ciencia y civilización que quede en él.

Abdikadir sonrió.

—De acuerdo, Ruddy —dijo—, pero no hay demasiados ingleses aquí en Mir como para transformar ese sueño en realidad.

—Pero un inglés siempre ha sido un cruce. Y eso no es malo. Es la suma de sus influencias, desde el solemne poder de los romanos hasta la aguda inteligencia de la democracia. Pues bien, eso nos obliga a construir una nueva Inglaterra, y a crear a nuevos ingleses, aquí en las arenas de Arabia. Y podemos fundar nuestro nuevo Estado desde el inicio, basándonos en sólidos principios ingleses. Cada hombre será absolutamente independiente, siempre y cuando no vulnere los derechos de su vecino. Justicia pronta e igualdad ante Dios. Tolerancia ante las religiones y los credos de cualquier suerte o forma. El hogar de cada hombre es su castillo. Ese tipo

de cosas. Tenemos ante nosotros la oportunidad de deshacer muchos entuertos.

—Todo eso suena maravilloso —replicó Abdikadir—. ¿Y quién va a poner en marcha ese nuevo imperio mundial? ¿Se lo proponemos a Alejandro?

Ruddy se echó a reír.

—Alejandro ha llevado a cabo grandes gestas para su tiempo, pero es un militar déspota —repuso—. Peor: ¡un salvaje de la Edad del Hierro! Todos habéis visto su despliegue de idolatría en el mar. Tal vez sus instintos fueran buenos, enterrados bajo su coraza; ha conseguido controlar a los griegos... Pero él no es el hombre adecuado. Ahora es alguien civilizado quien debe actuar como guía. Somos pocos, pero tenemos las armas. —Ruddy se recostó, con el brazo detrás de la cabeza, y cerró los ojos—. Ahora lo veo claro. Resonarán las fraguas. La espada traerá la paz... y la paz traerá la riqueza... y la riqueza traerá la ley. Es tan natural como el crecimiento de un roble fuerte y robusto. Y nosotros, los que lo hemos visto todo, somos el agua que debe regarlo.

Ruddy pretendía inspirarlos a todos, pero, para Bisesa, sus palabras sonaban huecas y su campamento parecía un lugar minúsculo y aislado, un ápice de luz en una tierra vacía incluso de fantasmas.

Al día siguiente, durante el camino de vuelta, Ruddy se sintió mal; aparentemente, por una aguda gastroenteritis. Bisesa y Abdikadir buscaron antibióticos entre los escasos productos de sus botiquines, que le administraron junto con pequeños sorbos de agua con azúcar. Ruddy pidió su opio, insistiendo en que era uno de los analgésicos más antiguos de la farmacopea hindú. La diarrea todavía lo debilitó más, y su amplia cabeza parecía pesar demasiado para su cuello. Pero él seguía hablando y hablando.

—Necesitamos una nueva colección de mitos para unirnos —murmuró—. Mitos y rituales; eso es lo que conforma una nación. Eso es lo que no tiene América, como país joven; no tiene tiempo de crear una tradición propia. Bueno, América ya no existe, y Bretaña tampoco, y las viejas historias... ya no sirven para nada.

Josh dijo con cierto sarcasmo:

—Tú eres el hombre que escribirá las nuevas, Ruddy.

—Vivimos en una nueva era de héroes —dijo—. Esta es la era de la creación del mundo. Es nuestra oportunidad. Y debemos contarle al futuro que lo hicimos, cómo lo hicimos y, sobre todo, por qué lo hicimos... —Ruddy no dejó de hablar, impregnando el aire con sus sueños y planes, hasta que la deshidratación y la falta de aliento lo obligaron a callar. Y el grupo siguió caminando a través de aquel enorme desierto vacío.

Bishkek

La armada de Gengis Khan llegó al lado norte del desierto de Gobi.

La tierra era inmensamente extensa, un espejo del cielo taponado de nubes. De vez en cuando, aparecían colinas erosionadas y de aspecto longevo. Un tropel de camellos trotaba en la distancia, pomposos y con la espalda erguida. Cuando soplaba viento fuerte, una tormenta de arena dorada obstruía la luz: arena con sabor a hierro, arena que podía haberse formado millones de años atrás o tal vez hacía solo un mes. Los mongoles, con las cabezas envueltas en telas, parecían beduinos.

Mientras atravesaban el desierto, Kolya se hundió en su propio interior. Con la mente adormilada y los sentidos embotados, permanecía sentado en la parte posterior del carro, con un retazo de tela envuelto en la cabeza para evitar el contacto con el polvo. Aquella extensión de tierra era tan inmensa y monótona que, en ocasiones, parecía que no avanzaban un solo paso. De mala gana, el cosmonauta admiraba la fuerza de espíritu, la terquedad y la resistencia que permitía a los mongoles conquistar tan inmensas distancias en su periplo asiático. Él había volado por el espacio y, en una ocasión, había cruzado la distancia que estaba recorriendo, tan enorme a escala humana, en apenas quince minutos.

Llegaron a una especie de colina de piedras y tierra, un montículo funerario. Tenía la forma de un animal ctónico atrapado, luchando por escapar de las garras del propio suelo. Kolya imaginó que se trataba de una tumba escita, la reliquia de un pueblo que había vivido antes del nacimiento de Cristo, pero que había cabalgado y construido yurtas igual que los mongoles. La tierra parecía fresca, y las piedras no se veían erosionadas..., pero la tumba había sido profanada, despojada de cualquier oro u otra riqueza que hubiera albergado dentro.

Y después, encontraron una reliquia casi moderna. Kolya la vio a lo lejos: como unas barracas de cemento con el techo de chapa acanalada, silos, y una especie de convoy de tractores oxidados. Puede que fuera un proyecto gubernamental de agricultura, aparentemente abandonado tiempo antes de la Discontinuidad. Kolya pensó que, tal vez al abandonar el centro de Mongolia, estaban dejando atrás el centro de gravedad de la historia de aquel inmenso continente, el terrible reino de Gengis Khan; quizá allí los fragmentos del tiempo hecho añicos habían tenido más libertad de la prevista, soportando más refugiados que en otros lugares. Los exploradores mongoles inspeccionaron el lugar, arrancaron algunas planchas de chapa oxidada y lo abandonaron a su suerte.

Lentamente, el paisaje fue cambiando. Pasaron por un lago; seco, una capa de sal.

En las orillas, las lagartijas reptaban entre las rocas y las moscas volaban en nubes, lo que molestó y agitó a los caballos. Kolya quedó impresionado al escuchar los lamentos desolados de las aves acuáticas, cuyo único hogar posible lejos del mar era aquel centro de tierra seca. Tal vez los pájaros habían seguido el complicado entramado de ríos de Asia y se habían perdido allí. El paralelismo con su propia situación resultaba obvio, la ironía era banal.

Y el viaje continuó.

Para dejar atrás la Mongolia moderna, deberían atravesar las montañas de Altai. Día tras día, el ascenso se acentuaba y la tierra se volvía más fértil y húmeda. En algunos lugares había incluso flores: Kolya encontró ortigas, primulas y orquídeas, perdidas en un fragmento agonizante de la primavera de la estepa. Cruzaron una extensa llanura pantanosa, donde una bandada de chorlitos sobrevolaba en círculos la hierba empapada. Los caballos avanzaban fatigosamente a través del barro que les cubría la mitad de las patas.

El terreno se volvió montañoso. El ejército atravesó varios desfiladeros, cada uno más alto y estrecho que el anterior. Los mongoles se llamaban entre ellos, y sus voces resonaban en las paredes de los valles. Kolya vio algunas águilas en lo más alto, con sus inconfundibles siluetas dibujadas en el cielo del color del plomo. Los generales de Gengis Khan hablaban entre dientes sobre la dificultad de atacar en aquel lugar.

Finalmente, la tierra se abrió, revelando un enorme cañón rodeado de paredes de rocas que se alzaban hacia el cielo. Kolya se detuvo en un risco de la entrada del cañón. Una inmensa montaña sin pico se erigía ante él, con estrías de nieve y hielo que parecían defecaciones de gigantescos pájaros. Miró atrás y vio a la armada de Gengis Khan en fila, ocupando todo el largo del cañón; personas y animales del color del barro, con salpicaduras centelleantes de armas y escudos pulidos. Pero aquella línea fina de personas quedaba empuñada por los colosales pináculos de roca rojiza que los rodeaban a todos.

Siguieron adelante, bordeando el noroeste de la China moderna, en dirección suroeste hacia Kirguistán. Y, después de aquello, al cabo de unos días más de camino, llegaron a la ciudad.

Los mongoles, siempre fieles a su inteligencia, mandaron partidas de exploradores y espías a merodear por los alrededores de la ciudad y, finalmente, a varios enviados que se adentraron con valor en sus principales calles. Sus habitantes, con boinas y chaquetas abotonadas, caminaron hacia ellos, con los brazos extendidos en señal de amistad hacia aquellos extraños que olían a rancio.

El lugar era claramente moderno, o prácticamente. Aquella noticia pareció deshacer el trance en el que Kolya se había sumido a lo largo de todo el viaje. Para el cosmonauta, fue un tremendo choque saber que llevaban casi tres meses de marcha.

Y precisamente allí, en aquella ciudad, empezaría la última etapa de su propio

viaje personal.

Sable también se adelantó a investigar en la ciudad. Tenía bastante claro que se trataba de Bishkek, capital de Kirguistán en el siglo XXI. Tal y como la encontraron, debía de pertenecer a alguna era previa a la de la electricidad, pero había molinos de agua y fábricas.

—Podría datar de finales del siglo XIX —dijo.

Había varias vías que se dirigían al centro, pero estaban cortadas por los deslices temporales a aproximadamente un kilómetro en las afueras.

Gengis envió a más hombres a investigar, acompañados de Kolya para traducir. La ciudad era hermosa, sus calles estaban bordeadas de árboles, ligeramente inclinados bajo la persistente lluvia ácida. Como reflejo de una historia más honda, su avenida principal se llamaba «Calle de la Ruta de la Seda». Sus habitantes, desconcertados y sin la menor idea de lo que había ocurrido, estaban inquietos ante la ausencia de visitas de los inspectores de impuestos, y querían saber si había alguna instrucción de Moscú o alguna noticia del Zar. Kolya quería hablar directamente con ellos, pero los mongoles no pensaban permitirlo.

Kolya estaba entusiasmado con aquella ciudad, el lugar más moderno que habían encontrado hasta el momento. Seguro que tenía alguna base de equipamiento sobre la que pudieran trabajar. Insistió a Yeh-lü para establecer contacto amistoso con sus habitantes, pero sus ruegos no fueron escuchados y el cosmonauta empezó a preocuparse: a los mongoles no les gustaban las ciudades y solo conocían una forma de tratar con ellas. Sable no le apoyaría, puesto que se limitaba a observar y esperar, jugando a su propio juego.

Kolya fue testigo de parte de lo que sucedió a continuación.

Los mongoles entraron en la ciudad por la noche, cabalgando en silencio. Cuando iniciaron el ataque, rugieron y gritaron con todas sus fuerzas, atemorizando a los habitantes de la villa con el sonido de sus voces y el de los cascos de caballos. La matanza empezó en la calle principal y continuó en cada rincón de la ciudad, como una oleada de carnicería, una avalancha de masacre. Nadie pudo oponer resistencia, excepto con algunos infructuosos disparos con anticuadas armas de fuego.

Gengis había ordenado que el gobernador de la ciudad permaneciese con vida. El alcalde intentó esconderse, junto con su familia, en la pequeña biblioteca local, y el edificio fue desmontado ladrillo a ladrillo. Primero mataron a su esposa, luego violaron a sus hijas y, finalmente, lo apalizaron, hiriéndolo de muerte.

Los mongoles encontraron poca cosa de valor en la ciudad. Arremetieron contra la pequeña imprenta del periódico local y se llevaron las planchas de acero para fundirlas y reutilizarlas. Era costumbre entre ellos, al saquear un poblado, raptar a

artesanos y a otras personas que pudiesen resultarles de utilidad más adelante, pero allí, en Bishkek, no lograron reconocer nada de lo que encontraron: las destrezas de un relojero, de un contable o de un abogado no significaban nada para ellos. Pocos hombres quedaron con vida. Apresaron a casi todos los niños y algunas mujeres jóvenes, aunque muchas de estas fueron violadas. Y todo lo hicieron de una forma mecánica y apática, incluso las violaciones; simplemente, así actuaban los mongoles.

Cuando hubieron terminado, siempre sistemáticamente, prendieron fuego a la ciudad.

Los prisioneros que salvaron la vida fueron conducidos al campamento de Gengis Khan, en las afueras, donde se apiñaron aterrorizados y desconsolados. Kolya los veía como el clásico grupo de campesinos, y sus chaquetas y pantalones, faldas y pañuelos despertaron la intriga y la desconfianza de los mongoles. Una hermosa joven de quince años llamada Natasha, hija de un mesonero, fue convocada por el propio Gengis. Él siempre se llevaba a las mujeres más bellas para fecundarlas. Gengis tenía intenciones de llevar consigo a los prisioneros, puesto que siempre encontraba alguna utilidad para aquellas miserables almas; podían servirle en futuras batallas, por ejemplo. Pero cuando descubrió que un miembro de la Familia Dorada había resultado herido por el disparo de un avisado abogado, ordenó que los asesinaran a todos. Las incansables súplicas de indulgencia por parte de Yeh-lü no sirvieron de nada. Las mujeres y los niños se rindieron dócilmente.

Para cuando el ejército emprendió de nuevo la marcha, la ciudad había quedado reducida a un montón de humeantes ruinas. Poco quedaba de los edificios por encima de sus cimientos. Los mongoles dejaron atrás un montón de cabezas cortadas, algunas sobrecogedoramente pequeñas. Al cabo de unos días, Gengis ordenó a uno de los hombres de la retaguardia que volviese a la ciudad. Un grupo de sus habitantes había evitado la matanza ocultándose en sótanos y otros escondrijos. Los mongoles los acorralaron y terminaron con sus vidas, no sin antes ensañarse a conciencia con ellos.

Sable no se inmutó con todo aquello. No mostró emoción alguna. Pero Kolya, después de Bishkek, tuvo claro lo que tenía que hacer.

Babilonia

La flota tardó dos meses en llegar a la entrada del golfo. Desde ese momento, Alejandro se mostró ansioso por dirigirse rápidamente hacia el interior. Formó una partida avanzada de mil soldados, acompañados por Eumenes, Hefestión y otros. Bisesa y sus compañeros se aseguraron un puesto en la expedición.

Tras un día entero de desembarco, la partida al completo emprendió la marcha al interior, hacia Susa; en tiempos de Alejandro, el centro administrativo de su imperio persa. Alejandro todavía se encontraba demasiado débil como para caminar o cabalgar, por lo que lo transportaron en un carro cubierto de telas de color púrpura, con cien Escuderos marchando al paso en torno a él. Llegaron a Susa sin problemas..., pero no era la Susa que el rey recordaba.

Los agrimensores de Alejandro no tenían ninguna duda sobre la ubicación, en pleno corazón de una llanura escasamente verde. Pero no había ni rastro de la ciudad. Podría parecer que eran los primeros humanos en poner los pies allí... y tal vez lo fueran, pensó Bisesa.

Eumenes se acercó a los modernos con el semblante sombrío.

—Estuve aquí hace solo unos años. Este era un lugar rico. Cada provincia del imperio contribuía a su magnificencia, desde los artesanos y plateros de las ciudades griegas de la costa, hasta los pilares de madera de la India. Esta ciudad era un gran tesoro. Y ahora... —Eumenes parecía vencido, y Bisesa pudo atisbar de nuevo la rabia que iba creciendo lentamente dentro de él, como si aquel inteligente griego se hubiera tomado la Discontinuidad como algo personal.

El propio Alejandro se apeó del carro y dio unos pasos, mirando la tierra del suelo y pateando el polvo. A continuación, se retiró bajo sus toldos y se negó a salir de nuevo, indignado.

Aquella noche, acamparon cerca del terreno que habría ocupado Susa. A la mañana siguiente, guiados por los cartógrafos de Alejandro, prosiguieron la marcha en dirección sur hacia Babilonia, atravesando grandes extensiones de vacías y enormes tierras. Después de Susa, los ánimos de todos parecían derrotados, como si el inconmensurable peso del tiempo se hubiese posado sobre sus hombros. En ocasiones, Bisesa veía a los macedonios mirándola, y notaba lo que sentían: que era una mujer viva y que respiraba, pero que no habría nacido hasta que cualquier persona a la que ellos conocieran o cualquier objeto que ellos tocaran se hubiera convertido en polvo. La miraban como si ella fuera un símbolo vivo de la Discontinuidad.

Para alivio de todos, al cabo de pocos kilómetros, toparon con un cruce temporal en el que la superficie del suelo caía unos centímetros y una especie de carretera quedaba al descubierto. Estaba cubierta de bloques de piedra, pero no había duda de que era un camino hecho por el hombre. De hecho, Eumenes les contó que era un tramo de la Ruta Real que había unificado Persia y que había resultado tan útil a Alejandro para la conquista del imperio.

Incluso sobre aquella vía, la marcha se prolongó durante varios días más. La tierra que la rodeaba era árida, colonizada únicamente por algunos matorrales. Pero tenía marcas cada cierta distancia: unos montículos de escombros y algunas acequias rectas, evidentemente artificiales pero abandonadas tiempo atrás, con su propósito ya olvidado.

Cada noche, cuando detenían la marcha para acampar, Casey conectaba su equipo de radio, en un intento de detectar cualquier posible señal de la tripulación de la Soyuz, perdida en algún lugar de la inconmensurable extensión de Asia. Ya hacía tiempo que habían quedado de acuerdo, pero no sabía nada de ellos desde el día de su intento de reentrada. Casey también seguía la señal del radiofaro desconocido que, presumiblemente, se encontraba en Babilonia. Seguía siendo idéntica, una especie de tenue gorjeo, un barrido entre las frecuencias como una señal de pruebas. Pero no cesaba de repetirse una y otra vez. Casey mantenía un registro escrito de sus observaciones, con la posición, la hora, la potencia de la señal y la orientación. Y sus rudimentarias triangulaciones seguían prediciendo que la fuente se encontraba en Babilonia.

Y luego estaban los Ojos... o más bien su ausencia. A medida que fueron avanzando hacia el oeste, los Ojos empezaron escasear, cada vez más espaciados, hasta que Bisesa se dio cuenta de que llevaban un día entero de camino sin haber visto uno solo. Nadie supo cómo interpretar aquello.

Finalmente, llegaron a otra transición. La partida avanzada llegó a una franja de hierba que se extendía en línea recta de norte a sur. El grupo se detuvo en el linde, dudoso.

En dirección este, al otro lado de la línea, la tierra estaba dividida en campos de formas poligonales, surcados por brillantes canales. Cada cierta distancia, entre los campos, había chabolas de barro, cañas y adobe, feas como grumos de barro moldeado. Estaban claramente habitadas, ya que algunas emanaban columnas de humo. Algunas cabras y bueyes, atados a los postes, mascaban pacientemente la hierba y los rastrojos. Pero no había ni una sola persona.

Abdikadir se unió a Bisesa.

—Los famosos canales de irrigación de Babilonia —dijo.

—Supongo que sí —repuso ella. Algunos de los canales eran extensiones de las acequias que habían visto antes: los mismos trozos de ingeniería antigua, recortados

por los siglos. Pero aquel acoplamiento de eras planteaba problemas evidentes; las secciones de épocas posteriores, cubiertas de sedimentos por la erosión del paso del tiempo, bloqueaban el paso de agua por los canales y algunas de las acequias se estaban secando.

—Sigamos nuestro camino —dijo Abdikadir, dando un exagerado y deliberado paso al frente para cruzar la línea invisible e intangible que separaba los dos parches de mundo.

El grupo cruzó la disyunción y siguió adelante.

La riqueza de la tierra era obvia. La mayoría de los campos estaba llena de trigo, de una variedad alta y de espiga gruesa que Bisesa, hija de un granjero, no logró reconocer. Pero también había mijo y cebada, así como varios grupos de palmeras datileras. Cecil de Morgan contó que, en una ocasión, los babilonios habrían cantado canciones sobre aquellos árboles, mostrando sus trescientas sesenta utilidades, una para cada día de su año.

Tanto si los granjeros estaban escondidos como si no, era obvio que aquel no era un paraje vacío... y que el ejército de Alejandro iba a depender de los productos de aquellos campos. Bisesa se dio cuenta de que allí podría nacer una sutil diplomacia. El rey tenía el poder de hacer lo que le viniese en gana, pero eran los nativos quienes conocían la tierra, y aquel inmenso y hambriento ejército no podía permitirse ni un solo cultivo fallido. Tal vez la prioridad principal podría ser que los ingenieros y soldados de Alejandro reconstruyesen el sistema de irrigación...

Abdikadir dijo:

—¿Sabes? Me resulta increíble creer que estemos en Irak, a tan solo unos cientos de kilómetros al suroeste de Bagdad. La riqueza agrícola de este lugar fue el combustible de imperios durante varios milenios.

—Sí, pero... ¿dónde está todo el mundo?

—¿Puedes culpar a estos pobres granjeros por esconderse? —repuso Abdi—. Sus tierras de cultivo se parten por la mitad y se remplazan con un semidesierto. Sus canales de irrigación se empiezan a secar. Una punzante lluvia marchita sus cultivos. Y, para terminar, ¿qué ven al mirar al horizonte? El mayor ejército que vio la antigüedad... Ah... —se interrumpió—. Allí. —Se detuvo y señaló a lo lejos.

En el horizonte occidental, Bisesa vio grandes construcciones, un complicado muro, algo parecido a una pirámide escalonada... todo gris y neblinoso en la distancia.

—Babilonia —susurró Abdikadir.

—Y esa es la torre de Babel —apuntó Josh.

—Pues vaya una mierda —dijo Casey.

La armada fue llegando, con todo su equipaje. Los soldados establecieron el campamento cerca de las marismas del río Éufrates.

Alejandro prefirió esperar un día para entrar en la ciudad. Quería comprobar si sus dignatarios optaban por salir a darle la bienvenida. Pero nadie lo hizo. Entonces, el rey mandó un grupo de exploradores para investigar en las murallas y por los alrededores de la ciudad. Regresaron sanos y salvos, pero a Bisesa le pareció que algo les había causado un gran impacto.

Con deslíz temporal o sin él, Alejandro iba a entrar en la antigua ciudad con su acostumbrada grandeza. A primera hora de la mañana, ataviado con su capa bordada en oro y la diadema real sobre la cabeza, cabalgó hacia las murallas de la ciudad, con Hefestión a su lado y una falange de cien Escuderos a su alrededor, formando un rectángulo de músculos y hierro. El rey no demostraba ni un atisbo del dolor que debía de provocarle el esfuerzo de cabalgar. De nuevo, Bisesa quedó impresionada ante su enorme fuerza de voluntad.

Eumenes y otros compañeros marchaban en formación detrás del rey. Parte del grupo la formaban el capitán Grove y sus oficiales superiores, algunos militares británicos, y Bisesa y la tripulación del *Little Bird*. Bisesa se sintió extrañamente tímida y acomplejada en medio de aquella colosal procesión, puesto que ella y los otros modernos eran presuntamente superiores a los macedonios, pese a la finura de sus uniformes.

Las murallas de la ciudad eran lo suficientemente impresionantes por ellas mismas; un circuito triple de adobe que se extendía en unos veinte kilómetros, rodeado de un gran foso. Pero no había ningún signo de vida, ni humo de hogueras, ni soldados montando guardia desde las torres... Y las enormes puertas de la ciudad estaban abiertas.

Eumenes murmuró:

—La otra vez, la de la primera entrada de Alejandro a la ciudad, todo fue diferente. El gobernador vino a recibirnos. La vía estaba cubierta de flores y los soldados salieron con leones y leopardos en jaulas, y los profetas y sacerdotes danzaron al son de las arpas. Era majestuoso. ¡Era lo correcto! Pero esto...

Esto, Bisesa lo reconoció, producía auténtico miedo.

Alejandro, en pro de su reputación, predicó con el ejemplo. Sin vacilar, condujo a su caballo hacia el puente de madera y cruzó el foso, acercándose a la mayor de las puertas. Era un pasaje con grandes arcos que discurría entre dos torres cuadradas.

La procesión siguió sus pasos. Para llegar a la puerta, todos tuvieron que subir una rampa hacia una plataforma, situada a unos quince metros sobre el suelo. Mientras Bisesa la atravesaba, la propia puerta ascendía unos veinte metros o más por encima de su cabeza. Cada centímetro cuadrado de las murallas estaba cubierto de enladrillado vidriado, creando una increíble superficie azul sobre la que danzaban dragones y toros.

Ruddy andaba con la cabeza hacia atrás y con la boca abierta. Aún algo

«pachucho» por su enfermedad, caminaba débilmente, apoyado en el amable brazo que Josh le ofrecía.

—¿Será esta la Puerta de Ishtar? ¿Quién iba a pensar...? ¿Quién iba a pensar...?

La ciudad se expandía en forma rectangular, cruzando el Éufrates. La partida de Alejandro había entrado por el norte, en la riba este del río. Una vez dentro, la comitiva avanzó sobre una extensa avenida que se dirigía al sur, bordeada de majestuosos e increíbles edificios, tal vez templos y palacios. Bisesa vio que las estatuas, las fuentes, y cada uno de los muros estaban decorados con centelleantes vidrios con figuras de leones y escarapelas. Había tanta opulencia y tantos detalles que era imposible quedarse con todos.

El teléfono, que asomaba desde su bolsillo, intentaba ayudar:

—El complejo de la derecha probablemente es el palacio de Nabucodonosor, el rey más importante de Babilonia, quien...

—Calla, teléfono.

Casey todavía cojeaba.

—Si esto es Babilonia, ¿dónde están los Jardines Colgantes?

—En Nínive —contestó el teléfono, con sequedad.

—No hay nadie —dijo Josh—. Se ven signos de hogueras, de saqueos, tal vez de algún terremoto... pero no hay nadie. Esto cada vez me da más miedo.

—Sí —espetó Casey—. Las luces están encendidas, pero no hay gente en casa.

—¿Os habéis dado cuenta de que los macedonios también parecen sorprendidos? —preguntó Abdikadir—. Y ellos estuvieron aquí hace muy poco...

Era cierto. Incluso el astuto Eumenes miraba en todas direcciones con expresión de incredulidad.

—Es posible que esta tampoco sea su Babilonia —apuntó Bisesa.

El grupo empezó a disolverse. Alejandro y Hefestión, junto con gran parte de la guardia, se dirigieron al palacio real, deshaciendo camino hacia la puerta. Otras partidas de soldados recibieron órdenes de dispersarse por toda la ciudad en busca de sus habitantes. Los gritos de los oficiales parecían perentorios, resonando en las paredes de los templos. De Morgan aclaró que estaban advirtiéndolo a sus hombres sobre las consecuencias de un saqueo.

—Aunque dudo que nadie se atreva a tocar nada en este lugar encantado... —añadió.

Bisesa y los demás siguieron al resto de la procesión, acompañados por Eumenes y algunos consejeros y guardas. El camino los condujo a través de una serie de plazas amuralladas y los llevó hasta la estructura piramidal que Bisesa había visto desde el exterior de la ciudad. En realidad, se trataba de un zigurat, una torre escalonada de siete pisos, que ascendía desde una base que debía de medir cien metros por cada lado. A los ojos de Bisesa, condicionados por las imágenes de las pirámides egipcias,

parecía un edificio que bien podía haberse encontrado en las ruinas de alguna ciudad maya perdida. Al sur del zigurat había un templo. El teléfono apuntó a que debía de ser el Esagila, o templo de Marduk, principal dios de Babilonia.

—Los babilonios llamaban a este zigurat *Etemenanki*, que significaba «casa fundamento del Cielo y la Tierra» —añadió—. Nabucodonosor trajo aquí a los judíos para tener mano de obra esclava; y estos se desquitaban hablando de Babilonia en la Biblia...

Josh apretó la mano de Bisesa.

—Vamos —dijo—. Quiero subir ahí arriba.

—¿Por qué?

—¡Porque es la Torre de Babel! Mira, hay una escalera en el lado sur. —Josh tenía razón; la tenían a unos diez pasos—. ¡Vamos! ¡Te echo una carrera! —exclamó, tirándole del brazo.

La forma física de Bisesa era intrínsecamente mejor que la de Josh; puesto que ella había superado el entrenamiento físico de un soldado y procedía de un siglo más adelante, con una alimentación mejor y con mayores recursos para el cuidado de la salud. Pero él era más joven y se había curtido con la persistente y larga marcha. Fue una carrera justa, durante la que no se soltaron las manos hasta que, a los cien escalones, llegaron exhaustos al final de la escalera.

Desde allí arriba, el Eufrates parecía una amplia cinta plateada, brillante incluso bajo aquella cenicienta luz, que atravesaba el corazón de la ciudad. Bisesa no podía vislumbrar con claridad el lado occidental de la urbe, pero en el este, vio grandes construcciones; templos, palacios, edificios presuntamente gubernamentales... El plano de la ciudad era muy ordenado. Las calles principales eran rectas y se cruzaban en perfectos ángulos de noventa grados, y todas empezaban y terminaban en una de las puertas principales de las murallas. Los palacios eran escenas de colores, donde, en cada muro, había losetas policromas que representaban dragones y otras bestias fantásticas.

Bisesa preguntó:

—¿En qué tiempo estamos?

—Si es la época de Nabucodonosor, tal vez en el siglo vi antes de Cristo —respondió el teléfono—. Los persas tomaron Babilonia dos siglos antes de la era de Alejandro, y cuando este llegó, seguía siendo una ciudad vibrante, pero sus días de gloria quedaban ya muy atrás en el pasado. En cambio, nosotros la estamos viendo bastante floreciente.

Josh observó el semblante de Bisesa.

—Pareces melancólica —le dijo.

—Solo estaba pensando.

—En Myra...

—Me encantaría que estuviera aquí, y que pudiera ver todo esto.

—Puede que algún día puedas contárselo.

—Sí, seguro.

Ruddy, Abdikadir, Eumenes y De Morgan los habían seguido hasta la cima de la torre. Ruddy jadeaba, pero consiguió llegar, y Josh le dio una palmada en la espalda cuando se sentó. Eumenes permaneció de pie, sin demostrar ningún cansancio, contemplando la ciudad de Babilonia.

Abdikadir pidió a Bisesa las gafas de visión nocturna y echó un vistazo a su alrededor.

—Mirad el lado oeste del río...

La línea de murallas cruzaba el río, para completar el rectángulo dividido que formaba la ciudad. Pero al otro lado del Éufrates, aunque Bisesa creyó ver la continuación de las líneas de las calles, no había otro color que el marrón anaranjado del barro seco, las murallas quedaban reducidas a crestas de ruinas rotas, y las puertas y las torres no eran más que montones de escombros.

—Es como si la mitad de la ciudad se hubiera derretido —dijo Josh.

—O hubiera sido víctima de un ataque nuclear —apuntó Abdikadir con gravedad. Eumenes dijo, traducido por De Morgan:

—Esto no era así. No era así...

La mitad oriental de la ciudad había sido protocolaria y administrativa, y la mitad occidental había sido residencial, repleta de casas, edificios, plazas y mercados. Eumenes lo había visto con sus propios ojos solo un par de años atrás. Una ciudad vibrante y llena de vida. Y ahora todo había quedado reducido a nada.

—Otra división temporal —dijo Abdikadir—. El corazón de la Babilonia joven trasplantado en el cuerpo de la antigua.

—Creía que me había conformado con los deslices temporales que nos afectan —añadió Eumenes—. Pero ver esto... El rostro de una ciudad convertida en arena, el peso de mil años reducido a un latido...

—Sí —intervino Ruddy—. Es la terrible crueldad del tiempo.

—Es más que la crueldad —repuso Eumenes—. Es la arrogancia. —Bisesa se encontraba aislada de las emociones del secretario por la traducción y por dos milenios de diferencias en el lenguaje corporal. Pero, de nuevo, le pareció detectar un creciente sentimiento de ira en él.

Desde abajo, se escuchó la voz de un oficial macedonio llamando a Eumenes. Una partida expedicionaria había encontrado a alguien, un babilonio, escondido en el templo de Marduk.

La Puerta de los Dioses

Los macedonios entregaron al cautivo a Eumenes. Estaba aterrorizado, con el rostro mugriento y desencajado. Dos fornidos soldados habían tenido que arrastrarlo hasta allí. Vestía con ropas finas, de un color azul intenso con incrustaciones de hebras doradas. Pero las telas, andrajosas y sucias, le colgaban por todas partes, como si no hubiera comido en varios días. Tenía aspecto de haber lucido un rostro bien afeitado y la cabeza rapada, pero ahora le asomaba un manojo de cabello negro y tenía la piel roñosa. Bisesa se estremeció cuando percibió el hedor a orina rancia al acercarse.

Bajo la amenaza de la daga de un macedonio, el prisionero empezó a farfullar precipitadamente, pero en una lengua antigua que ninguno de los modernos consiguió reconocer. El oficial que lo había encontrado había previsto la presencia de un soldado persa que tal vez pudiese comprender aquel lenguaje, de forma que las palabras del babilonio fueron traducidas al griego arcaico para Eumenes, y después al inglés para los modernos.

De Morgan, con el ceño fruncido, tradujo con cierta duda:

—Dice que era el sacerdote de una diosa... no consigo entender el nombre. Lo abandonaron cuando los demás se marcharon del templo. Estaba demasiado asustado como para salir de él. Lleva seis días y seis noches aquí, sin comida y sin agua, pero ha bebido de la fuente sagrada de la diosa...

Eumenes chasqueó los dedos con impaciencia.

—Dadle comida y agua. Y que os cuente qué es lo que ha ocurrido aquí —ordenó.

Poco a poco, entre voraces bocados, el sacerdote narró su historia. Había empezado, por supuesto, con la Discontinuidad.

Una noche, los sacerdotes y demás miembros del templo se despertaron con un terrible alarido. Algunos corrieron al exterior. Reinaba la oscuridad..., pero las estrellas se encontraban en el lugar equivocado. El grito procedía del templo de un astrónomo, que había estado observando los «planetas», las estrellas errantes, como lo había hecho cada noche desde que era un niño. Pero, de pronto, su planeta había desaparecido, y todas las constelaciones se habían desvanecido en el cielo. Fue la desesperación y el terror del astrónomo lo que empezó a agitar a los habitantes del templo y al resto de la ciudad.

—Claro —murmuró Abdikadir—. Los babilonios llevaban registros escritos del espacio desde hacía milenios. Su filosofía y su religión se basaban en los grandes ciclos del cielo. Aunque pudiera parecer extraño que un pueblo menos avanzado se

asustara, no deja de ser bastante normal...

Pero aquel primer trauma astronómico, realmente perceptible por una minoría religiosa, solo fue el precursor de todo lo demás. Al final de aquella noche, el sol tardó en nacer unas seis horas o más. Y cuando amaneció, un extraño viento cálido empezó a soplar por toda la ciudad. Una lluvia, caliente y salada, una lluvia que nunca nadie había visto antes, empezó a caer sobre Babilonia.

Sus habitantes, muchos aún ataviados con la ropa de dormir, huyeron hacia la parte religiosa de la ciudad. Algunos corrieron a los templos y pidieron la prueba de que sus dioses no los habían abandonado a su suerte en aquel amanecer, el más extraño de la historia de Babilonia. Otros subieron al zigurat, para poder ver qué otros cambios había traído aquella noche. El rey estaba fuera —a Bisesa no le quedó claro si el sacerdote se refería al propio Nabucodonosor o a algún sucesor—. No había nadie para imponer el orden.

Entonces empezaron a llegar las primeras informaciones sobre la desaparición de los distritos occidentales. En realidad, la mayor parte de los habitantes de la ciudad vivía allí; y los sacerdotes, los ministros y otros dignatarios ocupaban la zona este. El impacto fue sobrecogedor.

Los últimos vestigios de orden pronto se disiparon. Una multitud había invadido el templo de Marduk, rey de los antiguos dioses babilonios...

El sacerdote no pudo completar la frase.

Tras aquella última noticia, se propagó por toda la ciudad el rumor de que la mitad oriental también se convertiría en polvo. Las masas derribaron las puertas y salieron corriendo, gritando, huyendo de la ciudad hacia las tierras más lejanas. Incluso los ministros de gobierno, los comandantes del ejército y los sacerdotes se marcharon, dejando solo a aquel pobre desdichado, que se ocultó en su profanado templo.

Entre bocado y bocado, el hambriento sacerdote describió las noches transcurridas desde entonces, durante las que había oído saqueos, incendios, risas de borrachos e incluso gritos. Pero las ocasiones en las que se había atrevido a asomar la cabeza por las puertas, a plena luz del día, no había visto a nadie. Estaba claro que la mayor parte de la población se había desvanecido en la tierra árida, más allá de los cultivos, para morir de sed o inanición.

Eumenes ordenó que sus hombres lavasen al sacerdote y lo presentasen ante el rey. Entonces, dijo:

—Este sacerdote dice que el antiguo nombre de la ciudad es «La Puerta de los Dioses». Resulta apropiado, ahora que la puerta se ha abierto... Vamos. —Empezó a caminar.

Los otros corrieron tras él. Ruddy preguntó entre jadeos:

—¿Adónde vamos ahora?

—Al templo de Marduk, por supuesto —contestó Bisesa.

El templo, otra gran estructura piramidal, era como una mezcla entre una catedral y un edificio de oficinas. A través de largos pasillos y de escaleras que ascendían de un piso al siguiente, Bisesa cruzó una desconcertante variedad de estancias, cada una con su decoración elaborada, sus altares, estatuas, frisos y utensilios de aspecto más oscuro como báculos, cuchillos grabados y diademas, instrumentos musicales como laúdes o trompetas, e incluso carros y carretas. En algunas de las habitaciones ni siquiera había ventanas, y la iluminación procedía de lámparas de aceite que quemaban en pequeños huecos de las paredes. Un fuerte olor a incienso lo impregnaba todo. También había algún indicio de males menores: una puerta desencajada de sus gruesas bisagras de madera, cerámica rota, un tapiz arrancado de la pared...

Ruddy dijo:

—Aquí adoran a más de un dios, eso está claro. Esto es una biblioteca de adoración. ¡Más politeísmo de todos los colores!

—Y no comparemos a los dioses con el oro... —murmuró De Morgan—. Es increíble. Hay oro por todas partes...

—Una vez —dijo Bisesa—, visité Ciudad del Vaticano. Era como esto: riqueza empastada en cada superficie. Tan evidente y abundante que era imposible asimilar la cantidad.

—Sí —dijo Ruddy—. Y por los mismos motivos: el peculiar poder que tiene la religión sobre la mente humana... y la acumulación de riquezas por parte de un imperio antiguo.

No obstante, también vieron pruebas de saqueo: puertas arrancadas, gemas desincrustadas... Pero quienes fueran no parecían haber insistido mucho en el pillaje.

La habitación del propio Marduk se encontraba en el ápice del complejo. Pero estaba completamente en ruinas. Todos permanecieron en el umbral de la puerta, incrédulos.

Bisesa supo más tarde que la gran estatua de Marduk que había ocupado aquel lugar estaba hecha con veinte toneladas de oro. La última vez que Eumenes había acudido a aquel templo, la estatua ya había desaparecido: siglos antes de la visita de Alejandro, el conquistador Jerjes había saqueado aquellos templos y robado la gran estatua dorada. Bien, pues en esta ocasión, la estatua había estado realmente allí, pero la habían destruido y fundido en un líquido brillante que se extendía por el suelo. Las paredes habían quedado reducidas a simple adobe, chamuscadas por un intenso calor; Bisesa vio cenizas, restos de tapices o alfombras. Tan solo quedaba la base de la estatua, difuminada y redondeada, tal vez con la mínima huella de dos inmensos pies.

Y, suspendido en el aire en el mismo centro del templo quemado, misterioso, sin

sustentáculo, perfecto, había un Ojo. Inmenso, mucho mayor que cualquiera de los otros que habían visto, de unos tres metros de diámetro.

—Abdi —susurró Josh—, necesitarás un cubo enorme para mojar este.

Bisesa se acercó al Ojo. Bajo la tenue luz de las lámparas de aceite, vio su propio reflejo distorsionado, estirado, como si la otra Bisesa de dentro del Ojo fuera como un pez en una pecera esférica, nadando hacia el cristal para acercarse a ella. No sintió calor, ni un triste asomo de las inmensas energías que habían destruido aquella estancia. Levantó la mano y la acercó al Ojo. Sintió como si estuviera empujando una barrera invisible, pero elástica. Cuanto más fuerte presionaba, más enérgico era el rebote, y más se alejaba su cuerpo del Ojo.

Josh y Abdikadir la miraban, inquietos. Josh se acercó a ella:

—¿Estás bien, Bis?

—¿No lo has sentido?

—¿El qué?

Bisesa miró en el interior de la esfera.

—Una presencia.

Abdikadir dijo:

—Si esta es la fuente de las señales electromagnéticas que hemos estado siguiendo...

—Ahora puedo oírlas —susurró el teléfono, desde el bolsillo.

—Es algo más que eso —repuso Bisesa. Estaba convencida de que allí había algo. Una conciencia... Sí. O al menos, una vigilancia, una colosal vigilancia, del tamaño de una catedral, que la dominaba en su totalidad. Pero ni siquiera ella sabía cómo era consciente de ello. Sacudió la cabeza y parte de aquella misteriosa sensación se disipó.

Eumenes tenía el rostro enrojecido de la ira.

—Bien, ahora ya sabemos cómo fue destruida Babilonia. —Para asombro de Bisesa, recogió un asta dorada del suelo. La blandió sobre su cabeza como un bate, dejándola caer sobre el inexpresivo cuerpo del Ojo. El palo se dobló, y el Ojo ni se inmutó—. Bien, este arrogante dios del Ojo quizá encuentre a un duro oponente en Alejandro, hijo de Zeus, a un oponente más duro que Marduk. —Se volvió hacia los modernos—. Hay mucho que hacer. Necesitaré vuestra ayuda y vuestra perspicacia.

—Podríamos utilizar la ciudad como base... —empezó Abdikadir.

—Esto ya está claro.

—... E instalar al ejército en ella. Tenemos que pensar en el suministro de agua y de comida. Y debemos establecer vigilancia constante, patrullas de guardia, grupos de trabajo...

—Si la parte residencial de la ciudad ha desaparecido, tendremos que construir edificios —propuso Josh.

—Me parece que tendremos que vivir en tiendas durante una buena temporada — dijo Abdikadir, con pesar.

—Mandaremos partidas de exploradores para que levanten un mapa de la zona — prosiguió Eumenes—. Y presionaremos a los granjeros de las chozas de barro... o tomaremos sus granjas y las dirigiremos nosotros. Ya no sé si habrá más veranos o inviernos, pero aquí, en Babilonia, podemos cultivar todo el año. —Miró fijamente al impassible Ojo—. Alejandro debía convertir a esta ciudad en su capital imperial. Y así será, aunque sea la capital de un nuevo mundo...

Casey llegó cojeando a la habitación de Marduk. Estaba pálido y serio.

—Hemos recibido un mensaje.

Bisesa recordó la hora; Casey debía de haber intentado rastrear de nuevo las señales de radio de los cosmonautas.

—¿De Kolya y Sable? —preguntó.

—Sí.

—¡Eso es genial!

—No; no lo es. Tenemos un problema.

Radio

En el equipaje que le permitieron llevar durante el viaje transcontinental de los mongoles, Kolya se aseguró de empaquetar el equipo de radioaficionado de la Soyuz. Una especie de instinto siempre le dijo que lo mantuviera en secreto, incluso con Sable, que ya hacía tiempo había perdido el interés en lo que fuera su proyecto inicial. Y ahora se sentía feliz de haberlo hecho así. Cuando Gengis Khan estableció su campamento a pocas decenas de kilómetros de Babilonia, Kolya recuperó el equipo y lo montó.

Curiosamente, no le resultó difícil. En la comitiva de Yeh-lü, los guardas no dejaban de vigilarlo, pero tampoco tenían ni idea de lo que hacía con aquellas cajas anónimas de cables y delgadas antenas. De hecho, era más complicado —y crucial al mismo tiempo— mantener su actividad secreta al margen de Sable, al menos durante unas horas más.

Sabía que solo tendría una oportunidad para llevar a cabo su plan. Rezó por obtener una vía de transmisión aceptable y porque Casey lo escuchase en la que sería su única comunicación. Pero la vía era considerablemente pobre, puesto que la ionosfera posterior a la Discontinuidad parecía alterada, y la señal quedaba empobrecida por zumbidos y ruidos estáticos. Pero Casey sí estaba al otro lado a las horas que habían acordado cuando Kolya todavía orbitaba en la Soyuz, en aquel pasado imposible y perdido. Al cosmonauta no le sorprendió enterarse de que Casey y los demás habían viajado hasta Babilonia; era un destino lógico, y ya habían comentado aquella posibilidad antes de que la nave abandonase la órbita. Pero se quedó anonadado cuando supo con quién había recorrido Casey el largo camino; anonadado pero esperanzado, porque eso significaba que, después de todo, quizá había una sola fuerza en el mundo que pudiera enfrentarse a Gengis Khan.

Kolya anhelaba prolongar la comunicación, escuchar a aquel hombre del siglo XXI, de su propia era. Sentía que Casey, a quien jamás había visto en persona, se había convertido en su mejor amigo en todo el mundo.

Pero no había tiempo para todo aquello. No quedaban alternativas, no más privilegios para Kolya. Habló sin pausa, describiendo todo lo que conocía sobre Gengis Khan, sobre su ejército, sobre sus tácticas... Y también habló de Sable, sobre lo que había hecho y sobre lo que la creía capaz de hacer.

Habló todo el tiempo que pudo, que se redujo a una media hora. Entonces, Sable apareció con dos fornidos mongoles, que lo apartaron de la radio por la fuerza y la destrozaron ferozmente con sus lanzas.

Consejo militar

Los exploradores de Alejandro regresaron con una importante noticia: la vanguardia del ejército de Gengis Khan se encontraba a pocos días de camino. Para sorpresa de sus consejeros, el rey ordenó un intento de negociación entre ambos bandos.

Alejandro quedó horrorizado cuando los modernos le narraron la oleada de destrucción que había supuesto la expansión de los mongoles. El propio rey podía ser un imperialista con las manos manchadas de sangre, pero sus ambiciones se movían más allá de la simple conquista: su intención era sin duda más sofisticada de la de Gengis Khan, quince siglos después de su propio tiempo. Alejandro estaba decidido a resistirse a los mongoles, porque él quería construir algo nuevo en aquel vacío mundo, no destruirlo del todo. El rey dijo a sus consejeros:

—Nosotros, y nuestros camaradas de las capas rojas del otro lado del océano, junto con los caballeros de las estepas de Asia, somos los supervivientes de las desuniones del tiempo y el espacio, milagros que escapan a la mano del hombre. ¿No tenemos más respuesta ante ello que sacrificarnos los unos a los otros? ¿No hay nada que podamos aprender de ello además de las armas y las tácticas de guerra...?

Alejandro ordenó mandar un grupo de enviados con presentes y tributos, para abrir el diálogo con los líderes mongoles. Viajaría con una dotación de mil hombres bajo el mando de Ptolomeo.

Ptolomeo era uno de los compañeros más allegados al rey, macedonio y amigo de Alejandro desde la infancia. Guerrero de aspecto duro, era un hombre algo siniestro y claramente perspicaz. Tal vez era una buena elección para tan delicada misión: el teléfono de Bisesa le contó que, en la otra realidad, Ptolomeo, en la repartición de los territorios conquistados de Alejandro tras la muerte de este, se había convertido en faraón del antiguo reino de Egipto. Pero, mientras se preparaba para la misión, Ptolomeo entró en el palacio real con un ruido ensordecedor. Bisesa se preguntó si la encomienda de aquella peligrosa y arriesgada misión guardaba alguna relación con las incesantes maniobras e intrigas subyacentes en los círculos más íntimos de Alejandro.

Bajo sugerencia de Abdikadir, el capitán Grove asignó al competente cabo Batson y a otros soldados británicos a la partida. Se propuso que un miembro del grupo de Bisesa los acompañase, por la inferencia de que Sable se encontraría en pleno corazón del ataque que ya preveían. Pero Alejandro decretó que sus tres refugiados del siglo XXI eran ya muy pocos como para arriesgarlos en tal empresa, y así quedó dicho. No obstante, por recomendación de Eumenes, Bisesa escribió una nota que

Batson debía entregar a Kolya, en caso de encontrarse con el cosmonauta.

La comitiva salió por las puertas de Babilonia. Empezaron la marcha en dirección al este, con los oficiales macedonios uniformados con sus capas de color púrpura, y el cabo Batson y los demás británicos con sus *kilts* y sus bandas, todos acompañados del estrépito de trompetas y tambores.

Alejandro era un guerrero nato y, aunque esperaba la paz, se preparaba para la guerra. En Babilonia, Bisesa, Abdikadir y Casey, junto con el capitán Grove y varios de sus oficiales, fueron convocados a un consejo militar.

Igual que la Puerta de Ishtar, el palacio real de Babilonia se erigía sobre una plataforma elevada a unos quince metros sobre el suelo, y desde él se dominaba con la vista toda la ciudad y sus alrededores.

El palacio era asombroso; aunque, bajo la perspectiva moderna de Bisesa, era una ostentosa manifestación de riqueza, poder y opresión. Mientras se dirigían al centro del complejo, cruzaron hileras de jardines que se extendían sobre los tejados de los edificios. Los árboles parecían sanos, pero la hierba amarilleaba y las flores se veían marchitas; estaba claro que nadie los había cuidado desde la Discontinuidad. Pero el palacio era un símbolo de la ciudad y del nuevo reino de Alejandro, y la actividad reinaba en su interior; los sirvientes corrían de un lado al otro con jarras de agua fresca y alimentos. Bisesa se enteró de que no eran esclavos, sino antiguos dignatarios de Babilonia, que habían regresado del campo al que habían huido. Tras las consecuencias de la Discontinuidad, habían demostrado ser unos cobardes pero, ahora, bajo el mando de Alejandro, habían quedado reducidos a simples trabajadores reales.

En el corazón del palacio, se encontraba la sala del trono. Solo aquella estancia debía de medir cincuenta pasos de longitud, y todo, absolutamente todo, desde el suelo hasta el techo estaba recubierto de piedra vidriada con imágenes de leones, dragones y árboles de la vida. Los modernos entraron en la sala y sus pasos resonaron en el suelo de cristal.

En el centro, habían dispuesto una mesa, sobre la que reposaba una especie de maqueta gigante de escayola de la ciudad, con sus murallas y los campos circundantes. Mediría unos cinco metros de ancho, y estaba pintada al detalle, desde las siluetas humanas en las calles hasta las cabras en los campos. Unos minúsculos canales brillaban, llenos de agua verdadera.

Bisesa y los demás tomaron asiento en los divanes situados frente a la gran mesa, y unos sirvientes les acercaron bebidas. Bisesa dijo:

—Esto ha sido idea mía. Pensé que una maqueta sería más fácil de comprender para todos que un mapa. Pero no imaginaba que fueran a construirla a semejante escala, y mucho menos tan rápido.

—Esto demuestra lo que se puede conseguir al sacar provecho de un recurso ilimitado de mente y fuerza humana —respondió el capitán Grove.

Eumenes y sus consejeros entraron y tomaron asiento. En su favor, a ojos de Bisesa, el secretario mostró poco interés por los protocolos elaborados; era demasiado inteligente para ello. Pero como miembro de la corte de Alejandro, no pudo evitar cierto pasteleo, con sus consejeros revoloteando en torno a él mientras se sentaba con majestuosidad. Entre dichos consejeros, ahora se encontraba De Morgan, que lucía un elaborado traje persa, igual que el de otros miembros de la corte de Alejandro. Aquel día, su rostro estaba hinchado y ruborizado, y su mirada marcada por profundas ojeras. Casey le dijo sin rodeos:

—Cecil, hombre. Tienes una pinta horrible, por mucho traje de cóctel que te hayan puesto.

De Morgan soltó un gruñido.

—Cuando Alejandro y sus macedonios forman una de sus debacles —repuso—, hacen que los soldados británicos de los burdeles de Lahore parezcan niños pequeños. El rey ahora está descansando. En ocasiones pierde días enteros, aunque siempre está despierto para las noches de celebración... —De Morgan aceptó un cáliz de vino de un sirviente—. Y este vino macedonio es como orina de cabra. Pero bueno... por la resaca.

—Dio un gran sorbo, con un escalofrío.

Eumenes llamó al orden.

El capitán Grove empezó a exponer ideas sobre la forma de fortalecer las ya formidables defensas de Babilonia. Se dirigió a Eumenes:

—Sé que ya tienen partidas de refuerzo en las murallas y que están excavando en el foso. —Aquello era especialmente importante en el lado oeste, donde los muros estaban totalmente destruidos por el tiempo; de hecho, los macedonios habían decidido abandonar aquella zona y utilizar el Éufrates como barrera natural, construyendo defensas naturales en su orilla—. Pero —prosiguió Grove—, mi recomendación es establecer más y mejores puntos de defensa más allá, especialmente hacia el este, de donde llegarán los mongoles. Estoy pensando en puestos de avanzada y trincheras, fortificaciones que podamos construir rápidamente. —La mayor parte de aquellos conceptos requería una buena dosis de traducción entre los ayudantes de Eumenes y De Morgan con su resaca.

Eumenes escuchó con paciencia durante un buen rato.

—Lo consultaré con Diades. —Diades era el jefe de arquitectos de Alejandro—. Pero el rey no tiene la intención de limitarse a defenderse. En todos los campos de batalla en los que ha combatido, Alejandro se precia más de sus campañas victoriosas, como Mileto, Tiro y otras muchas. Son triunfos épicos que resonarán con toda seguridad durante las próximas eras.

—En realidad, así es —asintió el capitán Grove—. Creo entender que nos está diciendo que Alejandro no se conformará con ser la víctima de un ataque, sino que desea salir al campo de batalla y enfrentarse abiertamente a los mongoles.

—Sí —murmuró Abdikadir—, pero los mongoles, en comparación, eran inferiores en tácticas de guerra y preferían enfrentarse a sus enemigos en campo abierto. Si salimos a buscarlos, los encontraremos en su lugar preferido para la lucha.

—El rey ha hablado —rugió Eumenes.

—Debemos escucharlo, entonces —dijo Grove, pacíficamente.

—Pero —protestó Abdikadir—, Alejandro y Gengis están separados por más de quince siglos, mucho más de lo que separa a Gengis de nosotros mismos. Deberíamos explotar todas las ventajas que tenemos sobre él.

—Ventajas —repitió Eumenes—. Se refiere a eso que llaman las «pistolas» y las «granadas».

Desde que se habían encontrado con la armada de Alejandro, los británicos y los modernos habían acordado guardar algunos secretos ante los macedonios. En ese momento, Casey saltó de su asiento y se dirigió a la mesa, directo hacia De Morgan:

—¡Cecil, cabrón!, ¿qué más les has soltado?

De Morgan se retiró hacia atrás, fuera de su alcance, y dos de los guardas de Eumenes se abalanzaron al frente, espadas en mano. Abdikadir y Grove sujetaron a Casey y lo obligaron a sentarse de nuevo.

Bisesa suspiró.

—Vamos, Casey, ¿qué esperabas? —dijo—. A estas alturas, ya deberías saber cómo es Cecil. Le ofrecería a Eumenes tus testículos en bandeja de plata si supiera que le iba a proporcionar algún beneficio.

—Y Eumenes posiblemente también lo sabe —intervino Abdikadir—. Estos macedonios no son nada tontos.

Eumenes siguió aquella conversación con interés, y dijo:

—Olvidáis que Cecil pudo no tener alternativa cuando me lo dijo todo. —De Morgan traducía tembloroso y desviando la mirada, y Bisesa vio el lado oscuro de la elección que había tomado—. Además —prosiguió Eumenes—, mis conocimientos avanzados nos ahorrarán tiempo, ahora que lo necesitamos, ¿no es así?

El capitán Grove se inclinó hacia el frente.

—Pero debe entender, secretario —dijo—, que nuestras armas, por magníficas que sean, son limitadas. Tenemos una pequeña reserva de granadas y de munición para las pistolas...

El armamento más significativo era cosecha del siglo XIX, unos rifles Martini que habían traído desde Jamrud. Aquel número de armas no serviría demasiado contra una horda de decenas de miles de mongoles avanzando a toda velocidad. Eumenes captó rápidamente la idea.

—Entonces, debemos ser selectivos a la hora de utilizar esas armas.

—Exacto —exclamó Casey—. De acuerdo, si nos comprometemos a hacerlo correctamente, podríamos usar las armas modernas para mitigar su primer ataque.

—Sí —repuso Abdikadir—, las granadas asustarán a los caballos... y también a los hombres, si nunca han visto armas de fuego.

—Pero tienen a Sable —dijo Bisesa—. No sabemos qué armas transportaban en la Soyuz, pero como mínimo, un par de pistolas, seguro.

—Tampoco le servirán de mucho —concluyó Casey.

—No, pero si se ha unido a los mongoles, tal vez los haya ayudado a familiarizarse con las armas de fuego. Y ella tiene una buena preparación. Debemos prever la posibilidad de que se anticipen y pensar en lo que vamos a hacer.

—Mierda —dijo Casey—. Eso no se me había ocurrido.

—Bien —continuó el capitán Grove—. ¿Qué otro plan sugieres, Casey?

—Prepararnos para un combate con armas de fuego dentro de la ciudad —contestó este. Enseguida, los modernos describieron a grandes rasgos la disciplina a Eumenes: cómo anticiparse a la aproximación del enemigo, cómo establecer posiciones de enlace, y otras tácticas militares de su época—. Debemos enseñar a algunos de los hombres el uso de los Kalashnikovs —dijo Casey a Grove—. La clave está en no desperdiciar munición, en no disparar hasta no tener un objetivo claro... Si atraemos a los mongoles a la ciudad, es posible que logremos absorber a una buena proporción de sus fuerzas.

De nuevo, Eumenes captó los conceptos con presteza.

—Pero Babilonia quedaría destruida en el proceso —dijo.

—Ganar esta guerra tendrá un precio alto —repuso Casey—. Y si perdemos, Babilonia morirá de todos modos.

—Tal vez esta táctica debiera de ser el último recurso —prosiguió Eumenes—. ¿Alguna otra idea?

Bisesa dijo:

—Evidentemente, no solo traemos armas del futuro, sino también conocimientos. Podemos intentar construir otras armas con los recursos que tenemos aquí.

—¿De qué estás hablando, Bis? —preguntó Casey.

—He visto esas catapultas e instrumentos que tienen los macedonios. Quizá podríamos mejorarlos. ¿O qué tal un fuego griego? ¿No era una forma primitiva de napalm? Nafta y cal viva, creo...

Estuvieron comentando durante un rato todas sus posibilidades, pero Eumenes los interrumpió:

—Solo comprendo a duras penas todo lo que estáis describiendo, pero mucho me temo que no tendremos tiempo suficiente para poner en práctica tantos preparativos.

—Se me ocurre algo que podemos hacer rápidamente —murmuró Abdikadir.

—¿El qué? —preguntó Bisesa.

—Estribos. —A grandes rasgos, Abdikadir describió lo que quería decir—. Una especie de apoyo para los pies, para los soldados de caballería, sujetos con cintas de piel...

Cuando Eumenes comprendió que aquellos mecanismos, de fabricación rápida y sencilla, podían multiplicar la maniobrabilidad de la caballería, mostró un gran interés por el asunto.

—Pero nuestros Compañeros son hombres de tradición. Se resistirán a cualquier innovación.

—Sin embargo —señaló Abdikadir—, los mongoles usan estribos.

Era una gran idea que debían poner en práctica, y tenían poco tiempo para hacerlo. La reunión se disolvió.

Bisesa se llevó a un lado a Casey y a Abdikadir.

—¿De verdad pensáis que esta batalla es inevitable? —preguntó.

—Sí —respondió Casey—. Las alternativas a la guerra, las soluciones no violentas, dependen de la voluntad de todos los implicados. En la Edad del Hierro, estos tipos no cuentan con los beneficios de nuestra experiencia de dos mil años de derramamientos inútiles de sangre. Tendrían que haber vivido un par de Hiroshimas y de Lahores para comprender que, a veces, es necesario ceder. Para ellos, la guerra es la única posibilidad.

Bisesa lo miró, con cierto asombro.

—Muy profundo tratándose de ti, Casey.

—Bah... —repuso él. Pero enseguida se dio cuenta de lo que había dicho, farfulló algo y se frotó las manos—. También es divertido. Estamos atrapados en esta mierda, pero, pensadlo, ¡Alejandro Magno contra Gengis Khan! Me pregunto qué cobrarían en la televisión digital por un evento como este.

Bisesa sabía a qué se refería. Ella también era soldado, pero sentir el miedo y desear que nada de todo aquello estuviese ocurriendo —por no mencionar el regreso a su hogar— era anticiparse a los acontecimientos.

Salieron de la sala del trono, hablando, especulando y forjando planes.

Un príncipe del Cielo

Tras un día y una noche solo en la oscuridad, Kolya fue conducido hasta Yeh-lü. Con las manos atadas a la espalda con pelo de caballo, los mongoles lo lanzaron al suelo.

No sentía el menor deseo de enfrentarse a una tortura y contó sin más preámbulos a Yeh-lü lo que había hecho, con todos los detalles que pudo recordar. Después de aquello, Yeh-lü salió de la yurta.

El cosmonauta vio el rostro de Sable inclinándose sobre él.

—No deberías haberlo hecho, Kolya. Los mongoles conocen el poder de la información. Lo comprobaste con tus propios ojos en Bishkek. El crimen no hubiera sido mucho peor si hubieras atacado directamente al propio Gengis.

—¿Puedo beber un poco de agua? —susurró el cosmonauta. No comía ni bebía desde que lo habían descubierto.

Sable ignoró su ruego.

—Sabes que solo habrá un veredicto posible —dijo—. He intentado defender tu causa. Les he dicho que eras un príncipe, un príncipe del Cielo. Se mostrarán indulgentes contigo; no derramarán sangre real...

Kolya hizo acopio de fuerzas para escupirle en la cara. La última vez que la vio, ella se estaba riendo de él.

Lo llevaron al exterior, con las manos aún atadas a la espalda. Cuatro fornidos soldados lo levantaron por las piernas y los brazos. Seguidamente, un oficial salió de una yurta, con las manos enguantadas, sosteniendo una gran vasija de cerámica. La vasija contenía plata molida. Empezaron a verterla en un ojo de Kolya, luego en el otro, luego en un oído, luego en el otro.

Después de aquello, el cosmonauta pudo sentir cómo lo levantaban y lo lanzaban dentro de un hoyo recién excavado, lleno de tierra fresca. No pudo oír el martilleo cuando empezaron a clavar tablones sobre su cabeza. Y tampoco pudo oír sus propios gritos.

«Moradores del tiempo y del espacio»

Alejandro ordenó que su ejército cumpliera con un estricto régimen de entrenamiento. En su mayor parte, seguía métodos tradicionales macedonios, como las marchas forzadas, las carreras con pesos y los combates cuerpo a cuerpo.

Pero también hubo tentativas de integrar a las tropas británicas en las fuerzas macedonias. Tras varios intentos, quedó claro que ningún jinete británico o *sowar* era lo suficientemente bueno como para unirse a la caballería de Alejandro, pero los cipayos y los británicos sí fueron admitidos en el corazón de la infantería macedonia, los Compañeros de a pie. Dados los conflictos de lenguaje y cultura, apenas era posible una única cadena de mando, pero los británicos aprendieron a interpretar las señales más importantes de las trompetas de los macedonios.

El trabajo de Abdikadir con la caballería avanzaba a pasos agigantados, incluso aunque, como había predicho Eumenes, las primeras tentativas de que los macedonios cabalgasen con los prototipos de estribos de Casey resultaron casi ridículas. La caballería de Compañeros, el regimiento de alto rango, era reclutada de la juventud noble macedonia; el propio Alejandro ostentaba una versión de su uniforme. Y cuando les ofrecieron los estribos, los orgullosos Compañeros se limitaron a rasgarlos con las cimitarras.

Fue necesario que un valiente *sowar* montase sobre uno de los achaparrados caballos y, de forma inexperta pero efectiva, demostrase con qué fuerza podía controlar a un animal con el que ni siquiera estaba completamente familiarizado. Después de aquello, y de una gran dosis de presión transmitida por el rey, el entrenamiento comenzó, esta vez en serio.

No obstante, incluso sin estribos, la caballería macedonia era sorprendente. El jinete se sostenía sujetándose a la crin del animal, y lo dirigía simplemente ejerciendo presión sobre su cuerpo con las rodillas. Aun así, los compañeros podían realizar acometidas y giros con gran agilidad y flexibilidad, que sin duda los habían convertido en una de las mejores bazas de las fuerzas de Alejandro. Y ahora, con los estribos, su maniobrabilidad se perfeccionaría considerablemente, y un compañero podría protegerse con los brazos contra los impactos y acarrear una lanza pesada sobre el caballo.

—Son increíbles —observó Abdikadir, mientras contemplaba a cien veloces jinetes cruzando a la velocidad del rayo los campos de Babilonia—. Casi me arrepiento de haberles dado los estribos; dentro de un par de generaciones, este tipo de equitación habrá quedado en el olvido.

—Pero seguiremos necesitando caballos —dijo Casey—. Los caballos serán el motor principal de la guerra durante otros veintitrés siglos, ¡hasta la Primera Guerra Mundial!

—A lo mejor aquí será distinto —murmuró Bisesa.

—De acuerdo. Ya no somos la misma tropa de primates en promoción que discutían por estupideces antes de la Discontinuidad. El caso es que nos hemos encontrado inmersos en una batalla contra los mongoles apenas cinco minutos después de haber aterrizado aquí. Y eso sí que es una aberración. —Casey se echó a reír y se marchó caminando.

Grove se encargó de que los macedonios se familiarizasen en la medida de lo posible con las armas de fuego. En escuadrones de mil hombres o más, los macedonios observaron cómo Grove o Casey sacrificaban una ínfima parte de su reserva de armamento moderno, con alguna granada o unos disparos con un Kalashnikov o un Martini a alguna cabra. Bisesa había asegurado que aquella preparación era esencial: mejor que measen los pantalones entonces, pero mantuviesen firme la línea contra los mongoles, en caso de que Sable se guardase sorpresas similares en la manga de su traje espacial. Los macedonios no tuvieron problemas para asimilar los principios de las armas de fuego; matar desde la misma distancia desde la que lo harían con los arcos. Pero la primera vez que vieron una detonación relativamente inofensiva, salieron corriendo y gritando, ignorando las reprimendas de sus oficiales. Hubiera resultado cómico de no haber sido tan alarmante.

Con el apoyo de Grove, Abdikadir insistió en que Bisesa no debía tomar parte activa en la batalla. Una mujer resultaría especialmente vulnerable; Grove, con delicadeza, había empleado la expresión: «un destino peor que la muerte».

Así, Bisesa se embarcó en otro proyecto: la creación de un hospital.

Requisó una pequeña casa babilonia de dos plantas. Asignó como ayudantes a Filipo, el médico personal de Alejandro, y al médico de las tropas británicas. Obviamente, la falta de equipamiento era evidente, pero Bisesa intentó compensar la ausencia de recursos con los conocimientos modernos. Experimentó con el vino como antiséptico. Estableció puntos de recogida de heridos donde yacería el probable campo de batalla, y entrenó a parejas de macedonios para trabajar como camilleros. Intentó montar botiquines básicos, con el equipamiento necesario para cubrir las bases de las lesiones más habituales con las que se encontrarían, incluyendo las heridas de bala. Aquello se basaba en una innovación del ejército británico en las Malvinas; llevaban a cabo una valoración rápida de la lesión y recurrían al equipamiento más adecuado.

Lo más difícil de inculcar fue la importancia de la higiene. Ni los macedonios ni los británicos del siglo XIX comprendían la necesidad de limpiar la sangre de un

paciente antes de tratar al siguiente. Los macedonios se mostraron desconcertados ante las vagas y ambiguas explicaciones de Bisesa sobre criaturas invisibles, como minúsculos dioses o demonios, que atacaban las heridas abiertas o los órganos expuestos. Y los británicos poco más conocían sobre bacterias y virus. Al final, tuvo que recurrir a sus respectivos comandantes para que diesen la orden de cumplir su voluntad, tanto si la comprendían como si no.

Bisesa enseñó a sus ayudantes todo lo que pudo en cuestiones prácticas. Sacrificó más cabras, abriéndolas con una cimitarra macedonia o disparándoles en la pelvis o en la panza. No existía más opción que ensuciarse las manos con carnaza auténtica. Los macedonios no eran aprensivos; al haber sobrevivido junto a Alejandro, la mayoría había sido testigo de terribles heridas en su tiempo; pero la idea de intentar curarlas era nueva para ellos. La efectividad de técnicas tan sencillas como los torniquetes los deslumbraba y los motivaba a trabajar más duro, sin perder un solo segundo de aprendizaje.

De nuevo, Bisesa se dio cuenta de que estaba cambiando el recorrido de la historia. No pudo evitar preguntarse, si sobrevivían —una hipótesis más que optimista—, qué nueva síntesis médica evolucionaría durante los siguientes dos mil años, con la base rudimentaria y práctica que luchaba por impartir: quizá un nuevo modelo de conocimiento, equivalente en funcionalidad a los términos newtonianos del siglo XXI, pero acuñados en el lenguaje de los dioses macedonios.

Ruddy Kipling insistió en unirse a ellos.

—Aquí me encuentro, en la confluencia de la historia, donde dos de las mayores generaciones de la humanidad van a combatir por un premio que consiste en determinar el destino de un mundo nuevo. ¡Estoy preparado, Bisesa! —Según dijo, se había adiestrado con los Voluntarios del Punyab, una iniciativa angloindia para eludir las amenazas de los rebeldes de la Frontera del Noroeste—. Es cierto que no duré mucho, porque me burlé de las destrezas de los compañeros en un pequeño poema...

Los británicos miraron a aquel joven algo regordete y pomposo, con la tez todavía pálida por su reciente enfermedad, y se echaron a reír. Los macedonios solo sentían desconcierto ante aquel personaje, pero tampoco lo querían con ellos.

Tras aquellos desaires y, en cierto modo, contra el buen juicio de Bisesa, Ruddy insistió en unirse a su improvisado cuerpo médico.

—Una vez tuve la ambición de ser doctor... —dijo. Tal vez, pero resultó extraordinariamente aprensivo y cayó al suelo redondo la primera vez que vio la sangre de una cabra.

Pero, aún decidido a tomar parte en aquella gran batalla, Ruddy no cejó en su empeño. Gradualmente, se fue acostumbrando al ambiente de hospital, al olor de la sangre y a los alaridos de los animales heridos y asustados. Al final, aprendió a aplicar un vendaje en la pierna de una cabra y a dejar el trabajo completado antes de

desmayarse.

Luego llegó su gran triunfo, cuando un soldado británico se presentó con una profunda herida en la mano, por un accidente sufrido durante el entrenamiento. Ruddy fue capaz de limpiarla y vendarla sin acudir a Bisesa, aunque luego vomitó.

Después de aquello, Bisesa lo tomó de los hombros, ignorando el olor de su aliento.

—Ruddy —le dijo—, el valor en el campo de batalla es una cosa, pero no es menos importante el valor de afrontar los demonios interiores, como tú has hecho.

—Me convenceré para creerte —dijo él, enrojeciendo sobre su palidez.

Aunque Ruddy aprendió a resistir la visión de la sangre, el dolor y la muerte, aquellos espectáculos seguían impresionándolo. Un día, después de la cena, dijo:

—¿Qué es la vida, tan preciosa y de tan fácil destrucción? Tal vez la miserable cabrilla que hemos despedazado a tiros se creía el centro del universo. Y ahora se extingue, evanescente como una gota de rocío. ¿Por qué iba Dios a obsequiarnos con algo tan precioso como la vida, para luego cortarla de cuajo con la brutalidad de la muerte?

—Pero —repuso De Morgan—, ahora no solo tenemos a Dios para preguntarle. Ya no podemos creernos el pináculo de la Creación, por debajo del propio Dios... porque ahora, en el mundo, están esas criaturas que Bisesa siente tras los Ojos, tal vez por debajo de Dios, pero más altas que nosotros, como nosotros estamos por encima de las cabras a las que sacrificamos. ¿Por qué iba Dios a escuchar nuestras plegarias si Ellos están por encima de nosotros para hablar con Él?

—Es típico de ti, De Morgan —espetó Ruddy, con desprecio—, subestimar al hombre.

De Morgan se limitó a echarse a reír. Josh dijo:

—Puede que no exista el dios de la Discontinuidad. —Su voz sonaba extrañamente preocupada—. Toda esta experiencia, todo lo que ha ocurrido desde la Discontinuidad, es como un sueño terrible, como una pesadilla. Bisesa, tú me has contado las grandes extinciones del pasado. Dices que ya se comprendían en mi tiempo, pese a ser difícilmente aceptadas. Y dices que en los restos fósiles no hay trazas de sapiencia... nada hasta la aparición del hombre y de sus precursores inmediatos. Quizá entonces, si vamos a morir realmente, será la primera vez que una especie inteligente sucumba a la extinción. —Josh movió los dedos de la mano, estudiándolos detenidamente—. Abdikadir dice que, según los científicos del siglo XXI, la mente está vinculada a la estructura del universo... esa mente hace que, de alguna forma, las cosas sean reales.

—El colapso de las funciones cuánticas... Sí. Tal vez.

—Si eso es así, y nuestra inteligencia está a punto de desaparecer, entonces quizá esta sea la consecuencia. Dicen que, cuando te enfrentas a la muerte, ves pasar toda tu

vida ante tus ojos. Quizá nosotros, como raza, estemos experimentando un impacto psíquico final mientras sucumbimos a la oscuridad, y por eso los fragmentos de nuestra historia han emergido a la superficie en los últimos instantes... Y quizá durante la caída, estamos partiendo en pedazos la estructura del tiempo y el espacio...

—Ahora Josh hablaba rápidamente, visiblemente inquieto.

—¡Vaya! ¡Así que no vas a procrear, Josh! —exclamó Ruddy, entre risas.

Bisesa extendió el brazo y tomó la mano de Josh entre las suyas.

—Cállate, Ruddy —dijo—. Escúchame bien, Josh. Esto no es como la muerte. Creo que los Ojos son artefactos, y la Discontinuidad es un acto con un propósito. Pienso que sí hay mentes detrás de todo esto; inteligencias superiores a la nuestra, pero como la nuestra.

—Pero... —intervino De Morgan, muy serio— las criaturas del Ojo a las que te refieres pueden alterar el tiempo y el espacio a su antojo. ¿Qué es eso sino el poder de un dios?

—Yo no creo que sean dioses —repuso Bisesa—. Poderosos sí, y mucho más que nosotros. Pero dioses, no.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Josh.

—Porque no tienen misericordia.

Pasaron cuatro días de gracia. Entonces, regresaron los enviados de Alejandro.

De los mil hombres que salieron a caballo, solo volvió una docena. El cabo Batson vivía, pero le habían amputado la nariz y las orejas. Y, en una bolsa colgada de su montura, llevaba la cabeza cortada de Ptolomeo.

Cuando lo supo, Bisesa se estremeció, tanto por la inminente perspectiva de la guerra, como por la ruptura de otro de los hilos de la tela de la historia, que se desenmarañaba por momentos. La noticia sobre Batson, el competente soldado, le partió el corazón. Le llegaron voces de que Alejandro simplemente se lamentó por la muerte de su amigo.

Al día siguiente, los exploradores macedonios informaron de que el campamento mongol bullía de actividad. El ataque, por lo visto, estaba cerca.

Aquella tarde, Josh encontró a Bisesa en el templo de Marduk. Estaba sentada contra una pared quemada y ennegrecida, con una manta británica sobre las rodillas para protegerse del creciente frío. Miraba fijamente al Ojo, al que todos habían bautizado con el nombre de «el Ojo de Marduk»... aunque algunos británicos lo llamaban «El cojón de Dios». Bisesa se había acostumbrado a pasar la mayor parte de su tiempo libre allí.

Josh se sentó junto a ella, con los brazos cruzados sobre su escuálido torso.

—Se supone que deberías estar descansando —le dijo.

—Estoy descansando. Descansando y observando.

—¿Observando a los observadores?

—Alguien tiene que hacerlo. —Bisesa esbozó una sonrisa—. No quiero que piensen...

—¿El qué?

—Que no lo sabemos. Que no sabemos que están ahí y lo que han hecho con nuestra historia. Además, creo que hay mucho poder aquí. Tiene que haberlo, para haber creado a este Ojo y a sus hermanos que vigilan todo el planeta, para haber convertido veinte toneladas de oro en un charco... No quiero que Sable o el propio Gengis Khan lleguen a saberlo y metan sus sucias manos aquí. Si las cosas se fastidian cuando los mongoles ataquen, estaré esperando en esta puerta con una pistola.

—Bisesa, ¡eres tan fuerte! Me gustaría ser como tú.

—Créeme, no te gustaría. —Josh le apretaba la mano con fuerza, pero ella no intentó retirarla—. Aquí. —Buscó a tientas algo debajo de la manta y sacó una petaca de metal—. Toma un poco de té.

Josh abrió la petaca y bebió un trago.

—Está rico —dijo—. La leche es un poco... falsa.

—Es de mi equipo de supervivencia. Condensada e instantánea. En el ejército americano te dan pastillas para el suicidio, y en el británico, té. Lo estaba guardando para una ocasión especial. ¿Y qué puede ser más especial que esto?

Josh siguió bebiendo. Parecía encantarle.

Bisesa se preguntó si el impacto de la Discontinuidad finalmente estaba haciendo mella en Josh. A todos los había afectado de distintas formas. Le preguntó:

—¿Estás bien?

—Estaba pensando en mi casa.

—Ninguno de nosotros habla demasiado de nuestros hogares, ¿verdad?

—Tal vez porque duele demasiado.

—Cuéntame cosas, Josh. Háblame de tu familia.

—Soy periodista como mi padre. Él cubrió la guerra de Secesión. —Bisesa recordó que, en el tiempo Josh, solo habían pasado veinte años desde aquel conflicto—. Recibió un disparo en la cadera. Se le infectó y murió al cabo de dos años. Yo solo tenía siete —suspiró Josh—. Le pregunté por qué había preferido ser periodista a combatir, y me dijo que alguien tenía que observar y contárselo todo a los demás. En caso contrario, sería como si no hubiese ocurrido nada. Bien, pues yo le creí y seguí sus pasos. A veces siento rabia de que las pautas de mi vida estuvieran marcadas desde antes de nacer. Pero supongo que eso es algo bastante común.

—Pregúntale a Alejandro.

—Sí... Mi madre aún está viva. O lo estaba. Me gustaría poder decirle que estoy bien.

—Puede que, de alguna forma, lo sepa.

—Bis, yo sé con quién estarías tú si...

—Con mi niña —respondió Bisesa.

—Nunca me has contado nada sobre su padre.

Bisesa se encogió de hombros.

—Un tipo muy atractivo de mi regimiento... algo parecido a Casey, pero sin el encanto ni el sentido de la higiene personal. Tuvimos una aventura amorosa y no tomamos precauciones. La borrachera, que no entiende de profilácticos... Cuando Myra nació, Mike se sintió... confuso. No era un mal tipo, pero a mí eso ya no me preocupaba. Yo la quería a ella, y no a él. Y poco después, lo mataron. —Bisesa sintió humedecerse sus ojos y se presionó las cuencas con la palma de su mano—. Pasaba meses seguidos fuera de casa. Sabía que no estaba el suficiente tiempo con Myra. Siempre me prometía a mí misma que iba a hacerlo mejor, pero no lograba poner mi vida en orden. Y ahora estoy aquí atrapada y tengo que enfrentarme al puto Gengis Khan, cuando lo único que deseo es volver a casa.

Josh sostuvo el rostro de Bisesa con las manos.

—Ninguno de nosotros quiere todo esto —dijo—, pero al menos, nos tenemos los unos a los otros. Y si yo muero mañana... ¿crees que volveremos? Si hay otro desbarajuste en el tiempo, ¿volveremos a vivir?

—No. Tal vez haya otra Bisesa Dutt. Pero no seré yo.

—Entonces, este momento es todo lo que tenemos —susurró Josh.

Tras aquella conversación, lo que ocurrió después parecía inevitable. Sus labios se encontraron, sus dientes se tocaron y ella lo arrastró bajo la manta, arrancándole la ropa. Él era suave y dulce; y algo torpe, casi virgen, pero la tomó con una pasión desesperada que encontró la misma respuesta en ella.

Bisesa se dejó llevar por aquella antigua y fluida calidez del momento.

Pero cuando hubo terminado, pensó en Myra, y se sumergió en su sentimiento de culpa como quien hurga en una herida. Solo sintió un gran vacío interior, como un espacio que Myra había ocupado, pero que había desaparecido para siempre.

Y nunca dejó de estar pendiente del Ojo, que flotaba torvo sobre ellos, y de su propio reflejo y el de Josh, que parecían insectos aferrados a su centelleante piel.

Al final del día, Alejandro, tras haber completado sus sacrificios previos a la batalla, ordenó una asamblea de todo su ejército. Las decenas de miles de hombres se formaron en escuadrones ante las murallas de Babilonia, con sus brillantes túnicas y sus escudos pulidos. Los caballos relinchaban y corcoveaban. Los pocos centenares de británicos también desfilaron, encabezados por Grove, con sus caquis y sus bandas rojas, presentando armas.

Alejandro montó sobre su caballo y se apostó ante la armada para dirigirle un

discurso. Su voz era autoritaria, clara y fuerte, y resonó por todas las murallas de Babilonia. Bisesa jamás habría podido imaginar las lesiones que sufría el rey. No comprendía sus palabras, pero no había confusión en la respuesta; un repiqueteo de decenas de miles de espadas contra los escudos, y el feroz grito de guerra de los macedonios:

—¡*Alalalalai! ¡Al-e-han-dreh! ¡Al-e-han-dreh!*

Después, Alejandro se acercó a la reducida sección británica. Agarrado a su caballo, y tocando su melena con una mano, volvió a hablar..., pero esta vez en inglés. Su discurso mostraba un fuerte acento, pero sus palabras eran perfectamente comprensibles. Habló sobre Ahmad Khel y Maiwand, batallas de la segunda guerra anglo-afgana del Imperio británico, que habían perdurado en las leyendas militares de aquellos soldados, y en el recuerdo de muchos de ellos. Y Alejandro dijo:

—*Desde hoy hasta el fin del mundo, los presentes seremos recordados; nosotros, los afortunados, los que somos como un grupo de hermanos; porque aquel que hoy derrame su sangre conmigo será mi hermano...*

Los europeos y los cipayos se fundieron en un alud de vítores, que sonaron casi tanto como los de los macedonios. Casey Othic bramó:

—¡Sí! ¡Comprendido! ¡De acuerdo!

Cuando los soldados rompieron filas, Bisesa buscó a Ruddy con la mirada. El joven estaba de pie sobre la plataforma de la Puerta de Ishtar, contemplando la llanura, donde las fogatas de los soldados ya estaban encendidas bajo un inminente atardecer. Estaba fumando uno de sus últimos cigarrillos turcos. Lo reservaba para la ocasión, según dijo.

—¿Shakespeare, Ruddy?

—*Enrique V*, para ser exactos. —Estaba henchido de satisfacción, visiblemente orgulloso de sí mismo—. Alejandro había oído decir que yo era un artista de la palabra. Me mandó llamar a palacio para preparar un pequeño discurso que pudiera dirigir a nuestros soldados. Y en lugar de algo propio, recurrí al Bardo... ¿y qué mejor que esta cita? Además, como seguramente ni siquiera existiría en este nuevo universo, ¡difícilmente me iba a denunciar por plagio!

—Ruddy, eres todo un personaje.

Mientras anocheecía, los soldados habían empezado a cantar. Normalmente, las canciones macedonias eran como afligidos himnos sobre el hogar y la pérdida de los seres queridos. Pero aquella noche, Bisesa escuchó su propio idioma, y una estrofa que le resultaba vagamente familiar. Ruddy sonrió.

—¿Lo reconoces? Es un himno. *Praise, My Soul, the King of Heaven*. Dadas las circunstancias, creo que estos soldados hasta tienen sentido del humor. Escucha la última estrofa...

—Ángeles, ayudadnos a adorarle. Contempladlo frente a frente. Sol y Luna,

inclinaos ante Él. Moradores del tiempo y del espacio. ¡Alabadlo! ¡Alabadlo!
¡Alabadlo! Bendecidnos con su gracia...

Al cantar, los acentos de Londres, Newcastle, Glasgow, Liverpool y el Punyab se fundieron en uno.

Pero empezó a soplar un viento suave del este que arrastró las columnas de humo de las hogueras sobre las murallas de la ciudad. Cuando Bisesa miró en aquella dirección, vio que los Ojos habían regresado. Decenas de ellos flotaban expectantes sobre las tierras de Babilonia.

Confluencia

La polvareda. Fue lo que Josh vio en primer lugar; una gran nube de polvo levantada por la carrera de millares de caballos.

Empezó en torno al mediodía. Por una vez, el cielo era azul y el día claro, y un enorme rodillo de polvo, tal vez de medio kilómetro de ancho, avanzaba relleno de formas difusas y brillos inciertos. Pero después, Josh lo vio con claridad, emergieron de la masa nubosa. Primero eran sombras y luego empezaron a tomar la forma de amenazadoras siluetas humanas. Eran guerreros mongoles, reconocibles a primera vista.

Pese a todo lo que le había sucedido, a Josh le costaba creer que una horda mongola, bajo el mando del mismísimo Gengis Khan, se estaba acercando de verdad, con la intención de matarlo. Y, sin embargo, así era, y lo estaba viendo con sus propios ojos. Sintió que su corazón se aceleraba.

Estaba sentado en posición de guardia en la Puerta de Ishtar, observando el avance de los mongoles desde el este. Lo acompañaban algunos macedonios y un par de británicos. Estos últimos tenían prismáticos bastante aceptables, de fabricación suiza. Grove había insistido en la importancia de mantenerlos a buen recaudo, puesto que no sabían con qué información contaba Gengis Khan sobre su situación, allí en Babilonia, pero Sable Jones captaría sin duda alguna el significado de un centelleo en la distancia. El mejor equipado de todos era Josh, ya que Abdikadir, que había salido al campo de batalla, le había cedido sus gafas de visión nocturna de larga distancia.

Al vislumbrar por primera vez a los mongoles, entre los observadores macedonios y los británicos se desató una atmósfera de tensión, aunque también de cierto entusiasmo, un estremecimiento palpable. En la siguiente puerta, a Josh le pareció ver la resplandeciente armadura del propio Alejandro, dispuesto a contemplar en persona el primer encuentro.

Los mongoles se acercaban formando una sólida línea, y parecían agrupados en unidades de unos diez hombres. Josh las contó rápidamente; la línea mongol tendría veinte hombres de profundidad... y doscientos de anchura; una fuerza armada de cuatro o cinco mil hombres en aquella primera aproximación.

Pero Alejandro había convocado a diez mil de sus soldados, que estaban apostados en la llanura que precedía a Babilonia. Sus largas capas de color escarlata ondeaban con la brisa, y sus cascos de bronce estaban pintados del azul del cielo, con las crestas marcadas con la insignia de sus rangos.

Empezó.

El primer ataque tuvo lugar con flechas. Las filas frontales de los mongoles alzaron unos complejos arcos compuestos y dispararon al aire. Los arcos eran de astas laminadas y tenían un alcance preciso de cientos de yardas, a la velocidad máxima en que el guerrero pudiera extraer las flechas de su aljaba.

Los macedonios se habían alineado en dos largas hileras, con los Compañeros de a pie en el centro, y los Escuderos de elite en los flancos. En el momento en que volaron las flechas, el sonido de las trompetas y de los tambores se aceleró, y la armada se reagrupó en un nuevo orden más compacto, en formaciones cuadradas de ocho hombres por cada lado. Alzaron sus escudos de piel por encima de sus cabezas y los unieron, constituyendo lo que los romanos habían llamado una formación en tortuga.

Las flechas cayeron estrepitosamente sobre los escudos. La formación se mantuvo, pero no era perfecta. Cada cierta distancia, un hombre caía desplomado, prorrumpiendo agudos gritos, y creando un orificio en el caparazón. Rápidamente, arrastraban al herido fuera del cuadrado y la formación se cerraba de nuevo.

Josh se dio cuenta de ya habían empezado las muertes.

Quizá a un cuarto de milla de las murallas de la ciudad, los mongoles entraron repentinamente a la carga. El clamor de los guerreros, los golpes de los tambores de guerra y el estrépito de los caballos se fundieron en un estruendo que parecía una terrible tormenta. El mido era aterrador.

Josh no se consideraba un cobarde, pero no pudo evitar sentir miedo. Aunque, a la vez, estaba sorprendido ante la calma con que Alejandro dirigía a sus guerreros a sus lugares. Al oír un nuevo repique de trompetas y el grito de mando de *¡Synaspismos!*, los soldados rompieron la formación en tortuga y se alinearon otra vez en hileras, aunque algunos mantuvieron levantados los escudos para protegerse de las flechas. Ahora formaban en fila de a cuatro, con varios soldados de reserva en la retaguardia. Eran los soldados macedonios de infantería frente a la carga de caballería mongola. Ahora, una delgada línea de sangre y muerte era lo único que separaba a Babilonia de la llegada de las hordas de Gengis Khan. Pero unieron nuevamente los escudos, clavaron las lanzas por los extremos en el suelo, y una fila de cuchillas se erizó ante la avanzadilla de los mongoles.

En los últimos momentos, Josh los vio tan de cerca que incluso reparó en los ojos de sus caballos acorazados. Los animales parecían enloquecidos, y el joven se preguntó qué espuelas, o drogas, utilizaba aquella gente para inducir a sus caballos a atacar de aquella forma salvaje.

Los mongoles cayeron al fin sobre las líneas macedonias. La colisión fue brutal.

Los caballos acorazados se abrieron camino por la fuerza a través de la fila frontal de los macedonios, y toda la formación se combó por el centro. Pero la retaguardia de Alejandro les cortó el paso, matándolos o hiriéndolos. Los mongoles y sus monturas

empezaron a caer, y las filas posteriores de la horda entraron pronto en escena.

Toda la línea macedonia estaba formada ahora por un frente de combate estacionario. Josh percibió de pronto el olor a polvo y metal, y el hedor cobrizo de la sangre. Sonaron desgarradores gritos de furia y dolor, y el choque del hierro contra el hierro. No había disparos, ni cañonazos, ni ninguno de los oscuros y explosivos ruidos de las guerras de siglos posteriores. Pero las vidas humanas se borraban con la misma eficacia y rapidez.

De repente, Josh se dio cuenta de que una esfera plateada flotaba ante él, a cierta distancia del suelo, pero a la altura de su frente. Era un Ojo. De pronto, el joven pensó que podía haber otros observadores, no humanos, en aquel campo de batalla.

El primer asalto no duró más de unos minutos. Transcurrido ese lapso de tiempo, con la llamada de un toque de trompeta, los mongoles se disolvieron y huyeron. Los jinetes salieron al galope, y dejaron atrás una hilera de cuerpos retorciéndose, de extremidades amputadas y caballos mutilados.

Los mongoles se detuvieron sin orden, a pocos cientos de yardas de la posición macedonia. Profirieron insultos en su incomprensible lengua, lanzaron algunas flechas e incluso escupieron a los macedonios. Uno de ellos había arrastrado a un desdichado soldado de a pie de Alejandro y, con una pasmosa elaboración, empezó a trinchar el torso del hombre vivo. Los macedonios respondieron con sus propios insultos, pero, cuando una de las unidades corrió hacia el frente con las armas levantadas, sus oficiales les ordenaron a gritos que regresasen a su posición.

Los mongoles prosiguieron con la retirada, sin dejar de lanzar pullas a los macedonios, pero los soldados de Alejandro no los siguieron. Durante aquel alto en el combate, varios camilleros salieron corriendo de la Puerta de Ishtar.

El primer guerrero macedonio que llegó al quirófano de Bisesa había sufrido una lesión en la pierna. Ruddy la ayudó a transportar al hombre inconsciente a una camilla.

La flecha se había roto y alguien la había arrancado, pero le había atravesado el gemelo y había salido por el otro lado de la pantorrilla. No parecía tener ningún hueso fracturado, pero varias capas de tejido muscular pendían de la herida en carne viva. Bisesa reagrupó el tejido y lo introdujo de nuevo en la pierna del soldado, y le aplicó un paño empapado en vino. Entonces, con la rápida y eficiente ayuda de Ruddy, le puso un vendaje compresivo. El macedonio empezó a moverse. Obviamente, no contaban con ningún tipo de anestesia, pero quizá, si despertaba, el pánico y la adrenalina mantendrían a raya al dolor durante un rato.

Ruddy, que trabajaba con ambas manos, limpió el sudor de su pálida frente con el hombro de su chaqueta.

—Ruddy, lo estás haciendo muy bien —le dijo Bisesa.

—Sí. Y este hombre sobrevivirá, ¿verdad? Y se marchará, con su cimitarra y su

escudo en mano, para morir en algún otro campo de batalla.

—Lo único que podemos hacer es curarlos.

—Lo sé...

Pero no había tiempo. No había tiempo. Aquel herido fue solo el primero de una oleada de lesionados que traían los camilleros, que irrumpió de repente a través de la Puerta de Ishtar. Filipino, el médico de Alejandro, corrió hacia ellos y, como le había indicado Bisesa, empezó a efectuar un rápido triaje, separando a los que podían recibir ayuda de los que no, y enviando a los heridos donde mejor pudieran ser tratados.

Se llevaron al soldado con la pierna afectada a una tienda de heridos y atendieron al siguiente. Se trataba de un guerrero mongol. Le habían clavado una espada en el muslo, provocándole una hemorragia masiva en una arteria. Bisesa intentó taponar la herida, pero ya era demasiado tarde para poder salvarlo.

—Este hombre no tenía que haber venido aquí en primer lugar —dijo Ruddy.

Con las manos empapadas en sangre, y respirando con dificultad, Bisesa se retiró hacia atrás.

—De todos modos no podemos hacer nada por él. Sacadlo de aquí. ¡El siguiente! —ordenó.

Así continuó toda la tarde. Una concentración de mutilados y heridos fue invadiendo el improvisado hospital, y todos trabajaron codo con codo hasta la saciedad, y, cuando no pudieron más, continuaron de todos modos.

Abdikadir estaba junto a las fuerzas apostadas fuera de las murallas de Babilonia. Ya se había acercado al campo de batalla cuando la línea de los macedonios casi se quiebra. Pero él y los británicos —y también Casey, en otro punto de la hilera— habían quedado relegados en las reservas, con las armas de fuego ocultas bajo las capas macedonias. Su momento llegaría. Alejandro lo había prometido. Pero no todavía. No todavía.

Alejandro y sus consejeros modernos tenían la perspectiva de una historia diferente para ayudarse. Conocían las tácticas clásicas de los mongoles. El primero de sus ataques solo había sido una maniobra de distracción, con la intención de arrastrar a los macedonios a una persecución. Se habrían estado preparando para retirarse tantas veces como fuera necesario, para agotar y dividir a las fuerzas de Alejandro, hasta poder tender su trampa de improviso. Los modernos habían narrado a Alejandro cómo los mongoles habían disuelto una vez una armada cristiana en Polonia con aquel cebo. Y, por su parte, Alejandro también se había enfrentado a caballeros escitas que utilizaban tácticas similares. Y no pensaba caer en la trampa.

Además, Alejandro también jugaba a su propio escondite, con la mitad de su infantería y toda su caballería aún oculta tras las murallas de Babilonia, y con las armas de los siglos XIX y XXI todavía sin utilizar. Podía funcionar. Aunque los

macedonios habían avistado exploradores mongoles en la campiña que rodeaba a Babilonia, era hartamente improbable que los espías de Gengis Khan pudieran penetrar en la ciudad sin ser descubiertos.

Pese a la firme anticipación de la línea de defensa, los mongoles no regresaron aquel día.

A media que caía la noche, una inmensa línea de fogatas se fue dejando ver en el horizonte, extendiéndose de norte a sur, como si quisieran rodear al mundo entero. Abdikadir se encargó de prevenir a los soldados sobre la aparente magnitud de las fuerzas mongolas. Se habrían asustado más aún si hubieran sabido que, entre las extensas líneas de yurtas de los mongoles, había visto la inconfundible silueta en forma de cúpula de una nave espacial.

Pero el propio Alejandro se acercó al campamento, acompañado de Hefestión y Eumenes. El rey cojeaba ligeramente, pero su casco y su armadura relucían como la plata recién pulida. Por todos los lugares que visitaba, hablaba distendidamente con sus hombres. Los mongoles fingían, decía. Seguro que habían prendido dos o tres fogatas por cada hombre que había en el frente de guerra. Es más, se sabía que habían combatido con muñecos rellenos montados a caballo para amedrentar y acobardar a sus enemigos. Pero los macedonios eran demasiado listos como para caer en tales trucos. Alejandro, como respuesta, había permitido muy pocas hogueras; de ese modo, los mongoles subestimarían la fuerza de sus oponentes, lo mismo que jamás conocerían su valor indomable y su insuperable voluntad.

Incluso Abdikadir se sintió más animado tras la charla del rey. Alejandro era un hombre notable, aunque, como Gengis Khan, también terrible.

Con su Kalashnikov a un lado, hecho un ovillo bajo su poncho y una gruesa manta británica, Abdikadir intentó dormir.

Sintió una extraña sensación de paz. Aquel enfrentamiento contra los mongoles parecía haber centrado su propia determinación. Una cosa era saber sobre ellos en el plano abstracto, por las páginas de una historia ya borrada por el tiempo, y otra cosa muy distinta era ver su destructiva ferocidad en directo, en el campo de batalla.

Los mongoles habían herido profundamente al Islam. Habían invadido el rico estado islámico de Kwhārezm, una nación muy antigua, estable y centralizada desde mediados del siglo VII antes de Cristo. En realidad, Alejandro Magno, en su trayectoria euroasiática, también había entrado en contacto con él. Los mongoles saquearon sus bellas ciudades de Afganistán y Persia del norte, desde Herat a Kandahar y Samarcanda. Lo mismo que Babilonia, Kwhārezm se había sido erigida sobre un elaborado sistema de irrigación subterráneo que había sobrevivido desde la antigüedad. Los mongoles también arrasaron con todo aquello, y con el propio estado de Khwārezm; algunos historiadores árabes afirmaron que la economía de la región nunca llegó a recuperarse. Y así sucesivamente. El alma del islam había quedado

manchada para siempre por aquellos acontecimientos.

Abdikadir nunca había sido un fanático. Pero ahora había descubierto en su interior una pasión oculta por poner la historia en su sitio. Esta vez, el islam se salvaría de la catástrofe mongola, y renacería como debía hacerlo. Pero, primero, había que ganar aquella cruenta guerra... A cualquier precio.

También pensó que resultaba reconfortante, entre tanta confusión producida por la Discontinuidad, el hecho de tener algo que hacer: una meta de un valor inequívoco que alcanzar. O tal vez solo estaba redescubriendo la sangre macedonia que corría por sus venas.

Se preguntó qué diría Casey sobre todo aquello; aquel cristiano, nacido en Iowa en 2004, atrapado ahora entre ejércitos de mongoles y macedonios, en un tiempo que no tenía fecha.

—Un buen soldado cristiano —murmuró para sí mismo— siempre está a un kilómetro del cielo. —Abdikadir esbozó una sonrisa y cerró los ojos.

Kolya llevaba tres días enterrado vivo bajo la yurta de Gengis Khan. Tres días ciego y sordo, soportando un agonizante dolor. Y, pese a todo, vivía. Incluso pudo sentir el paso del tiempo en las vibraciones de los pasos sobre los tablones que cubrían su agujero. Pasos que iban y venían como olas de una gran marea.

Si los mongoles lo hubieran registrado, habrían hallado la bolsa de plástico llena de agua que ocultaba bajo su chaqueta y que lo había mantenido con vida, sorbo a sorbo, hasta aquel momento. Y también el otro objeto sobre el que había versado aquella gran apuesta. Pero los mongoles no lo habían registrado. Era una apuesta, efectivamente, y él había pagado la deuda, al menos hasta entonces.

Él sabía mucho más sobre los Mongoles de lo que Sable jamás habría podido aprender, puesto que había crecido con su recuerdo, de ocho siglos de antigüedad, pero aún fuerte y poderoso. Y conocía la costumbre de Gengis Khan de enterrar a los príncipes enemigos bajo el suelo de su yurta. El cosmonauta había filtrado toda la información que pudo a Casey, a sabiendas de que lo atraparían; y, una vez atrapado, había permitido que la traidora Sable manipulase a los mongoles para que le imputasen aquella «piadosa» pena. En realidad, lo único que deseaba era estar allí, a oscuras, vivo, sosteniendo el aparato que había construido, a poco más de un metro de Gengis Khan.

En la Soyuz no llevaban granadas, lo que hubiera resultado idóneo. Pero sí tenían tornillos explosivos que no habían utilizado. Los mongoles no habrían reconocido nada de lo que él guardaba de su nave espacial, incluso si hubiesen vigilado al cosmonauta desde muy cerca. Sable, por supuesto, se habría dado cuenta enseguida, pero en su arrogancia, había dado por sentado que Kolya no era más que una irrelevancia, incapaz de entorpecer sus magnánimas ambiciones. Ante todo aquel descuido, al cosmonauta no le había costado demasiado componer un sencillito

disparador, y ocultar bajo su traje su improvisada arma.

Debía esperar el momento oportuno para disparar. Por eso permanecía en la oscuridad y en la agonía. Tres días. Era como haber sobrevivido tres días a su propia muerte. Y lo curioso es que su organismo no dejó de funcionar; tuvo que orinar e incluso defecar, como si el propio cuerpo pensase que su historia llegaba al epílogo. Pero Kolya pensó que eran las reacciones compulsivas de un cadáver fresco, de un maniquí, insignificantes en sí mismas.

Tres días. Pero los rusos eran pacientes. Tenían un dicho: que los primeros quinientos años son siempre los peores.

Con las primeras luces del alba, los macedonios empezaron a moverse, tosiendo, frotándose los ojos, orinando... Abdikadir se sentó. El cielo se estaba iluminando en una preciosa combinación de rosado y gris, y la luz del sol se colaba entre las cenizas volcánicas como brotes de flores del cerezo.

Pero aquellos instantes de paz al despertar no duraron mucho.

Las primeras y las últimas luces del día son las horas más peligrosas para un soldado, cuando los ojos luchan por adaptarse a los cambios rápidos de claridad. Y, en ese momento de máxima vulnerabilidad, fue cuando atacaron los mongoles.

Se habían acercado sigilosamente a las posiciones de los macedonios. A la llamada de las nácaras, los timbales de guerra que llevaban los camellos, los mongoles emergieron de pronto, profiriendo unos salvajes gritos. La súbita estampida produjo un ruido ensordecedor, como si una inmensa fuerza de la naturaleza, un diluvio o un terremoto, se hubiera desatado de repente.

Pero los toques de trompeta de los macedonios se dejaron oír un segundo después. Los soldados ocuparon enseguida sus posiciones. Los oficiales dieron rápidas órdenes en su áspero dialecto: formar, ocupar puestos y mantener las líneas defensivas. La infantería macedonia se alineó en un muro de piel y hierro.

Por supuesto, Alejandro se había preparado. Anticipándose a aquel asalto, había permitido al enemigo acercarse lo máximo posible. Y ahora era el momento de tenderle la trampa.

Abdikadir tomó su posición, a tres hileras de distancia del frente de batalla. Tenía una tropa de nerviosos soldados británicos a izquierda y derecha. Para ellos, forzó una sonrisa, antes de levantar su Kalashnikov.

Por primera vez, tuvo a un guerrero mongol en el punto de mira de su arma.

La caballería pesada de los mongoles permanecía en el centro de ataque, mientras la caballería ligera la seguía por detrás. Los guerreros llevaban armaduras hechas con tiras de piel de búfalo, y cascos de metal con defensas de piel en cuello y oídos. Cada uno de ellos llevaba varias armas: dos arcos, tres aljabas, una lanza con un afilado garfio en un extremo, un hacha y un sable curvado. Incluso los caballos iban protegidos con amplias bandas de piel en los flancos y cascos de metal en las

cabezas. Los mongoles, con aquellos caparazones y las brillantes armas, parecían más insectos que seres humanos.

Pero no tenían todo bajo el control que ellos creían. Al toque de una trompeta, una hilera de arqueros surgió entre las almenas de las murallas de Babilonia, y un enjambre de flechas salió volando por los aires, sobre la cabeza de Abdikadir, directas hacia la avanzada de los mongoles. Cuando uno de los jinetes caía derribado, la línea se enmarañaba, interrumpiendo brevemente la carga.

Otra oleada de flechas salió disparada, esta vez en llamas, con las puntas mojadas de brea. En esta ocasión se dirigían a varias balas de heno, también empapadas en brea, que yacían sobre el suelo. Pronto, entre los mongoles, empezaron a surgir grandes llamaradas y columnas de humo. Los hombres gritaron y sus caballos, asustados, hicieron amago de retroceder. Pero, pese a que el ataque redujo el avance de los mongoles, no logró detenerlo.

Y de nuevo, la caballería pesada de los mongoles arremetió contra los macedonios.

Los macedonios empezaron a caer por momentos. El impulso de la carga mongola y la atroz ferocidad con que los jinetes blandían espadas y mazas lo hicieron inevitable.

Abdikadir, que ahora solo se encontraba a poco más de un metro de la línea de combate, vio cómo los caballos se encabritaban y cómo los rostros de los mongoles asomaban entre la multitud de hombres que luchaban y morían. Pudo oler la sangre, el polvo, el sudor de los aterrorizados animales, e incluso un hedor rancio y grasiento, que solo podía emanar de los propios cuerpos de los mongoles. La aglomeración de hombres y animales y el bramido de diez mil voces dificultaban enormemente el mero hecho de intentar luchar, incluso el de levantar un arma. Mientras las armas de hoja siseaban en el aire, la sangre y las extremidades de algunos guerreros volaron en una escena de carnicería casi absurda, imposible, y los gritos de rabia fueron transformándose gradualmente en alaridos de dolor. La caballería ligera mongola aumentó la presión sobre sus análogos macedonios, allí donde la caballería pesada se hubiera abierto un hueco, clavando espadas y jabalinas en cualquier lugar donde les fuera posible.

Pero Alejandro contraatacó. Un escuadrón de valiente infantería surgió de la retaguardia de la línea macedonia, armado con lanzas de grandes garfios en los extremos. Si el arma fallaba, el garfio podía derribar a un guerrero. Los mongoles cayeron, pero el número de macedonios se redujo como las flores antes de la siega.

Entonces, entre el clamor de la batalla, una trompeta macedonia emitió un claro aviso.

En el centro del campo, justo frente a Abdikadir, los rangos frontales de macedonios iniciaron la retirada, dejando por delante a sus heridos y muertos. De

pronto, nada separaba a Abdikadir de los más feroces guerreros montados que jamás hubiera visto.

Los mongoles, incrédulos, dudaron durante un segundo. Un hombre inmenso, de baja estatura, pero con la complexión de un oso, miró fijamente a los ojos de Abdikadir y alzó una enorme maza que ya estaba manchada de sangre.

El capitán Grove estaba al lado de Abdikadir.

—¡Fuego a discreción! —rugió.

Abdikadir levantó su Kalashnikov y apretó el gatillo. La cabeza del mongol estalló en una explosión de sangre y cráneo, y su casco metálico voló por los aires. Su caballo se desbocó y el cuerpo decapitado cayó de su montura.

Alrededor de Abdikadir, los británicos abrieron fuego contra la masa de mongoles, con antiguos Martini-Henrys y Sniders, cuyo suave sonido quedaba ensordecido por los estrepitosos disparos de los Kalashnikovs. Hombres y caballos cayeron fulminados ante las ráfagas de balas. Volaron granadas. La mayor parte era de fogueo, pero fueron suficientes para espantar a los caballos y a algunos de los guerreros. Pero una de ellas detonó bajo las patas de uno de ellos. El animal explotó y su jinete salió despedido.

Una granada cayó demasiado cerca de Abdikadir. La onda expansiva fue como un tremendo puñetazo en el estómago. Cayó hacia atrás, con un fuerte zumbido en los oídos, y la nariz y la boca llenas del amargo y metálico sabor de la sangre. Abdikadir se sintió súbitamente desubicado, como si estuviese atravesando otra Discontinuidad. Pero un rincón de su mente le advirtió de que, si estaba en el suelo, habría abierto un hueco en la línea defensiva que tenía delante. Levantó su rifle, disparó a ciegas e hizo el mayor de los esfuerzos por ponerse en pie.

Recibieron la orden de avance. La línea de británicos empezó a caminar con firmeza, sin dejar de disparar.

Abdikadir se movía con ellos, recargando su arma mientras lo hacía. No pisaba el suelo; tenía que avanzar sobre una tierra plagada de cuerpos y extremidades, deslizante en algunas zonas por las entrañas de los hombres. Incluso tuvo que pasar por encima de un herido que aullaba en su agonía... Pero no tenía otra alternativa.

Al principio, pensó que la táctica estaba funcionando. A izquierda y derecha, y a la mayor distancia que su vista podía alcanzar, los mongoles que no morían sobre sus caballos empezaron a retirarse, conscientes de que sus armas no podían igualar a las de seiscientos años o más después de su era.

Pero, entonces, Abdikadir oyó una voz aguda. Una voz de mujer. Algunos de los mongoles se apearon de sus caballos y, por increíble que pudiera parecer, empezaron a avanzar hacia el tiroteo, utilizando como escudos los cuerpos y los caballos de sus camaradas. Abdikadir reconoció la táctica: controlar la amenaza, moverse, cubrirse, controlar de nuevo. Utilizaban sus arcos, las únicas armas que podían enfrentarse a

los rifles, y se cubrían por turnos unos a otros mientras se abrían camino hacia el frente. Y, mientras disparaban, los gritos de los macedonios y un torrente de maldiciones británicas advirtieron a Abdikadir de que algunas flechas estaban dando en el blanco.

Se dio cuenta de que los mongoles se habían entrenado para protegerse de las armas de fuego. Sable. Aquello tenía que haber sido cosa suya, tal y como todos temían. Le dio un vuelco el corazón. Cargó de nuevo el arma y volvió a disparar. Pero los mongoles se estaban defendiendo. Abdikadir y los otros tiradores tenían asignados escuderos, pero el enemigo los estaba eliminando. Uno de los jinetes mongoles se acercó tanto a Abdi que este tuvo que darle un golpe con el rifle, como si fuera una porra. Acertó de pleno en la sien y el mongol cayó hacia atrás. Antes de poder recuperarse, Abdikadir le había herido de muerte y estaba buscando a su próximo objetivo.

Desde su elevada posición en la Puerta de Ishtar, Josh podía ver la magnitud de la batalla. Su sangriento núcleo seguía siendo un enjambre de hombres y caballos, situado justo delante de la puerta, donde la caballería pesada de los mongoles había arremetido contra los Compañeros de a pie de Alejandro. Y los Ojos estaban por todas partes, como perlas flotantes sobre las cabezas de los guerreros.

La caballería pesada era el arma más poderosa de los mongoles, diseñada para aniquilar las mayores fuerzas del enemigo en una sola ofensiva. Los macedonios tenían la esperanza de que un ataque con armas de fuego pudiera causar estragos suficientes como para mitigar aquel ataque. Pero, por la razón que fuera, los mongoles no habían caído como se esperaba, y las tropas armadas se estaban empantanando.

Aquello era una mala noticia. Al fin y al cabo, solo había trescientas tropas procedentes de Jamrud, y aquella cifra no podía competir con la de los guerreros mongoles. Incluso si cada una de las balas se hubiera llevado por delante la vida de un mongol, los ejércitos de Gengis seguirían superando a sus enemigos. Los números hablaban por sí solos.

Y ahora, por los flancos del campo de batalla, más caballería mongola envolvía a su enemigo. Aquello tampoco fue una sorpresa, era una maniobra clásica mongola llamada *tulughma*, pero su tremenda ferocidad no dejaba de resultar asombrosa.

No obstante, Alejandro no había dicho su última palabra. Un nuevo repique de trompetas se dejó escuchar desde las murallas de la ciudad. Con un sonoro estrépito, las puertas se abrieron y la caballería macedonia salió finalmente al campo, en una formación en cuña. A primera vista, Josh observó que aquellos antiguos caballeros eran mucho más ágiles que los propios mongoles. Y, a la cabeza de los Compañeros que cabalgaban en el flanco derecho, Josh reconoció la capa de color púrpura y el

reluciente casco del propio Alejandro, con una piel de pantera colgando de su montura, guiando a sus hombres, bien a la gloria, bien a la muerte.

Los macedonios, rápidos, ágiles y muy disciplinados, giraron a toda velocidad para cortar por el flanco mongol como un escalpelo. Los mongoles intentaron volverse, pero, aprisionados entre la impasible infantería macedonia y los Compañeros, sus movimientos quedaron restringidos. Los macedonios, entonces, empezaron a golpear sus desprotegidos rostros con sus largas lanzas de madera. Josh sabía que se trataba de otra táctica clásica, una formación de combate perfeccionada por Alejandro Magno, herencia de su padre, consistente en presionar con la infantería central y dar el golpe mortal con la caballería derecha.

Josh no era defensor de la guerra. Pero notó una especie de euforia en los ojos de los combatientes de ambos bandos al gritar durante el ataque; como una liberación que sobrevenía con la llegada del momento en que podían desatarse todas las inhibiciones, acompañada de una especie de extraña alegría. Josh sintió una profunda emoción visceral al contemplar el despliegue de aquella maniobra, antigua y brillante, ante sus ojos... pese a que los hombres luchaban y morían allí abajo, y a que cada vida era única, y se desvanecía. Por eso hacemos la guerra, pensó; los humanos jugamos a este juego como a la mayor de las apuestas; ni por beneficio, ni por poder, ni por territorios, sino por ese intenso placer. Kipling tiene razón: la guerra no es sino pura diversión. Ese es el oscuro secreto de nuestra especie.

Tal vez por ese motivo estaban allí los Ojos; para disfrutar del espectáculo único de las criaturas más crueles del universo muriendo en una guerra. Josh sintió resentimiento, pero también una nota de orgullo vil.

Excepto las últimas reservas, todas las fuerzas estaban ya en el campo de batalla. Salvo algunas escaramuzas a caballo en los márgenes, la lucha se concentraba en aquella compacta masa sangrienta de carnaza del centro, donde los hombres se azotaban unos a otros sin pausa. Las balas de heno aún ardían, emanando un humo que oscurecía la acción, y todavía volaban flechas desde las murallas de Babilonia.

Josh ya no podía determinar quién llevaba la ventaja en la batalla. Las tácticas se habían acabado, y los dos grandes líderes enfrentados, tal vez los mayores de todos los tiempos, ya no podían hacer más... excepto, como Alejandro, combatir ellos mismos con sus propias espadas. Era tiempo de luchar, o morir.

El hospital de campaña de Bisesa estaba sobresaturado. No había otra palabra para describirlo.

Sin más ayuda que sus propias manos, Bisesa intentaba salvar a un macedonio que yacía inconsciente en la camilla, tendido como una res muerta en el almacén de un carnicero. Era un muchacho, de no más de diecisiete o dieciocho años. Le habían clavado una jabalina en el estómago. Bisesa limpió, taponó y cerró la herida lo mejor

que supo, con las manos temblorosas por la fatiga. Pero sabía que lo que acabaría con la vida del chico era la infección provocada por la suciedad de la punta de la lanza.

Y los cuerpos inertes seguían acumulándose a su alrededor. El equipo de triaje ya no tenía tiempo de llevar a los desahuciados a la casa que Bisesa había designado como depósito. En lugar de eso, empezaron a acumularse en el suelo, y la oscura sangre empezó a empapar la tierra de Babilonia. De entre los seleccionados para tratamiento, algunos se habían «curado» y habían regresado a la lucha, pero más de la mitad de los pacientes había muerto en las camillas.

¿Qué esperabas, Bisesa? —se preguntó para sus adentros—. No eres médico. Y tu único ayudante con experiencia es un griego antiguo que se codeó con el mismísimo Aristóteles. No tienes equipamiento y te estás quedando sin vendajes y sin agua limpia.

Pero también era consciente de que había salvado varias vidas aquel día.

Tal vez sus esfuerzos fueran infructuosos —la oleada de ataques mongoles podía atravesar las murallas y destruirlos a todos— pero, por el momento, Bisesa tenía claro que no deseaba que el joven del estómago perforado muriese. Recurrió al atesorado contenido de su botiquín del siglo XXI. Intentando actuar a escondidas de los demás, inyectó un chorro de estreptomycin en el muslo del muchacho.

A continuación, pidió que se lo llevaran, igual que al resto.

—¡El siguiente!

Kolya creía que la expansión de los mongoles era patológica. Era una escalofriante espiral de retroalimentación positiva, nacida de la incuestionable genialidad militar de Gengis Khan y nutrida por las conquistas, una plaga de locura y destrucción que se había propagado por casi todo el mundo conocido.

Los rusos, especialmente, tenían razones para despreciar el recuerdo de Gengis Khan. Los mongoles los habían destruido dos veces. Grandes ciudades comerciales como Novgorod, Ryazan o Kiev habían quedado reducidas a meros cementerios. En aquellos momentos de terror, el corazón del país se había desgarrado para siempre.

—Otra vez, no —susurró Kolya, incapaz de oír sus propias palabras—. Otra vez, no. —Sabía que Casey y los demás se defenderían con uñas y dientes de la amenaza de los mongoles. Tal vez estos se habían forjado demasiados enemigos en la antigua línea temporal; tal vez, de alguna forma, ahora lo estarían pagando.

Por supuesto, su propia apuesta aún estaba en juego. ¿Su arma sería lo suficientemente poderosa? ¿Funcionaría siquiera? Kolya tenía confianza en sus destrezas técnicas.

No obstante, alcanzar el objetivo era otro tema. Había observado a Gengis. Al contrario que Alejandro, Gengis era un comandante que había contemplado las

batallas desde la seguridad de la retaguardia, que se retiraba a su yurta cuando caía la noche, y que tenía casi sesenta años de edad... Hasta ese punto, resultaba predecible.

Pero, ¿podría asegurar Kolya qué hora era, a aquellas alturas, después de tres días? ¿Podría estar seguro de que los pasos que sentía encima pertenecían al hombre que deseaba destruir? Su único pesar verdadero era que nunca lo sabría.

Kolya sonrió, pensó en su mujer y apretó el gatillo. No tenía ojos, ni oídos, pero sintió cómo la tierra se tambaleaba.

Abdikadir luchaba mano a mano, junto a un grupo de británicos y macedonios, contra los mongoles que se arremolinaban en torno a ellos, la mayoría aún sobre sus monturas. La munición se había agotado hacía tiempo y Abdikadir había lanzado el Kalashnikov al suelo, y ahora luchaba con bayonetas, cimitarras, lanzas o jabalinas, con cualquier objeto que llegase a sus manos, con los despojos de guerreros muertos de una era de más de dos mil años separada de la suya.

Cuando vio que la batalla se cernía sobre él, al principio se sintió más vivo, como si la vida hubiera quedado reducida a aquel instante de sangre, ruido, esfuerzo intenso y dolor, y todo lo anterior hubiera sido un simple prólogo. Pero a medida que el veneno de la fatiga se adueñaba de él, aquella intensa sensación de energía se fue transformando en una irrealidad cobriza, hasta causarle la sensación de estar al borde del desmayo. Se había entrenado para aquello, era un umbral donde el cuerpo ignoraba el dolor, se volvía insensible al frío o al calor, y emergía una nueva forma de conciencia, como una especie de «piloto automático». Pero todo aquello no lo hacía más fácil de soportar.

Aquel reducido grupo sobrevivía donde otros ya habían muerto, como una isla de resistencia en un mar de sangre que los mongoles surcaban a su libre albedrío. El propio Abdikadir había soportado un golpe tras otro, pero sabía que no resistiría mucho más. Estaban perdiendo la guerra y no podían hacer nada por evitarlo.

Por encima de la matanza del campo de batalla, oyó la llamada de una trompeta, y un ritmo irregular de uno de los tambores. Se distrajo por un momento.

Una maza cayó del cielo, arrebatándole la cimitarra de la mano. El dolor sobrevino: se había roto un dedo. Desarmado, y con una sola mano, se volvió para encontrarse cara a cara con un caballero mongol que alzaba de nuevo la maza para arremeter contra él. Abdikadir se abalanzó sobre él, con la mano sana rígida como una tabla, y asestó un tremendo golpe al muslo del mongol. El guerrero cayó hacia atrás y su caballo se descontroló. Abdikadir lo alcanzó por las rodillas y recuperó su cimitarra, jadeando y buscando a su próximo agresor.

Pero no había ninguno.

Los caballeros mongoles estaban dando la vuelta, retrocediendo hacia su lejano campamento. Mientras galopaban, de cuando en cuando, uno se detenía a recoger a

algún compañero derribado. Abdikadir, de pie y casi sin aliento, sostenía su cimitarra, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Era tan sorprendente como que un maremoto hubiera vuelto sobre sus pasos antes de romper contra el litoral.

Escuchó un ruido seco que pasó junto a su oído, semejante al de un insecto. Sabía lo que era, pero su mente parecía estar recuperándose lentamente, retomando uno a uno todos sus recuerdos adormecidos. Un ruido sónico. Una bala. Abdikadir se volvió.

Delante de la Puerta de Ishtar, había una excepción a la retirada general. Unos cincuenta mongoles, montados sobre sus caballos, entraban por la puerta principal. Y, entre ellos, una persona, alguien en el centro de la carga, le estaba disparando.

La cimitarra cayó al suelo. El mundo empezó a dar vueltas y Abdikadir se encontró de cara con la tierra empapada en sangre.

Bisesa oyó los gritos, justo en la entrada de su hospital de campaña. Salió precipitadamente al exterior para ver qué estaba ocurriendo. Ruddy Kipling la siguió, con la camisa manchada de sangre.

Un grupo de guerreros mongoles había arrasado con las líneas de defensa y estaba haciendo presión a través de la puerta. Los macedonios se cerraban en círculos alrededor de ellos, como se agolpan los anticuerpos en torno a una infección. Los oficiales gritaban órdenes. Aunque los mongoles atacaban con todas sus fuerzas a todos aquellos que los rodeaban, los macedonios empezaron a derribarlos de sus caballos.

Pero una silueta emergió entre aquella aglomeración de sangre y combate, y empezó a caminar hacia Babilonia por el camino ceremonial. Era una mujer. Los macedonios no la habían visto, o, si lo habían hecho, no le habían otorgado la suficiente importancia como para detenerla. Vestía una armadura de piel, pero llevaba el cabello recogido en una cola de caballo, con una tira de un material de color naranja.

—Tela fluorescente —murmuró Bisesa.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Ruddy.

—Tiene que ser Sable. Mierda, se dirige directamente al templo...

—El Ojo de Marduk...

—Se trataba de eso... ¡Vamos!

Bisesa y Ruddy corrieron tras Sable por el camino ceremonial. Algunos macedonios pasaron a toda prisa junto a ellos para bloquear la incursión en las puertas de la ciudad. Los ciudadanos babilonios, aterrorizados, se encogieron a su paso. Sobre sus cabezas flotaba un grupo de Ojos, como ristas de cámaras de circuito cerrado; impasibles. Bisesa no podía creer cuántos había.

Ruddy llegó primero a la cámara de Marduk. El gran Ojo seguía estático sobre su

charco de oro coagulado. Sable estaba de pie ante el Ojo, jadeando, con el cabello enmarañado sobre su armadura mongola, contemplando su propio reflejo distorsionado. Levantó una mano para tocar el Ojo.

Ruddy se acercó a ella.

—Señora, apártese de ahí o...

Con un rápido movimiento, Sable se dio la vuelta, levantó una pistola y le disparó. El ruido del arma resonó en las paredes de aquella antigua habitación. Ruddy salió despedido hacia atrás, se golpeó contra la pared y cayó al suelo. Bisesa gritó:

—¡Ruddy!

Sable estaba apuntando a Bisesa con la pistola.

—Ni lo intentes —dijo.

Ruddy miró a Bisesa, desamparado. Tenía la frente empapada en sudor y las gruesas gafas manchadas con la sangre de extraños. Se apretaba la cadera con las manos y la sangre se colaba entre sus dedos. Esbozó una triste sonrisa.

—Me han disparado.

Bisesa quería acercarse a él, pero permaneció inmóvil, con las manos levantadas.

—Sable Jones —dijo.

—Mi fama me precede.

—¿Dónde está Kolya?

—Muerto... —sonrió—. Ah... ya me imagino lo que ha pasado. Los mongoles ordenaron la retirada. Yo creía que era una casualidad, pero ¿sabes lo que debe de haber ocurrido? Gengis Khan está muerto y sus hijos, hermanos y generales están regresando para convocar un *quriltai* y decidir quién se lleva el premio gordo. Los mongoles tienen la estructura social de una manada de chimpancés. Pero, igual que los monos, cuando cae el macho alfa, los demás se quedan perdidos. Y Kolya lo sabía y lo ha utilizado contra ellos. —Sable negó con la cabeza—. Ese cabrón es digno de admirar... Me pregunto cómo lo habrá hecho. —La pistola que sostenía en su mano no se movió ni un milímetro.

Ruddy emitió un gemido. Bisesa intentó no distraer su atención de Sable.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó.

—¿Tú qué crees? —Sable señaló por encima de su hombro—. Desde la órbita, podíamos oír la señal que emitía esta cosa. Sea lo que sea lo que está pasando, esta es la clave... del pasado, del presente y del futuro.

—De un nuevo mundo.

—Eso es.

—Creo que tienes razón. Lo he estado estudiando.

—En ese caso —repuso Sable, entornando los ojos—, quizá puedas ayudarme. ¿Qué me dices? Estás conmigo o estás contra mí...

Bisesa miró fijamente al Ojo, cambió la expresión de su cara y forzó una sonrisa.

—Evidentemente, te ha estado esperando —dijo.

Sable volvió la cabeza. Era un truco sencillo, pero su vanidad la había atrapado... y Bisesa había ganado medio segundo de tiempo. No le hizo falta más para dar una patada en la muñeca a Sable y hacer caer su pistola, y otra para derribarla.

Jadeando, Bisesa se puso en pie junto a la cosmonauta. Le pareció notar su hedor, a leche y grasa, el mismo olor de los mongoles por los que se había dejado arrastrar.

—Sable, ¿de verdad pensabas que al Ojo ibas a importarle tú, o tus estúpidas ambiciones? Ahí te pudras en el infierno. —Bisesa levantó la mirada hacia el Ojo—. ¿Y tú? ¿Ya has visto suficiente? ¿Era esto lo que querías? ¿Hemos sufrido bastante por ti...?

—Bisesa... —Era un quejido con la vaga forma de su nombre.

Bisesa corrió hacia Ruddy.

Consecuencias

Hefestión estaba muerto.

Alejandro había ganado una gran batalla en circunstancias casi imposibles, en un nuevo mundo, contra un enemigo más de mil años avanzado. Pero había pagado el precio de perder a su compañero, a su amante... a su único amigo verdadero.

Alejandro sabía lo que se esperaba de él en esos momentos. Se retiraría a su tienda y bebería para olvidar. O tal vez se negaría a beber y a comer durante días, hasta que su familia y sus compañeros llegasen a temer por su salud. O quizá ordenaría la construcción de un grandioso monumento conmemorativo, como una escultura de un león majestuoso.

Alejandro decidió no hacer ninguna de aquellas tres cosas. Lloraría a Hefestión en privado, y de verdad. Quizá daría la orden de que cortasen las crines y las colas de todos los caballos del campamento. Homero había narrado cómo Aquiles había esquilado a sus caballos en honor a su adorado Patroclo; sí, esa sería la forma en que Alejandro rendiría homenaje a Hefestión.

Pero, en aquellos momentos, había demasiadas cosas que hacer.

El rey caminó sobre el campo de batalla bañado en sangre, y pasó por todas las tiendas y edificios que albergaban a los heridos. Sus consejeros y compañeros revoloteaban ansiosos a su alrededor, lo mismo que su médico, puesto que Alejandro había recibido más de un golpe. Muchos de sus hombres se alegraron de verlo, por supuesto. Algunos fanfarronearon de sus logros en la guerra, y Alejandro los escuchó pacientemente, elogiando solemnemente su valor. Pero otros estaban sumidos en la confusión. El rey ya había visto antes aquello. Permanecían sentados, ausentes, o contaban sus hazañas una y otra vez. Sus hombres se recuperarían, como siempre habían hecho, lo mismo que aquella tierra sangrienta cuando llegara la primavera y volviese a crecer la hierba. Pero nada podría borrar la furia y la culpabilidad de los que habían sobrevivido donde otros compañeros habían caído, lo mismo que su rey, que nunca olvidaría a Hefestión.

Ruddy estaba apoyado contra la pared, con los brazos inertes, las palmas de las manos hacia arriba y los dedos retorcidos. A Bisesa le recordaron a dos cangrejos. La sangre no dejaba de fluir de su herida, justo por debajo de la cadera izquierda.

—Hoy estamos viendo mucha sangre, Bisesa. —Ruddy seguía sonriendo.

—Sí —respondió ella, sacando gasas de su bolsillo y amontonándolas en el orificio creado por la bala. Pero la hemorragia no cesaba. Aparentemente, el disparo de Sable le había seccionado una arteria femoral, una de las primeras vías por las

cuales la sangre llegaba a las extremidades inferiores. No había forma de moverlo, ni de practicarle una transfusión, ni de llamar a un equipo de evacuación de heridos.

Tampoco había tiempo para sentimentalismos: tenía que tratar a Ruddy como a una máquina estropeada, como a un camión con el capó levantado que necesitaba una reparación urgente. Su cabeza empezó a trabajar a la desesperada. Empezó a recortar la pernera de su pantalón.

—Intenta no hablar —le dijo—. Todo saldrá bien.

—Como diría Casey... mierda.

—Casey no es una buena influencia.

—Cuéntamelo —susurró él.

—¿El qué?

—Qué será de mí... O qué habría sido...

—No tenemos tiempo, Ruddy. —La herida estaba abierta de par en par, en un cráter sangriento que no dejaba de escupir fluido carmesí—. Aquí, ayúdame. —Bisesa le agarró las manos y las colocó en la herida, presionando, introduciendo sus propios dedos en el agujero hasta los nudillos.

Ruddy se retorció, pero no gritó. Su rostro estaba terriblemente pálido. Un charco de sangre estaba tomando forma bajo su cuerpo, en el suelo del templo, como un espejo de la sangre fundida del dios.

—No hay tiempo para nada más, Bisesa. Por favor.

—Eres una persona adorada —repuso ella, sin dejar de trabajar frenéticamente con la herida—. La voz de una nación, de una era. Eres un hombre internacionalmente famoso. Rico. Renuncias a los honores, pero te los ofrecen constantemente. Ayudas a dar forma a la vida nacional. Ganas un premio Nobel de literatura. Dirán de ti que tu voz se escucha en el mundo entero cada vez que expresas una reflexión...

—Vaya... —Ruddy sonrió y cerró los ojos. Bisesa movió los dedos y la sangre brotó de repente, con más fuerza que nunca—. Y todos esos libros que nunca escribiré...

—Existen, Ruddy. Están en mi teléfono, hasta la última palabra.

—Ahí quedarán, imagino. Aunque no tenga sentido que el autor no sobreviva para escribirlos... ¿Y mi familia?

Intentar detener la hemorragia de aquel modo era como intentar tapar una cañería rota con un papel. Bisesa sabía que la única solución posible era hallar la arteria femoral y cortarla directamente.

—Ruddy, esto te va a doler muchísimo. —Tras pronunciar aquellas palabras, Bisesa hundió los dedos en la herida y la abrió aún más.

Ruddy se retorció, con los ojos cerrados.

—Mi familia. Por favor. —Su voz era un débil murmullo, seco como las hojas del

otoño.

Bisesa hurgó en su pierna, buscando entre los tejidos grasos, los músculos y los vasos sanguíneos, pero no pudo encontrar la arteria. Tal vez se hubiera contraído cuando la bala la seccionó.

—Podría practicarte un corte más grande —dijo—, y buscar la maldita arteria. Pero has perdido mucha sangre... —Bisesa no podía creer la cantidad de sangre que había emanado de aquel joven; cubría sus piernas, los brazos de ella, el suelo...

—Duele mucho. Pero hace frío. —Respiraba y hablaba con dificultad. Estaba a punto de entrar en *shock*.

—Tienes un matrimonio largo —dijo ella, presionando de nuevo sobre la herida—, y feliz, creo. Un hijo.

—¿Sí...? ¿Cómo se llama?

—John. John Kipling. Hay una gran guerra que causa estragos en Europa...

—Los alemanes, supongo. Siempre son los alemanes.

—Sí. John se alista como voluntario para luchar en Francia. Muere.

—Vaya... —el rostro de Ruddy había perdido toda expresión, pero su boca se movía nerviosamente—. Al menos, se ahorrará ese dolor. Y yo también... O tal vez no. ¡La dichosa lógica de nuevo! Me gustaría poder entenderlo. —Abrió los ojos, y Bisesa vio reflejada en ellos la impasible esfera de Marduk—. La luz... —dijo—, la luz del alba...

Bisesa apoyó una de sus ensangrentadas manos sobre el corazón de Ruddy. Tras un último latido, se detuvo.

Sin aceptar ningún tipo de ayuda, Alejandro ascendió con dificultad hasta la Puerta de Ishtar. Miró hacia el este, en la llanura, donde seguían ardiendo los fuegos de los mongoles. Las esferas flotantes a las que los hombres llamaban Ojos, que habían cubierto el aire durante la batalla, se habían evaporado. Todas, excepto aquella enorme bola del templo de Marduk. Quizá aquellos nuevos dioses indiferentes ya habían visto lo que querían ver.

Se organizaron tribunales para poner las cosas en su sitio. Resultó que aquel extraño inglés, Cecil de Morgan, había proporcionado información a varios espías mongoles; información que incluía la ruta por la que Sable Jones había llegado con tal prontitud al Ojo de Marduk. El comandante inglés Grove y aquellos otros dos, Bisesa y Abdikadir, habían solicitado Juzgar a aquellos renegados, De Morgan y Sable, siguiendo sus propias tradiciones. Pero Alejandro era el rey, y sabía que sus hombres solo aceptarían un tipo de justicia. De Morgan y Sable serían juzgados ante toda la armada congregada en la llanura del exterior de la ciudad; y en su mente, su destino estaba sentenciado.

Para Alejandro, aquella guerra no había terminado, aunque la poderosa figura de

Gengis Khan hubiera muerto. Tenía confianza en poder destruir finalmente a los mongoles. Pero, ¿por qué iban a luchar macedonios y mongoles a instancias de los dioses del Ojo, como perros en un foso? Eran hombres, no animales. Tal vez existiera otra forma de terminar con aquello.

En cierto modo, le resultaba gracioso que Bisesa y los demás se autodenominasen *modernos*, como si Alejandro y su era fuesen pálidas historias de tiempos muy lejanos, contadas por un fatigado anciano. Pero desde su punto de vista, aquellas extrañas, larguiruchas y flacas criaturas, procedentes de un futuro lejano y de nulo interés, eran como una espuma. Eran muy pocos comparados con las grandes multitudes de sus macedonios y con las hordas mongolas. De acuerdo, sus aparatos habían resultado algo útiles en la batalla contra el Kan, pero pronto se habían agotado, y los guerreros se habían visto obligados a recurrir a las armas más antiguas del mundo, el hierro y la sangre, la disciplina y el valor puro. Los modernos no importaban. Para Alejandro, estaba claro que el corazón del nuevo mundo latía allí, con él y con aquellos mongoles.

Siempre supo que aquel momento de duda en el río Beas había sido una aberración. Y ahora lo tenía tras él. Decidió que ordenaría a Eumenes acercarse una vez más a los mongoles para buscar un punto en común. Si los vencía, sería fuerte, pero si se unía a ellos, lo sería aún más. Con toda seguridad, no existía un solo poder en aquel mundo herido que pudiera superarlos. Y entonces, armado con los conocimientos que habían aportado Bisesa y los demás, las posibilidades del futuro no tendrían límite.

Pensando y forjando planes, Alejandro saboreó el viento que soplaba desde el este, el corazón del continente mundial, rico y con mucho tiempo por delante.

Quinta Parte

Mir

Laboratorio

Apenas podía definirse como una jaula.

Cinco años después de la Discontinuidad y de su captura, los simios humanos seguían atrapados bajo una red de camuflaje, sostenida por un Ojo flotante y reforzada en el suelo con grandes rocas. Nadie se había molestado en mejorar aquellas condiciones, aunque algún capricho de las mentes militares había ordenado que las rocas se pintasen de blanco; siempre había alguien que necesitaba justificar su actitud con algún trabajo sin sentido.

Bajo aquella red, Buscadora pasaba los días, sin otra motivación que el rápido crecimiento de Aferrada. Aferrada casi tenía seis años. Su joven mente aún estaba en proceso de formación, y se había adaptado a la realidad de su confinamiento. Buscadora no había podido adaptarse. Pero no tuvo más remedio que aceptarlo.

Los soldados aparecían una vez al día para darle comida y agua, y para limpiar sus excrementos. En ocasiones, la forzaban a agacharse e introducían sus gordos penes en su cuerpo. A Buscadora le daba lo mismo. No le hacían daño, y ya había aprendido que sus captores podían hacer lo que quisieran mientras ella vigilaba a su hija. No tenía idea de por qué los soldados hacían lo que hacían. Pero aquello tampoco era importante, por supuesto, dado que no tenía poder alguno para detenerlos.

Podía escapar de allí. A cierto nivel, lo sabía. Era más fuerte que cualquiera de aquellos soldados. Podía desgarrar la red con los dientes y las manos, incluso con los pies. Pero no había visto a nadie perteneciente a su misma especie, excepto a Aferrada, desde el día en que fue capturada. A través de los agujeros de las redes, no veía árboles, ni aquella alentadora sombra de vegetación verde. Si se marchaba, no tendría adonde ir, lo único que la esperaba eran palos, puñetazos y golpes. Aquella brutal lección, ya la había aprendido.

A medio camino entre humana y animal, solo tenía una pálida perspectiva del futuro y del pasado. Su memoria era como una galería de imágenes de colores vivos; el rostro de su madre, el calor de su hogar, el apabullante olor del primer macho que la había montado, la dulce agonía de dar a luz, la terrible fragilidad de su primer bebé... Y su sentido sobre el futuro estaba dominado por una rudimentaria visión de su propia muerte, un temor de la oscuridad que se escondía tras los amarillos ojos de los gatos. Pero, en sus recuerdos, no existía un sentido narrativo, ni una lógica, ni un orden: como muchos animales, vivía en el presente, porque si no podía sobrevivir al presente, el pasado y el futuro tampoco tenían significado alguno. Y su presente,

aquel impotente cautiverio, se había extendido hasta rodear toda su conciencia.

Era una prisionera. Nada más. Pero, al menos, tenía a Aferrada.

Entonces, una mañana, todo cambió.

Aferrada fue quien lo vio primero.

Buscadora se despertó lentamente, como siempre agarrándose a sus entrecortados sueños sobre la vida en los árboles. Bostezó con pereza y estiró sus largos brazos. El sol estaba ya muy alto, y Buscadora vio centelleos deslumbrantes que se abrían paso entre los agujeros de las redes.

Aferrada miraba el ápice de la tienda. Algo iluminaba su rostro. Buscadora miró hacia arriba.

El Ojo brillaba, como un sol en miniatura, atrapado en las mismas redes que ellas.

Buscadora se levantó. Una al lado de la otra, madre e hija caminaron hacia delante, erguidas, con la mirada fija en el Ojo. Buscadora alargó la mano hacia la esfera. Estaba fuera de su alcance, pero proyectaba sus dos sombras en el sucio suelo de su improvisada tienda. No emitía ningún calor; solo luz.

Buscadora se acababa de despertar. Tenía la urgente necesidad de orinar, defecar, limpiarse las garrapatas, y tomar algo de comida y agua. Pero no pudo moverse. Simplemente, se quedó allí, con la mirada fija y el brazo levantado. Sus ojos empezaron a llenarse de polvo y frío, pero ni siquiera podía parpadear.

Oyó un lloriqueo. Buscadora tampoco podía volverse a mirar a Aferrada. No tenía idea del tiempo que estaba pasando.

Su mano estaba frente a su rostro. No la había levantado conscientemente; era como mirar la mano de otra persona. Sus dedos se cerraban, se abrían... el pulgar se movía hada delante y hacia atrás.

Algo la hizo levantar los brazos y mover los hombros, los codos y las muñecas. Se agachó y flexionó las piernas. Caminó a un lado y al otro, toda la distancia que le permitió el cautiverio, primero erguida, luego en cuclillas. Introdujo los dedos en cada uno de los orificios de su cuerpo. Palpó su caja torácica, la forma de su cráneo, incluso su pelvis. Era como si alguien le estuviera haciendo todo aquello, como una cruel exploración ajena de todo su ser.

Los simios humanos quedaron liberados, durante un ápice de segundo. Jadeantes, hambrientas y sedientas se precipitaron una sobre la otra. Pero, de nuevo, aquel muro invisible se cerró sobre ellas.

En aquella ocasión, mientras unos patrones de luz brillaban sobre sus cabezas, Aferrada se agachó y empezó a examinar el suelo, escarbando en la tierra. Encontró unas ramas de junco, que empezó a frotar entre ellas hasta desvainarlas. Luego extrajo las semillas y las golpeó unas contra otras.

Entretanto, Buscadora caminaba hacia la pared de red. Se agarró a ella y empezó

a escalar. Sus proporciones corporales eran como las de sus ancestros y sabía moverse mejor que cualquiera de sus captores humanos. Pero, a medida que iba ascendiendo, el miedo se apoderó de ella, puesto que sabía que no debía hacer aquello.

Obviamente, uno de los soldados se acercó a toda prisa.

—¡Eh! ¡tú! ¡Baja ahora mismo de ahí!

La culata de un rifle se estampó contra su cara. Ni tan siquiera pudo gritar. A pesar de la atracción del Ojo, Buscadora cayó desde la red, de espaldas contra el suelo. Con la boca llena de sangre, intentó levantar la cabeza.

Vio a Aferrada sentada en el arenoso suelo. Sostenía una ramilla hecha un nudo. Buscadora nunca había visto nada igual.

De nuevo, se vio obligada a levantarse, a pesar de la sangre que caía de su boca, y volvió a mirar fijamente al Ojo.

Buscadora se percató a duras penas de que algo había cambiado otra vez. El resplandor del Ojo ya no era uniforme: una serie de rayos horizontales se extendía a ambos lados de una banda gris subyacente, formando un patrón que podía recordar las líneas humanas que marcan la latitud sobre un globo terráqueo. Aquellas líneas cruzaban el «ecuador» del Ojo y se iban mitigando hasta desaparecer en el polo norte. Entretanto, otra serie, en vertical esta vez, iniciaba el mismo patrón, naciendo desde el polo hacia uno de los lados del ecuador y desapareciendo en el otro. Después, emergió una nueva serie de líneas, que recorrían los polos formando ángulos rectos con los dos primeros pares. La visión silenciosa de rectángulos grises resultaba fascinante y bella.

Y, a continuación, apareció una cuarta serie de líneas. Buscadora intentaba seguirlas por dondequiera que fueran. Pero, de pronto, sintió un profundo dolor en su interior. Gritó.

De nuevo, aquellas manos invisibles la soltaron y cayó al suelo. Se frotó los ojos con las muñecas. Por primera vez, tomó conciencia de un calor que se extendía por la cara interna de sus muslos. Se había orinado de pie, y ni siquiera se había dado cuenta.

Aferrada seguía en pie, temblando, pero en posición erguida, contemplando las series de líneas que formaban complicados patrones de sombras sobre su carita. Surgió un quinto grupo de líneas, un sexto... y todos desaparecían en direcciones imposibles.

Aferrada se quedó rígida, con la cabeza hacia atrás y los dedos sujetos a la nada, y luego cayó, tesa como un bloque de madera. Buscadora agarró a su hija y la arrastró hacia su regazo, mojado de orina. El cuerpo de Aferrada fue relajándose hasta convertirse en un débil bulto peludo. Buscadora la meció y la amamantó, aunque su flácido pecho ya llevaba muchos años seco.

Incluso entonces, el Ojo las miraba, testigo del vínculo entre madre e hija, absorbiendo todas las sensaciones de sus cuerpos. Todo formaba parte de la prueba.

El respiro fue breve. Enseguida, el Ojo retomó su suave y perlado resplandor. Era como si unas manos invisibles pinchasen y golpeasen las extremidades de Buscadora. Empujó a su hija a un lado y volvió a ponerse en pie, con el rostro levantado hacia aquella luz sobrenatural.

El Ojo de Maduk

Bisesa se trasladó al Templo de Marduk. Se llevó una plataforma de tablas y varias mantas, y le servían la comida; incluso montó un retrete químico que había rescatado del *Little Bird*. Pasaba la mayor parte del tiempo allí, a solas con su teléfono... y la imperturbable vigilancia del Ojo.

Podía sentir perfectamente que había algo ahí dentro, una presencia tras aquella esfera impenetrable. Era una sensación que superaba a los propios sentidos, como la que experimentaría si le vendasen los ojos y la empujasen a través de una puerta, pero permitiéndole determinar si el espacio en que se encontraba era abierto o cerrado.

Sin embargo, no era como estar con una persona. En ocasiones, solo se sentía observada, como si el Ojo no fuera más que una gran cámara. Pero, otras veces, sentía que había algo dentro del propio Ojo. ¿Habría un vigilante introducido metafóricamente en cada uno de los Ojos del mundo? En algunas ocasiones, Bisesa sentía que, en realidad, existía una jerarquía completa de inteligencias, que aumentaba con la simple creación de Ojos y vigilantes, y que crecería en alguna dirección imposible, filtrando y clasificando la destilación de sus acciones, sus reacciones y su propia persona.

Cada vez pasaba más tiempo explorando aquellas sensaciones. Evitaba a todo el mundo, a sus compañeros del siglo XXI, e incluso al pobre Josh. Pero recurría a él para sentirse cómoda, cuando tenía frío y estaba desesperadamente sola. Después, pese a que sentía un sincero afecto por él, se sentía culpable, como si lo hubiera utilizado.

Intentaba no ahondar en aquellos sentimientos, ni decidir siquiera si quería a Josh o no. Tenía al Ojo, y ese era el centro de su mundo. Debía serlo. Y no pensaba compartirlo con nada ni con nadie, ni siquiera con Josh.

Intentó aplicar sus conocimientos de física al Ojo.

Empezó con sencillas medidas geométricas, como las que había llevado a cabo Abdikadir con los Ojos más pequeños de la Frontera del Noroeste. Utilizó instrumental con láser para demostrar que, tampoco para esta esfera, la proporción circunferencia-diámetro era pi, como habían afirmado Euclides, la geometría escolar y el resto del mundo, sino tres. Igual que los demás Ojos, este era un intruso procedente de otro lugar.

Bisesa fue más allá de la geometría. Con un grupo de macedonios y británicos, regresó a la Frontera del Noroeste, en concreto al lugar del accidente del *Little Bird*. Varios meses de lluvia ácida no habían contribuido a conservar lo poco que quedaba

del helicóptero. No obstante, encontró sensores electromagnéticos que aún podían utilizarse, y que funcionaban en luz visible, infrarroja y ultravioleta. Ojos electrónicos de espía aéreo del siglo XXI. Y también halló varias «narices», sensores químicos diseñados para detectar explosivos y similares. Bisesa además recuperó instrumentos varios, componentes, cableado y parte del equipamiento todavía servible, como aquel retrete químico.

Instaló todo su equipamiento en la cámara del templo. Improvisó una especie de andamio en torno al Ojo y fijó los sensores amputados de su helicóptero para observar a aquel objeto extraterrestre desde todos los ángulos, veinticuatro horas al día. Al final, tenía aquella antigua estancia babilonia llena de un entramado de cables y de sensores de infrarrojos, conectados a una caja de interfaz sobre la que reposaba pacientemente su teléfono. No obstante, tenía poca energía eléctrica, nada más que las baterías del helicóptero y las pequeñas pilas del propio montaje. Con lo cual, sus sensores del siglo XXI estudiaban aquel imposible artefacto extraterrestre a la luz humeante de lámparas de aceite animal.

Pero obtuvo algunas respuestas.

Los sensores de radiación del *Little Bird*, contadores Geiger diseñados para medir la radioactividad, detectaron rastros de rayos X de alta frecuencia y partículas de alto contenido en energía que emanaban del Ojo. Aquellos resultados eran algo escurridizos y preocupantes, y Bisesa imaginó que serían simples fugas, como un espectro de productos de alta radiación procedentes del Ojo, más allá del alcance de análisis de los contadores Geiger. La radiación debía de estar formada por restos de un inmenso desgaste de energía, la gran tensión requerida para mantener la existencia de aquel Ojo en una realidad hostil, tal vez.

Y luego estaba la cuestión del tiempo.

Bisesa utilizó el altímetro para hacer rebotar rayos láser sobre el Ojo. La luz se reflejaba en él con total eficacia; la superficie de la esfera actuaba como un espejo perfecto. Pero los rayos regresaban con un marcado efecto Doppler. Era como si la superficie del Ojo fuera retrocediendo a gran velocidad, a más de cien kilómetros por hora. Cada punto de la superficie con el que efectuó la prueba dio el mismo resultado. Según todos los datos que obtenía, el Ojo estaba implosionando.

A simple vista, por supuesto, el Ojo permanecía estático e inamovible, flotando tranquilamente en el aire como siempre había hecho. No obstante, en alguna dirección que ella no podía percibir, aquella superficie lisa se estaba moviendo. Bisesa sospechó que, en cierto sentido, la existencia del Ojo intensificaba su movimiento más allá de lo que ella alcanzaba a ver, o de lo que sus instrumentos podían calcular.

Y, si aquello era posible, tal vez solo existía un Ojo, que se proyectaba desde alguna dimensión más alta sobre el mundo, como los dedos de una mano que se

sumergen en la superficie de un estanque.

Pero, en ocasiones, Bisesa pensaba que toda aquella experimentación no tenía otro objetivo que distraerla del asunto principal, que era su intuición con respecto al Ojo.

—Tal vez solo estoy siendo antropomórfica —le dijo al teléfono—. ¿Por qué iba a existir una mente, algo parecido a mi propia mente, que tuviera alguna relación con todo esto?

—David Hume se hizo la misma pregunta —murmuró el teléfono—. *Diálogos sobre la religión natural...* En ellos, Hume se preguntaba por qué debía considerar a la «mente» como el principio organizador del universo. Hablaba sobre las construcciones tradicionales de Dios, por supuesto. Tal vez el orden que nosotros percibimos, simplemente, emerge. «De todo lo que conocemos a priori, la materia puede contener la fuente, o el orden que se origina dentro de sí mismo, lo mismo que la mente». Escribió todo eso antes de que Darwin demostrase que era posible que la organización surgiese de la materia sin mente.

—Entonces, ¿crees que estoy antropomorfizando?

—No —respondió el teléfono—. No conocemos ninguna forma de que un objeto como este se forme, excepto mediante una acción inteligente. Asumir que una mente es la responsable de su creación es, probablemente, la hipótesis más simple. Y, en cualquier caso, puede que esas sensaciones que experimentas se basen en alguna realidad física, aunque no se manifiesten a través de tus sentidos. Tu cuerpo y tu cerebro son instrumentos complicados por ellos mismos. Quizá la sutil electroquímica que apuntala tu mente esté siendo influenciada por ello de alguna manera. No es telepatía, pero podría ser real.

—Entonces —dijo ella—, ¿tú sientes que hay algo ahí dentro?

—No. Pero yo no soy humano.

Algunas veces, Bisesa sospechaba que el ojo alimentaba sus impresiones más profundas de forma deliberada.

—Es como si estuviera descargando información a mi cerebro. Pero mi mente es incapaz de absorberla toda. Como al instalar un programa moderno de realidad virtual en una máquina antigua...

—Es un símil con el que puedo simpatizar —repuso el teléfono, con sequedad.

—No quería ofender.

Otras veces, Bisesa se limitaba a sentarse en compañía del Ojo, y dejaba que su mente divagase a sus anchas por donde quisiera.

No dejaba de pensar en Myra. A medida que pasaba el tiempo, que los meses iban convirtiéndose en años, y que la Discontinuidad, aquel extraordinario y único acontecimiento, iba quedando relegada al pasado, Bisesa se sentía más inmersa en aquel nuevo mundo. En ocasiones, en su vivienda antigua y gris, los recuerdos del

siglo XXI le parecían absurdos, imposiblemente coloridos, como un falso sueño. Pero su sentimiento de pérdida con respecto a Myra jamás desapareció.

Ni siquiera sentía que le habían quitado a su hija de alguna forma, para que ella continuase su vida en algún otro lugar del mundo. Tampoco la reconfortaba imaginar cómo sería la Myra de ahora, su aspecto, sus estudios, o lo que habrían hecho juntas de no haberse separado. Ninguna de aquellas situaciones humanas comprensibles le servían, porque tampoco sabía si Myra y ella tenían una línea temporal en común. Incluso era posible que hubiera varias copias de su hija en múltiples mundos fragmentados, algunas acompañadas de las copias de la propia Bisesa. ¿Y cómo debía sentirse frente a aquello? La Discontinuidad había sido un acontecimiento sobrehumano, y la pérdida que había sufrido ella también lo era, con lo que no existía forma humana de afrontarla.

Tumbada sobre sus tablas, con la mente vagando de un lado al otro en la noche, Bisesa sentía cómo el Ojo la observaba, testigo de su desconcertante dolor. Pero no había compasión o piedad, sino una gran sensación de absoluta vigilancia.

Se levantaba y golpeaba al impasible Ojo con el puño, y le lanzaba con furia tierra y escombros de Babilonia.

—¿Era esto lo que querías? ¿Por esto viniste aquí, destrozaste nuestro mundo y nuestras vidas? ¿Viniste para partirme el corazón en añicos? ¿Por qué no me mandas de vuelta a casa?

Sentía cierta receptividad. Básicamente, como la reverberante receptividad de una inmensa cúpula catedralicia, donde sus insignificantes gritos no tenían lugar ni significado.

Pero a veces pensaba que alguien la estaba escuchando.

Y, solo muy de vez en cuando, sin compasión o con ella, sentía que podían responder a sus súplicas.

Un día, el teléfono le susurró:

—Es la hora.

—¿La hora de qué?

—Tengo que entrar en modo de ahorro de energía.

Bisesa llevaba tiempo esperando aquello. La memoria del teléfono contenía una enorme cantidad de datos irremplazables y de incalculable valor; no solo sus observaciones del Ojo, y un registro de los eventos desencadenados por la Discontinuidad, sino los últimos tesoros del mundo perdido, por no mencionar las obras del pobre Ruddy Kipling. Pero no tenía donde descargar toda aquella información, ni tan siquiera algún medio para imprimirla. Por las noches, y bajo la supervisión de Abdikadir, había dejado el teléfono a un grupo de oficinistas británicos, que habían transcrito y reproducido manualmente varios documentos, diagramas y mapas. Era mejor que nada, pero apenas habían extraído una

inapreciable parte de toda su memoria.

En cualquier caso, Bisesa y el teléfono habían acordado que, cuando la batería cayese a un nivel crítico, el aparato entraría en un modo inerte. Solo necesitaba un hilo de potencia para conservar los datos prácticamente por tiempo indefinido, hasta el momento en que la nueva civilización de Mir hubiera avanzado lo suficiente como para acceder a los inestimables recuerdos almacenados en su memoria.

—Entonces, te devolveré a la vida —le había prometido ella.

Todo era muy lógico, sí, pero Bisesa se quedaba sola. Al fin y al cabo, aquel teléfono había sido su compañero inseparable desde que tenía doce años.

—Tienes que presionar los botones para apagarme —dijo el teléfono.

—Lo sé. —Bisesa sostuvo el pequeño aparato ante ella, y tecleó la combinación clave con los ojos irremediabilmente llenos de lágrimas. Hizo una pausa antes de pulsar el último número.

—Lo siento —dijo el teléfono.

—No es culpa tuya.

—Bisesa, estoy asustado.

—No debes estarlo. Si tengo que hacerlo, te emparedaré y te dejaré en manos de los arqueólogos.

—No me refiero a eso. Nunca me habías apagado antes. ¿Crees que soñaré?

—No lo sé —susurró ella. Presionó la tecla y la pantalla del teléfono, de un verde brillante en la penumbra de la estancia, se volvió negra.

Exploraciones

Tras seis meses de exploraciones en el sur de la India, Abdikadir regresó a Babilonia.

Eumenes lo acompañó a dar un paseo por la ciudad, que se estaba recuperando a gran velocidad. Era un día frío. Aunque se encontraban en pleno verano —según los astrónomos babilonios, que rastrearon pacientemente el movimiento del sol y las estrellas en el nuevo cielo—, el aire era helado y Abdikadir se envolvió el torso con los brazos.

Después de haber pasado varios meses fuera, Abdikadir quedó impresionado con los avances. Los habitantes de Babilonia habían trabajado realmente duro. Alejandro había repoblado la maltrecha ciudad con varios de sus oficiales y veteranos, y había instalado a uno de sus generales en una junta de gobernación compartida con uno de los oficiales babilonios anteriores a la Discontinuidad. El experimento parecía estar funcionando; la nueva población, una mezcla de guerreros macedonios y nobles babilonios, se llevaba y toleraba notablemente bien.

Por otra parte, reinaba el debate sobre qué hacer con la zona de la orilla oeste, reducida a escombros por el paso del tiempo. Para los macedonios, era un simple páramo; para los modernos, era un yacimiento arqueológico que tal vez un día pudiera proporcionar pistas sobre el gran desplazamiento en el tiempo que había partido en dos aquella ciudad. Por el momento, el acuerdo mutuo era dejarlo como estaba.

Pero río abajo, algo más alejado de las murallas de la ciudad, la armada de Alejandro había desenterrado un puerto natural, lo suficientemente hondo como para recibir grandes barcos, que se estaban construyendo con cuadernas naturales en improvisados diques secos. Incluso tenían un pequeño faro, que funcionaba con lámparas de aceite, con escudos pulidos que hacían la función de espejos tras de ellas.

—Esto es magnífico —dijo Abdikadir. Se encontraban de pie sobre el muro del nuevo puerto, que dominaba los pequeños navíos que ya se aventuraban en las aguas que corrían por debajo.

Eumenes dijo que Alejandro sabía que el transporte rápido y la comunicación efectiva eran la clave para aunar un imperio.

—El rey aprendió la lección de la forma más dura —dijo, seriamente. En cinco años, había aprendido algo de inglés, y Abdikadir un incierto griego; con un mínimo de cooperación, ya podían comunicarse sin intérpretes—. El progreso de Alejandro a través de Persia debía mucho a la calidad de las rutas imperiales. Cuando llegamos al final de las vías persas, muy lejos hacia el oeste, su infantería sabía que no podía ir

más lejos, por grande que fuese su ambición. Y tuvimos que detenernos. Pero el océano es la ruta de los dioses, y no cuesta ningún esfuerzo trasladarse a través de él.

—Pese a todo, me cuesta creer que hayáis conseguido tanto en tan poco tiempo... —Abdikadir, al ver toda aquella industria, se sintió algo culpable. Tal vez había estado demasiado tiempo fuera.

Había disfrutado mucho de sus exploraciones. En la India, Abdikadir y su partida habían recorrido un sendero a través de una densa jungla, donde encontraron toda clase de plantas y animales exóticos..., pero pocas personas. Otras expediciones similares partieron hacia el este, el oeste, el norte y el sur, a Europa, Asia y África. Levantar un mapa de aquel mundo nuevo y rico parecía llenar un vacío en el corazón de Abdikadir, un hueco dejado por su propio mundo, y también por el trauma de la gran matanza durante la guerra contra los mongoles. Quizá estaba explorando el mundo exterior para evadirse de la confusión de su mundo interior. Y tal vez llevaba demasiado tiempo evadiendo sus verdaderas responsabilidades.

Dio la espalda a la ciudad y volvió la mirada hacia el sur, donde los centelleantes canales de irrigación se extendían hacia los verdes campos. Ahí estaba el verdadero trabajo del mundo: cultivar comida. Después de todo, aquello era el Creciente Fértil, el lugar de nacimiento de la agricultura organizada y, en una ocasión, aquellos campos de irrigación artificial habían proporcionado un tercio del aporte alimenticio de todo el imperio persa. Con toda seguridad, era el mejor lugar para empezar a cultivar de nuevo. Pero Abdikadir ya había inspeccionado los campos y sabía que las cosas no estaban saliendo del todo bien...

—Es el maldito frío —se quejó Eumenes—. Los astrónomos dirán que estamos en verano, pero yo no había visto jamás uno igual... Y luego están las langostas y las demás plagas de insectos.

De todas formas, el programa de recuperación era impresionante, pese a haber pasado por unos inicios lentos. La ambición de los mongoles por ganar Babilonia se había extinguido tiempo atrás, y no parecía haber perspectivas reales de una nueva amenaza por su parte en un futuro cercano. Los embajadores de Alejandro informaron de que los mongoles parecían asombrados por el repentino vacío del sur de China; cincuenta millones de personas evaporadas como gotas de lluvia. La guerra contra los mongoles había sido una gran aventura, pero también había supuesto un desvío. Con la victoria, un profundo sentimiento de decepción se había adueñado de los británicos, los macedonios y la tripulación del *Little Bird*. A nadie le quedó otro remedio que afrontar la temible verdad; que aquella campaña no iba a devolver a ninguno de ellos a su casa.

Les había costado cierto tiempo plantearse un nuevo propósito: construir un nuevo mundo. Y Alejandro, con su energía y su inquebrantable voluntad, había sido un punto clave para establecer ese sentido del deber.

—¿Y en qué está trabajando el rey?

—En eso. —Eumenes señaló el centro ceremonial de la ciudad.

Abdikadir vio que habían limpiado una gran área, y habían establecido los niveles inferiores de lo que parecía un nuevo zigurat. No pudo evitar emitir un silbido de admiración:

—¡Vaya! Parece que será una buena competidora de la Torre de Babel.

—Tal vez lo sea. Nominalmente, es un monumento para Hefestión. Su propósito será conmemorar el mundo que hemos perdido. ¡Estos macedonios atesoran mucho sus artes funerarias! Y Alejandro, creo, ambiciona rivalizar con las enormes tumbas que vio una vez en Egipto. Pero, tal como están las cosas en los campos, nos cuesta afrontar lo necesario para tales empresas, por majestuosas que pretendan ser.

Abdikadir estudió el cincelado rostro del griego.

—Me da la impresión de que quieres pedirme algo —dijo.

—Y yo tengo la sensación de que tú tienes un pequeño griego en tu interior —sonrió Eumenes—. Abdikadir, aunque la esposa del rey, Roxana, dio a luz a un hijo, que ahora tiene cuatro años y será su heredero, el bienestar de Alejandro durante los próximos años es esencial para todos nosotros.

—Por supuesto.

—Pero esto —prosiguió Eumenes, señalando los astilleros y los campos— no es suficiente para él. El rey es un hombre complicado, Abdikadir. Créeme. Es un macedonio, y bebe como tal. Pero puede ser frío y calculador como un persa, y también un hombre influyente e inteligente, como un gobernante griego.

—Pero, pese a toda esa sabiduría, Alejandro tiene el corazón de un guerrero, y hay una tensión entre sus instintos bélicos y su deseo de levantar un imperio. Y no creo que ni él mismo comprenda todo eso. Nació para luchar contra los hombres, no contra una plaga de langostas en un cultivo, o contra el cieno de un canal. Afrontémoslo: no hay hombres ahí fuera contra los que luchar. Lo cierto es que la continuidad de Babilonia ha recaído sobre los que están cerca de él. Yo mismo, Pérdicas y el capitán Grove. —Pérdicas era uno de los oficiales más veteranos de Alejandro, y de los más cercanos; comandante de los Compañeros de a pie, y que ahora ostentaba el título de Hefestión tras la muerte de este, algo similar a un visir.

—Necesitan mi sabiduría griega —repuso Eumenes—, pero yo necesito a los macedonios para trabajar. Por supuesto, cada uno tiene sus propios seguidores, ¡sobre todo Pérdicas! Hay camarillas y conspiraciones, como siempre ha ocurrido. Pero mientras Alejandro nos gobierne a todos, trabajaremos bien juntos. Necesitamos a Alejandro; la Nueva Babilonia necesita a su rey. Pero...

—No lo necesita deambulando por ahí sin nada que hacer, monopolizando la mano de obra en monumentos funerarios cuando hay campos que cultivar. —Abdikadir esbozó una sonrisa—. ¿Quieres que lo distraiga? ¿Es eso?

—Yo no lo diría con esas palabras —repuso Eumenes—, pero Alejandro ha expresado su curiosidad por saber si ese gran mundo que nos has descrito sigue ahí. Y creo que también quiere visitar a su padre.

—¿A su padre?

—A su padre divino, Amón, que también es Zeus, en su santuario del desierto.

—Vaya... —dijo Abdikadir—, es un gran viaje.

—Mejor que mejor —contestó Eumenes—. Y también está el asunto de Bisesa.

—Lo sé. Sigue encerrada con el maldito Ojo.

—Estoy seguro de que está realizando un trabajo de valor incalculable. Pero no queremos que se pierda en ello. Vosotros, los *modernos*, sois demasiado pocos. Llévala contigo. —Eumenes sonrió—. He oído que Josh ha vuelto de Judea. Puede que sepa entretenerla...

—Eres un astuto diablo, secretario Eumenes.

—Se hace lo que se puede —repuso este—. Ven. Te mostraré los astilleros.

La sala del templo era un nido de cables y alambres y trozos de máquinas del helicóptero caído, algunas rotas en la parte por donde las habían arrancado del armazón, o incluso chamuscadas por los incendios posteriores al accidente. Todo aquel entramado rodeaba al Ojo, como si Bisesa hubiera pretendido encerrarlo en lugar de estudiarlo. Pero ella sabía que Abdikadir pensaría que, en realidad, era ella la que estaba atrapada.

—La Discontinuidad fue un acontecimiento físico —dijo Bisesa, con firmeza—. Lo mismo da lo grande que sea el poder que se esconde detrás. Físico; no mágico ni sobrenatural. Por ese motivo, se puede explicar con términos de la ciencia física.

—Pero —objetó Abdikadir—, no necesariamente de nuestra ciencia física.

Ella paseó la mirada vagamente por toda la estancia, anhelando la presencia del teléfono para poder ayudarla a explicarse.

Abdikadir y un Josh con la mirada perdidamente asustada se habían sentado en un rincón de la habitación. Bisesa sabía que Josh odiaba aquel lugar; no solo por la abrumadora presencia del Ojo, sino porque lo había separado de ella. En aquel momento, el joven estaba bebiendo té con leche, al estilo inglés, mientras Bisesa intentaba exponer sus recientes teorías sobre el Ojo y la Discontinuidad.

—El espacio y el tiempo se quebraron durante la Discontinuidad. El mundo se partió, pero se volvió a unir. Sabemos todo eso y, hasta cierto punto, podemos entenderlo. El espacio y el tiempo son reales en algunos sentidos. Se pueden doblar, por ejemplo, con un campo gravitatorio lo suficientemente fuerte. Es tan rígido como el acero, pero se puede...

—Pero si el continuo espacio-tiempo está «relleno», ¿de qué está compuesto? Si miras lo suficientemente cerca, o si puedes asirlo lo bastante como para doblarlo, entonces sabrás cuál es su materia o su esencia. Lo mejor que se nos ha ocurrido es

que el espacio y el tiempo son como una especie de tapiz. Las unidades fundamentales de dicho tapiz son cuerdas, cuerdas minúsculas. Esas cuerdas vibran y los modos de vibración, los tonos de las cuerdas, son las partículas y los campos energéticos que observamos y sus propiedades, como sus masas. Existen muchas formas en las que pueden vibrar, muchas notas que pueden emitir, pero algunas de ellas, las que tienen la energía más alta, no se conocían desde el nacimiento del propio universo.

—De acuerdo. Ahora, las cuerdas necesitan un espacio en el que vibrar; no nuestro propio espacio-tiempo, sino una especie de abstracción. Un estrato. En varias dimensiones.

Josh frunció el ceño. Estaba claro que le costaba seguir la conversación.

—Continuad —dijo.

—La forma en que se establece dicho estrato, su topología, gobierna el modo en que se comportan las cuerdas. Es como la caja de resonancia de un violín. Si lo pensáis, es una imagen bella. La topología es una propiedad del universo a la mayor escala, pero determina el comportamiento de la materia en las escalas más pequeñas.

—Pero, imagina que haces un agujero en la caja de resonancia. Con eso, creas un cambio en la estructura del estrato subyacente. Entonces obtienes una transición en la forma de vibrar de las cuerdas.

Abdikadir dijo:

—Y el efecto de una transición de ese tipo a escala mundial...

—La vibración de las cuerdas es la que guía la existencia de las partículas y los campos que conforman nuestro mundo y sus propiedades. De tal forma que si se atraviesa una transición, dichas propiedades cambian. —Bisesa se encogió de hombros—. La velocidad de la luz, por ejemplo, puede cambiar. —A continuación, describió sus cálculos con el marcado efecto Doppler en los reflejos del Ojo de Marduk—. Tal vez tuvieran algo que ver con las transiciones al nivel de los estratos.

Josh se inclinó hacia delante, con el semblante muy serio.

—Pero, Bisesa —intervino—, ¿y qué hay de la causalidad? Recuerda el monje budista que describió Kolya, ¡vivía con su propio yo más joven! Entonces, si al anciano se le ocurre estrangular al niño, ¿borraría el lama su propia existencia? Y luego está el pobre Ruddy, muerto ahora y para siempre, sin la posibilidad de escribir las novelas y los poemas de los que tú hablaste, Bisesa, y que tienes almacenados en tu teléfono. ¿Qué dice sobre eso tu física de cuerdas y cajas de resonancia?

Ella suspiró y arrugó el semblante.

—Estamos hablando de un continuo espacio-tiempo desgarrado. Las normas son diferentes. Josh, ¿sabes lo que es un agujero negro?... Imagina que una estrella sufre un colapso, aumentando tanto su densidad que su campo gravitatorio se vuelve muy profundo. Al final, ni el más poderoso de los cohetes podría escapar de la región que

ocupa. En realidad, ni la propia luz podría hacerlo. Bien, Josh, pues un agujero negro es un desgarramiento en el ordenado tapiz del espacio-tiempo. Y se traga la información. Si yo lanzo un objeto a un agujero negro; una piedra, o la última copia impresa de las obras completas de Shakespeare, lo que sea, prácticamente toda la información que contiene se pierde, sin posibilidad de recuperación, excepto su masa, su carga y su momento angular.

»Los puntos de contacto entre los pedazos de Mir, unidos desde diferentes eras, seguramente no son como los horizontes de los agujeros negros. Pero sí eran desgarramientos entre el espacio y el tiempo. Y puede que la información se haya perdido de la misma forma. Por eso fracasa la causalidad. Creo que nuestra nueva realidad, aquí en Mir, se está... tejiendo. Se están formando nuevas cadenas causales, pero que ya forman parte de este mundo, de esta realidad, y que no tienen nada que ver con la antigua... —Bisesa se frotó los ojos, cansada—. Esto es todo lo que puedo hacer. Deprimente, ¿verdad? nuestra física más avanzada no nos ofrece nada más que metáforas.

—Debes escribir todo esto —sugirió Abdikadir—. Que Eumenes asigne a un secretario para anotar todo.

—¿En griego? —preguntó ella, con una risa hueca.

—Estamos hablando del «cómo» de la Discontinuidad —dijo Josh—. Pero ni me acerco a comprender el porqué.

—Había un propósito —dijo Bisesa. Levantó la vista hacia el Ojo, con resentimiento—. Todavía no sabemos cuál es. Pero ellos están ahí arriba, en algún lugar. Más allá del Ojo y de todos los Ojos. Nos están mirando. Tal vez están jugando con nosotros.

—¿Jugando?

—¿Habéis visto cómo el Ojo de la jaula ha estado experimentando con los simios? —dijo Bisesa—. Corren dentro de esa maldita red como ratas con cables en la cabeza.

—Quizá el ojo está intentando... —dijo Josh, abriendo las manos— estimular a los simios humanos. Aumentar su nivel de inteligencia.

—Míralos a los ojos —repuso Bisesa, con frialdad—. Esto no tiene nada que ver con el estímulo. Están absorbiendo a esas pobres criaturas. Los Ojos no han venido a dar, sino a llevarse.

—Nosotros no somos simios —apuntó Abdikadir.

—No. Pero puede que las pruebas que nos hacen a nosotros sean más sutiles. Tal vez los rasgos particulares del Ojo, como su geometría no euclidiana, solo son un laberinto para nosotros. Y, por otra parte, ¿creéis que de verdad es coincidencia que Alejandro y Gengis Khan llegasen hasta aquí? ¿Los dos mayores líderes militares de la historia euroasiática, enfrentándose a muerte, por casualidad? Se están riendo de

nosotros. Puede que todo esto se limite a la mera diversión.

—Bisesa. —Josh tomó las manos de ella entre las suyas—. Tú crees que el Ojo es la clave de todo lo que está ocurriendo. Bien, y yo también. Pero te estás dejando destruir por el trabajo. ¿Qué te aporta eso?

En ese momento, Bisesa miró a Josh y a Abdikadir con una expresión de alarma en el rostro.

—¿Se puede saber qué estáis tramando vosotros dos?

Abdikadir le contó la expedición europea que planeaba Alejandro.

—¡Ven con nosotros, Bisesa! ¡Será toda una aventura!

—Pero el Ojo...

—Seguirá aquí cuando regresemos —dijo Josh—. Podemos delegar su vigilancia en otra persona.

—Los simios humanos no pueden escaparse —apuntó Abdikadir—. Tú eres un ser humano. Demuestra que esta cosa no puede controlarte, Bisesa. Sal de aquí.

—Mierda —concluyó ella, cansada—. Casey...

—¿Qué?

—Casey es quien debe encargarse de esto. No un macedonio. Y tampoco un británico, lo que sería peor, porque pensaría que lo entiende.

Abdikadir y Josh intercambiaron una rápida mirada.

—Pero yo no seré quien le diga que tiene que hacerlo —dijo Josh apresuradamente.

Bisesa miró de nuevo al Ojo.

—Volveré, cabrones. Sed buenos con Casey. Recordad que sé más sobre vosotros de lo que les he contado...

—¿Bisesa? —Abdikadir frunció el ceño—. ¿Qué has querido decir con es?

Que tal vez conozca un camino de vuelta a casa. Pero no podía contarle. Todavía no. Bisesa se levantó.

—¿Cuándo nos vamos?

El paseo por el lago

El viaje empezaría por Alejandría. Navegarían en sentido contrario a las agujas del reloj frente al complicado litoral del Mediterráneo: empezando en Egipto, viajarían hacia el norte y después hacia el oeste, por la costa meridional europea, atravesando el Estrecho de Gibraltar y subiendo el litoral septentrional de África.

Nada de lo que hacía aquel rey era modesto. Al fin y al cabo, era Alejandro Magno. Y su travesía por el Mediterráneo, a la que sus consejeros habían bautizado con el irónico apelativo de «el paseo por el lago de Alejandro», no iba a ser una excepción.

Alejandro había sufrido una terrible decepción al descubrir que la ciudad que había erigido junto al Nilo, su Alejandría, había sido destruida por la Discontinuidad. Pero el rey no se dejó amedrentar y ordenó el inicio de la edificación de una nueva ciudad, sobre los mismos planos de la desaparecida. También mandó a sus ingenieros la construcción de un nuevo canal entre el Golfo de Suez y el Nilo. Mientras tanto, ordenó que levantaran un improvisado puerto en Alejandría, y trasladó la mayor parte de los barcos construidos en la India, por tierra y desmontados, al Golfo de Suez.

Bisesa no daba crédito cuando vio que, tan solo en un par de meses, la flota ya estaba montada de nuevo en el puerto de Alejandría, lista para partir. Tras dos días de festival de sacrificios y actividades diversas en el complejo de tiendas de los trabajadores, la flota zarpó.

Al principio, Bisesa, separada del Ojo de Marduk por primera vez en cinco años, encontró el viaje extrañamente relajante. Pasaba mucho tiempo en cubierta, contemplando la desentrañada tierra o escuchando las complejas conversaciones del cruce de culturas en el que vivía. Incluso el mar le resultaba curioso. En su tiempo, el Mediterráneo, que se recuperaba de décadas y décadas de polución, se había convertido en una mezcla de reserva de caza y parque nacional, cercado por enormes barreras invisibles de electricidad y sonido. Pero ahora era salvaje de nuevo, y los delfines y las ballenas nadaban a sus anchas. En una ocasión, creyó ver la forma de torpedo de un inmenso tiburón, mayor que cualquiera de los de su época, de eso estaba segura.

Pero nunca hacía calor. Por las mañanas, aspiraba la escarcha del aire. Cada año le parecía un poco más fría, aunque resultaba difícil estar segura. Ojalá hubiera pensado en anotar las temperaturas desde el principio. Pero a pesar del frío, era necesario protegerse del sol. Los británicos llevaban pañuelos atados en la cabeza, e incluso los bronceados macedonios sufrían alguna quemadura solar. En los barcos

reales, habían erigido gruesos toldos, y los médicos de Alejandro experimentaron con ungüentos de manteca de burro y savia de palmera para bloquear los repentinamente intensos rayos del sol. Las tormentas de los primeros días después de la Discontinuidad habían cesado hacía ya tiempo, pero el clima había quedado claramente revuelto.

Por las noches, las cosas aún resultaban más extrañas. Bajo los doseles de las tiendas, Alejandro y sus compañeros bebían hasta la saciedad. Pero Bisesa se sentaba en la oscura calma de la cubierta del barco y contemplaba la tierra, donde apenas se vislumbraba luz alguna. Si el cielo estaba claro, levantaba la vista y observaba las constelaciones sutilmente alteradas. Pero muchas veces veía auroras y cortinas de luz, grandes estructuras visiblemente tridimensionales que dominaban el negro mundo. Bisesa jamás había tenido noticia de la visión de auroras a tan bajas latitudes, y tenía un inquieto sentimiento sobre lo que podían presagiar; la Discontinuidad no era superficial; en realidad, podía haber cortado profundamente la estructura del mundo.

Algunas veces, Josh se sentaba junto a ella. Y, a veces, si los macedonios estaban calmados, buscaban un rincón oscuro donde hacían el amor, o simplemente, se acurrucaban juntos.

Pero la mayor parte del tiempo, Bisesa estaba sola. Sospechaba que sus amigos tenían razón, que se había puesto en peligro al perderse junto al Ojo. Necesitaba poner los pies de nuevo en el mundo, e incluso Josh era una distracción. Pero sabía que, otra vez, le estaba haciendo daño.

El supuesto motivo del viaje era investigar el nuevo mundo y, cada pocos días, Alejandro mandaba partidas de exploradores a tierra. Había seleccionado a un pequeño ejército de iranés, griegos coloniales y agricultores para desempeñar aquellas misiones: tropas de gran movilidad y flexibilidad, cargadas de iniciativa y osadía. A cada grupo se había asignado a algunos británicos, y cada expedición llevaba sus propios investigadores y cartógrafos.

No obstante, los primeros resultados fueron decepcionantes. Desde el principio, los exploradores informaron sobre maravillosos hallazgos: extrañas formaciones rocosas, islas de vegetación extraordinaria y de animales aún más extraordinarios. Pero todos aquellos espectaculares fenómenos eran naturales; de las obras de la humanidad, apenas había sobrevivido nada. La antigua civilización de Egipto, por ejemplo, se había desvanecido completamente. Sus monumentales construcciones habían desaparecido de sus lechos de arenisca, y en el valle de los Reyes no había signo de nada relacionado con la humanidad, salvo algunas criaturas parecidas a los chimpancés, las mismas que los británicos llamaban simios humanos, aferradas a los parches de bosque.

Fue un alivio navegar por la costa de Judea. No quedaba rastro de Nazaret y

Belén... y menos de Jesucristo y su Pasión. Pero cerca de donde debiera encontrarse Jerusalén, se desató una pequeña y rápida revolución industrial bajo el mando de los ingenieros británicos. Josh y Bisesa recorrieron yardas y yardas de terreno, donde sudorosos trabajadores macedonios, entusiasmados ingenieros británicos y algunos brillantes aprendices griegos construían recipientes a presión a modo de hervidores, y experimentaban con prototipos de barcos de vapor fabricados con hélices y travesados de vías. Los ingenieros estaban aprendiendo a comunicarse en griego arcaico con palabras inglesas modernas como «cigüeñal» o «cabezas de vapor».

Como en todas partes, reinaba la prisa por construir a toda velocidad, antes de que se perdieran los recuerdos y las habilidades de la primera generación, transmitidas a través de la Discontinuidad. Pero el propio Alejandro, un rey guerrero, resultó ser algo escéptico en lo referente a la tecnología. Necesitaron construir un prototipo para impresionarlo. Era algo parecido al *aeolipile* Herón; en la línea temporal perdida, un fabricante de novedades mecánicas de Alejandría, un precursor de la máquina de vapor con dos boquillas que descargaban vapor y giraban sobre ellas mismas como un aspersor. Pero Eumenes vio inmediatamente el potencial de aquella nueva forma de poder.

No obstante, era un trabajo difícil. Los británicos solo tenían algunas de las herramientas necesarias, y la infraestructura de fabricación debía construirse literalmente desde los cimientos, incluidas las minas de carbón y mineral de hierro. Bisesa pensó que tal vez estaban a veinte años de distancia de poder completar la fabricación de máquinas tan eficaces y potentes como la de James Watt.

—Pero está empezando otra vez —dijo Abdikadir—. Pronto, por todos los dominios de Alejandro, habrá bombas que trabajarán en las minas, excavando cada vez a mayor profundidad, y barcos de vapor navegando por el Mediterráneo, y grandes redes de ferrocarril que se extenderán hasta Asia, a la capital de los mongoles. Este nuevo Jerusalén será el taller del mundo.

—A Ruddy le habría encantado —dijo Josh—. Siempre le impresionaron mucho las máquinas. Decía que eran como una nueva raza del mundo. Y también decía que el transporte es la civilización. Si los continentes pueden unirse con barcos de vapor y vías férreas, quizá este nuevo mundo no conozca las guerras, ni tan siquiera las naciones, ¡salvo una única y maravillosa nación que es la humanidad!

—Pensaba que había dicho que las estaciones depuradoras eran la base de la civilización —dijo Abdikadir.

—¡Eso también!

Bisesa tomó afectuosamente la mano de Josh.

—Tu optimismo es como una dosis de cafeína —le dijo.

—Me lo tomaré como un cumplido —contestó él, frunciendo el ceño.

—Pero el nuevo mundo no se parecerá en nada al nuestro —apuntó Abdikadir—.

Ellos, los macedonios, son muchísimos más que nosotros. Si nace un nuevo mundo-Estado, su lengua oficial será el griego... si no el mongol. Y, con toda probabilidad, será budista.

En un mundo cuyos mesías habían desaparecido, el extraño tándem de budistas de aquel templo de las profundidades de Asia había suscitado el interés entre los macedonios y los mongoles. La vida circular del lama parecía la metáfora perfecta para la Discontinuidad y las extrañas circunstancias del mundo que había dejado atrás, así como para la religión propugnada con cariño por el lama.

—¡Vaya! —exclamó Josh—, me encantaría poder avanzar dos o tres siglos para ver lo que crece de las semillas que estamos plantando ahora...

Pero a medida que continuó el viaje, aquellos sueños de construir imperios y crear mundos pasaron a ser insignificantes.

Grecia estaba vacía. Por mucho que los exploradores de Alejandro ahondaron en los densos y enmarañados bosques que cubrían los continentes, no encontraron rastro de las grandes ciudades. Ni Atenas, ni Esparta, ni Tebas. Apenas hallaron signos de vida humana, exceptuando algunas tribus de aspecto tosco, que los propios exploradores describieron como «subhombres». Más por esperanza que por anticipación, Alejandro envió una partida hacia el norte, a Macedonia, para comprobar si había sobrevivido algo de su tierra natal. Los exploradores tardaron semanas en volver, para traer solo noticias negativas.

—Por lo visto —dijo Alejandro con una seca melancolía—, ahora hay más leones que filósofos en Grecia.

Pero Bisesa se dio cuenta con tristeza de que los leones tampoco estaban demasiado bien.

En todos los lugares que recorrían había signos de deterioro y colapso ecológico. Los bosques griegos estaban marchitos y rodeados por secos matorrales. En Turquía, las zonas del interior tampoco tenían signos de vida de ningún tipo, la tierra era pura arena.

—Roja como Marte —dijo Abdikadir, tras tomar parte en una de las exploraciones.

Y cuando recorrieron la isla que una vez se llamó Creta, Josh preguntó:

—¿Os habéis dado cuenta de la poca cantidad de pájaros que hay?

Resultaba complicado determinar el alcance de todo lo que se había perdido, ya que no había forma de saber qué había atravesado la Discontinuidad en primer lugar. Pero Bisesa sospechaba que había una mayor deforestación en proceso. Ellos solo podían especular con las causas.

—Mezclarlo todo de esta manera debe de haber causado grandes daños —dijo.

—Pero... —protestó Josh— ¡Mamuts en París! ¡Felinos dientes de sable en el

Coliseo romano! Mir es una unión de fragmentos, pero también es un caleidoscopio, y su efecto es hermoso.

—Sí, claro, pero cuando se mezclan poblaciones, llegan las extinciones: cuando se unió el istmo entre el norte y el sur de América, cuando los humanos llevaban ratas y cabras y otros animales por el mundo para devastar la vida salvaje... Aquí pasa lo mismo. Hay criaturas de la Edad de Hielo que se pasean con roedores de las ciudades modernas, en un clima que no es el adecuado ni para unos, ni para otros. Lo que ha sobrevivido a la Discontinuidad está acabando con lo que tiene al lado, o al revés.

—Lo mismo que nosotros —dijo Abdikadir, muy serio—. Tampoco pudimos mezclarnos, ¿no es así?

—Deben de haber puntos álgidos y desastres, tal vez eso explique nuestras plagas de insectos, que son síntoma de una ecología no sincronizada —apuntó Bisesa—. Las enfermedades también deben de traspasar las antiguas fronteras. En realidad, me sorprende que no hayamos sufrido una epidemia.

—Los humanos estamos muy desperdigados —dijo Abdikadir—. Puede que, con eso, hayamos tenido suerte...

—¡Pero los pájaros no trinan en los árboles! —protestó Josh.

—Los pájaros son vulnerables, Josh —respondió Bisesa—. Su hábitat, el pantano o la playa, siempre sufre serios daños en los cambios climáticos. La desaparición de los pájaros es una mala señal.

—Pues si las cosas están tan mal para los animales —dijo Josh—, debemos hacer algo para remediarlo.

Abdikadir se echó a reír, pero luego se contuvo.

—¿El qué, exactamente? —preguntó.

—Te burlas de mí —dijo Josh, ruborizado. Empezó a balancear las manos, como agarrando las ideas—. Podríamos agrupar a los animales en zoológicos o reservas. Y lo mismo podríamos hacer con la vegetación, los árboles y las plantas. Y los pájaros e insectos también, ¡especialmente los pájaros! Y, pasado un tiempo, cuando todo se acomode, podemos liberar a todos los animales...

—¿Y dejar que nazca un nuevo Edén? —preguntó Bisesa—. Josh, cielo, no nos burlamos de ti. Y transmitiremos tu idea de agrupar especies zoológicas a Alejandro. Si el mamut y el oso cavernario han vuelto a la vida, deberíamos conservarlos. Lo que pasa es que todo es mucho más complicado que eso. Conservar ecosferas e intentar que se recuperen no es tan fácil, sobre todo porque nunca comprendimos cómo funcionan en realidad. No son estáticas, son dinámicas, y atraviesan grandes ciclos... Las extinciones son inevitables; siempre tienen lugar. Por mucho que lo intentemos, no podemos conservarlo todo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Josh— ¿Cruzarnos de brazos y aceptar lo que quiera que el destino haya decretado?

—No —repuso Bisesa—. Pero tenemos que aceptar nuestras limitaciones. Somos muy pocos. No podemos salvar al mundo, Josh. Ni siquiera sabemos cómo hacerlo. Así que ya tenemos bastante con salvarnos nosotros. Hay que tener paciencia.

—Paciencia, sí —dijo Abdikadir, con gravedad—. Pero solo hizo falta una fracción de segundo para que la Discontinuidad hiciera el daño que hizo. Y se necesitarán millones de años para curarlo...

—Y eso no tuvo nada que ver con el destino —apuntó Josh—. Si los dioses del Ojo eran lo suficientemente sabios como para desgarrar el espacio y el tiempo, ¿no podían prever lo que le ocurriría a nuestro medio natural?

Todos guardaron silencio, mientras pasaban ante las densas selvas de Grecia, marchitas y amenazadoras.

Zeus-Amón

Italia parecía tan desierta como Grecia. No encontraron ningún rastro de las ciudades-estado que recordaban los macedonios, ni de las ciudades modernas del tiempo de Bisesa. En la boca del Tíber no quedaba un ápice de las obras de los extensos puertos que habían construido los romanos imperiales al servicio de las grandes flotas de cereales que habían mantenido viva a su ciudad.

Alejandro estaba intrigado por cómo Roma, que solo era una ambiciosa ciudad-estado en su día, habría llegado a construir un imperio que rivalizaría con el suyo propio. Por ello, seleccionó un grupo de barcas y, reclinado bajo un resplandeciente toldo de color púrpura, partió junto a un grupo de hombres río arriba.

Las siete colinas de Roma eran claramente reconocibles. Pero la zona estaba totalmente deshabitada, excepto por un grupo de vigilantes sentados en el Palatino, emplazamiento donde se habrían construido los palacios de los césares. Alejandro pensó que aquello era una broma macabra, y decidió gentilmente perdonar las vidas de sus históricos rivales.

Acamparon una noche en las pantanosas tierras que se habían convertido en el Foro romano. Vieron una asombrosa aurora que dejó boquiabiertos a los macedonios.

Bisesa no era geóloga, pero se preguntaba qué debía de haber ocurrido en el centro del mundo cuando los dispares fragmentos del planeta se ensamblaron de nuevo. El núcleo de la tierra había sido una esfera de hierro en rotación, del tamaño aproximado de la Luna. Si la recomposición de Mir llegaba hasta el centro del mundo, aquel gran subplaneta, brutalmente recompuesto, debía de estar retorciéndose. Las corrientes de convección de las capas externas y el manto también habrían quedado perturbados, con columnas de roca molida y fuentes de cientos de kilómetros de altura rompiéndose y chocando unas contra otras. Tal vez los efectos de aquellas terribles tormentas interiores se sentían ahora en la superficie del planeta.

El campo magnético del planeta, generado por la dinamo creada por la rotación del núcleo, debía de haberse colapsado. Tal vez aquello explicase la aparición de las auroras y los fallos continuos de sus brújulas. En circunstancias normales, ese campo magnético protegía a las formas de vida frágiles de una lluvia ácida del espacio: partículas gruesas del sol, vestigios de explosiones de supernovas... Antes de que el campo magnético pudiera recuperarse, surgirían daños provocados por las radiaciones, como cánceres o mutaciones. Y si la maltrecha capa de ozono también había sufrido algún deterioro, el flujo de radiación ultravioleta explicaría la intensidad de la luz del sol, y perjudicaría aún más a las criaturas vivas de la faz de la

Tierra.

Pero existían otros ámbitos de vida. Bisesa recordó la biosfera profunda, las antiguas criaturas termofílicas que sobrevivieron desde los primeros tiempos de la Tierra en respiraderos del océano o en las profundidades rocosas. A ellas no les afectaría la radiación ultravioleta; pero su mundo se había desmontado hasta el núcleo, su antigua composición también se habría desmoronado, lo mismo que en la superficie. Entonces, ¿se estaría produciendo algún evento de extinción en el centro, igual que en la superficie? ¿Habría también Ojos enterrados en el armazón del mundo para vigilarlos?

La flota zarpó, bordeando la costa meridional de Francia y después el litoral del este de España, en dirección a Gibraltar.

Hallaron pocos signos de vida humana, pero en el rocoso paisaje del sur de España, los exploradores se encontraron con un grupo de personas, de baja estatura, frente ancha y complexión fuerte, que salieron huyendo en cuanto vieron a los macedonios. Bisesa sabía que aquella zona era uno de los últimos refugios de los neandertales, puesto que los Homo Sapiens habían avanzado hacia el este de Europa. Si realmente lo eran, ya harían bien manteniéndose alejados de los humanos modernos.

Alejandro se mostró mucho más intrigado por los propios estrechos, a los que él llamaba las columnas de Hércules. El océano que se avistaba más allá de aquellas puertas no era desconocido para la generación de Alejandro. Dos siglos antes, el almirante cartaginés Hanno había navegado hacia el sur, bordeando la costa atlántica de África. Algunos grupos de exploradores viraron hacia el norte y encontraron extrañas tierras de clima muy frío, donde incluso en verano había capas de hielo y el sol no se ponía ni tan siquiera a medianoche. Alejandro ahora era capaz de asimilar sus nuevos conocimientos sobre la forma del mundo: aquellos extraños fenómenos se explicaban con mayor facilidad al saber que navegaba sobre la superficie de una esfera.

Alejandro quería aventurarse en el gran océano de más allá de los Estrechos. Josh también lo deseaba, ansioso por contactar con aquella comunidad de Chicago que tal vez perteneciese a su propio tiempo. Pero el rey estaba más interesado en llegar a la nueva isla del Atlántico que había visto la Soyuz: estaba embelesado con la descripción de Bisesa de los viajes a la Luna, y decía que conquistar una tierra era una cosa, pero ser el primero en poner los pies en un lugar nuevo era algo muy distinto.

Pero incluso un rey tenía restricciones. Sus pequeños barcos no podían sobrevivir en alta mar durante más de unos días, tras los que se veían obligados a atracar en el litoral. Los consejeros de Alejandro lo persuadieron serenamente de que el nuevo

mundo del oeste tendría que esperar a otra ocasión. De aquella forma, y con cierta reticencia, Alejandro aceptó cambiar el rumbo.

La flota navegó por el litoral meridional del Mediterráneo, bordeando la costa hasta África. Aquel recorrido no aportó nada nuevo; aparentemente, toda la zona estaba deshabitada.

Bisesa se encerró otra vez en ella misma. Aquellas semanas en la expedición de Alejandro la habían distanciado de la intensidad de su experiencia con el Ojo, y le habían proporcionado un tiempo para reflexionar sobre todo lo que había descubierto. Y ahora, parte del vacío del mar y de la tierra habían reavivado el recuerdo de los misterios del Ojo en su mente.

Abdikadir y Josh, especialmente este último, intentaron arrastrarla fuera de todo aquello. Una noche, sentados en cubierta, Josh susurró:

—Todavía no comprendo cómo afirmas saber. Cuando yo miro al Ojo, ni siquiera siento nada. Estoy preparado para creer que cada uno de nosotros tiene un sentido interior respecto a los demás, que las mentes, pequeñas partículas en el gran océano oscuro del tiempo, tienen una forma de buscarse y encontrarse. Para mí, el Ojo es un enorme y poderoso misterio, claramente el centro de un poder increíble. Pero es el poder de una máquina, no el de una mente.

—No es una mente —respondió Bisesa—, sino un conducto de mentes. Son como sombras al final de un pasillo oscuro. Pero están ahí. —No existían palabras humanas para describir aquellas percepciones ya que, según ella misma sospechaba, ningún ser humano había experimentado tales sensaciones antes—. Tienes que creerme, Josh.

Josh la rodeó con sus brazos.

—Te creo y confío en ti. Si no, no estaría aquí...

—¿Sabéis? A veces pienso que todos esos fragmentos de tiempo que visitamos son simplemente... trozos de una fantasía. Partes de un sueño.

Abdikadir frunció el ceño, dejando que la luz de las lámparas se reflejase en sus ojos azules.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Que creo que, en cierto modo, todos nosotros estamos dentro de ese Ojo. —De nuevo, Bisesa se refugió en la seguridad de los términos físicos—. Pensadlo así. Las unidades fundamentales de nuestra realidad...

—Las cuerdas pequeñas —dijo Josh.

—Exacto. En realidad, no son como las cuerdas de un violín. Hay otras formas en las que se pueden colocar en torno a su estrato subyacente, su caja de resonancia. Imaginaos unos bucles de cuerda flotando libremente sobre la superficie de la caja, y otros enrollados alrededor de ella. Si se cambian las dimensiones del estrato; si se hacen más gruesas, la energía de movimiento de las cuerdas enrolladas aumentará, pero la energía vibracional de los bucles disminuirá. Y eso creará un efecto en el

universo observable. Si ese fenómeno se mantiene durante el tiempo suficiente, las dos dimensiones, la corta y la larga, intercambiarán los lugares... Tendrán una relación inversa.

—Estoy perdidísimo —dijo Josh, moviendo la cabeza.

—Creo que lo que nos quiere decir —apuntó Abdikadir— es que, en este modelo de física, las distancias muy largas y las distancias muy cortas son, de alguna forma, equivalentes.

—Exacto —concluyó Bisesa—. Eso es. El cosmos y el subátomo, uno es la inversión del otro, si se miran de la forma adecuada.

—Y el Ojo...

—El Ojo contiene una imagen de mí —prosiguió ella—, lo mismo que mi retina tiene una imagen tuya proyectada, Josh. Pero creo que, en el caso del Ojo, la realidad de mi imagen, y de la imagen del mundo, es algo más que una simple proyección.

—Entonces —dijo Abdikadir, frunciendo el ceño—, las imágenes distorsionadas del Ojo no son solo una sombra de nuestra realidad. Y al manipularlas, el Ojo puede controlar de alguna forma lo que ocurre en el mundo exterior. ¿Quizá así es como consiguió crear la Discontinuidad? ¿Es eso lo que piensas?

—Como las muñecas vudú —dijo Josh de pronto, abrumado por la idea—. El Ojo contiene un mundo vudú... Pero Abdikadir no está del todo en lo cierto, ¿verdad, Bisesa? El Ojo no hace nada. Tú has dicho que el Ojo, con toda su magnitud y poder, no es más que una herramienta. Y que tú has percibido... presencias, más allá del Ojo, que lo controlan. Por lo tanto, no es una entidad demoníaca que lo controla todo. Es, simplemente, un... un...

—Un panel de control —susurró Bisesa—. Siempre he sabido que eras inteligente, Josh.

—Ah... —dijo Abdikadir— ya empiezo a comprender. Crees que tú tienes algún tipo de acceso a ese panel de control. Que tú puedes influir sobre el Ojo. Y eso es lo que te asusta.

Bisesa no fue capaz de mirarle a los ojos. Josh, desconcertado, dijo:

—Pero, si puedes influir sobre el Ojo, ¿qué le has pedido que haga?

—Que me deje volver a casa —susurró ella, bajando la mirada—. Y creo...

—¿Qué?

—Creo que podría conseguirlo.

Josh y Abdikadir guardaron silencio, atónitos. Pero ella, al fin, ya lo había confesado, y en esos momentos era consciente de que, al término de aquel viaje, debía enfrentarse de nuevo al Ojo, desafiarlo una vez más... o morir en el intento.

A los pocos días de abandonar Alejandría, la flota volvió a detenerse en el litoral. Los consejeros de Alejandro le aseguraron que se encontraban en el emplazamiento de Paraetonium, una ciudad que él mismo había visitado en otra ocasión. Aunque

entonces, no había rastro alguno de ella. Eumenes se reunió con ellos. Dijo que quería acompañar a su rey mientras volvía sobre los pasos de la peregrinación más significativa de su vida.

Alejandro envió partidas de exploradores para reunir a un grupo de camellos, a los que cargaron con reservas de agua para un viaje de cinco días. Rápidamente, se formó un reducido grupo de no más de doce personas, entre las que se encontraban Alejandro, Eumenes, Josh y Bisesa, con algunos escoltas. Los macedonios se envolvieron en grandes túnicas beduinas: ya habían estado antes allí, y sabían lo que podían esperar. Los modernos decidieron hacer lo mismo.

Partieron en dirección sur, hacia el interior desde el litoral. El viaje duraría varios días. Por el trazo de la frontera entre Egipto y Libia, siguieron una cadena de colinas erosionadas. A medida que su rigidez corporal se fue mitigando y sus pulmones empezaron a responder al ejercicio, Bisesa se dio cuenta de que estaba desconectándose de sus pensamientos solo con la simple repetición física de la caminata. Más terapia; eso fue lo que pensó. Pasaron la noche en tiendas y en sus envoltorios beduinos. Pero, el segundo día, los azotó fuerte tormenta de arena, tras lo que decidieron refugiarse en una quebrada. Por increíble que pareciera, el suelo estaba cubierto de conchas marinas. Al día siguiente, durmieron entre extrañas formaciones de rocas esculpidas por el viento y, finalmente, en un enorme llano recubierto de gravilla.

Por fin, llegaron a un pequeño oasis. En él, había palmeras e incluso algunas aves, codornices y halcones, que sobrevivían en un desolado paisaje de salinas. El lugar estaba presidido por una ruinoso ciudadela, donde unos pequeños sepulcros yacían tímidamente entre los manantiales, semiocultos por la vegetación. No había nada ni nadie, ni un solo signo de vida humana. Solo aquellas pintorescas ruinas.

Alejandro se adelantó, escoltado de cerca por sus guardas. Caminó entre los erosionados cimientos de los edificios desaparecidos hasta llegar a unas escaleras que conducían a lo que una vez fue un templo. El rey temblaba de pies a cabeza mientras ascendía por los escalones. Finalmente, llegó a un polvoriento rellano vacío y se arrodilló, con la cabeza inclinada. Eumenes murmuró:

—Cuando estuvimos aquí, este lugar era antiguo, pero no estaba en ruinas. El dios Amón llegó con su barco sagrado, alzado por portadores purificados y al son de las canciones divinas entonadas por las vírgenes. El rey se adentró en el santuario bendito, una minúscula estancia techada con troncos de palmera, donde consultó al oráculo. Nunca reveló las preguntas que le hizo, ni tan siquiera a mí o a Hefestión. Y entonces fue cuando Alejandro conoció su parte divina.

Bisesa ya conocía la historia. Durante la primera peregrinación de Alejandro, los macedonios habían identificado al dios libio Amón, con cabeza de carnero, con el griego Zeus, y Alejandro descubrió que Zeus-Amón era su verdadero padre, y no el

rey Filipo de Macedonia. Desde entonces, Alejandro llevaba a Amón en su corazón, y así lo haría durante el resto de su vida.

El rey parecía destrozado. Tal vez tenía la esperanza de que el santuario de su padre divino hubiera sobrevivido a la Discontinuidad, de que aquel lugar, el más sagrado de todos para él, se hubiera salvado de todo aquello. Pero no era así, ya que solo encontró el peso muerto del tiempo. Bisesa murmuró a Eumenes:

—Dile que no siempre fue así. Dile que nueve siglos más tarde, cuando este lugar pertenecía al Imperio Romano, y el Cristianismo era la religión oficial, todavía había un grupo de adeptos, aquí en este oasis, adorando a Zeus-Amón y al propio Alejandro.

Eumenes asintió con gravedad y, con palabras cuidadosamente calculadas, facilitó a su rey aquella información sobre el futuro. El rey le contestó y Eumenes regresó junto a Bisesa.

—Dice que ni siquiera un dios puede conquistar el tiempo, pero que novecientos años deberían bastar a cualquiera.

El grupo permaneció un día en el oasis para recuperarse y cargar de nuevo de agua a los camellos. Tras ello, regresaron a la costa.

Última noche

Al cabo de una semana de su regreso a Babilonia, Bisesa anunció a todos su convencimiento de que el Ojo de Marduk la mandaría de vuelta a casa.

La noticia fue recibida con una incredulidad generalizada, incluso por parte de sus compañeros más próximos. Sintió que Abdikadir pensaba que no era más que un anhelo, que sus impresiones sobre el Ojo y las entidades que se ocultaban tras él eran mera fantasía... que todo aquello no era más que lo que ella realmente deseaba creer.

Alejandro, sin embargo, se dirigió a Bisesa con una única pregunta:

—¿Por qué a ti?

—Porque se lo he pedido —se limitó a responder ella.

El rey reflexionó unos instantes sobre ello, asintió y la dejó marchar.

Escépticos o no, sus compañeros, los modernos, los británicos y los macedonios, admitieron su sinceridad y apoyaron sus preparativos para el viaje. Incluso aceptaron la fecha que Bisesa anunció para su partida. Ella seguía sin tener prueba alguna de todo lo que afirmaba, y ni siquiera podía estar segura de que interpretaba correctamente sus inconclusas impresiones. Pero todo el mundo la tomó en serio, por lo que se sintió halagada y reconfortada, aunque algunos se regodeasen ante la idea de lo estúpida que parecería después, si el Ojo no respondía a sus expectativas.

Poco antes de la llegada del último día, Bisesa se sentó junto a Josh en la cámara de Marduk, con el silencioso Ojo flotante sobre ellos. Se aferraron el uno al otro. Se encontraron más allá de la pasión; habían hecho el amor ante la desafiante y gélida mirada del Ojo, pero ni siquiera eso pudo borrar a aquella esfera de sus conciencias. Lo único que querían, todo lo que podían pedirse el uno al otro, era tranquilidad. Josh susurró:

—¿Crees que a ellos les importa lo que han hecho? El mundo que han separado, las personas que han muerto...

—No. Bueno, tal vez tengan cierto interés académico en las emociones que provoca todo eso. Pero nada más.

—Entonces, son menos que yo. Si yo veo un animal muerto, tengo la capacidad de conseguir que me importe, de sentir el dolor.

—Sí —repuso ella, pacientemente—. Pero, Josh, a ti no te preocupan los millones de bacterias que mueren cada segundo en tus tripas. Nosotros no somos bacterias, somos seres complejos, independientes y conscientes. Pero ellos están tan por encima de nosotros, que quedamos reducidos a nada.

—Entonces, ¿por qué van a enviarte a casa?

—No lo sé. Por diversión, supongo.

Josh la miró con el ceño fruncido.

—Lo que quieran ellos no importa. ¿Estás segura de que es lo que tú quieres, Bisesa? Aunque consigas volver a casa, ¿qué pasa si Myra no te quiere allí?

Bisesa se volvió a mirarlo. Sus ojos se veían enormes bajo la luz de la lámpara de aceite, y su piel suave y joven.

—Eso es ridículo —espetó.

—¿Lo es? Bisesa, ¿quién eres tú ¿Quién es ella? Después de la Discontinuidad, todos somos seres fracturados, a caballo entre distintos mundos. Tal vez una esquirra tuya puede volver junto a una de Myra, pero...

Una ola de resentimiento explotó en ella de repente, cuando sus complejos sentimientos hacia Myra y hacia Josh emergieron a la superficie.

—No sabes lo que estás diciendo.

—No puedes volver, Bisesa —suspiró Josh—. No significaría nada. Quédate aquí. —El joven le tomó las manos—. Tenemos que construir casas, cultivar alimentos... y criar hijos. Quédate conmigo, Bisesa, y da a luz a mis hijos. Este mundo ya no es un artefacto extraterrestre. Ahora es nuestro hogar.

De pronto, ella se enterneció.

—Oh, Josh —dijo, atrayéndolo hacia sí—. Mi querido Josh. Quiero quedarme, créeme. Pero no puedo. No es solo por Myra. Es una oportunidad, Josh. Una oportunidad que no han ofrecido a nadie más. No sé cuáles serán sus motivos, pero tengo que aprovecharla.

—¿Por qué?

—Por lo que podría aprender. Sobre la razón por la que ha ocurrido todo esto. Sobre ellos. Sobre lo que podríamos hacer en el futuro.

—Ya veo —repuso él, con una melancólica sonrisa—. Tendría que haberlo imaginado. Puedo discutir con una madre sobre el amor que siente por su hija. Pero no puedo interponerme en el camino del deber de un soldado.

—Oh, Josh...

—Llévame contigo.

Bisesa se recostó, sorprendida.

—Eso sí que no lo esperaba.

—Bisesa, lo eres todo para mí. No quiero quedarme aquí sin ti. Quiero seguirte donde quiera que vayas.

—Pero puedo morir —respondió ella, con ternura.

—Si muero a tu lado, moriré feliz. ¿Para qué sirve la vida, si no?

—Josh, no sé qué decirte. Lo único que hago es hacerte daño.

—No —dijo él—. Myra siempre está ahí. No entre nosotros, sino junto a ti. Eso lo comprendo.

—Nadie me había querido así antes.

Volvieron a abrazarse y guardaron silencio durante unos momentos. Entonces, Josh dijo:

—Vaya. Y ni siquiera tienen nombre.

—¿Quiénes?

—Las inteligencias supremas que han manipulado todo esto. No son dioses...

—No —contestó Bisesa. Cerró los ojos. Pudo sentirlos incluso entonces, como una brisa procedente del corazón de un tronco viejo y moribundo, seco, crujiente y agonizante—. No son dioses. Pertenecen a este universo, nacieron de él, lo mismo que nosotros. Pero son ancianos. Tremendamente ancianos, mucho más de lo que podemos llegar a imaginar.

—Han vivido demasiado tiempo. Desde antes del principio.

—Quizá.

—Entonces, así los llamaremos. —Josh levantó la mirada hacia el Ojo, con la mandíbula apretada y un gesto desafiante—. Los Primeros. Y ojalá se pudran en el infierno.

Para celebrar la peculiar marcha de Bisesa, Alejandro ordenó la organización de una gran fiesta. Duró tres días y tres noches. Hubo competiciones deportivas, carreras de caballos, música y baile, e incluso una colosal batida de caza al estilo mongol, cuya grandeza había llegado a impresionar al propio Alejandro Magno.

La última noche, Josh y Bisesa fueron los invitados de honor en un espléndido banquete que tuvo lugar en el nuevo palacio de Alejandro. El propio rey concedió a Bisesa el honor de vestirse como Amón, su padre divino, con astas y una túnica de color púrpura. Fue un evento violento, ruidoso y con mucho alcohol, como la fiesta final de un club de rugby. Hacia las tres de la madrugada, la borrachera dejó derrotado al pobre Josh, a quien los gentilhombres de cámara tuvieron que arrastrar hasta una de las habitaciones del palacio.

A la luz de una sola lámpara de aceite, Bisesa, Abdikadir y Casey se sentaron juntos en lujosos divanes, con una pequeña hoguera ardiendo en una chimenea entre los tres.

Casey bebía de una gran taza que alargó a Bisesa.

—Vino babilonio —dijo—. Mucho mejor que las porquerías macedonias. ¿Quieres un poco?

Bisesa sonrió y rechazó el ofrecimiento.

—Creo que debería estar sobria para mañana.

—Por lo que he oído sobre Josh, sí, será mejor que uno de los dos esté sobrio —gruñó Casey.

Abdikadir dijo:

—Bien, pues aquí estamos. Los últimos supervivientes del siglo XXI. Ni me acuerdo de la última vez que estuvimos solos.

—Desde el día del accidente del helicóptero —repuso Casey.

—¿Así es como lo ves? —preguntó Bisesa—. No como el día en que el mundo se descosió en pedazos, ¡sino como el día en que perdimos al *Little Bird*!

—Soy un profesional. Perdí mi nave —respondió Casey, encogiéndose de hombros.

—Eres un buen tipo, Casey —asintió ella—. Anda, dame un poco de eso.

Bisesa le arrebató la taza y tomó un buen trago de vino. Era rico, de sabor muy añejo, casi rancio, producto de un viñedo maduro.

Abdikadir la miraba fijamente, con sus centelleantes ojos azules.

—Josh ha venido a hablar conmigo hace un rato, antes de emborracharse hasta el punto de no poder mediar palabra. Cree que le ocultas algo, incluso a estas alturas. Algo sobre el Ojo.

—No siempre sé qué decirle —repuso Bisesa—. Es un hombre del siglo XIX. Es muy, muy joven...

—Pero no es un niño, Bis —intervino Casey—. Hombres de su misma edad murieron por nosotros en la lucha contra los mongoles. Y tú sabes que Josh está preparado para dejarlo todo por ti.

—Lo sé.

—Entonces —dijo Abdikadir—, ¿qué es lo que no le cuentas?

—Mis peores sospechas.

—¿Sobre qué?

—Sobre hechos que hemos tenido delante desde el primer día. Chicos, nuestro trocito de Afganistán, y el pedazo de cielo que se cernía sobre él, el que protegió a la Soyuz, es lo único de nuestra era que sobrevivió a la Discontinuidad. Por más que hemos buscado, no hemos encontrado nada de ningún tiempo posterior al nuestro. Éramos los últimos del muestreo. ¿Eso no os parece extraño? ¿Por qué una historia de dos millones de años proyecta el final con nosotros?

—Porque somos los últimos —asintió Abdikadir—. Después de nosotros, no hay nada que enseñar. El nuestro fue el último año, el último mes... incluso puede que el último día.

—Creo —dijo Bisesa, pausadamente—, que algo terrible tiene que ocurrir ese último día. Terrible para la humanidad o para el mundo. Tal vez por eso no debemos preocuparnos tanto por las paradojas temporales. Volver y cambiar la historia. Porque, tras nosotros, la Tierra se ha quedado sin historia que cambiar...

—Y quizá eso responde a una pregunta que se me ocurrió cuando describiste tus teorías sobre los desgarros del continuo espacio-tiempo —apuntó Abdikadir—. Está claro que, para romperlo de esa forma, se necesita una incalculable cantidad de

energía. ¿Es eso lo que se enfrenta a la Tierra? —Extendió las manos—. Una inmensa catástrofe, una gran emisión de energía frente a la que el planeta es como un copo de nieve en una caldera... Una tormenta de energía tan fuerte que trastorna incluso el tiempo y el espacio...

Casey cerró los ojos y sorbió un trago más de vano.

—¡Jesús, Bisesa! Ya sabía que acabarías aguando la fiesta —protestó.

—Y por eso el muestreo tuvo lugar al principio —continuó Abdikadir.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bisesa. No lo había considerado hasta aquel punto.

—La biblioteca está a punto de derrumbarse en un incendio. ¿Qué haces? Recorrer a toda prisa los pasillos, cogiendo todo lo que puedas. Tal vez la construcción de Mir sea un ejercicio de salvamento.

—O de saqueo —apuntó Casey, con los ojos aún cerrados.

—¿Cómo?

—Puede que esos Primeros, como los llamáis, no estén ahí solo para ser testigos del final. Tal vez lo provocaron ellos. Seguro que tampoco habías pensado en eso, Bis.

—¿Y por qué no podías decirle eso a Josh? —preguntó Abdikadir.

—Porque está lleno de esperanzas. No puedo desmoronarlas de un plumazo.

Los tres permanecieron sentados, y guardaron un tenso silencio durante unos minutos. A continuación, empezaron a hablar sobre sus planes de futuro. Abdikadir dijo:

—Creo que Eumenes me considera una herramienta útil en su inquebrantable empeño en distraer al rey. Le he propuesto una expedición a las fuentes del Nilo. Por lo visto, los Primeros han conservado fragmentos de humanidad desde la primera divergencia con los monos, pero ¿por dónde empezaron? ¿Qué cualidad inicial de esos antiguos y velludos ancestros reconocieron los Primeros como humana? Ese es el premio que quiero alzar ante Alejandro...

—Es una buena ambición —repuso Bisesa. No obstante, en secreto, dudaba de que Alejandro aceptase aquella idea. La perspectiva del rey era la que daría forma al futuro inmediato, y consistía en un sueño de héroes, dioses y mitos, pero no en la búsqueda de soluciones a cuestiones científicas—. Creo que encontrarás tu lugar, vayas donde vayas, Abdi.

—Me parece que siempre he tenido cierta inclinación por el sufismo. —Sonrió— La exploración interna de la fe; no importa el lugar donde me encuentre, sino mi interior.

—Ojalá yo sintiera lo mismo —dijo Bisesa, honestamente.

Casey dijo:

—Yo no quiero vivir toda la vida en un parque temático sobre James Watt. Voy a

intentar reactivar otras industrias como la electricidad, incluso puede que la electrónica...

—Lo que quiere decir —aclaró Abdikadir con sequedad— es que se va a convertir en profesor.

Casey se ruborizó ligeramente, pero golpeó su ancho cráneo con los dedos.

—Solo quiero asegurarme de que lo que está aquí dentro no muera cuando yo lo haga, para que futuras generaciones de pobres sabios no tengan que volver a descubrirlo todo —dijo.

—Está muy bien, Casey. —Bisesa le apretó el brazo afectuosamente—. Creo que serás un buen profesor. Siempre te he visto como tutor infantil.

La retahila de palabrotas que salió de la boca de Casey, en inglés, en griego e incluso en mongol, resultó, como poco, impresionante.

Bisesa se levantó.

—Chicos, siento decir esto, pero creo que debería irme a dormir.

Como por instinto, al unísono, los tres se levantaron, se unieron y se abrazaron juntando las cabezas, como si fueran jugadores de rugby.

—¿Necesitas alguna pastilla? —preguntó Casey.

—Ya tengo... Ah, una última cosa —susurró Bisesa—. Liberad a los simios humanos. Si yo puedo salir de mi jaula, ellos también deberían.

—Prometido —repuso Casey—. Nada de despedidas, Bis.

—No. Nada de despedidas.

Abdikadir dijo:

—«¿Por qué se nos otorga la vida? ¿Para arrancárnosla de este modo?...»

—Milton. *El paraíso perdido*, ¿verdad? El desafío a Dios de Satán —observó Casey.

—Nunca dejas de sorprenderme, Casey. Los Primeros no son dioses. —Bisesa sonrió con frialdad—. Pero yo siempre he admirado a Satán.

—A la mierda —repuso Casey—. Hay que detener a los Primeros.

Tras un prolongado momento final, Bisesa se apartó, se marchó y los dejó solos con su vino.

Bisesa buscó a Eumenes y pidió permiso para abandonar el banquete.

Eumenes se tenía en pie, se mostraba contenido y aparentemente sobrio. Con su inglés de marcado acento, dijo:

—De acuerdo. Pero solo bajo la condición de poder acompañarte durante un rato.

Junto con algunos guardas, ambos empezaron a caminar por el camino ceremonial. Llamaron a la puerta del ayuntamiento, tomado por el capitán Grove, que la abrazó y le deseó la mayor de las suertes con aquel anticuado acento británico suyo. Bisesa y Eumenes continuaron con su paseo y cruzaron las murallas de

Babilonia en dirección a la Puerta de Ishtar, y luego hasta la ciudad de tiendas del ejército que se extendía al otro lado.

La noche era fría y despejada, con las estrellas ajenas iluminadas por una luna creciente que asomaba entre amarillentas y altas nubes. Cuando los militares reconocieron a Bisesa, la aclamaron con vítores y aspavientos. Las tropas y sus acompañantes habían recibido regalos del rey, en forma de vino y carne, en honor a Bisesa. Todo el campamento estaba despierto; se veían lámparas que iluminaban el interior de las tiendas, de donde emanaban risas y música como columnas de humo.

—Todos lamentan tu marcha —murmuró Eumenes.

—Solo les he proporcionado una excusa para celebrar una fiesta.

—No deberías... mmm... subestimar tu contribución. Todos estamos juntos, atrapados en este nuevo mundo fracturado. Se desató un gran recelo, incluso desconfianza, entre nuestros distintos grupos. Y vosotros tres, procedentes del siglo XXI, erais los menos numerosos y los más aislados. No obstante, sin vuestra ayuda, ni siquiera las estrategias de Alejandro contra los mongoles hubieran funcionado. Nos hemos convertido en una familia atípica.

—Sí, es cierto, ¿verdad? Supongo que eso dice algo a favor de las cualidades del espíritu humano.

—Sí. —Eumenes se detuvo y la miró a los ojos. En su expresión, se adivinaba aquella sombra de ira que Bisesa ya había visto en alguna otra ocasión—. Y, dondequiera que vayas, cuando te enfrentes a un enemigo al que ni siquiera Alejandro pudo desafiar, debes apelar de nuevo a esas mismas cualidades. En el nombre de todos nosotros.

Una madre, esposa de un soldado, se sentó sobre una banqueta baja en el exterior de una de las tiendas, con su bebé hundido en el pecho. El rostro de la criatura era redondo y pálido como la luna. La mujer vio a Bisesa contemplándola y le dedicó una sonrisa.

Eumenes dijo:

—Los astrónomos de Babilonia han decidido que la Discontinuidad debe ser considerada como el inicio de un nuevo calendario, de un nuevo año. En realidad, como el principio de uno de sus poderosos ciclos, sus Grandes Años. Todo comenzó otra vez aquel día. Y los primeros bebés que debían concebirse en Mir ya han nacido. Ellos no existían en el mundo del que procedíamos nosotros, fuera cual fuera. Algunos podrían haber nacido de padres de distintas eras, pero su pasado no está fracturado como el nuestro; ellos solo existen aquí. ¿Qué harán cuando crezcan?

Bisesa estudió a fondo el rostro de Eumenes, sus bronceadas facciones ensombrecidas bajo la pálida luz.

—Comprendes demasiado —le dijo.

—Como dice Casey —repuso él, con una desarmada sonrisa—, igual que todos

los griegos de la antigüedad, soy inteligente y me enorgullezco de serlo. ¿Qué esperabas?

Se abrazaron con fuerza. A continuación, regresaron a la ciudad.

El Ojo de Marduk

Cuando Bisesa llegó al templo de Marduk a la mañana siguiente, Abdikadir la estaba esperando, y Casey ya estaba trabajando en la comprobación del equipamiento de sensores. Habían acudido allí por ella; Bisesa se sentía emocionada por la fe que le profesaban, a la vez que reconfortada por las aptitudes de ambos.

El Ojo flotaba impasible, como de costumbre.

Josh también se encontraba allí. Bisesa Llevaba su mono espacial con remiendos, y Josh se había puesto un arrugado traje de franela con una camisa y, por si la estampa ya no fuera lo suficientemente absurda, una corbata. Pero tampoco tenían la menor idea de lo qué iban a encontrarse aquel día. ¿Por qué no engalanarse para la ocasión?

Pero el rostro del joven estaba pálido y tenía unas profundas ojeras.

—¡Al infinito y con resaca! Bueno, al menos no puedo encontrarme peor, pase lo que pase.

Bisesa sentía una extraña mezcla de impaciencia e irritabilidad.

—Pongámonos en marcha —dijo—. Aquí. —Alargó una pequeña mochila.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó Josh, dubitativo.

—Agua. Alimentos deshidratados. Algunas medicinas...

—¿Crees que vamos a necesitar todo eso? Bisesa, vamos a entrar en el Ojo de Marduk, no de expedición por el desierto.

—Pues yo creo que es buena idea —intervino Abdikadir—. Debemos anticiparnos en lo que podamos. —Cogió la mochila y se la lanzó a Josh—. Toma.

—Y si vas a estar protestando todo el camino, te dejo atrás —concluyó ella.

Una sonrisa repentina invadió el rostro de Josh.

—Me portaré bien —dijo.

Bisesa echó un vistazo a su alrededor.

—He pedido a Grove y a Eumenes que mantengan alejado a todo el mundo. Me hubiera gustado que evacuasen la ciudad, pero supongo que no hubiera sido muy práctico... ¿Nos hemos acordado de todo? —Ya había ido al baño, se había lavado los dientes... acciones humanas simples, pero no sabía ni dónde ni cuándo podría tener la oportunidad de asearse otra vez—. Abdi, cuida de mi teléfono.

—Como prometí —repuso él—. Ah, otra cosa... —Abdikadir extrajo dos trozos de papel, de pergamino babilonio, doblados y lacrados—. Si no te importa...

—¿Es tuyo?

—Mío y de Casey. Si puedes, si encuentras a nuestras familias...

Bisesa guardó los papeles en un bolsillo interior de su mono.

—Estoy segura de que los encontraré.

Casey asintió. Y, de pronto, dijo:

—Está ocurriendo algo. —Se ajustó los auriculares y pulsó sobre un sensor electromagnético recuperado de las entrañas de la radio estropeada del helicóptero. Levantó la vista hacia el Ojo—. No veo que esta cosa haya sufrido ningún cambio, pero la señal se está intensificando. Es como si alguien te estuviera esperando, Bisesa.

—Será mejor que tomemos posiciones —repuso ella, tomando a Josh de la mano.

—¿Dónde? —Una brisa meció un mechón de su cabello y lo apostó sobre su frente.

—Ojalá lo supiera —contestó Bisesa. Con suavidad, recolocó el mechón hacia atrás. Pero la brisa regresó y acometió contra el rostro de Josh. Era una brisa que, aparentemente, soplaba desde la nada, en dirección al centro de la sala.

—Es el Ojo —observó Abdikadir. Cables y pedazos de papel empezaron a revolotear en torno a él—. Está absorbiendo. Bisesa, preparaos.

La brisa se había transformado en un viento que soplaba hacia el centro de la estancia, lo suficientemente fuerte como para empujar a Bisesa por la espalda. Ella tiró de Josh y se precipitó hacia el Ojo, que seguía flotando allí, como siempre, proyectando el distorsionado reflejo de muñeca vudú de Bisesa. Pero los pedacitos de papel y las partículas de polvo volaron y se adhirieron a su superficie. Casey lanzó los auriculares a un lado.

—¡Mierda! —exclamó—. Casi me quedo sordo. Ha habido un choque electromagnético. Ha fundido los circuitos. No sé con quién se está comunicando esta cosa, pero está claro que no es conmigo...

—Ha llegado el momento —dijo Josh.

Así era. Bisesa lo vio claro. En algún nivel profundo de su subconsciente, no había creído en ella misma. Pero ahora estaba ocurriendo. Tenía un nudo en el estómago y el corazón le latía con fuerza. Se sintió enormemente agradecida de sentir la mano de Josh apretando la suya.

—Mirad... —dijo Abdikadir.

Por primera vez desde que lo descubrieron, el Ojo estaba cambiando.

Su brillante resplandor seguía allí, pero ahora oscilaba como la superficie de una piscina de mercurio, formando corrientes y ondas en lugar de una esfera lisa.

Entonces, el Ojo se desmoronó, como un globo desinflado repentinamente.

Bisesa se encontró mirando hacia el interior de una especie de embudo, con las paredes revestidas en oro y plata. Seguía viendo sus propios reflejos, junto con los de Josh, pero las imágenes estaban hechas pedazos, como las esquirlas de un espejo

resquebrajado. El embudo parecía abrirse justo frente a su rostro, pero Bisesa imaginó que, si se movía, o intentaba trepar por el Ojo, seguiría viendo la misma forma, con los muros de luz perdiéndose hacia el centro.

Pero aquello no era un embudo, ni un simple objeto tridimensional, sino una distorsión de su realidad.

Bisesa miró por encima de su hombro. Ahora, un aluvión de chispas invadía el aire y se dirigía hacia el núcleo de la implosión del Ojo. Abdikadir seguía allí, pero parecía más lejano y distante, y se veía borroso. Se aferraba al marco de la puerta, estaba en el suelo, se volvía de espaldas, se volvía de frente..., pero no de forma secuencial, sino todo al mismo tiempo, como los fotogramas de un carrete de película recortados y unidos en un orden aleatorio.

—Ve con Alá... —decía—. Ve, ve...

Pero su voz se perdía en el viento. La tormenta de luz creció hasta convertirse en una fuerte ventisca, y Bisesa ya no pudo verlo más.

El viento la arrastró, prácticamente levantándola del suelo. Intentó ser analítica. Intentó contar sus respiraciones. Pero sus pensamientos parecían fragmentarse, las frases interiores que formaba se descomponían en palabras, sílabas y letras, revolviéndose en sinsentidos. Bisesa pensó que era la Discontinuidad. Había trabajado sobre la magnitud de un planeta, recortando a su aire grandes losas de su paisaje. Y ahora había irrumpido en aquella sala, cortando en trozos la vida de Abdikadir, y, por fin, se estaba introduciendo en su cabeza porque, al fin y al cabo, el continuo espacio-tiempo había embebido incluso su propia conciencia...

Bisesa miró dentro del Ojo. La luz brotaba directa hacia su corazón. En aquellos últimos momentos, el Ojo volvió a cambiar. La forma de embudo se abrió, formando un túnel que se perdía en el infinito..., pero era un túnel que desafiaba a la perspectiva, puesto que sus paredes no disminuían en la distancia, sino que conservaban su mismo tamaño aparente todo el tiempo.

Aquel fue su último pensamiento consciente antes de que la luz la absorbiera completamente, llenándola, apagando incluso la conciencia de su propio cuerpo. El espacio se había desvanecido, el tiempo se detuvo y ella se transformó en una partícula, en el alma sin mente de un animal. Pero, pese a todo aquello, no dejó de ser consciente del calor de la mano de Josh apretando la suya.

Solo había un Ojo, aunque tenía muchas proyecciones en el continuo espacio-tiempo. Y también muchas funciones.

Una de ellas era servir como puerta.

La puerta se abrió. La puerta se cerró. En un lapso de tiempo demasiado breve como para calcularlo, el espacio se abrió y giró sobre sí mismo.

Entonces, el Ojo se desvaneció. La cámara del templo quedó varía, excepto por

un amasijo de equipamiento electrónico estropeado, y dos hombres con sus propios recuerdos sobre lo que acababan de ver y escuchar; unos recuerdos que no podían creer ni comprender.

Sexta Parte

El ojo del tiempo

Primeros

La larga espera estaba llegando a su fin. En otro mundo, la inteligencia había nacido y estaba huyendo de su cuna planetaria.

Aquellos que habían vigilado la tierra durante tanto tiempo jamás habían sido remotamente humanos. Pero sí fueron de carne y hueso en una ocasión.

Habían nacido en uno de los primeros planetas creados, un monstruo crepitante de hidrógeno, una luz en un universo aún lleno de oscuridad. Ellos eran fuertes, en un universo joven y henchido de energía. Pero los planetas, los crisoles de la vida, eran escasos, pues los elementos pesados que los constituían todavía debían ser creados en los corazones de las estrellas. Cuando observaron las profundidades del espacio, no vieron nada más que a ellos mismos, ninguna otra inteligencia en la que reflejarse.

Las primeras estrellas se encendieron con gloria, pero murieron enseguida. Sus escasos residuos enriquecieron los gases estancados de la galaxia, para dar lugar a una nueva generación de estrellas de larga vida. Pero, para quienes quedaron varados entre las agonizantes protoestrellas, aquello no fue sino un terrible abandono.

Cuando miraban hacia delante, solo veían un lento oscurecimiento, a medida que cada generación de estrellas nacía, con mayor dificultad, de los residuos de la anterior. Llegaría un día en que no habría suficiente combustible en la galaxia como para crear una mísera estrella, y la última de las luces titilaría hasta extinguirse completamente. Y todo continuaría incluso después de aquello; el terrible abrazo de la entropía asfixiando al cosmos y a todos sus procesos.

Pese a todos sus poderes, no se encontraban más allá del alcance del tiempo.

Aquella desoladora situación provocó una era de locura. Extraños y bellos imperios emergieron y cayeron, y terribles guerras se desataron entre seres de metal y de carne, hijos del mismo mundo olvidado. Aquellas batallas gastaron una imperdonable proporción de las reservas de energía utilizable de la galaxia, y no hubo más resolución que la extenuación.

Entristecidos, pero más sabios, los supervivientes empezaron a hacer planes para un futuro inevitable, un futuro de frío y oscuridad sin fin.

Regresaron a sus abandonadas máquinas de guerra. Las redirigieron hacia un nuevo objetivo: la eliminación de residuos, la cauterización, si era necesaria. Sus creadores vieron claro que, aunque solo un minúsculo hilo de conciencia tuviera que deslizarse al futuro más lejano, no debía haber alteraciones innecesarias, ni energía desperdiciada, ni ondulaciones en la corriente del tiempo.

Las máquinas habían sido perfeccionadas tras un millón de años de guerra.

Desempeñaron su función a la perfección, y así lo harían para siempre. Esperaron, inalterables, dedicadas a un único propósito, mientras nueva vida y nuevos mundos se formaban con los escombros de los viejos.

Todo aquello venía respaldado por la mejor de las intenciones. Los primeros, nacidos en un universo vacío, anhelaban la vida por encima de todo lo demás. Pero para conservar una vida, a veces era necesario destruir otra.

A través del Ojo

No fue como despertarse de un profundo sueño. Fue una irrupción súbita, un choque de platillos. Sus ojos se abrieron de par en par, y una luz cegadora se adueñó de ellos. Aspiró profundas bocanadas de aire y escarbó en el suelo, y se sobresaltó ante la conciencia de su propia existencia.

Estaba tendida boca arriba en el suelo. Sobre ella, había algo que resplandecía con una brillante luz. El sol, sí, era el sol. Estaba al aire libre. Tenía los brazos extendidos, separados del cuerpo, y sus dedos hurgaban en la tierra.

Se volvió boca abajo. Empezó a recuperar las sensaciones en las piernas, los brazos y el pecho. Cegada por la luz, apenas podía ver nada.

Una llanura. Arena roja. Colinas a lo lejos. Incluso el cielo parecía rojo, aunque el sol estaba prácticamente en el cénit.

Josh estaba junto a ella. Tumbado en el suelo, inspiraba con todas sus fuerzas, como un pez fuera del mar de aquella extraña playa. Bisesa se acercó a él, reptando sobre la fina arena.

—¿Dónde estamos? —susurró él—. ¿Este es el siglo XXI?

—Espero que no. —Al intentar hablar, notó la garganta seca e irritada. Tiró de la mochila, de donde extrajo una petaca con agua—. Toma.

Josh bebió a toda prisa, con ansia y gratitud. El sudor ya resbalaba por su frente y empapaba su cuello.

Bisesa siguió escarbando en la arena, que se desmenuzaba, pálida, sin vida y seca. Pero algo brillaba en ella, pequeños fragmentos que centelleaban al reflejar la luz del sol. Los desenterró y los extendió sobre la palma de su mano. Eran trozos de cristal, del tamaño de una moneda, opacos, con los bordes desiguales y toscos. Cuanto más buscaba entre la arena, más cristales encontraba, como si hubiera una capa entera bajo el suelo.

Poco a poco, intentó ponerse de rodillas. Sintió un mareo y un zumbido en los oídos, pero no iba a desmayarse. A continuación, apoyó un pie en el suelo, y luego el otro. Se puso en pie. Ahora podía ver mejor el paisaje. Solo era una llanura, una extensión de aquella arena empedrada de cristales que se alejaba hacia el horizonte, donde un grupo de colinas esperaba a la eternidad. Josh y ella se encontraban en la base de una suave depresión; el suelo se elevaba sutilmente en torno a ellos, formando una especie de corona de pocos metros de altura, tal vez de un kilómetro de extensión.

Estaban en el centro de un cráter.

Pensó que todo aquello debía de ser obra de un ataque nuclear. La explosión de un arma podía haber provocado que fragmentos de hormigón y tierra se hubieran fundido y formado aquellos cristales. Si eso era lo que había ocurrido, no quedaba absolutamente nada más. Si había existido alguna ciudad allí, ya no había cimientos de hormigón, ni huesos, ni tan siquiera las cenizas de los últimos fuegos. Solo los fragmentos de cristal nuclear semienterrados. Aquel cráter parecía antiguo, erosionado. Si había sido testigo de una guerra, debía de haber transcurrido ya bastante tiempo.

Bisesa se preguntó si la radioactividad perduraría. Pero si los Primeros hubieran querido hacerle daño, se habrían limitado a matarla. Y, al no haber sido así, era más que probable que la protegieran de un riesgo tan elemental.

Le dolía el pecho al respirar. ¿Habría poco oxígeno? ¿Tal vez demasiado?

De pronto, la luz se ahogó un poco, pese a que no había una sola nube en el rubicundo cielo. Bisesa levantó la vista. Algo extraño le ocurría al sol. Su esfera era deforme. Parecía la hoja verde de una planta con el gran mordisco de un insecto.

—Dios mío... —murmuró Josh, que estaba de pie junto a ella.

El eclipse era muy rápido. El ambiente empezó a enfriarse, y en los últimos momentos, Bisesa pudo ver bandas de sombra proyectadas en el erosionado suelo. Sintió que su respiración se ralentizaba y que su corazón latía más despacio. Su cuerpo respondía incluso entonces a sus antiguos ritmos primarios, reaccionando a la oscuridad y preparándose para la noche.

La oscuridad alcanzó su punto álgido. El silencio y la calma fueron profundos durante un momento.

El sol se transformó en un centelleante anillo de fuego. La oscura esfera central, de canto serrado, dejaba filtrar sus rayos entre aquellas irregularidades. Seguramente, se trataba de la Luna, que cuajaba entre la Tierra y el Sol. El resplandor disminuyó lo bastante como para que Bisesa pudiese ver la corona, la luz exterior de la atmósfera solar, que parecía una escultura tallada en torno a aquel complejo dúo de discos.

Pero el eclipse no era total. El tamaño de la Luna no era suficiente como para ocultar aquella llameante esfera. El gran anillo de luz en el cielo era una visión desconcertante y aterradora.

—Algo va mal —murmuró Josh.

—Geometría —contestó Bisesa—. El sistema Tierra-Luna... cambia con el tiempo —la Luna influía en las mareas de los océanos terrestres, del mismo modo en que la Tierra lo hacía en sustrato rocoso de la Luna. Desde su formación, el planeta doble se había ido separando lentamente... solo unos centímetros por año, pero durante el tiempo suficiente como para que la Luna se alejase de la Tierra.

Josh comprendió la esencia de lo que había ocurrido.

—Esto es el futuro. No el siglo XXI, sino un futuro mucho más lejano... millones

de años, quizá.

Bisesa dio unos pasos por la llanura, mirando fijamente aquel complicado cielo.

—Intentáis decirnos algo, ¿no es así? Este lugar desolado y arrasado... ¿Dónde estoy? ¿Londres? ¿Nueva York? ¿Pekín? ¿Lahore? ¿Por qué nos traéis a este lugar en concreto y en este preciso momento? ¿Para mostrarnos un eclipse?... ¿Acaso todo esto está relacionado con el sol? —Desorientada, acalorada, sedienta y sucia, Bisesa se vio invadida de pronto por una oleada de rabia—. Basta de enigmas con efectos especiales. Hablad claro, maldita sea. ¿Qué es lo que va a ocurrir?

A modo de respuesta, un Ojo, al menos tan grande como el Ojo de Marduk, apareció de pronto sobre su cabeza. Bisesa pudo sentir la ráfaga de aire que desplazó al abrirse camino hasta su realidad. Tomó la mano de Josh.

—Vamos. Otra vez... No me sueltes de la mano.

Pero el joven la miró con incredulidad.

—¿Bisesa?

Ella lo comprendió inmediatamente. Josh no podía ver el Ojo. Aquella vez, era solo para ella. No para Josh.

—¡No! —gritó, agarrando el brazo de Josh— ¡No podéis hacer esto! ¡Sois unos cabrones crueles!

Josh lo entendió.

—Está bien, Bisesa. —Tomó su barbilla entre las manos, volvió su rostro hacia él y la besó en los labios—. Ya hemos llegado más lejos de lo que jamás habría soñado. Puede que nuestro amor perdure, en algún otro mundo. Y quizá cuando todas las posibilidades se unan, al final, nos volvamos a encontrar... —Sonrió—. Está bien.

En el cielo, el Ojo se abrió formando un embudo, y luego un largo pasadizo en dirección ascendente. Las chispas de luz revolotearon en torno a ella, empujándola hacia arriba.

Bisesa abrazó a Josh y cerró los ojos. Escuchadme. He hecho todo lo que queríais. Solo os pido una cosa. No lo dejéis aquí solo. Mandadlo de vuelta a casa... mandadlo con Abdi. Es lo único. Os lo suplico...

De pronto, se desató un viento cálido que soplaba desde el suelo hasta la boca del conducto de luz que se abría hacia el cielo. Una fuerza tiró de ella, soltándola de los brazos de Josh. Bisesa luchó por aferrarse, pero él la dejó marchar.

Se elevó del suelo. Lo miró desde arriba. Él seguía sonriendo.

—Eres un ángel que sube al cielo. Adiós, Bisesa. Adiós...

La luz cegadora y hermosa la envolvió de nuevo. En el último instante, lo vio tambalearse en una habitación llena de cables y trozos de equipamiento electromagnético, donde un hombre de tez bronceada salió de un rincón para ayudarlo.

Gracias.

Un choque de platillos.

Aferrada

Al amanecer, Buscadora se despertó de pronto y abrió los ojos de par en par.

Por primera vez en años, la red que la confinaba desde el cielo, no estaba. Buscadora profirió un grito y se abalanzó sobre su hija.

La despertó. No había red. Nada más que el suelo desnudo a su alrededor, con algunas huellas y pisadas. Los soldados se habían marchado. Y se habían llevado la jaula.

Era libre.

Se sentó. Aferrada todavía se estaba desperezando y se frotó los ojos. Buscadora miró en todas direcciones. La rocosa llanura se extendía hacia lo lejos, sin otra señal de vida que alguna mata de hierba. A lo lejos, en el horizonte, se alzaban montañas cubiertas de nieve, azules y borrosas en la bruma de la mañana. Cerca del pie de los montes, Buscadora vio una extensa franja verde. Su antiguo espíritu se despertó. Bosque. Si podían llegar hasta allí, tal vez encontrarán a otros de su misma especie.

Pero la brisa fresca cambió de sentido, y Buscadora sintió el rastro de hielo del norte. De pronto, se asustó. Faltaba el olor de la comida, el repiqueteo de las máquinas, las agudas voces de gaviota de los soldados... Había pasado demasiado tiempo en su jaula. La añoraba.

Aferrada, sin embargo, no compartía ninguna de las dudas de su madre. Caminaba inclinada hacia delante, como un chimpancé, explorando el pedregoso territorio. Parecía de rica textura en comparación con el polvoriento suelo de la jaula de redes que las había confinado durante tanto tiempo. Aquí había una piedra que cabía perfectamente en su mano, allí un junco que se doblaba y se dejaba retorcer con facilidad...

Apoyándose sobre una roca, Aferrada estiró las piernas y se puso en pie. Miró hacia las montañas y el hielo.

En el norte, el frío se acumulaba. La nueva isla volcánica del Atlántico había desviado la corriente del golfo, aquella masa de agua cálida que había mantenido un anómalo calor en el norte de Europa durante milenios. Aquel fenómeno ya había provocado un impacto en la agricultura que se había hecho notar incluso en Babilonia. Y lo peor estaba por venir. Aquel año, el otoño llegaría pronto y, a mediados de invierno, se desatarían grandes tormentas árticas sobre los continentes, depositando más nieve en unos días de lo que antes se hubiera visto en cinco o diez años.

Durante los dos millones de años previos a la Discontinuidad, el hielo se había

formado y fundido en los polos de la Tierra, en complejos ciclos gobernados por las sutilezas del paso del planeta alrededor del sol. Aquel nuevo mundo, Mir, creado con fragmentos del antiguo, se había tambaleado en un principio, pero al cuajar esos primeros movimientos, se estaba asentando en un nuevo patrón de ciclos: un patrón que, a corto plazo, fomentaría la expansión del hielo. Los casquetes no tardarían más de una década en tomar forma, y otra década en extenderse hacia el sur, en los emplazamientos de Londres, Berlín o Manhattan.

Y más adelante, se producirían cambios todavía peores. Desde su formación, el planeta se había ido enfriando progresivamente, y el flujo de calor de su interior había activado las corrientes del manto sobre las que se movían los continentes. Pero la Discontinuidad había provocado alteraciones en el extraño clima líquido interno de Mir. A la larga, una nueva serie de corrientes se asentaría, pero, por el momento, aquello era como una tapa enorme sobre una cacerola de agua hirviendo.

Bajo el corazón de los continentes, el manto del planeta había empezado a crecer y elevarse. De cualquier modo, la Tierra nunca había formado una esfera perfecta. Pero ahora, Mir estaba desarrollando protuberancias, como grumos de barro adheridos a una peonza. En algún momento, la corteza y el manto superior se desprenderían del núcleo del planeta, y la esfera deforme buscaría una nueva estabilidad desviando las protuberancias del eje de rotación. A medida que los grandes continentes fueran deslizándose hacia el ecuador del planeta, las corrientes oceánicas sufrirían nuevas alteraciones, y el nivel del mar subiría o descendería en cientos de metros, provocando terribles cambios climáticos.

En el largo calentamiento global de Mir, habría tiempos difíciles para las formas de vida del planeta. Pero las personas podían moverse. Los ciudadanos de Chicago ya se estaban preparando para una migración masiva hacia el sur. Muchos humanos sobrevivirían.

Lo mismo que los simios.

Aferrada ya no era como antes de la inspección a la que la había sometido el Ojo. El sondeo de su cuerpo y su mente solo pretendía registrar sus capacidades, apuntar su lugar en el gran espectro de posibilidades de la vida en aquel nuevo mundo. Pero era muy joven, y la maquinaria que la había estudiado era muy antigua, y no tan perfecta como había sido tiempo atrás. El sondeo había resultado torpe. La mente a medio formar de Aferrada había sufrido una gran alteración.

Aquel mundo remendado de parches sería dominado durante mucho tiempo por los humanos, de eso no cabía la menor duda. Pero ni siquiera ellos podían desafiar al hielo. En un mundo peligroso y lleno de cambios, había muchos lugares que explorar. Mucho espacio para una criatura con potencial. Y no existía ninguna razón en particular por la que dicho potencial tuviera que percibirse exactamente como antes. En Mir, había sitio para algo diferente. Para algo mejor, tal vez.

Aferrada levantó la roca con la mano, y su mente vislumbró sutilmente lo que podía hacer con ella. Apenas tenía miedo. Ahora era dueña del mundo y no estaba segura de lo que debía hacer a continuación.

Pero ya se le ocurriría algo.

Regreso

Bisesa se tambaleó, jadeando. Estaba de pie.

Sonaba una música.

Miró hacia una pared, que mostraba la imagen magnificada de un joven imposiblemente bello cantando con un micrófono antiguo. Imposible, sí, era una estrella musical, una sublimación de los incipientes deseos de las chicas preadolescentes. *Dios mío, se parece a Alejandro Magno*. Bisesa apenas podía apartar la vista de los colores de la pared, de su vivacidad, de su centelleo. Nunca se había dado cuenta de lo monótono y apagado que había sido Mir.

Desde la pantalla de la pared, se oyó:

—Buenos días, Bisesa. Soy tu despertador. El desayuno espera abajo. Los titulares de las noticias de hoy son...

—Cállate. —Su voz sonó como un graznido en el desierto.

—Por supuesto. —El joven sintético retomó su canturreo.

Bisesa echó un vistazo a su alrededor. Estaba en su dormitorio, en su apartamento de Londres. Parecía pequeño y recargado. La cama era grande y mullida, y estaba hecha.

Se acercó a la ventana. Sus botas militares se hundieron en la alfombra y dejaron huellas de arena roja. El cielo era gris en la cúspide del amanecer, y la silueta de la ciudad de Londres se estaba formando en el horizonte.

—Pared...

—¿Bisesa?

—¿En qué fecha estamos?

—Martes.

—La fecha.

—Ah. 9 de junio de 2037.

El día siguiente al accidente del helicóptero.

—Debería estar en Afganistán.

La pantalla de la pared carraspeó.

—Siempre has cambiado de planes de forma repentina, Bisesa. Recuerdo una vez que...

—¿Mamá?

Era una voz de niña adormilada. Bisesa se volvió. Estaba descalza, con la barriguita al aire. Se frotaba los ojos y tenía el cabello revuelto. Era una chiquilla de ocho años recién levantada. Llevaba su pijama preferido, con personajes de dibujos

animados, aunque ya era dos tallas demasiado pequeño para ella.

—No me dijiste que venías a casa...

Algo se rompió en el interior de Bisesa, que se abalanzó hacia ella.

—Oh, Myra...

—Hueles raro —dijo la niña, retrocediendo.

Bisesa se miró. Llevaba un mono naranja rasgado, retorcido, remendado y cubierto de arena húmeda, tan fuera de lugar en aquel apartamento del siglo XXI como un traje espacial.

—Creo que necesito una ducha —dijo, forzando una sonrisa—. Luego desayunaremos y te lo contaré todo.

La luz cambió sutilmente. Bisesa se volvió hacia la ventana. Había un Ojo encima de la ciudad, flotando como un globo dirigible. Era difícil determinar a qué distancia se encontraba o cuál era su tamaño.

Y sobre los tejados de Londres, un siniestro sol asomaba a un nuevo día.